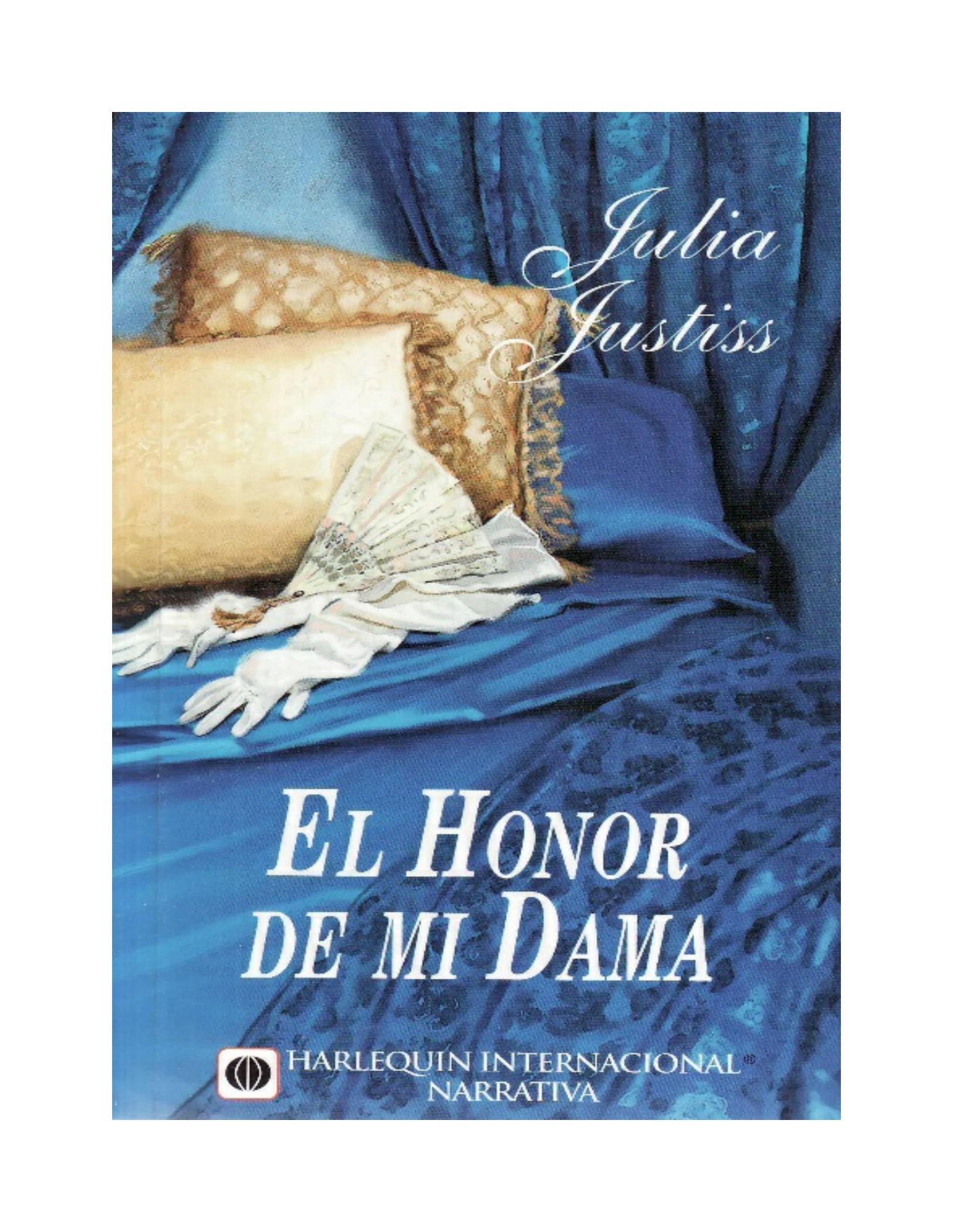
A still life arrangement featuring a large, ornate book with a gold-tooled cover and a white page, a white folding fan with a floral pattern, and a pair of white gloves. The items are set against a deep blue, draped fabric background. The text 'Julia Fustis' is written in a white, elegant cursive font in the upper right corner, and 'EL HONOR' is printed in a large, white, serif font at the bottom.

*Julia
Fustis*

EL HONOR



*Julia
Jústiss*

**EL HONOR
DE MI DAMA**



HARLEQUIN INTERNACIONAL[®]
NARRATIVA

El honor de mi dama

Julia Justiss

Título de la novela (2005)

Título Original: My lady's honor (2002)

Editorial: Harlequin Ibérica

Sello / Colección: Internacional 333

Género: Histórico

Protagonistas: Gilen de Mowbry y Gwennor Southford

-

Argumento

¿Quién era aquella mujer? ¿Un doncella recatada... o una descarada aventurera?

Al conocer a la joven dama que había deslumbrado a su mejor amigo, Gilen de Mowbry vio algo sorprendentemente familiar en ella. Pero tan recatada señorita no podía ser la gitana de ojos violetas que había bailado para él a la luz de una hoguera... y que desde entonces se había hecho dueña de sus sueños...

Desesperada por huir junto a su hermano de los malévolos planes de su primo, Gwennor Southford había aprovechado la ocasión de marcharse con una caravana de gitanos. Sólo una cosa se interpondría después entre ella y la seguridad de un matrimonio perfecto: los inolvidables momentos que había pasado junto a Gilen de Mowbry...

Capítulo Uno

—Su primo Nigel... quiero decir... el nuevo barón de Southford, la está esperando en la biblioteca —le dijo la doncella al tiempo que hacía una reverencia.

Gwennor Southford suspiró y se quitó el delantal que se había puesto para ayudar a Jenny a recoger los restos del almuerzo que habían servido tras el entierro de su padre.

—Gracias, Jenny. Dile que enseguida voy.

Mientras la criada se iba, Gwen se paró a mirarse en el espejo del vestíbulo, cubierto con un crespón negro. Quería cerciorarse de que no se le había escapado del moño ningún mechón en el que su puntilloso primo pudiera fijarse. Nigel, que era un auténtico dandi londinense, solía mirarla con una expresión levemente espantada, como si Gwen llevara siempre un tizón en la nariz o una mancha en el vestido, cosa que seguramente era cierta. O quizá fuera simplemente que, dado que no podía mirarla desde una altura superior, su primo intentaba intimidarla con aquella mirada un tanto desdeñosa. Y, aunque aquellas miradas no solían amedrentarla, Gwen se sentía a menudo como un escarabajo enorme, feo y vulgar al que miraran a través de una lupa.

Comprobó que su cabello denso y negro seguía bien sujeto y se encaminó a la biblioteca. No lograba adivinar qué quería decirle el primo Nigel que no pudiera haberle dicho delante de los invitados.

Quizá sólo quisiera quejarse otra vez de la comida o del alojamiento, cosas que sin duda él pronto «mejoraría» contratando a un cocinero extranjero para que creara platos dignos de su refinado paladar, y a un batallón de obreros encargados de reformar y poner a la moda las habitaciones centenarias.

Gwen hizo una mueca de disgusto al imaginar su querido hogar transformado por la mano grosera de su primo. Ojalá pudiera convencerlo de que la enviara a Londres en cuanto empezara la temporada. Así podría encontrar un marido y un nuevo hogar para sí misma y para Parry.

Intentó aplacar su inquietud, llamó a la puerta de la biblioteca y entró, pero tuvo que sofocar una punzada de dolor al ver a su primo repantigado en el sillón preferido de su padre, detrás del enorme escritorio. Procuró no pensar en cosas que podían causarle otra oleada de inútil aflicción, hizo una reverencia y se obligó a mirar a Nigel.

Su primo volvió a someterla a un largo y minucioso escrutinio.

—Bueno, prima Gwennor, me temo que no has mejorado mucho con los años, pero por lo menos tienes el buen sentido de llevar recogido ese pelo de campesina, y el resto de tus rasgos no son del todo desagradables. Supongo que, con una pequeña dote, podrás apañártelas bastante bien.

—Gracias, primo —dijo Gwen con una dulce sonrisa mientras apretaba los dientes—, por tu amable pésame por la muerte de mi padre. Me... alegra contar con tu aprobación.

—Esa tendencia tuya a mofarte de la gente en los momentos más inoportunos no te favorece, Gwennor —contestó él altivamente—. Estoy seguro de que te di el pésame ayer, cuando llegué. Sin embargo, no conviene quedarse estancado en el pasado. En Southford van a cambiar muchas cosas ahora que soy el barón, así que conviene que vayas haciéndote a la idea.

—Naturalmente, primo —no iba llamarlo milord, pensó, rabiosa, aunque ella ya no fuera la hija del señor de la casa, sino una pariente pobre que dependía de su caridad—. Eso que has dicho de mi dote, ¿significa que piensas mandarme a Londres esta temporada, como te he pedido? Estoy dispuesta a partir en cuanto esté listo mi equipaje —Gwen bajó los ojos y juntó las manos con tan aparente sumisión que Nigel, que pese a las apariencias no era tonto, la miró con recelo.

—Sí, he estado pensando en tu porvenir. Creo que los dos estaremos de acuerdo en que no conviene a nuestros intereses que permanezcas en Southford. A fin de cuentas, el modo en que gobernabas la casa en tiempos de tu padre, aunque bastante adecuado, supongo, para un barón galés de gustos un tanto rústicos, no basta para mí.

—No, primo, sin duda esa clase de hogar no te conviene.

—Me alegro de que estemos de acuerdo en ese aspecto. Y dado que, con los cambios que tengo previstos para adaptar la casa y los edificios exteriores a mis exigencias, las rentas sufrirán un fuerte menoscabo, no veo razón para desperdiciar el dinero en la temporada londinense. Ya no estás en edad de presentarte en sociedad, no eres muy bella y tu dote es sólo pasable. No quisiera ser grosero, pero cualquiera vería que tus posibilidades de atraer la atención de un caballero lo bastante rico e influyente como para que merezca la pena hacer el dispendio de enviarte a Londres son, lamento decirlo, muy remotas. En esto debes confiar en mis conocimientos, mucho mayores que los tuyos, acerca de los gustos de los caballeros de la alta sociedad.

Gwen, que estaba tan acostumbrada al desdén de su primo que sus pullas apenas le hacían mella, se puso a pensar en las implicaciones de lo que Nigel acababa de decirle. No iba a mandarla a Londres. ¿La mandaría quizá a Bath o a Gloucester?

—Te he hecho venir para anunciarte que he dado con una solución a este delicado dilema. Naturalmente, soy consciente de que, siendo una Southford y mi prima, puedes casarte con un hombre de buena posición, aunque no tan exigente como yo. He elegido marido para ti, prima. Puedes congratularte porque pronto te convertirás en la esposa de lord Edgerton.

Gwen se quedó de una pieza.

—¿Edgar Edgerton, el barón de Edgerton? —balbució, confiando en que hubiera algún malentendido.

—En efecto —contestó el nuevo barón de Southford con sonrisa benevolente—. Veo que mi decisión te ha dejado pasmada. Puede que lord Edgerton sea algo mayor que tú, pero sigue siendo un hombre apuesto, y sus seis hijos, esas pobres criaturas huérfanas de madre, te darán sobradas oportunidades de ejercitar tu predilección por la frugalidad y la vida al aire libre.

Gwen tragó saliva. Edgar Edgerton, que era compañero de caza

de Nigel, rozaba los cincuenta años y tenía una figura baja y recia y una tez colorada que indicaba su propensión a padecer gota. Vivía todo el año en sus tierras del condado de Lincoln y, que Gwen supiera, pocas cosas le interesaban aparte de sus establos y sus lebreles.

—Yo... he oído decir que lord Edgerton es un hombre... sumamente amable —dijo con un leve temblor en la voz—, pero me preocupan un poco sus hijos, que, según dicen, son un tanto... impulsivos —a decir verdad, las alarmantes escapadas con las que se solazaban los fogosos vástagos del barón, de las que le había hablado su padre cuando volvió de cazar con ellos el año anterior, habían hecho sacudir la cabeza con desaliento incluso a un hombre por lo general tan indulgente como lord Southford—. Espero que no sean muy rudos con Parry.

Nigel, que se estaba quitando un hilito de la manga de la impecable levita negra, se quedó parado.

—¿Parry? —preguntó con el ceño fruncido—. ¿Qué pinta ese cretino en esto?

—Bueno, yo pensaba naturalmente que, ya que no... te llevas bien con él, me acompañaría cuando me casara.

—¿Y de dónde has sacado una idea tan ridícula? —preguntó su primo en tono ofendido—. Usa el poco ingenio que tienes, Gwennor. Para empezar, tu padre me designó hace tiempo como tutor legal del chico después de su muerte. Y, aunque no somos parientes consanguíneos, no pienso sacudirme ese deber, por desagradable que me resulte. Además, lord Edgerton jamás permitiría que ese degenerado rondara por su casa, como es normal.

—Parry no es ningún degenerado —contestó Gwen con vehemencia—. Era más listo que tú hasta que ese caballo le dio una coz.

Nigel la miró con frialdad.

—Voy a pasar por alto ese comentario sólo porque sé que todavía tienes la ridícula convicción de que, como Parry resultó herido al ir

en tu ayuda, estás obligada a defenderlo. Pero no pongas a prueba mi buena voluntad. Reconozco que fue una tragedia que le ocurriera una cosa semejante a un niño de tan corta edad, pero ya va siendo hora de acabar con tanto sentimentalismo. Ahora tiene... dieciocho años, ¿no? Debería estar recluido desde hace años, en lugar de pasearse libremente por los bosques y los campos de Southford, avergonzando a la familia y amenazando a los vecinos.

— ¡Parry no ha amenazado a nadie! —protestó Gwen—. Trata a todo el mundo con consideración. Y tampoco es una vergüenza. Todo el mundo en Southford lo conoce y lo aprecia —«menos tú», pensó con furia.

— ¿Que no es una vergüenza? —replicó Nigel—. ¿Y qué me dices de cuando interrumpió las exequias de tu padre entrando en la iglesia con las botas sucias, la chaqueta rota y los bolsillos llenos de alimañas? —Nigel hizo una mueca de repulsión.

— Eran gazapos —contestó Gwen, y procuró refrenar las lágrimas—. Mi padre estaba intentando crear una nueva raza, cruzando los conejos domésticos con los de las montañas, que tienen el pelaje más oscuro. Parry se los llevó como regalo de despedida.

— ¡Regalo de despedida...! ¡Bah! —dijo Nigel con desdén—. Ese idiota ni siquiera sabe que el difunto era su padrastro. Y tampoco sabe lo que significa la muerte. Aunque sobre ese particular pronto aprenderá una lección.

— Te equivocas, primo Nigel. Parry sabe que era su padre — subrayó la palabra — y sabe lo que es la muerte.

Cierto, tal vez Parry no comprendiera la amenaza que para su posición significaba la muerte de su padrastro, pero sabía que el anciano que lo había tratado con amor y respeto se había ido para siempre.

— En cualquier caso, a mí me disgusta que ronde por aquí, de modo que habrá que hacer algo al respecto. Edgerton quiere que te instales en su casa entre el final de la temporada de caza y principios de la siembra de primavera, así que la boda será a fines de esta

semana, aquí, en Southford. Dada la edad del novio y la premura de los preparativos, no veo necesidad de complicar las cosas. Bastará con una ceremonia sencilla y una pequeña recepción.

«Maldito tacaño», pensó Gwen, demasiado furiosa para responder. Aún no se había leído el testamento, y el nuevo barón ya había decidido gastar cuanto menos dinero fuera posible en la hija del anterior amo de la casa.

—Felicidades por tu buena suerte, Gwennor. Ahora puedes irte y empezar a organizar los preparativos —agitó imperiosamente la mano, señalando la puerta. Furiosa y perpleja, Gwen dio media vuelta—. Por cierto —la voz de su primo la detuvo antes de que llegara a la puerta—, como tu prometido llega mañana, pienso... ocuparme de tu hermanastro inmediatamente. A partir de ahora, Parry se quedará encerrado en el desván, donde estará bajo control, aunque bien atendido, y con los mínimos gastos. Ah, y por si tus nervios se resintieran antes de la boda e intentaras posponer la ceremonia, recuerda que también puedo encerrarte a ti, en caso de que se te ocurriera la descabellada idea de oponerte a mis planes —hizo una pausa y la miró, pensativo. Ella le sostuvo la mirada, desafiante, sin importarle que pudiera advertir en su semblante la intensidad de su desagrado—. Sólo te lo advertiré una vez —dijo Nigel con suavidad—. De niña, mostrabas una deplorable tendencia a la obstinación y la desobediencia, rasgos que dudo que tu padre, siendo tan flaco de voluntad, consiguiera desarraigar. Yo no soy hombre que se deje manipular por una solterona amargada demasiado acostumbrada a hacer su santa voluntad. Ahora soy el amo de esta casa y los sirvientes me obedecerán —asintió con la cabeza—. Eso es todo —Nigel bajó la cabeza y se puso a mirar un libro de cuentas que había sobre la mesa.

Gwen se recogió las faldas, cruzó corriendo el vestíbulo, bajó por la escalera de servicio hasta la despensa y salió por la puerta de atrás. En su cabeza se agolpaba una mezcla volátil de pena, angustia y preocupación por su hermano, furia por las amenazas de su primo y miedo por su propio porvenir.

El frío de los últimos días del invierno la hizo estremecerse, pero siguió corriendo hasta que, dejando atrás los jardines, llegó al establo, que estaba rodeado por una serie de cobertizos y corrales donde su hermano llevaba a cabo los experimentos de cría de su padre. Distinguió la cabeza morena de Parry inclinada sobre una de las jaulas y se encaminó hacia él. El muchacho pareció oír sus suaves pasos y alzó la cabeza con una sonrisa. Pero, a medida que Gwen se acercaba, su sonrisa se fue desvaneciendo.

—¡No llevas chal! Te vas a resfriar, Gwen —antes de que ella pudiera impedirselo, se quitó la vieja chaqueta de lana y se la puso sobre los hombros.

Gwen lo abrazó con todas sus fuerzas y rompió a llorar. Cuánto quería a su apacible hermano... Aunque no se hubiera sentido responsable de sus heridas, Parry poseía un espíritu tan noble y generoso que hubiera tenido que quererlo de todos modos, como lo quería todo el mundo en el condado por su capacidad para sanar y su dulce temperamento.

Parry tenía un don con los animales y los niños. No sólo dirigía las operaciones de cría de su padre. También iban a buscarlo vecinos de todo el condado para que se ocupara de sus animales enfermos, lo cual proporcionaba, pese a lo que pensara Nigel, pequeños ingresos a las arcas de Southford.

¿Qué podía hacer ella?, se preguntaba Gwen mientras abrazaba a su hermano. Detestaba a Nigel, pero no podía cometer el error de subestimarle. Si su primo había dicho que iba a encerrar a Parry, sin duda lo haría. Y también la encerraría a ella si intentaba impedirselo.

Gwennor soltó al fin a Parry. Su hermano observó un momento su rostro.

—Estás triste, ¿verdad, Gwen? ¿Echas de menos a papá? Yo también. Mira estos pequeñines —abrió una jaula de mimbre y señaló unas bolitas de pelo—. Misty los tuvo el domingo pasado... y son todos marrones. Como él quería. Creo que estará feliz, mirándolos desde el cielo.

—Seguro que sí —«mucho más feliz que nosotros», pensó ella con amargura.

Desde que se recuperara de sus heridas, su hermano vivía completamente feliz. Se pasaba el día paseando por las tierras de Southford, recogiendo y socorriendo a los animales que tanto amaba. Sin ellos, se iría marchitando hasta morir, encerrado en el desván de Southford Manor.

Gwennor, que ya había cumplido veinticinco años, no se hacía ilusiones respecto a su belleza y sus posibilidades. Se había ocupado del gobierno de la casa a la edad de quince años, tras la muerte de su madrastra, la única madre que en realidad había conocido, pues la suya murió al darla a luz. Preocupada por su hermanastro y por la salud de su padre, varios años antes se las había arreglado para resistir los débiles intentos de su padre por enviarla a Londres. Si lord Edgerton hubiera estado dispuesto a aceptar a Parry, se habría entregado a él, si no con entusiasmo, al menos sí con resignación. Pero ¿aceptaría el barón a su hermano?

Seguramente Nigel estaba en lo cierto. La mayoría de la gente intentaba mantenerse alejada de cualquiera que sufriera una tara, pues éstas solían considerarse un castigo divino que recaía sobre el individuo malogrado y su familia. Siendo amigo de Nigel, y un fanático en cuanto a la pureza de sangre de sus perros y caballos, Edgerton sin duda estaría de acuerdo con la solución ideada por su primo para librarse de la carga del hermano retrasado de su futura esposa. No, concluyó Gwen. Parry no encontraría en Edgerton un defensor.

Y, si Edgerton no aceptaba a su hermano, ella no tenía razón alguna para casarse con él, pese a las horribles amenazas de Nigel. No se había pasado los diez años anteriores haciendo su santa voluntad, como decía su primo, para sucumbir dócilmente a los detestables planes del nuevo barón de Southford. —Tengo que dar de comer a los otros —dijo Parry—. ¿Me ayudas?

—No, tengo que volver a la casa. Ten, toma tu chaqueta, antes de que agarres un resfriado.

Le tendió la chaqueta, pero él la rehusó con una sonrisa.

—Me la pondré luego. Tengo a éstos... —alzó un puñado de conejos recién nacidos — ... para darme calor.

Gwennor se volvió para regresar a la casa, sintiéndose cada vez más angustiada. La mañana del día siguiente estaba muy cerca.

Tenía que ocurrírsele algún modo de salir de aquel atolladero antes de que amaneciera el día siguiente, pero era mejor que su hermano se mantuviera alejado de la casa hasta que ella resolviera qué hacer.

—¡Parry! —le gritó—. Nigel bajará a cenar.

La sonrisa de su hermano se desvaneció. El primo de su padre era la única persona por la que Parry sentía un profundo desagrado.

—¿Tengo que ir a cenar con él?

—No. Quédate con los animales. Luego te traeré una bandeja. No hace falta que nos las veamos los dos con él —hizo una exagerada mueca de asco y su hermano se echó a reír.

—Gracias, Gwen. Te buscaré una sorpresa para esta noche.

Gwen sabía que sería una sorpresa encantadora: un nido de pájaros que Parry había rescatado, o un cristal de roca de forma y color caprichosos, o una intrincada telaraña, tan compleja y hermosa como el grabado de un maestro.

No como la sorpresa que su primo le tenía preparada a él.

«Parry no sufrirá ese destino mientras yo tenga aliento», prometió Gwen, y emprendió con paso decidido el regreso hacia la casa.

Capítulo Dos

Gwennor se paseaba por el patio del establo, dándole vueltas a la cabeza. Tendrían que marcharse esa misma noche, en secreto, cuando su primo y el servicio se hubieran retirado. Les diría a Jenny y a la cocinera cuando prepararan la bandeja de Parry que pensaba quedarse a trabajar con su hermano hasta bien entrada la noche, cosa que hacía a menudo y que impediría que Nigel despidiera a sus sirvientes por no haberle alertado de que había salido de la casa. Como su primo dormía hasta mediodía, era muy posible que no descubriera su desaparición hasta bien entrado el día siguiente. Quizás incluso, pensó con una sonrisa maliciosa, hasta que llegara su querido amigo Edgerton y mandara comparecer a la novia.

Tenía que preparar una pequeña maleta: algo que pudiera transportar fácilmente. Se llevaría las joyas de su madre para que su primo no las vendiera y se quedara con el dinero, así que tendría que entrar a escondidas en el despacho antes de la cena, mientras Nigel echaba su siesta. Y, teniendo en cuenta que iba a ahorrarle a su primo el dispendio de un banquete de bodas, se sentía en el derecho de llevarse cuantas monedas hallara en la caja fuerte de la casa.

Tendría también que fingir que estaba preparando la boda. Aunque no hacía falta que mostrara entusiasmo, Nigel se extrañaría si descubría que no había dado instrucciones a los sirvientes. Además, tendría que avisar a éstos de la inminente llegada de lord Edgerton.

Tras solventar los pormenores de la huida, se puso a pensar en el problema, mucho más espinoso, de dónde irían y cómo llegarían hasta allí.

Había llegado para entonces a la casa, y se detuvo ante la puerta de la despensa. Todavía era demasiado temprano para arriesgarse a entrar en el despacho. Lo mejor sería subir a hurtadillas a su cuarto para acabar de prepararlo todo.

Subió por la escalera de servicio hasta su habitación, se acercó a la ventana y se quedó mirando distraídamente la roaleda y el jardín de hierbas aromáticas. ¡Ojalá su primo Harry no estuviera con

Wellington en la Península! Harry y ella siempre se habían profesado un profundo afecto. Durante su niñez, habían sido compañeros de travesuras. De haber estado él en casa, sin duda la habría ayudado a escapar. Pero, aunque su madre, la tía Frances, residía a dos días a caballo de Southford, aquella dama viuda no podría plantarle cara a Nigel, en caso de que su primo decidiera salir tras ella.

¿La perseguiría Nigel? ¿O simplemente se lavaría las manos y se alegraría de haberse librado de ella? De no ser por sus planes para casarla con lord Edgerton, Gwen habría pensado esto último. Pero no creía que lo que le había dicho su primo respecto a que había acordado su boda con el fin de asegurarle una buena posición fuera cierto. Sospechaba que aquel acuerdo encerraba algo más, y, conociendo las aficiones de su primo, seguramente había dinero de por medio.

Desde que, tras la muerte de la madrastra de Gwen, su difunto padre se había negado a volver a casarse, Nigel había vivido esperando adueñarse algún día de Southford y de cuantos recursos contenía. Sus gustos en el vestir y la decoración, que él consideraba refinados, salían sin duda caros, al igual que su afición por el juego, y Gwen sospechaba que estaba seriamente endeudado. Quizá le debía algo a Edgerton y había decidido utilizarla a ella y a su dote para pagar al barón sin coste alguno para él.

Si sus sospechas eran ciertas, Nigel no se tomaría con ecuanimidad la doble ofensa de quedar en ridículo delante de su amigo y perder al mismo tiempo el medio de saldar su deuda. Y, aunque no hubiera consideraciones económicas de por medio, el hecho de que Gwennor desafiara su autoridad delante de lord Edgerton y del servicio sin duda lo sacaría de sus casillas. Seguramente se enfurecería tanto que saldría tras ella, aunque sólo fuera para llevarla de nuevo a rastras a Southford Manor e imponerle un castigo ejemplar.

Así pues, ¿cómo huir? Si lograban llegar a la posada más cercana, era probable que Nigel diera con ellos mientras aguardaran el siguiente coche de postas. Si viajaban a caballo y ella usaba el poco

dinero que podía reunir para alquilar nuevas monturas en cada posada, estaba segura de que, siendo una joven dama que viajaba sin doncella, todos los posaderos y los caballerizos la recordarían, y su rastro sería muy fácil de seguir.

Tenían que irse lo bastante lejos como para que la ira de Nigel se enfriara y su persecución se hiciera tan costosa y molesta que su primo prefiriera dejarlos marchar. Pero igual de importante o más era encontrar un lugar donde pudieran hallarse fuera del alcance de Nigel, en que caso de que éste consiguiera encontrar su rastro.

¡Harrogate! La respuesta se le ocurrió de pronto. Podían irse a casa de Alice, la tía de su madrastra, en Harrogate. Gwen no veía a su tía desde el funeral de su madrastra, pero todavía se escribían, y estaba segura de que la dulce y frívola lady Alice estaría encantada de ofrecerles cobijo.

La pequeña población marítima donde residía no sólo quedaba venturosamente lejos de allí, sino que, además, muchos de sus residentes y visitantes eran viudos entrados en años que iban a tomar las aguas al balneario local. Tal vez Gwen pudiera encontrar entre ellos a un amable caballero que estuviera dispuesto a casarse con una joven fuerte y trabajadora, de buena familia y capaz de gobernar un hogar y de ocuparse de su vejez..., a cambio del pequeño esfuerzo de aceptar también a su hermano.

Podía pedirle a la tía Alice que la ayudara a buscar marido. ¿Qué dama podía resistirse a hacer de casamentera? Con suerte, encontraría pronto un candidato idóneo y quizá pudiera casarse antes de que Nigel diera con ella.

Si el nuevo barón la encontraba todavía soltera e insistía en que se casara con el pretendiente de su elección, tal vez el propio Edgerton fuera a Harrogate a buscarla. Aunque esto a Gwen le parecía improbable.

Así pues, ya tenía destino. Quedaba, sin embargo, la cuestión de cómo hacer aquel largo camino sin ser descubiertos. Había sopesado una y otra vez las alternativas, incapaz de decidir cuál ofrecía mayores garantías de éxito, cuando de pronto se le ocurrió una idea

tan descabellada que estuvo a punto de desecharla al instante. Decidió, sin embargo, que su ventaja consistía precisamente en lo descabellada que era. Nigel rastrearía los caminos, registraría las casas de postas y preguntaría a todos los posaderos y a cada mozo de cuadras que encontrara a cien millas a la redonda y no encontraría ni rastro de ellos.

Se acercó a su escritorio, abrió el cajón superior y empezó a sacar todo lo que había dentro. Tras registrar todos los cajones, consiguió reunir un montoncillo de monedas pequeñas y una guinea de oro. No era precisamente una fortuna, pero confiaba en que bastara para tentar a un rey.

Se puso rápidamente su traje de montar y metió sus hallazgos en una bolsita de piel. Se ató el cordón a la muñeca, se guardó la bolsita bajo la manga y llamó a su doncella.

Jenny llegó tan pronto que Gwennor sospechó que había estado esperando ansiosamente el momento de enterarse del resultado de su entrevista con Nigel. Nada más entrar, Jenny preguntó con la familiaridad de quien había sido primero su niñera y luego su doncella:

— Bueno, ¿de qué quería hablarle el nuevo amo?

— Mi primo piensa que es hora de que me case.

— ¡Alabado sea Dios! — exclamó Jenny—. Es lo que he estado deseando yo desde que su padre cayó enfermo. Ahora que el nuevo señor está aquí, y siendo como es, lo mejor es que tenga usted su propia casa, con un marido que la cuide y la proteja. Entonces, ¿cuándo se va a Londres?

— No voy a ir a Londres. El primo Nigel ya me ha elegido marido. De hecho, llega mañana. El entusiasmo de Jenny se heló de pronto.

— ¿Que ya le ha elegido marido? ¿Y quién es, señora?

— Lord Edgerton.

La consternación borró los últimos vestigios de la alegría de

Jenny.

—¡Lord Edgerton! ¡Pero si le dobla la edad! Y dicen que tiene por hijos a un atajo de gamberros que pondrían a prueba la paciencia de la mismísima Virgen. Seguramente su primo no...

—Mi primo ya ha tomado una decisión, Jenny, y no consentirá un no por respuesta. De hecho, ha amenazado con encerrarme si me resisto. Así que no tiene sentido que me oponga. Lord Edgerton llega mañana y la boda será a finales de esta semana. Nigel dice que será una ceremonia sencilla. Dadas las circunstancias —añadió con ironía—, no hace falta que me des la enhorabuena.

—¡Pobre chiquilla mía! —dijo Jenny, angustiada—. Es horrible que el señor haga esto.

Gwennor le dio un rápido abrazo a su doncella.

—Dios te bendiga, Jenny, pero tú y el resto del servicio tenéis que tener mucho cuidado con lo que decís. Tenéis que seguir trabajando para mi primo.

—Seguramente nos echará a todos y traerá a un montón de petimetres de Londres —masculló Jenny.

—Espero que os tenga a todos en la estima que merecéis. Ahora, ¿te importaría decirle a la cocinera y a Hopkins que preparen una habitación para lord Edgerton y empiecen a hacer los preparativos para el almuerzo de bodas? Hablaré con ellos mañana por la mañana, pero ahora... —Gwen dejó que su frase se apagara y procuró parecer apenada, lo cual no le resultó difícil—. Me apetece ir a dar un paseo a caballo.

—No me extraña —dijo Jenny—. ¡Casarla con un hombre que podría ser su padre, y a toda prisa, sin tiempo siquiera para hacerse un traje de novia...! Vaya, señorita Gwen, vaya. El paseo le sentará bien. Yo le diré a Hopkins que vaya preparándolo todo.

—Ah, y Parry no cenará con nosotros. Le he dicho que luego le llevaría una bandeja. Creo que... que me quedará hasta tarde con él para ayudarlo con los animales. A fin de cuentas, creo que no podré hacerlo mucho más tiempo.

—Dios mío, señorita Gwen, ¿qué va a ser del pobre muchacho cuando usted no esté? Me preocupa muchísimo.

—Sabes que nunca consentiría que le hicieran daño a Parry. Ya se me ocurrirá algo, Jenny.

—Con lo lista que es usted, señorita, seguro que sí. Ahora, váyase a montar y déjele el resto a su Jenny.

Gwennor le dio un último abrazo a la mujer que, durante los últimos diez años, había sido más una madre para ella que una doncella.

—Gracias, Jenny. Eres un ángel.

—Si lo fuera, abriría las alas y la llevaría a usted a Londres —dijo Jenny, sacudiendo todavía la cabeza mientras se alejaba.

Gwennor salió corriendo hacia los establos. Debía completar su misión y regresar a tiempo de abrir la caja fuerte antes de que el primo Nigel se levantara de su siesta. Luciérnaga, su yegua rojiza, relinchó alegremente al verla acercarse a la cuadra, que olía a heno, y Gwen sintió una punzada de ira y tristeza. Otra querida amiga a la que pronto se vería obligada a abandonar.

Despidió al mozo del establo, ensilló a la yegua y partió al trote. Al llegar a campo abierto, dejó que la yegua echara a galopar para que estirara las patas, y luego siguió a galope corto hasta un prado situado hacia el sur.

—Por favor —suplicó—, que estén allí todavía.

Cuando al fin vio las carretas pintadas de alegres colores junto al río que formaba la linde de las tierras de los Southford, dejó escapar un suspiro de alivio. Refrenó a Luciérnaga y se acercó a la carreta más cercana. Antes de que desmontara, un muchachito de ojos oscuros y densa cabellera negra corrió a sujetarle la brida. —Te doy una moneda si la llevas a beber al río..., pero no dejes que beba demasiado.

Gwennor sonrió cuando el muchacho se alejó trotando, con Luciérnaga a la zaga, y se volvió hacia la anciana que estaba sentada

junto al fuego y que la miraba con expresión grave.

—Así que has venido a que te lea el porvenir ahora que el mal se ha apoderado de tu casa.

—No, Jacquinita. Me temo que sé lo que verías en mi mano — contestó con una mueca Gwen, a la que no le extrañaba que la gitana más respetada del grupo supiera ya de la llegada de su primo—. He venido a pedirte un favor.

La gitana le indicó que se sentara, haciendo sonar sus muchos brazaletes.

—¿Qué favor?

—Parry y yo tenemos que marcharnos de Southford enseguida, pero debemos irnos de tal modo que mi primo no pueda encontrarnos. Quiero pedirle a Rémoló que nos deje viajar en vuestra caravana, disfrazados de gitanos. Os pagaré con dinero y joyas. ¿Le dirás que me ayude?

La mujer se tocó con el dedo una arruga de su piel rojiza.

—Quiere hacerte mal, tu primo, ¿verdad?

—Pretende que me case con un amigo suyo, pero no es por eso por lo que huimos. Quiere encerrar a Parry en el desván y no dejarlo salir. Vosotros mejor que nadie comprenderéis lo que eso significaría para mi hermano.

La anciana asintió con la cabeza.

—Tu hermano tiene un don. Un espíritu así no debe estar enjaulado. Tu padre era un buen hombre. Todos los años nos permitía acampar en sus tierras. Ése... —escupió hacia Southford Manor y luego se santiguó— ... llamará pronto a los magistrados para que nos echen. Ya se lo he dicho a los míos. Así que nos vamos al anochecer. Hablaré con Rémoló.

—¡Al anochecer! —exclamó Gwen, alarmada—. Pero, si quiero que no me vean, no puedo salir de casa hasta casi medianoche. Por favor, dile a Rémoló que le pagaré bien si nos espera.

La anciana se levantó y se colocó el pañuelo de colores de la

cabeza.

—Se lo diré. Ven conmigo.

Gwennor sacó la bolsita de cuero y se la tendió. —Llévale esto. Dile que le traeré veinte piezas más de oro esta noche, cuando vengamos. La anciana le quitó la bolsa de la mano.

—Se lo diré.

Gwennor siguió a Jacquinita mientras para sus adentros rogaba a Dios que ablandara el ánimo del jefe de los gitanos. La decisión de Rébolo, el gitano guapo, atezado y despierto que dominaba la banda con mano de hierro, sería definitiva e irrevocable.

Gwennor, que apenas conocía la lengua romaní, no pudo seguir la conversación que se desarrolló a continuación. La anciana ofreció la bolsa de dinero y el jefe de los gitanos la aceptó inclinando brevemente la cabeza hacia ella. Pero cuando Jacquinita llevaba hablando varios minutos, Rébolo comenzó a fruncir el ceño y a sacudir la cabeza con vehemencia. Gwennor estaba a punto de arrojarse a sus pies cuando, tras otro parlamento de la anciana, Rébolo se detuvo, pensativo, y a continuación asintió con la cabeza. La anciana ejecutó una reverencia y se volvió hacia Gwennor.

—¿Acepta llevarnos? —preguntó ésta.

La anciana sonrió.

—Te da las gracias por las monedas de oro, pero dice que no quiere llevar una carga tan pesada. Le he dicho que trabajarás para nosotros, que jugarás a las cartas y les dirás la buena ventura a los payos que vengán al campamento cuando paremos. Dice que para esas cosas ya tenemos mujeres y niños de sobra. Pero le he dicho que Parry había curado a su semental... y que su yegua preferida está a punto de parir. Así que os deja venir a cambio de la ayuda de tu hermano y del dinero que has prometido. Pero no quiere esperar hasta medianoche.

La alegría inicial de Gwennor se disipó rápidamente.

—¡No podemos salir antes! O, mejor dicho, yo no puedo. Pero

Parry, sí. Si le pago a Rémoló lo que le he prometido, ¿se llevará a Parry? ¿Y cuidaréis de mi hermano y lo mantendréis a salvo? — se le quebró la voz al pensar que su hermano tendría que irse solo.

La anciana se acercó y le tocó la cara.

—Niña de mi alma, sabes que sí. Pero ¿salvarás a tu hermano del peligro y te quedarás tú?

Gwennor asintió con la cabeza.

—Lo mío no me importa, ya se me ocurrirá algo. Pero no puedo proteger a Parry de Nigel si se queda.

—Tienes corazón de lince, mi niña —dijo la anciana respetuosamente—. Eres así desde que te conocí, cuando todavía eras una niñita, valiente, fuerte y decidida. Ah, si fueras gitana, serías mi aprendiz. No creas que voy a dejar que te quedes con ese diablo. Ven al claro a medianoche. Mi nieto Davi... —señaló con la cabeza al muchacho que sujetaba a Luciérnaga junto al arroyo—, te esperará para llevarte hasta nosotros. Ahora, ve con Dios, chiquilla.

Gwennor le echó los brazos.

—¡Gracias, abuela!

Jacquinita la soltó, riendo suavemente.

—Te pondremos unas faldas y una blusa, brazaletes, pendientes y un pañuelo para que te cubras ese pelo negro. ¡Y qué gitana serás, niña mía!

Capítulo Tres

Tres semanas después, Gwennor dejó caer el último fardo de leña junto a la carreta de Jacquinita, se sacudió las manos y calculó que le quedaba aún media hora de luz para regresar al río, sacar agua y lavarse.

Regresó trotando al riachuelo junto al cual Rémoló había ordenado acampar esa misma tarde. Jacquinita le había prometido al jefe de los gitanos que su hermano y ella trabajarían, y trabajo tenían de sobra. Ella acarreaba agua, recogía leña y ayudaba a cocinar, y Parry ayudaba a los hombres a cazar y se ocupaba de los caballos. Por las noches, Gwen se encontraba tan cansada que se quedaba dormida en cuanto se metía entre sus mantas, en un rincón del carromato de Jacquinita.

Durante las largas jornadas de viaje, Jacquinita le enseñaba a leer la mano, a tirar los dados y a jugar a los diversos juegos de naipes con que los gitanos entretenían a la gente de los pueblos que se acercaba a su campamento. Varias noches había incluso bailado con las otras mujeres alrededor del fuego, al son de los violines que tocaban los hombres.

Su huida de Southford Manor había sido casi ridículamente fácil. Tras regresar de su entrevista con Rémoló, mientras Nigel dormía aún, entró en el despacho y sacó de la caja fuerte un saquito que contenía casi cuarenta guineas de oro. Durante la cena, explicó que Parry se había quedado en el establo atendiendo a sus animales, y su primo se limitó a encogerse de hombros y se mostró casi satisfecho al saber que todo estaba preparado para la llegada de lord Edgerton. Después de la cena, Gwennor lo dejó con su brandy y sus cigarros y pudo salir de la casa varias horas antes de lo previsto, para alegría de Davi, quien le informó de que Parry se había ido con el resto de la familia al anochecer, tal y como Rémoló había ordenado.

Al principio, Gwennor temió que su hermano se resistiera a dejar Southford. Pero, aunque le entristecía separarse de sus animales, Parry parecía comprender sin necesidad de que ella se lo explicara

que, con la llegada de su primo, la vida en Southford no podía continuar tal y como la conocían. De modo que se había limitado a preguntar dónde quería que fuera y se había mostrado entusiasmado al saber que viajarían con la caravana de gitanos.

Tras darle muchas vueltas, Gwennor había decidido no dejarle una nota a Jenny. Aunque no quería que su querida amiga se preocupara, le angustiaba lo que ocurriría si Nigel llegaba a sospechar que la doncella la había ayudado a escapar. De ese modo, la alarma y la preocupación de Jenny serían tan sinceras que el nuevo barón de Southford no sospecharía de ella.

Gwennor llegó al río e hizo rápidamente sus abluciones. Tiritando todavía, llenó dos cubos de agua para llevarlos al campamento. Esperaba que el estofado estuviera listo cuando llegara, pues estaba muerta de hambre y quería practicar los trucos de cartas que había aprendido antes de que cayera la noche.

Las cartas se le daban bastante bien, y ya no se ponía tan nerviosa como la primera noche que los gitanos recibieron a granjeros y vecinos curiosos en su campamento. Además, le gustaba llevar el pelo suelto, pensó mientras volvía a cubrírselo con el pañuelo de colores. Acostumbrada a vestidos largos y rectos que sólo se ceñían por la parte del pecho, al principio le había resultado chocante ponerse la escotada blusa de campesina y la larga falda que llevaban las gitanas, pero se encontraba ya tan cómoda con aquellas ropas como leyendo la buenaventura o tirando los triles, ocupaciones con las que les sacaba algún dinero a los jóvenes y crédulos granjeros.

El escaso tiempo que llevaba viviendo entre los gitanos le había hecho apreciar las comodidades de la vida en Southford Manor, pero hallaba también numerosos deleites en la vida sencilla de los gitanos, en su camaradería y en la estima con que trataban a Parry. Tan sólo había un aspecto de su aventura que la inquietaba, pensó mientras acarrea los cubos hacia la carreta de Jacquinita. Aunque nunca había experimentado la pasión, reconocía las miradas hambrientas de los curiosos que observaban a las muchachas gitanas decir la buenaventura o tirar los dados, miradas que se hacían más intensas

cada vez que las muchachas se ponían a bailar. Aquellas miradas lascivas le habían chocado al principio, cuando jugaba a las cartas o leía la palma de la mano a los granjeros, y a menudo la hacían sonrojarse bajo el pañuelo con el que se cubría la cara.

Pero, por más ardientes que fueran aquellas miradas, la mayoría de los visitantes no osaba poner la mano allí donde ponía los ojos. Rémoló no consentía el comercio carnal con las mujeres de su familia, y pocos se atrevían a despertar la ira de los gitanos que aguardaban, vigilantes, con las navajas sujetas a la cintura o a la caña de las botas. Pese a todo, Gwennor notaba que sus clientes consideraban a las gitanas simples mujerzuelas. Si la sociedad a la que ella pertenecía descubría alguna vez que había viajado en una caravana de gitanos, vistiendo ropas de cingara y leyendo la buenaventura a empleados y granjeros, toda la riqueza de Southford no bastaría para conseguirle un esposo respetable.

Por suerte, los visitantes con que se encontraban parecían aceptarla como la muchacha gitana que parecía, cosa por la que daba gracias al cielo todos los días. Después de la primera semana de viaje, su temor a ser descubierta se fue disipando, si bien cuando llegaban extraños al campamento seguía cubriéndose la cara con un pañuelo, a diferencia de las otras gitanas.

Regresó a la carreta de Jacquinita y dejó en el suelo los cubos cargados de agua. De la cazuela salía un olor delicioso. Jacquinita ya le había servido un buen cuenco de estofado.

—Come rápido, corazón —dijo la anciana—. Rémoló se ha ido al pueblo. Hemos acampado aquí otras veces y esta noche vendrá mucha gente a que le digamos la buenaventura y a jugar a las cartas —sonrió—. Tienes que ayudar a que se dejen los cuartos aquí cuando se vayan.

Gwennor sonrió y tomó el cuenco que le ofrecía la anciana.

—Haré lo que pueda —contestó.

—Me parece una pésima idea —le dijo a su hermano Gilen de Mowbry, vizconde de Saint Abrams, mientras el bullicioso grupo de

amigos se disponía a partir a caballo.

Alden de Mowbry sonrió.

—No seas aguafiestas, Gilen. Chase dice que los gitanos acampan aquí todos los años y que es muy divertido que le lean a uno el porvenir, o tirar los dados con esas muchachas tan guapas. Va medio pueblo, y también casi todos los sirvientes de lord DeLacey. Los hombres, por lo menos.

—Las mujeres tienen más sentido común —replicó Gilen—. Qué ocurrencia, visitar un campamento gitano...

—¡Vamos, Gilen! —insistió Alden—. Recuerda que dentro de nada te irás a Harrogate. Y allí no hay más que octogenarios y militares mediopensionistas. Será mejor que te diviertas un poco mientras todavía estés aquí.

—Puede que tengas razón —dijo Gilen con un suspiro—. No creo que sea muy divertido estar con Jeffrey, que no sólo tiene el corazón roto, sino que además tiene que atender a su abuelo enfermo.

Alden se estremeció.

—Suenas muy divertido. ¿Por qué vas? Quédate aquí un poco más. Entre el billar y las cartas, le has ganado a Chase casi quinientas libras. Estoy seguro de que el hijo de nuestro anfitrión estará encantado de ganarte parte de lo que ha perdido.

Gilen sonrió.

—Con lo torpe que es, seguramente perdería aún más. Y, además, debo ir a ver Jeffrey. Maldita sea esa señorita Battersley. Te aseguro, Alden, que no hay nada más pérfido que una mujer. Animar a Jeffrey a declararse, cuando desde el principio sólo quería que ese cretino del conde de Farleigh se pusiera celoso y le pidiera su mano...

—Sí, mira que abandonar al pobre Jeff, después de lo que hizo... Pero ya conoces a Jeffrey —añadió Alden—. Diez a uno a que, cuando llegues, ya se habrá enamorado de otra.

—¿De quién se va a enamorar en Harrogate?

Alden asintió con la cabeza.

— Eso es cierto. Sí, supongo que tienes que ir a animarlo un poco. Es tu mejor amigo desde Eton y todo eso. Razón de más —añadió, empujando a su hermano hacia la puerta— para que vengas con nosotros esta noche. Puede que alguna gitanilla te eche el ojo.

— ¿Para que luego su padre o su hermano me echen la navaja? No, gracias —contestó, riendo, Gilen mientras seguía a Alden. La casa de campo de los DeLacey estaba sólo a un día a caballo de Harrogate, pero Gilen había interrumpido su viaje con la excusa de pasar algún tiempo con su hermano antes de que Alden, Chase y sus condiscípulos regresaran a Oxford. Sabía que estaba demorando el momento de hallarse ante el semblante apesadumbrado de Jeffrey, cuya visión sólo conseguiría inflamar aún más su ira contra Davinia Battersley y las casamenteras en general.

Por suerte, Gilen, que no estaba listo aún para casarse, dedicaba sus atenciones a cortesananas que, a cambio de las elevadas sumas que les pagaba, se desvivían por complacerlo. Nada de fraudulentas muestras de afecto, ni de falsos suspiros. Tan sólo un intercambio apasionado que dejaba satisfechas a ambas partes. Y si las despedidas eran a veces un tanto tempestuosas, pensó al recordar los gritos de cierta encantadora pero temperamental cantante de ópera, ello ocurría muy de tarde en tarde.

Tal vez las gitanas fueran también francas en sus tratos, pensó mientras avanzaba montado sobre su inquieto caballo, detrás de los otros. A fin de cuentas, si uno quería malgastar el dinero escuchando a una muchacha bonita balbuciendo tonterías, era asunto suyo. En cualquier caso, observar aquel juego sería más divertido que la única alternativa que se le ofrecía: desafiarse a sí mismo en un solitario de billar mientras los demás se iban al campamento gitano.

Pese a todo, sus dudas acerca de la excursión se avivaron al llegar. Chase, Alden y sus amigos dejaron sus monturas al cuidado de unos gitanillos que las llevaron a un corral hecho de palitroques en el que había ya encerrados unos cuantos caballos. Pero Raven, su caballo, no soportaba estar encerrado con otras bestias.

Mientras consideraba qué podía hacer, un muchacho alto se

acercó a la cabeza de Raven y empezó a hacerle carantoñas al caballo. En lugar de bufar y enseñar los dientes, como esperaba Gilen, Raven se quedó quieto y observó al chico, que seguía hablándole con voz baja y cantarina. Al cabo de un rato, para sorpresa de Gilen, Raven relinchó suavemente y dejó que el muchacho le acariciara el aterciopelado hocico.

— Ahora vendrá conmigo, señor — dijo el chico.

— No le puedes poner con los otros — le advirtió Gilen mientras desmontaba.

— No lo haré — contestó el chico, y echó a andar sin agarrar la brida, todavía murmurando, y Raven lo siguió dócilmente. Gilen sacudió la cabeza, atónito, y se adentró en el campamento.

Las muchachas gitanas, vestidas de alegres colores, tiraban los dados, o barajaban las cartas, o pasaban los dedos sobre las palmas de los hombres que aguardaban, ansiosos. En medio del círculo formado por las carretas ardía una enorme hoguera, y en su borde permanecían en pie los gitanos, observándolo todo mientras uno de ellos tocaba un violín.

Gilen se fijó en la carreta más cercana a la hoguera, donde un grupo de gente rodeaba a una esbelta muchacha que, sentada en la carreta, les estaba repartiendo cartas a tres hombres. Un pañuelo color azafrán cubría su cara, salvo los ojos, y unas pulseras de plata brillaban en sus muñecas mientras daba las cartas.

— Apuesten, caballeros — dijo con voz suave la muchacha.

No sólo era su acento extrañamente distinto al del resto de los gitanos, sino que aquella mujer era la única que se cubría la cara con un velo. La curiosidad hizo acercarse a Gilen. Ella levantó la mirada un instante al sentirlo acercarse, y un destello de algo parecido al miedo iluminó sus ojos antes de que los fijara de nuevo en las cartas.

Gilen la observó detenidamente. Era quizá la muchacha más alta que había visto en el campamento, y esbelta como un junco. El chal de lana subrayaba sus pechos llenos y al mismo tiempo ocultaba su estrecha cintura. Ella alzó la mirada de nuevo, y Gilen se dio cuenta

con sobresalto de que sus ojos no eran marrones, sino de un extraño color violeta. Podía ser un efecto óptico causado por la luz de la hoguera, pero Gilen habría jurado que la parte de su pálida mejilla que se veía por encima del velo se había sonrojado.

Cuando sus miradas se encontraron, pareció agitarse entre ellos una extraña energía física. Los ojos de ella se agrandaron, sus manos se detuvieron sobre las cartas y, por un instante, se quedó completamente inmóvil. Luego bajó de nuevo los ojos. Gilen tomó aire bruscamente y sintió que su pulso se aceleraba.

Vio jugar aquella mano a la muchacha con ávido interés. Le gustaba ver los raudos movimientos de sus dedos al dejar las cartas y recoger las monedas, y escuchar el suave borboteo de su risa mientras charlaba en voz baja con los hombres. La luz de las estrellas relucía en las pulseras que llevaba. Ella se apartó de la frente un mechón que había escapado de la salvaje cabellera de rizos negros que sobresalía bajo su pañuelo y caía por su espalda.

Una densa cabellera en la que uno podía hundir las manos mientras estrechaba el cuerpo tentador de la muchacha, pensó Gilen, sintiendo una súbita oleada de deseo.

Cuando acabó la mano, Gilen se abrió paso entre la gente.

— La próxima partida es mía, muchacha.

Los jóvenes del pueblo que rodeaban a la gitana profirieron algunas débiles protestas, pero comenzaron a alejarse de mala gana al comprender por su atuendo y su forma de hablar que Gilen era un caballero de la nobleza. La gitana lo miró con enojo y luego se dirigió a los hombres.

— ¿Me abandonan, señores?

— Déjalos marchar, preciosa — dijo Gilen —. Sea lo que sea lo que te ofrecían, yo te doy el doble.

— Demasiado rico para mí — dijo uno de los muchachos mientras los otros, mirando de reojo a Gilen, asentían con desgana y se alejaban.

La muchacha exhaló un suspiro y sus pechos se hincharon suavemente bajo el chal. Gilen sintió deseos de quitarle el manto de lana para ver la piel desnuda de sus hombros y de su pecho.

—Si me priva de mis ganancias, señor —dijo ella—, mi amo me dará una paliza. El volvió a observar su rostro y deseó poder arrancarle el velo.

—Entonces, debo asegurarme de que tus ganancias sean cuantiosas —contestó Gilen—. ¿Jugamos a los cientos?

—Seguro que a su señoría ese juego se le da mejor que a mí. Jugemos mejor a los dados.

Gilen se sacó un puñado de monedas del bolsillo y las puso sobre el suelo de la carreta.

—Fija tú la apuesta, y pagaré.

Ella entrecerró los ojos mientras calculaba el valor de las monedas de oro y plata que rodaban por el suelo arañado de la carreta.

—El señor debe de estar borracho.

—Aún no, hechicera mía, pero me gustaría estarlo... del aguamiel de tus labios.

Ella levantó las cejas, sorprendida por su osadía.

—Señor, las abejas guardan el panal. Tenga cuidado, no vayan a picarle.

—Por morir en tus brazos, preciosa, merecería la pena sufrir el peor aguijonazo —replicó él con una sonrisa.

—Es usted un desvergonzado, milord —contestó ella.

Sorprendido porque al parecer ella hubiera entendido su alusión a Shakespeare, Gilen añadió:

—No, señora, sólo rindo homenaje a tu belleza.

—Preferiría que llenara de oro mi bolsa. Ahora, ¿juega o no?

—Oh, desde luego. Me encantaría... jugar.

Ella arqueó delicadamente una ceja.

—Aquí no jugamos a eso, milord. Pero puedo ofrecerles jugar a las cartas, o a los dados.

La muchacha no sólo era preciosa, sino también más lista que el hambre, concluyó Gilen con entusiasmo.

—¿No puedes decirme también el porvenir? —con una sonrisa, se quitó el guante de montar y le tendió la mano.

Deseaba sentir aquellos dedos trazando las filigranas de su palma desnuda. Ella lo miró sin responder, como si no supiera qué hacer. Gilen se sacó del bolsillo otro puñado de monedas y las dejó sobre las otras.

—Te daré todas éstas y muchas más por el bien que me prometas.

—Le diré lo que las estrellas hayan escrito en su mano, milord, pero nada más —contestó ella.

—Entonces, tendré que conformarme con eso... por ahora.

Gilen extendió de nuevo la mano, pero la dejó un poco apartada de ella para que la muchacha tuviera que acercarse al borde de la carreta. Ella vaciló y arrugó la frente, como si hubiera descubierto su estratagema.

Tan embelesado estaba Gilen mirándola, que se sobresaltó al sentir a alguien tras él.

Un gitano alto y fornido que tenía cierto aire de autoridad se acercó a ellos y recogió las monedas.

—Dile la buena ventura —le ordenó a la chica.

Ella bajó los ojos. Cuando el hombre se alejó, tomó de mala gana la mano de Gilen. Este sintió un delicioso estremecimiento al notar uno de sus dedos sobre la palma.

—Ésta es la línea de la cabeza, milord. Es larga y recta. Es usted un hombre muy capaz, nacido para hacer grandes cosas.

—Mi razón me dice que tú y yo juntos podríamos hacer grandes cosas —murmuró él.

Ella hizo caso omiso y continuó:

—Ésta es la línea de la vida, milord. También es profunda y derecha. Vivirá mucho tiempo, tendrá muchos hijos y verá crecer a sus nietos.

—Ven conmigo y comparte esa vida —sugirió él con una sonrisa, y ella dejó escapar un suspiro exasperado que hizo agitarse su velo.

—Y ésta —dijo, clavándole la uña—, es la línea del corazón. Conocerá a muchas mujeres...

—La única a la que deseo eres tú, princesa mía...

—A las que embrujará y atormentará —concluyó ella con aspereza, y apartó bruscamente la mano de Gilen.

—¿No puedes decirme nada más, Dalila mía? —preguntó él—. Seguro que sabes más.

Antes de que ella pudiera contestar, el gemido melancólico de varios violines llenó la noche, seguido por el repiqueteo de los brazaletes y los vítores de la multitud. Las otras gitanas se habían reunido junto al fuego y se habían puesto a bailar. Gilen agarró la mano de la muchacha.

—Baila para mí.

Ella retrocedió.

—No, señor. Yo juego a las cartas y a los dados. Pero no bailo.

Él la soltó, se sacó una bolsa del bolsillo y la arrojó sobre la carreta.

—Todo esto y más será tuyo si bailas sólo para mí.

—No puedo, señor...

De pronto, el jefe de los gitanos apareció de nuevo tras ellos y, dando un solo paso, se apoderó de la bolsa.

—Baila —ordenó a la muchacha.

Ella tragó saliva, pero la mirada del gitano no vaciló. La muchacha asintió al fin con la cabeza, y el hombre se alejó. Ella se

bajó de un salto de la carreta y dio un paso hacia las otras mujeres. Gilen la agarró del brazo.

— Espera — dijo con suavidad — . Baila aquí. Sólo para mí.

Ella le sostuvo la mirada un momento. Luego se apartó de él y empezó a bailar. Alzó los brazos por encima de la cabeza y, arqueándolos, comenzó a girar, a contonearse y a inclinarse al ritmo frenético de los violines, entre el clamor de las palmas de la multitud. El chal se le deslizó por los hombros y cayó al suelo. Gilen contuvo el aliento cuando, con los ojos cerrados y los pechos apretados contra la blusa de algodón, la muchacha pareció fundirse con el apasionado ritmo de la música. Apenas oía los rugidos y los vítores de los hombres, o el tintineo de las monedas que éstos arrojaban a las gitanas junto al fuego. Todo su ser estaba concentrado en la bella muchacha de ojos violetas que bailaba para él.

La música cesó al fin. La gitana concluyó su baile con un escorzo y los brazos extendidos, el cuello arqueado y la cabeza hacia atrás. Sin pararse a pensar en lo que hacía, Gilen la estrechó entre sus brazos, apartó el fino velo y la besó. Ella se quedó paralizada un instante y luego le golpeó el pecho con los puños cerrados. Pero al cabo de un instante pareció flaquear y, tambaleándose, cedió por fin a la insistente presión de los labios de Gilen.

Este sintió una oleada de gozo al sentir que ella dejaba escapar un gemido y clavaba los dedos en sus hombros. La estrechó aún más entre sus brazos, ansioso por saborear su lengua, pero de pronto sintió un fuerte empujón en el hombro y tuvo que soltarla. Antes de que pudiera recuperar el equilibrio, unos brazos fuertes lo atenuaron y lo apartaron de un tirón de la muchacha.

— ¡Eso está prohibido! — le gritó a la cara el jefe de los gitanos, enfurecido.

Gilen se tambaleó un poco y luego se irguió. La ráfaga de aire fresco que ocupó el vacío dejado por el cuerpo ardiente de la muchacha y la furia del hombre que tenía ante sí enfriaron al fin su cabeza. De pronto, se dio cuenta de dónde estaba. La muchacha seguía allí, de pie, sujetando con mano temblorosa el velo que le

cubría la cara. Por un instante, Gilen pensó que el jefe de los gitanos iba a pegarle. Pero el hombre pareció decidir que pegar a un aristócrata no podía causarle más que problemas y retrocedió.

— ¡Vete! —le gritó a Gilen, señalando con la mano hacia el campo—. ¡Idos todos! —señaló de nuevo, abarcando esta vez a todo el gentío—. Se acabó por esta noche.

A una seña suya, las gitanas entraron en las carretas. Unos cuantos gitanos de gesto desabrido avanzaron con las manos apoyadas sobre las navajas que llevaban a la cintura. Los hombres reunidos en torno a la hoguera retrocedieron hacia el corral de los caballos. Cuando Gilen se apartó del jefe para mirar por última vez a la muchacha, ésta ya se había ido. Gilen volvió a mirar al jefe de los gitanos, que seguía allí plantado, con los brazos cruzados sobre el pecho, observándolo con expresión amenazante. Estaba claro que se había pasado de la raya. Gilen se inclinó en una profunda reverencia, dio media vuelta y se alejó junto a los otros.

— Bien hecho, hermano —le dijo Alden cuando se reunió con sus compañeros.

— Lamento que la velada haya acabado antes de lo previsto por mi culpa —contestó Gilen, conmovido todavía por la intensidad de las emociones que acababa de experimentar.

— Estaba a punto de acabar, de todos modos —dijo Chase—. Siempre acaba con el baile de las muchachas. Aunque debo decir que es una suerte que tengas tan buena planta. Si algún granjero se hubiera atrevido a tocar a una de sus mujeres, ese demonio lo habría derribado de un puñetazo y le habría sacado los ojos.

— Tenías razón, Gilen —dijo Alden con una sonrisa—. Has estado a punto de acabar con la navaja de un gitano en las costillas.

Aunque había regresado con Alden y sus amigos para acabar la noche jugando a las cartas, cuando subió a acostarse Gilen seguía pensando en la gitana. Con un cuerpo tan delicioso y un ingenio tan agudo, qué gran amante sería. La sangre le ardía al pensarlo. Habría dado cualquier cosa por hacerla suya. Tal vez debiera regresar al

campamento por la mañana e intentar llegar a un acuerdo con el jefe de los gitanos. Dada la fuerza de la atracción que había surgido entre ellos, confirmada más allá de toda duda por el beso de la muchacha, estaba seguro de que, si el jefe daba su permiso, la gitana aceptaría de buen grado su ofrecimiento.

Luego recordó que ella le había dicho que el jefe le daría una paliza si él le espantaba a los clientes. ¿Y si aquel hombre había pegado a la muchacha por la pérdida de ganancias que había supuesto el fin prematuro de la velada?

Gilen sentía remordimientos. ¿Y si el jefe castigaba a la chica por su culpa? La sola idea lo ponía enfermo.

Se incorporó en la cama, pero enseguida comprendió que no podía hacer nada más esa noche. Al día siguiente, al rayar el alba, iría al campamento para disculparse ante el jefe de los gitanos y ofrecerle más oro.

Pese a haber tomado una decisión, le costó conciliar el sueño y, cuando al fin consiguió adormecerse, su descanso se vio turbado alternativamente por ardientes sueños en los que una bella mujer de caballo negro se retorció bajo él, y horribles imágenes en las que la misma mujer se retorció bajo el látigo. Se despertó temprano y cansado, atenazado por una mezcla de ansiedad y deseo.

Se afeitó, se vistió a toda prisa y, tras apurar una jarra de cerveza que le llevó su asombrado ayuda de cámara, se dirigió al establo. El mozo soñoliento lo miró con extrañeza mientras ensillaba a Raven.

El caballo partió al galope. Gilen sintió que la galopada le levantaba el ánimo. Al fin, al doblar el último recodo del camino, refrenó a Raven y salió al claro donde los gitanillos habían guardado a los caballos. Pero en el lugar en el que la noche anterior se levantaba un semicírculo de carromatos, con una hoguera en el centro, quedaba sólo un montón de brasas humeantes. La consternación golpeó a Gilen como un puñetazo en el pecho.

Durante la noche que había pasado soñando con la muchacha de los ojos violetas, los gitanos se habían ido.

Capítulo Cuatro

Al día siguiente, a la hora en que pasaba el coche de postas, Davi llevó a Gwennor y a Parry, vestidos con sus propias ropas, a las afueras de Harrogate. Encontraron un coche de alquiler que los llevó a casa de lady Alice y, tras identificarse ante Mercer, el mayordomo, fueron conducidos a un saloncito donde debían esperar a su tía, quien, tal y como les informó con cierto recelo el mayordomo, no había salido aún de su alcoba.

Aunque hacía más de diez años que Gwennor no visitaba Harrogate, al parecer la cocinera de lady Alice se acordaba de ella, pues un rato después el mayordomo regresó llevando una bandeja cargada de cosas.

—Discúlpeme por no haberla reconocido antes, señorita Southford —dijo Mercer mientras les servía el té—. Ha cambiado usted tanto que no la he relacionado con la niña que venía con su señora madre. La cocinera me lo recordó, y se acordó también de que le gustaban mucho sus tartas de mermelada. Permítanme ofrecerles una recién salida del horno.

Gwen, que sabía que a su tía le costaba levantarse, temía que se pasaran toda la mañana esperando en el salón. Sin embargo, la noticia de que la sobrina de su señora había aparecido inesperadamente en la puerta, pareció decidir al servicio a despertar a lady Alice, pues poco más de una hora después de que acabaran el desayuno, Mercer regresó para conducirlos ante su tía.

Gwen contuvo el aliento cuando entraron en el cuartito de estar de lady Alice. Si se había equivocado y aquella dama se negaba a darles cobijo, su situación sería sumamente complicada, pues no podía tener esperanzas de atraer a un pretendiente respetable sin el respaldo de su familia, y el escaso dinero que tenía serviría para permitirles vivir un par de meses a lo sumo. Aunque la dama reclinada sobre el sofá de brocado, cubierta con un fino chal, estaba algo más gorda y envejecida de lo que Gwen recordaba, su cálida sonrisa y el tono alegre de su voz eran tan acogedores como Gwen

esperaba.

—¡Mi querida Gwennor! —exclamó lady Alice—. ¡Qué maravillosa sorpresa! ¡Y también ha venido Parry! —le tendió las manos al muchacho—. Vamos, no seas tímido. La última vez que estuviste aquí, siempre me estabas abrazando —un poco aturdida por la alegría, Gwen urgió a Parry a acercarse. Después de abrazar a sus sobrinos, lady Alice les indicó los sillones que había junto al sofá—. Ahora, sentaos y contádmelo todo.

—Lamento no haberte enviado una nota, tía Alice —dijo Gwen, tomando asiento—. Nuestra partida fue... algo precipitada.

—Ahora que Nigel Hartwell se ha apoderado de Southford, no me extraña en absoluto —dijo lady Alice con desagrado—. ¡Qué hombre tan detestable! Oh, pero debéis perdonarme. Todavía no os he dado el pésame por la muerte de vuestro padre. Oh, Gwen, cuánto lo siento. Sé lo unida que estabas a tu padre —lady Alice le tendió la mano. Gwen se la estrechó y sintió un nudo en la garganta.

—Gracias.

—Así que, ¿Nigel te ha mandado a pasar una temporada conmigo? ¡Faltaría más! Debería haberte mandado a Londres, pero seguramente ese mezquino habrá pensado que salía más barato mandarte aquí. Nuestras pequeña reuniones no pueden compararse en cantidad con las de la capital, pero en mi opinión la calidad de los residentes está a la altura de lo que pueda encontrarse en la gran ciudad. Sin embargo, si mis recursos no fueran tan limitados, insistiría en que nos fuéramos a pasar la temporada a Londres. Porque, ahora que tu querido padre no está aquí para protegerte, supongo que estarás buscando marido, ¿no es cierto? Ah, pero sea cual sea la razón de vuestra visita, estoy encantada de tenerte aquí... y a Parry también, desde luego, mi querido muchacho. Precisamente el otro día le dije a mi buen amigo el coronel Haversham lo aburrida y sola que me encontraba últimamente... ¡y ahora aquí estáis!

Mientras su tía parloteaba, Gwen se puso a pensar si podía contarle las circunstancias de su huida, y llegó a la conclusión de que lo mejor sería ofrecerle una versión cuidadosamente retocada que la

pusiera sobre aviso de la posible ira de su primo y al mismo tiempo omitiera los detalles de su viaje. Así que, cuando su tía se detuvo para recobrar el aliento, Gwen dijo:

— Aunque tienes razón en que el primo Nigel estaba deseando librarse de mí, tía, no... no es él quien nos manda. En realidad, Nigel estaba planeando casarme con el barón de Edgerton esta misma semana.

— ¿Tan poco tiempo después de la muerte de tu querido padre... y sin permitirte siquiera hacerte el traje de novia? — dijo su tía, escandalizada —. ¡Y con Edgerton, nada menos! Pero si ese hombre te dobla la edad, y, además, no puede decirse que sea un caballero distinguido. Ese hombre no es marido para una jovencita tan encantadora como tú. Ese Nigel siempre me ha parecido un monstruo sin escrúpulos, y así se lo dije muchas veces a tu querida madrastra.

Gwen sonrió.

— Yo pienso lo mismo, por eso Parry y yo decidimos... marcharnos con cierta prisa. Para decirlo de una vez por todas, nos escapamos. Supongo que Nigel estará furioso conmigo por haber desafiado su autoridad. Aunque soy mayor de edad y no tiene poder legal sobre mí, puede que esté tan enfadado que nos persiga e intente hacerme regresar por la fuerza. Así que..., si no quieres inmiscuirte en este asunto, lo entenderé, tía Alice.

— ¿Hacerte regresar por la fuerza? — dijo lady Alice con cierto nerviosismo —. ¿Crees que sería capaz?

— Confío en que, cuando se aplaque su ira, la distancia y el gasto de venir en mi busca lo persuadan de que es preferible dejarme a tu cuidado.

— Sin duda tienes razón — contestó lady Alice, más animada —. Sería lo más sensato. En cualquier caso, no soy tan insensible como para enviaros de vuelta con ese desgraciado. Podéis quedaros aquí todo el tiempo que queráis.

Gwen se inclinó para darle un abrazo.

—Gracias, querida tía Alice. Eres muy valiente.

—Está claro que entiendo mejor que Nigel el deber que tengo para con una joven de mi propia familia. ¡Edgerton, nada menos! — repitió lady Alice, estremeciéndose —. Hasta en Harrogate sería capaz de encontrarte mejor pretendiente que ése.

—Eso espero. Pero he traigo algún dinero, así que confío en que no seamos una carga para ti.

—Tonterías. Serás mi invitada. Y el querido Parry también, desde luego. Qué muchacho tan encantador.

Parry, que parecía ensimismado, se irguió al oír su nombre y le dedicó a su tía una dulce sonrisa.

—Te he traído un regalo, tía Alice —rebuscó en su bolsillo y sacó una piedra suave de color claro—. La he pulido hasta que ha quedado redonda y bonita.

—¡Vaya, es preciosa! Gracias, Parry. Mira, Gwennor. Creo que la haré engarzar para hacerme un colgante.

—Me parece que es cuarzo rosa, tía Alice —dijo Gwen.

—La encontré en el camino. Rémoló me enseñó a darle forma —dijo Parry.

—Con un engaste bonito, irá perfectamente con ese vestido, tía —se apresuró a añadir Gwen—. ¿Te importaría que Parry fuera a visitar los establos? Echa de menos sus animales, y le prometí que le dejaría ver los caballos.

Por suerte, lady Alice no pareció darle importancia al comentario de Parry sobre Rémoló.

—Lo que quiera mi querido muchacho —contestó—. Tal vez puedas echarle una mano a mi mozo —dijo, volviéndose hacia Parry—. A uno de los caballos del carruaje se le metió una piedrecita en el casco y puede que esté herido. Tu madre estaba muy orgullosa de tu don para sanar.

Parry pareció animarse al instante.

— ¿Puedo irme ya, tía Alice?

— Claro, querido niño — Parry hizo una reverencia y salió apresuradamente de la habitación—. Me alegro de que se te haya ocurrido mandar a Parry al establo, Gwennor. Así podremos charlar en privado de tu porvenir... y del suyo. ¿Qué va a ser de él, ahora que Nigel gobierna Southford?

— Nigel pretendía encerrarlo en el desván — dijo Gwen, sin molestarse en disimular su indignación. Al oír la exclamación escandalizada de su tía, continuó—. Por eso nos marchamos con tanta prisa. Yo podría haber aceptado a Edgerton por marido si hubiera estado dispuesto a darle un hogar a Parry, pero el primo Nigel me dejó bien claro que el barón sentía tanta repugnancia por mi hermano como él mismo. Pienso quedarme con Parry para siempre, tía Alice. Aparte de ese requisito innegociable, no soy muy exigente respecto a las cualidades de mi futuro esposo. Sólo pido un hombre decente y amable que aprecie a Parry y no se avergüence de él ni se sienta incómodo a su lado. ¿Crees que podré encontrar un hombre semejante?

— No veo por qué no. A mí, Parry me parece perfectamente normal. De hecho, si pudiéramos persuadir a Nigel, ¿no crees que Parry podría vivir en una casita propia?

— Es un poco... complicado — contestó Gwen con el ceño fruncido—. A veces su intelecto no parece en absoluto afectado por el accidente. Pero es como si la coz de ese caballo hubiera dañado en él el vínculo mental entre el presente, el pasado y el futuro. No se le puede decir por la mañana que haga algo a mediodía, porque a mediodía ya no se acuerda de lo que le has dicho, y tampoco es capaz de planear lo que tiene que hacer al día siguiente. Puede hacer tareas bastante complicadas de manera instintiva, pero si se le da una lista de quehaceres que ha de cumplir o una larga serie de cifras que sumar, pierde la cuenta a medio camino, y se pone muy nervioso.

Lady Alice se encogió de hombros.

— A mí sumar una larga serie de cifras me causa el mismo efecto.

—Comprenderás lo difícil que le resultaría mantener su propia casa, y es tan inocente que, si una persona malintencionada entrara a su servicio, podría robarle hasta el último chelín o hacerle algún daño sin que él lo sospechara siquiera. A veces se da cuenta de que... le pasa algo, lo cual lo alarma y lo preocupa, y necesita que alguien en quien confíe lo tranquilice. Y, lo que es más importante, yo lo quiero y deseo que viva conmigo.

Lady Alice le dio una palmadita en la mano.

—Qué buena hermana has sido para él, aunque no seáis de la misma sangre.

—Nosotras tampoco somos de la misma sangre, pero ¿me ayudarás de todos modos? Ya sabes cuánto he confiado en tu sabiduría y en tus consejos desde que murió mi madrastra.

—Por supuesto que te ayudaré. Eres una joven muy bonita y sagaz, Gwennor, y de una excelente familia, además. No me cabe ninguna duda de que podremos encontrarte un pretendiente adecuado... o incluso varios. Dios mío, tener otra vez jóvenes apuestos rondando por la casa y trayendo flores... ¡Y las compras...! Vestidos nuevos, sombreros y manguitos... ¡Oh, será una delicia! Empezaré a hacer una lista de candidatos enseguida.

—Gracias, tía Alice. Te estaré siempre agradecida.

—Tonterías, niña —contestó lady Alice—. Soy yo quien ha de estarte agradecida por haberme sacado de mi aburrimiento.

Tras hacer discretamente algunas pesquisas entre el servicio, las cuales confirmaron sus sospechas acerca de la situación financiera de lady Alice, Gwen resolvió no ser una carga para la economía doméstica de su tía. Así pues, tras negarse tajantemente a que lady Alice le comprase un nuevo vestuario, se vio obligada a gastar parte de sus magros recursos en adquirir algunas prendas que su tía consideraba imprescindibles para que una señorita se presentara en sociedad.

Pese a todo, cuando una semana después salió de su carruaje y se encaminó del brazo de su tía hacia el balneario, tuvo que admitir que

enfrentarse al mundo con un elegante vestido de seda negra y el pelo recogido en un moño hecho por Tilly, la habilidosa doncella de su tía, confería, ciertamente, una buena dosis de aplomo.

—El coronel Haversham ya estará esperando —le dijo lady Alice—. Le he pedido, muy discretamente, claro, que reúna a su alrededor a todos los caballeros de los que hemos hablado. Como, por ejemplo, su amigo el coronel Howard... —se detuvo y miró a Gwen.

—Un oficial del ejército que regresó de la India para recuperar su quebrantada salud, viudo, de unos cuarenta años y medianos ingresos —recitó Gwen, repitiendo lo que le había dicho su tía—. Le gustan los perros y el billar.

—Muy bien —lady Alice asintió con la cabeza—. Y lord Sandstone...

—También viudo, alto, delgado, padece gota, pero, pese a las molestias de la enfermedad, conserva un carácter dulce. Es aficionado a la pesca y la jardinería.

—El señor Philips...

—Hijo menor de un conde, un poco engreído, pero amable. Mantiene una hermosa casa en la ciudad entre visita y visita a las tierras de su padre.

—¡Y todavía está en la treintena! —exclamó lady Alice.

—Eso no hay que olvidarlo —Gwen se echó a reír al pensar que el más joven de sus posibles pretendientes tenía casi diez años más que ella. Giró un momento la cabeza para mirar a lady Alice... y chocó con un hombre que acababa de abrir la puerta por la que se disponían a entrar. Se tambaleó hacia los lados y empezó a agitar los brazos para no caerse de bruces sobre las baldosas de la entrada principal del balneario.

—¡Gwen! ¿Estás bien?

Antes de que pudiera contestar a su tía, unas manos fuertes la agarraron desde atrás y la sujetaron con fuerza.

—Le ruego me disculpe, señorita —dijo, contrita, una profunda

voz masculina—. Espero que no se haya hecho daño.

—Yo... no, no me he hecho daño, gracias, señor —dijo, y se dio la vuelta para mirar al caballero, quien, tras asegurarse de que había recuperado el equilibrio, la soltó.

Gwen levantó la mirada y vio unos ojos de color verde claro engastados en un rostro lo bastante atractivo como para que el corazón le diera un pequeño vuelco. Los labios firmes y viriles del desconocido se curvaron en una leve sonrisa que desveló dos encantadores hoyuelos.

—Menos mal. Estaba abriendo la puerta para que entrara la silla de mi abuelo, y no las he visto. Permítame acompañarla dentro antes de que algún otro patán intente atropellarla —se inclinó en una reverencia—. Lady Alice Winnerly, ¿verdad? Creo que conoce usted a mi abuelo, lord Masterson. Por favor, permítanme acompañarlas dentro.

—¿En qué lío te has metido ahora, chico? —preguntó una voz agria cuando entraron.

El caballero se acercó apresuradamente a un anciano enjuto que iba en silla de ruedas, envuelto en varias batas.

—Me temo que he estado a punto de arrollar a estas damas, abuelo.

—¿Lord Masterson! —exclamó lady Alice con una sonrisa—. Parece usted muy recuperado. Creo que las aguas le están sentando bien, o puede que sea la presencia vivificante de su nieto, el señor...

—¿Se refiere usted a este asno? —dijo el anciano, señalando con la barbilla al joven—. Mi nieto, Jeffrey Masterson, sólo ha venido a dorarme la píldora con la esperanza de que le deje algún dinero cuando me muera..., pero es bastante divertido, así que puede que lo haga —dijo, desoyendo la protesta estrangulada del joven—. Y las aguas son tan desagradables como siempre, señora mía. Le sugiero que las evite. Llévame a casa, Jeffrey. Estos viejos huesos están deseando tumbarse en su cama.

El azoramiento del joven pareció convertirse de pronto en

preocupación.

—Enseguida, abuelo. Lady Alice, ¿se quedará usted en el balneario? —cuando ella asintió con la cabeza, añadió—. Entonces, permítame que, tras dejar a mi abuelo en casa, regrese a presentarles de nuevo mis disculpas a usted y a su encantadora acompañante. Señoras —Jeffrey Masterson hizo una reverencia y se alejó empujando la silla de su abuelo. Lady Alice los observó un momento con ojos brillantes.

—¡Qué encuentro tan afortunado! Había oído decir que el nieto de lord Masterson estaba de visita, pero aún no había tenido ocasión de conocerlo. Es tan atractivo, ¡y tan joven...! Ese caballero posee una inmensa fortuna por parte de su madre, y dicen que no tiene necesidad alguna del dinero de su abuelo. ¿No es de lo más encantador?

—En efecto, tía Alice —contestó Gwen, impresionada, a pesar de que se resistía a dar pábulos a las ilusiones que sin duda se estaba haciendo su tía—. Si no está interesado en la herencia, el hecho de que venga a visitar a su abuelo habla muy bien de él —sobre todo, tratándose de un hombre tan irascible como daba la impresión de ser lord Masterson.

«Tonta», se dijo, sofocando una punzada de esperanza mientras entraban en el salón del balneario. El hecho de que Jeffrey Masterson pareciera poseer la bondad de carácter que podía llevarlo a aceptar a Parry no significaba que fuera a cortejarla. Le convenía no hacerse demasiadas ilusiones y conformarse con un caballero afable, entrado en años y deseoso de la ayuda de una joven trabajadora y bien dispuesta, como había imaginado al principio.

Quizá de ese modo lograra disipar el recuerdo turbador del caballero alto y rubio que la había besado en el campamento gitano, y cuyo hermoso rostro y anchos hombros habían causado en ella una respuesta inmediata y visceral. El solo recuerdo de aquel beso volvía a encender dentro de ella un anhelo que, en los estrechos márgenes de su existencia anterior, le parecía inimaginable. Aquel beso, distinto a cuanto había conocido antes, había encauzado en un

instante las vagas ansias que a menudo se agitaban dentro de ella, convirtiéndolas en un deseo irresistible y arrollador.

Tenía que reconocer, por más que le pesara, que había disfrutado bailando para aquel hombre. Semejante comportamiento tenía que haberse originado en una profunda vena de carnalidad de la que hasta entonces no había sido consciente. Todo aquel suceso era vergonzoso y, al mismo tiempo, sorprendente y maravilloso.

Sin embargo, si quería acordar un matrimonio ventajoso, le convenía guardar de nuevo aquellos anhelos en la caja de Pandora de la que habían salido. Por más que protestara su cuerpo, debía poner sus miras en un caballero serio y formal, y posiblemente mucho mayor que ella... o en un joven de buena posición como el señor Masterson, que sin duda esperaba una conducta virtuosa de su futura esposa y no tendría deseo alguno de provocar en ella una respuesta tan intensa, embriagadora e incontrolable como aquélla.

Capítulo Cinco

—Ah, ya veo al coronel Haversham. ¡Y está con el coronel Howard! —exclamó lady Alice. Gwennor vio, sobresaltada, que su tía Alice saludaba a dos caballeros situados al otro lado del salón—. ¡Excelente! —dijo su tía cuando los caballeros se dirigieron hacia ellas—. Ya hemos visto a dos posibles pretendientes esta mañana, y es el primer día.

La ilusión de Gwen por conocer a uno de sus posibles pretendientes se disipó en cuanto los dos hombres se acercaron a ellas y vio las arrugas de sufrimiento y el rostro enflaquecido del coronel Howard. En cuanto se hubieron hecho las presentaciones y después de que lady Alice sugiriera ir en busca de un vasito de agua medicinal, Gwennor intentó que el coronel Howard, que parecía bastante tímido y apocado para ser militar, se sintiera más a gusto.

—Mi primo, el mayor Harry Hartwell, estuvo en la India antes de ser destinado a la península —dijo, tomando del brazo al coronel—, y nos escribió diciendo que había allí numerosas enfermedades que mortificaban a los ingleses. ¿Conoció usted por casualidad a mi primo, coronel?

—¿Harry es su primo? Un excelente muchacho, lleno de entusiasmo, además de un jinete ejemplar y un gran tirador. Me temo que tenía razón. En la India hay muchas enfermedades, a cada cual peor, como puede atestiguar mi lastimosa figura. Estoy seguro de que Wellington se alegrará de contar con su primo en España —el coronel hizo una mueca—. No sabe usted cuánto me molesta verme obligado a permanecer aquí, tan lejos de la acción, sabiendo la importancia de lo que se cuece en la península.

Llegaron al estanque, donde un surtidor arrojaba un continuo chorro de agua templada procedente de un manantial situado bajo el edificio del balneario.

—La tía Alice dice que últimamente se encuentra usted mucho mejor —dijo Gwennor mientras llenaban dos vasos de agua—. Quizá dentro de poco pueda reincorporarse a su unidad.

—Ojalá tenga usted razón. Si pudiera librarme de esta maldita fiebre... —suspiró y se volvió hacia ella—. Dicen que es malaria. Pero una dama tan joven y encantadora no querrá oír hablar de píldoras y medicamentos. Y tampoco resulta reconfortante para el orgullo de un hombre demostrar hasta qué punto ha sido derrotado por su propia constitución.

Gwen se compadeció un poco más del coronel mientras se acercaban a su tía. Sabía, por haber observado la dura batalla de su padre con la enfermedad, que el amor propio de un hombre derivaba en buena medida de su conciencia de dominar las responsabilidades que tenía a su cargo. Para un militar acostumbrado a dar órdenes, debía de ser especialmente amargo verse apartado de su puesto por causa de su salud. Tal vez el coronel Howard pudiera, precisamente por ello, entender y tolerar la dolencia de su hermano.

—Supongo que una enfermedad hace tan pocos distinguos como una bala en la batalla, y es igual de inevitable —comentó.

El coronel la miró con sorpresa.

—Nunca lo había pensado desde ese punto de vista, pero me parece que tiene usted razón —su mirada reflexiva se posó un instante en el rostro de Gwennor—. Es usted una joven muy inteligente.

Ella se sonrojó un poco.

—Sólo práctica, me temo.

—Tan encantadora como práctica, entonces. Aunque tengo entendido que está usted de luto, me alegra ver que no tiene intención de rehuir las reuniones sociales. Yo no he asistido nunca al baile local, pero me han dicho que es muy agradable. ¿Piensan asistir su tía y usted el próximo viernes?

—Tendré que preguntárselo a mi tía, pero imagino que sí.

—Bien. Entonces, debe usted reservarme un baile. O, al menos, prometerme que dará usted un paseo conmigo por el salón.

Antes de que ella pudiera contestar, llegaron junto a su tía y se

pusieron a hablar sobre las virtudes salutíferas del agua. Mientras el coronel Haversham y lady Alice apuraban sus vasos, el señor Masterson volvió a entrar en el salón, escudriñó la habitación hasta encontrarlos y se acercó sonriendo. Gwennor notó que el coronel Howard se envaraba de pronto.

—Al coronel Haversham y al coronel Howard ya los conozco, lady Alice —dijo el señor Masterson—, pero ¿me haría usted el favor de presentarme a su encantadora acompañante?

Hechas las presentaciones, el señor Masterson se apresuró a pedirle permiso a lady Alice para dar una vuelta por el salón con su sobrina. La sonrisa de lady Alice se hizo más amplia, si cabía, y, concedido el permiso, Gwennor se alejó del brazo de Jeffrey Masterson.

—¿Qué la trae por la ciudad? —preguntó el señor Masterson—. Salta a la vista, por el color sonrosado de sus mejillas, que no le hace falta tomar las aguas. ¿Ha venido a visitar a su tía?

—S-sí. Pero, aunque ver a mi tía siempre es un placer, como verá usted por mi atuendo he perdido hace poco a mi padre, y dado que un primo mío se ha hecho cargo de mi antiguo hogar, me apetecía... cambiar de aires.

—Le doy mi más sentido pésame.

Ella inclinó la cabeza un instante y procuró no pensar en la muerte de su padre.

—Tengo entendido que está cuidando usted de su abuelo enfermo. Qué amable de su parte abandonar los atractivos de Londres para socorrer a un familiar enfermo.

Él esbozó una sonrisa.

—Aunque me gustaría poder alardear de tan nobles propósitos, la honestidad me obliga a confesarle que, pese a que estaba preocupado por el reciente empeoramiento de la salud de mi abuelo, tenía... otras razones para abandonar Londres —su sonrisa se disipó—. Yo también he sufrido recientemente un... desengaño, y necesitaba cambiar de aires —sacudió la cabeza y volvió a sonreír—.

Pero basta de eso. ¿Le permite su luto asistir al baile y al teatro?

—Espero que podamos asistir a ambas cosas.

—¿Me permite ir a visitarla mañana? Tal vez podamos organizar una velada teatral —sus claros ojos verdes la miraron seductoramente.

Gwennor sintió un estremecimiento de emoción y, sofocándolo, contestó: —Me gustaría muchísimo.

Gwen volvió a ver al señor Masterson antes de lo que esperaba. Al día siguiente, temprano, mientras Parry y ella daban su paseo matutino, se lo encontraron junto al parque, montado en un hermoso caballo alazán. Al verlos, él tiró de las riendas, desmontó y se acercó a ellos.

Gwennor vio con satisfacción que parecía aliviado cuando le presentó a Parry como a su hermano. Parry, por su parte, estaba más interesado en el caballo.

—Qué bonito animal, señor Masterson.

—No hemos... podido traer nuestros caballos con nosotros —dijo Gwennor—, y todavía no hemos tenido tiempo de alquilar ninguno. Y aunque caminar es agradable, echamos de menos nuestro paseo a caballo por las mañanas.

—Me temo que Vulcano es demasiado impetuoso para una dama, pero, hasta que disponga de otra montura, se lo prestaré encantado, señor Wakefield —se apresuró a contestar el señor Masterson—. Aunque he de advertirle que no le gustan los extraños. Por eso salgo temprano, antes de que las calles se llenen de... —se interrumpió, sorprendido, al ver que Parry se acercaba al caballo murmurando suavemente. Vulcano aguzó las orejas y estiró la cabeza para husmear la mano extendida del joven—. ¡Vaya, es asombroso! —exclamó el señor Masterson—. Le aseguro que nunca lo había visto reaccionar así. Todavía muerde a mi mozo si se le acerca por sorpresa.

—Parry tiene un don especial para los animales —contestó Gwen.

Su hermano se volvió hacia ellos, como si de pronto recordara algo.

—¿Podemos regresar a los establos, Gwen? Quiero enseñarte lo que he encontrado.

—Todavía no —dijo Gwen—. Mi hermano tiene también un don especial para encontrar criaturas perdidas y heridas allá donde va. En Southford, teníamos un auténtico zoo lleno de conejos, cervatillos, patos y hasta lobos que encontraba por el campo y a los que curaba antes de dejarlos libres otra vez.

—Tengo que ayudarlos, Gwen —dijo Parry.

—Claro que sí —dijo ella—. ¿De qué se trata ahora?

—Sólo de un gatito. Ven a verlo. Es casi del mismo color que buscaba papá para nuestros conejos.

—Mi padre estaba intentando crear una raza más resistente de conejo doméstico —le explicó Gwen al señor Masterson—. Parry dirigía los experimentos de cría.

—Entonces, debemos ir a ver lo que ha encontrado, ¿no le parece?

Conmovida por su reacción, Gwen intentó averiguar algo más sobre su posible pretendiente mientras caminaban de regreso a casa de lady Alice.

—¿Cómo ocupa su tiempo cuando su abuelo está descansando, señor Masterson? Imagino que aquí hay pocos entretenimientos para un caballero acostumbrado a la vida de Londres. Aunque, según dice mi tía, hay una excelente biblioteca de préstamo.

El señor Masterson se echó a reír.

—Una afirmación cuya verdad no es probable que yo llegue a constatar. He de confesar que soy poco aficionado a los estudios, y las obras literarias, más que divertirme, me dan sueño. De no haber sido por mi buen amigo Gilen, que es un excelente estudiante, jamás habría sobrevivido en Oxford.

Gwen, que tenía en los libros uno de sus grandes placeres, sintió

una leve punzada de desilusión. Pero había otros intereses que el señor Masterson y ella podían compartir.

—Mi tía dice que tiene usted una cuadra magnífica en su casa de Wilton Park —continuó—. ¿Es aficionado a los caballos?

Durante el resto del paseo, Gwen animó al señor Masterson a hablarle de su yeguada y de su finca, cosa que él hizo con tanto entusiasmo que, al final, ella llegó a la conclusión de que ambas debían de ser extensas, cuidadas y hermosísimas. Al llegar a los establos, Parry ató a Vulcano a una caballeriza y los condujo a un pesebre lleno de fragante heno. Murmuró suavemente y de pronto un gatito desnutrido asomó la cabeza por entre la paja y corrió hacia Parry ronroneando.

—¿No es precioso? —preguntó Parry.

—Muy bonito —dijo Gwen, pero cuando extendió la mano para acariciar al gato, éste se giró, le mordió el dedo y volvió a esconderse entre la paja.

—Lo siento, Gwen —dijo Parry—. Se me olvidaba que todavía le dan miedo los extraños. Creo que lo han maltratado.

—¿Por qué no le traes un poco de leche de la cocina? —sugirió ella. Su hermano le hizo una reverencia al señor Masterson y salió trotando hacia la casa. Gwen se giró y le dedicó al señor Masterson una sonrisa desganada—. Está claro que no tengo el don de mi hermano.

—No, su hermano es muy especial —contestó él.

Gwennor lo miró a los ojos, sorprendida. Él le devolvió una mirada franca y amistosa. Ella no advirtió burla ni desdén en su tono de voz, ni en sus maneras. «Acepta a Parry», pensó, y sintió tal alivio que podría haberse casado con el señor Masterson en el acto. Aunque no le gustara la lectura, parecía un hombre amable, cordial, compasivo, y Gwen se sentía capaz de sentir por él no sólo una profunda simpatía, sino quizá también un afecto duradero, afecto que tal vez fuera acompañado de una atracción más mesurada que el deseo, atterradoramente intenso, que había sentido por el desconocido

del campamento gitano.

Si el señor Masterson la encontraba tan atractiva como ella empezaba a encontrarlo a él, tal vez, a fin de cuentas, no tuviera que conformarse con un octogenario decrepito.

Diez días después, Gilen de Mowbry apretó los dientes, malhumorado, mientras deshacía sus polvorientas bolsas de viaje.

Había pasado seis días cabalgando casi sin descanso, y estaba agotado. No tenía ganas de oír hablar de la encantadora y fascinante criatura a la que Jeff acababa de conocer. Tal y como Alden había predicho, pensó con desagrado mientras escuchaba sólo a medias el encendido discurso de Jeff, parecía que su acongojado amigo, en cuyo auxilio se había sentido impelido a acudir, se había enamorado otra vez, si bien Gilen no alcanzaba a comprender cómo había conseguido encontrar en Harrogate a una mujer de menos de cincuenta años en la que fijar sus afectos. De haber sabido, concluyó amargamente, que iba a encontrar a Jeff rey más contento que unas pascuas, no habría abandonado su búsqueda antes de tiempo.

Contrariado al encontrar desierto el campamento gitano, había regresado a casa de los DeLacey e interrogado al servicio sobre el itinerario que solían seguir los cingaros. Había perdido tres días cabalgando hacia el oeste tras ellos antes de averiguar que, en lugar de proceder como de costumbre, se habían dirigido hacia el norte. Cuando finalmente los encontró, el jefe se negó al principio a hablar con él y luego lo tuvo esperando un día mientras sopesaba la generosa suma que Gilen le ofreció para congraciarse con él. Por fin, el gitano accedió a hablar con él, utilizando como intérprete a una anciana. Pero, para furia de Gilen, el hombre negó todo conocimiento de la muchacha de ojos violetas que había bailado para él.

Gilen estaba seguro de que mentía, pero como ya había demorado su llegada a Harrogate casi dos semanas, se sintió obligado a abandonar temporalmente la búsqueda de momento y a partir a toda prisa, sólo para descubrir a su supuestamente alicaído amigo cantando las alabanzas de su nueva enamorada.

—Supongo que estarás deseando darte un baño —le dijo Jeffrey

—. Le he dicho a mi abuelo que cenaríamos con él, pero, como se retira muy temprano, después podemos ir al baile del balneario. Así podrás conocer a la señorita Southford. Estoy seguro de que te parecerá deliciosa.

—¿Tan deliciosa como Davinia? —repuso Gilen. Jeffrey se puso serio de inmediato, y Gilen se sintió avergonzado—. Perdona, Jeff, eso ha sido muy poco amable. Llevo tanto tiempo de viaje que creo que estoy un poco irascible.

Jeffrey compuso una sonrisa.

—Supongo que me lo merezco. La señorita Southford es deliciosa, pero no se parece en nada a Davinia. Es muy guapa, aunque no de una belleza deslumbrante y... no sé cómo describirlo... es tan franca y atractiva... Es de esa clase de mujeres que te anima a hablar, como hacen todas, pero que escucha de verdad lo que dices y responde con inteligencia. Estoy seguro de que te gustará.

—Sí que debe ser rara, si dice cosas inteligentes —masculló Gilen.

Jeffrey le lanzó un puñetazo en broma, y Gilen agachó la cabeza.

—Por lo menos yo tengo el buen sentido de enamorarme de mujeres bien educadas y sensibles —declaró su amigo—. Si pasaras menos tiempo entre mercenarias del amor, tu opinión sobre el sexo femenino sería mucho más elevada.

—Tal vez —reconoció Gilen—, aunque lo dudo. Una mujerzuela, al menos, te ofrece una compensación honesta a cambio de tu inversión, en lugar de falsa devoción y mentiras halagüeñas.

—Admito que mi juicio en estos asuntos no ha sido siempre acertado, pero te aseguro que el honor y la integridad de la señorita Southford son intachables —afirmó Jeffrey.

Gilen alzó una ceja, escéptico.

—Ya veremos. Deja que me dé un baño y tome una buena cena caliente, y luego iré gustoso a conocer a ese dechado de virtudes.

Gwennor se miró en el espejo de cuerpo entero, mientras Tilly, que la estaba observando, dejaba escapar un suspiro de admiración.

Por sugerencia de la tía Alice, se había gastado algún dinero más en la compra de un vestido de noche negro que igualaba en hechura, elegancia y sofisticación a los más coloridos atuendos que se lucirían esa noche en el baile del balneario.

—Ya está usted lista, señorita —dijo Tilly, y se acercó para retocarle los rizos que acababa de recogerle en un moño—. Es una suerte que le siente tan bien el negro. Está usted tan guapa, que los señores pensarán que no lo lleva por el luto, sino porque le favorece.

—Gracias, Tilly —dijo Gwen.

—La señora estará encantada. Vaya y deslúmbrelos, señorita.

Gwennor agarró con una sonrisa cansina la capa de noche que le tendía la doncella. Con la vida tan retirada que había llevado, lo más probable era que los invitados la deslumbraran a ella. Aun así, sintió una oleada de emoción mientras bajaba hacia el salón, donde la esperaba su tía. Llevaba el vestido más bonito que se había puesto nunca, su rebelde cabellera había sido domada por los dedos de una artista y, gracias a la ayuda de su muy respetable tía, confiaba en dar un paso más hacia el puerto seguro que esperaba encontrar.

Lady Alice se puso loca de contento al verla y la urgió a entrar en el carruaje.

—Con lo guapa que estás, estoy segura de que tendrás la libreta de baile llena a rebosar.

—Pero ha pasado muy poco tiempo desde la muerte de mi padre. No puedo bailar.

Lady Alice le dio unas palmaditas en la mano.

—Por lo general, estaría de acuerdo contigo, pero les he hablado de tus tristes circunstancias a las anfitrionas de la ciudad, y todas comprenden que necesitas atraer a un pretendiente lo antes posible. De modo que creo que puedes bailar, a no ser que te sientas incapaz, cosa que naturalmente entendería, aunque sería para mí una desilusión, porque no hay nada que atraiga más el interés de un hombre que abrazar a una dama en la turbadora intimidad de un vals. Te aseguro que a nadie le parecerá indecoroso, pese al poco

tiempo que hace que murió tu padre.

Gwennor sonrió. Su padre, que tanto amaba la vida y tan ajeno era a las normas sociales, habría considerado completamente ridícula la idea de que Gwen se privara de una de sus aficiones favoritas por guardar luto.

—Sí, tía, me gustaría bastante bailar, si a ti te parece bien.

—Excelente. ¡Oh, qué noche tan maravillosa vamos a pasar!

Llegaron a los salones donde se celebraba el baile poco después, y, tras saludar a las señoras colocadas en la línea de recepción, cuya aceptación era esencial para que Gwennor pudiera integrarse en los círculos selectos de Harrogate, se adentraron en el salón de baile. Tal y como lady Alice esperaba, todos sus posibles pretendientes estaban ya allí.

Los caballeros las divisaron enseguida. Cuando acabaron de saludarlos a todos, el señor Masterson se inclinó ante lady Alice.

—¿Puedo solicitar la compañía de su sobrina para bailar el primer vals? —La señorita Southford no va a bailar el vals y acaba de acceder a bailar la siguiente pieza conmigo —dijo el coronel Howard.

—No le parecerá inapropiado el vals, ¿verdad? —le preguntó el señor Masterson a lady Alice con cierta sorpresa.

—Desde luego que no. En realidad, confío en que... Oh, pero, naturalmente, si al coronel Howard... —balbució lady Alice.

—Bien —dijo el señor Masterson con una sonrisa—. Para complacer al coronel, prometo devolverle a la dama antes de que empiece la siguiente pieza —hizo una rápida reverencia ante lady Alice, tomó a Gwen del brazo y la condujo a toda prisa hacia el centro del salón.

—¿Me está secuestrando? —protestó Gwennor, riendo.

—No soy tan violento. Pero no parecía haber un modo más delicado de sugerir que, pese a que el coronel Howard no se sienta con ánimos de bailar el vals, yo sí me siento con fuerzas.

—Es usted muy considerado —dijo Gwen, impresionada por su

delicadeza.

La sonrisa del señor Masterson se hizo más amplia y sus ojos verdes se fijaron en ella con notable calor.

—Además, llevo toda la semana pensando en bailar con usted el vals.

Por suerte empezó la música, pues Gwen estaba tan turbada que no conseguía articular palabra. Consciente del contacto de las manos del señor Masterson sobre su cintura y su hombro, se dejó llevar por él. El entusiasmo del baile aplacó pronto su agitación, y Gwen se entregó a la dicha de girar al son de la música.

Cuando, al acabar la pieza, se detuvieron, la proximidad inevitable de sus cuerpos le recordó el abrazo todavía más íntimo del desconocido, y se ruborizó, avergonzada. En sus prisas por abandonar la pista de baile, se tropezó y estuvo a punto de caerse.

—Señorita Southford, ¿está usted bien? Parece fatigada —dijo el coronel Howard cuando volvieron junto a lady Alice, y miró al señor Masterson con enojo.

—Hace un poco de calor —contestó ella, intentando excusar su sofoco.

—Permítame traerle una copa de vino —dijo el señor Masterson.

—Coronel, si no le importa, ¿podríamos posponer nuestro baile? Creo que me sentaría bien tomar algo.

Mientras los hombres intentaban ponerse de acuerdo sobre quién debía llevarle el vino y quién los canapés de langosta y las pastas de té, Gwennor tomó al coronel del brazo y dio gracias por disponer de aquel momento de respiro.

El rato que pasaron en la sala del bufé la ayudó a recuperar la calma. Logró bailar varias piezas y hasta se atrevió a bailar un segundo vals con el señor Masterson.

Jeffrey Masterson era un caballero realmente encantador, concluyó mientras escuchaba sus planes para ampliar la cría de caballos en sus tierras. Cría de caballos. A Parry le encantaría.

Mientras imaginaba cómo pasaría los días su hermano cruzando unos animales con otros para conseguir potros con determinados atributos o pelajes, concluyó el vals y ella siguió al señor Masterson fuera de la pista de baile. Pero su acompañante se detuvo de pronto y Gwennor estuvo a punto de tropezar con él.

—¡Por fin! —exclamó el señor Masterson—. Señorita Southford, permítame retenerla unos minutos más. Mi buen amigo Gilen acaba de llegar y quiero presentárselo.

Gwennor murmuró algo, distraída, y esbozó una sonrisa al pensar en lo contenta que se pondría la tía Alice si aquel amigo de Masterson resultaba ser otro posible pretendiente. Llena de curiosidad, escudriñó la multitud mientras avanzaba del brazo de Masterson, pero no logró distinguir a qué caballero parecía estar buscando él.

Por fin descubrió que el caballero hacia el que se dirigían estaba de espaldas a ellos. El señor Masterson extendió el brazo para tocarle el hombro.

—¡Gilen! Empezaba a pensar que no vendrías. Señorita Southford, permítame presentarle a mi querido amigo, el vizconde de Saint Abrams.

El hombre, alto y rubio, se giró hacia ellos.

—Ah, señorita Southford, qué maravilla conocerla al fin.

Aquellos ojos azul oscuro... Aquella mandíbula cincelada... Gwennor sintió de pronto que se le aflojaban las rodillas, y se inclinó en una reverencia con más prontitud que gracia. Lord Saint Abrams extendió el brazo para estrechar su mano, repentinamente inerte, y Gwennor notó que un extraño aturdimiento se apoderaba de ella. Por un instante pensó, horrorizada, que iba a desmayarse.

Delante de ella, a punto de inclinarse sobre su mano, estaba el apuesto desconocido que la había besado en el campamento gitano.

Capítulo Seis

«Así que éste es el nuevo amor de Jeffrey», pensó Gilen, todavía un poco sorprendido, mientras examinaba a la joven que acababa de hacerle una reverencia. Aquella mujer alta y esbelta, cuya cabeza agachada mostraba una ensortijada y densa cabellera negra, y cuyas largas pestañas oscuras resaltaban sobre su tez de porcelana, no se parecía a las bellas pero vulgares mujeres de las que Jeffrey solía enamorarse, ni tampoco, por fortuna, se había colgado de su brazo parlotando con entusiasmo cuando Jeffrey anunció su nombre y su rango, como solía ocurrir cuando su amigo le presentaba a alguna joven.

Era guapa, aunque no deslumbrante, y parecía muy educada, pensó mientras le tendía la mano. Tal vez le conviniera a Jeff.

Su impresión favorable no lo preparó, sin embargo, para el sobresalto turbador que atacó sus nervios cuando le besó la mano. Ella también pareció sentirlo. Gilen notó, aturdido, que contenía el aliento un instante. Acababa de sentir, concluyó mientras intentaba reordenar sus pensamientos, una intensa, inmediata y perturbadora atracción por la mujer que se había ganado la admiración de su mejor amigo. «Maldita sea», dijo para sus adentros.

—Lord Saint Abrams —murmuró ella, con la cabeza todavía agachada.

—¿No es espléndida? —dijo Jeffrey por encima de la cabeza de Gwennor sin emitir ningún sonido, y, tomándola de la mano, le indicó a Gilen que los siguiera—. Ven, Saint Abrams. Voy a presentarte a lady Alice, la tía de la señorita Southford, y a unos amigos.

Gilen se miró un momento la mano con perplejidad y echó a andar tras la pareja, lo cual le permitió observar con detenimiento a la señorita Southford mientras cruzaban el salón y fijarse en el grácil balanceo de su paso, en sus hermosos rizos, suspendidos sobre su cuello perfecto, y en los brazos bellamente torneados que se adivinaban bajo las mangas negras y vaporosas del vestido. Aunque

intentó refrenarse, su cuerpo se mostró tan entusiasta como Jeffrey a la hora de apreciar los encantos de la joven.

Pero no tenía sentido seguir por ese camino. Su único propósito era proteger, en la medida de lo posible, a su vulnerable amigo de las cazadoras de maridos.

Apartó con esfuerzo los ojos del tentador trasero de la señorita Southford y los fijó con determinación en la espalda de Masterson. El hecho de que aquella joven no intentara flirtear con él era al mismo tiempo un alivio y una buena señal. O tal vez fuera únicamente que su fama de inasequible a las argucias femeninas lo había precedido hasta allí, y la señorita Southford se daba cuenta de que el carácter campechano de Jeffrey y su riqueza de origen plebeyo convertían a su amigo en un objetivo más a su alcance.

Qué mal pensado, se reprendió. No podía permitir que las malas experiencias de Jeffrey lo llevaran a sospechar de los motivos de toda señorita soltera con la que se topara su amigo.

Pero, aun así, pensó cuando llegaron junto al grupito que le había indicado su amigo, ella llevaba un vestido negro que, pese a lo mucho que le favorecía, sólo podía significar que estaba de luto. Y, si daba la casualidad de que el difunto era un padre o un hermano mayor cuya pérdida había dejado a la familia en serias dificultades económicas, bien podía ser que la señorita Southford estuviera ansiosa por encontrar marido.

En fin, no debía precipitarse a la hora de juzgarla..., ni permitir que ella empujara a Jeffrey hacia el altar a toda prisa.

Había, no obstante, algo en ella que le inquietaba, que alteraba sus nervios y agitaba aquella extraña atracción. Aunque no conocía a su familia y estaba seguro de que nunca habían sido presentados, aquella joven le resultaba... vagamente familiar.

De pronto, una idea mucho más preocupante se abrió paso en su cabeza. Por lo que había podido observar esa noche, su amigo estaba aún más prendado de la señorita Southford de lo que sus conversaciones lo habían llevado a creer y, teniendo en cuenta los

desastrosos resultados del anterior enamoramiento de Jeffrey, Gilen debía informarse del verdadero carácter de aquella joven, antes de que su amigo cayera definitivamente bajo su hechizo.

Observó disimuladamente al grupo mientras Jeffrey hacía las presentaciones: la tía de la joven, una alegre señora de edad incierta que pareció volverse casi loca de contento al verlo, y sus amigos, el coronel Haversham, un distinguido militar al que conocía vagamente de su club de Londres, y el coronel Howard, al que nunca había visto y cuyo modo de mirar a Jeff, como un sabueso observando a otro perro que intentaba robarle un hueso, lo convenció de inmediato de que consideraba a su amigo un rival inoportuno en los favores de la señorita Southford.

Ésta, por su parte, no dio muestra alguna de su supuesto talento para la conversación. Para sorpresa y cierta exasperación de Gilen, los discretos cumplidos que le dedicó sólo sirvieron para que la joven se sonrojara suavemente y balbuciera alguna breve respuesta.

La preocupación de Gilen aumentó al ver charlar a Jeffrey con lady Alice. Aunque su amigo conversaba amablemente con la dama, sus ojos se desviaban de continuo hacia la joven que bailaba en el centro del salón. No era sólo la fijación de su amigo por aquella muchacha lo que le inquietaba: el afecto y la desenvoltura con que Jeffrey trataba a la tía de la joven demostraba que entre su amigo y la familia de la señorita Southford se había establecido un grado de intimidad alarmante. Aun así, pensó mientras paseaba la mirada por el salón, no era de extrañar que, siendo Jeff tan enamorado, hubiera puesto sus ojos en la señorita Southford. El balneario de Harrogate era frecuentado sobre todo por personas ancianas y achacosas y, dado que los notables de la localidad preferían presentar a sus hijas casaderas en Londres, muy pocas señoritas adornaban las reuniones mundanas durante la temporada social.

La mirada ociosa de Gilen se topó de pronto con la de una mujer alta y fornida que lucía un monstruoso turbante de vivo color púrpura. Aunque se apresuró a apartar la mirada, Gilen vio por el rabillo del ojo que la señora empezaba a acercarse, llevando a rastras

a una joven morena y muy bonita ataviada con un vestido blanco profusamente festoneado con lazos, cintas y capullos de rosa. «Otra debutante ansiosa», rezongó Gilen para sus adentros.

— ¡Señor Masterson! — gritó la mujer, tendiéndole las manos a Jeff—. Y lady Alice y el coronel Haversham, naturalmente. ¿No es una velada encantadora? Y no siempre tenemos el honor de contar con un visitante tan apuesto. Tiene usted que presentárnoslo de inmediato a mi querida Mary Anne y a mí —agarró a la muchacha del brazo y la colocó bajo la nariz de Gilen.

Aunque lady Alice parecía ofendida y el coronel hizo una leve mueca, la sonrisa de Jeffrey era el colmo de la cortesía.

— Están ustedes encantadoras esta noche, señoras. Será un placer presentarlas. Lord Saint Abrams, lady Aylesbury, viuda de un amigo de mi abuelo, y su hija, la señorita Aylesbury.

Mientras Gilen se inclinaba sobre su mano tendida, lady Aylesbury dijo:

— Es un placer conocerlo, milord. ¿A que es guapo, Mary Anne? Debería usted avergonzarse, señor Masterson, por traer aquí a su amigo para romperles el corazón a todas las doncellas de Harrogate —Gilen apretó los dientes. Antes de que pudiera articular palabra, lady Aylesbury continuó—. Mary Anne, debes ofrecerle el brazo a lord Saint Abrams para dar un paseo por el salón. Mi Mary Anne es un poco tímida, pero le aseguro que, en cuanto la conozca mejor, se dará cuenta de que es encantadora.

— ¡Mamá! —protestó la hija en voz baja, poniéndose muy colorada.

— Lord Saint Abrams —continuó la señora, ignorando a su hija—, creo que es la primera vez que visita nuestra ciudad. ¿Qué le parece Harrogate?

— Es... agradable.

— Debe venir a pasear con nosotras en coche. Nos encantaría enseñarle esto, ¿verdad, Mary Anne? Hay una antigua abadía en las colinas bastante bonita. Es tan romántica... tan remota... Mi hija

podría recitarle su historia de memoria. Aunque no vaya usted a creer que es una marisabidilla. ¡Cielo santo, no! Igual de bien se le da el punto, que el piano, que cualquier otro arte propio de una dama.

La muchacha se puso aún más colorada y bajó los ojos. Gilen casi sentía lástima por ella. El coronel Haversham carraspeó, lady Alice parecía mortificada y hasta Jeffrey se mostró desconcertado, aunque se recobró enseguida y se apresuró a decir:

—He tenido el placer de escuchar a la señorita Aylesbury al piano, y doy fe de que toca de maravilla.

Lady Aylesbury no era sin duda de origen distinguido, pensó Gilen, lo cual explicaba la distancia con que la trataban lady Alice y el coronel. Mientras Jeffrey lograba distraer momentáneamente la atención de la señora, Gilen, entrecerrando los ojos, sometió a madre e hija a un examen más detenido.

Lady Aylesbury era posiblemente hija de un comerciante rico de la localidad. Su rostro, ahora arrugado y fofo, y su recia pero todavía escultural figura debían de haber sido en otro tiempo lo bastante atractivos como para atraer a un marido noble, pero empobrecido. Y aunque la muchacha era en verdad bonita, con su rostro ovalado y pálido, su diminuta nariz respingona y sus enormes ojos negros, iluminados en ese instante por una mezcla de vergüenza y pesar, Gilen no sentía deseo alguno de cultivar una amistad tan vulgar y ansiaba que Jeffrey pusiera fin a la conversación.

—Lady Aylesbury, me parece que lord Rumpsfeld le está haciendo señas —dijo de pronto lady Alice—. No permita que la entretengamos.

Como, en efecto, aquel caballero, muy grueso y colorado, les estaba haciendo señas, lady Aylesbury se alejó al fin, si bien no antes de que Jeff y Gilen hubieran accedido a pedirle un baile a su hija.

Cuando madre e hija se alejaron, lady Alice se agarró al brazo de Gilen y se inclinó hacia él con expresión preocupada.

—Le pido disculpas, lord Saint Abrams —dijo en voz baja—. Lamento mucho que haya tenido que encontrarse con esa... criatura

en su primera noche entre nosotros. Le aseguro que nuestro círculo no consentiría por lo general la presencia de la hija de un indiano, por muy rica que sea, pero lord Aylesbury vivió mucho tiempo aquí y era un hombre muy querido. A pesar de la falta de juicio que demostró al unirse a... esa mujer, no podíamos deshonorar su memoria excluyendo a su pobre hija, quien, a pesar de su madre, es un jovencita encantadora y muy educada.

Dado que la muchacha, de haber sido algo más desenvuelta, podía muy bien ser considerada de una belleza deslumbrante, Gilen dio gracias al cielo porque su innegable hermosura no pareciera haber hechizado a Jeff, pues lady Aylesbury era sin duda un hueso duro de roer, y Gilen no quería que su amigo se viera a obligado a trabar semejante parentesco, por muy educada que fuera la joven.

En efecto, lady Aylesbury hacía que la señorita Southford y las relaciones de ésta parecieran un dechado de perfección. La sonrisa que esbozó Gilen al llegar a aquella conclusión se desvaneció de inmediato cuando se dio cuenta de lo que aquello significaba en realidad. Con la escasez de jóvenes agradables que había en Harrogate, y dado que Jeffrey se negaba a volver a Londres mientras la salud de su abuelo no mejorara, separar a su amigo de la señorita Southford, si ello se hacía necesario, sería mucho más difícil de lo que había imaginado. Lo cual hacía aún más urgente decidir qué debía hacer. Sobre todo cuando, mientras esperaban a que el coronel acabara de bailar con la señorita Southford, Jeffrey le confesó que pretendía invitar a bailar el vals a la joven de nuevo, por tercera vez esa noche.

Asombrado, Gilen no supo qué decir. Tantas atenciones habrían despertado numerosos murmullos en Londres. Pero ¿acaso no se daba cuenta su amigo de que, en los más estrechos confines de Harrogate, bailar tan a menudo el vals con la misma dama equivalía a una declaración pública?

Se disponía a decírselo a su impetuoso amigo cuando la prudencia le hizo refrenar la lengua. Dado el entusiasmo de Jeffrey por la joven y la amenaza que suponían las atenciones del coronel

Howard, hacerle reparar en aquella convención social podía hacer que Jeff se sintiera aún más inclinado a bailar con ella. Gilen tendría que encontrar otro modo de impedirlo.

—Es injusto que bailes con ella otro vals — declaró, improvisando sobre la marcha —, cuando yo aún no he tenido el placer de bailar con ella. Debes cederme ese honor. Me gustaría conocer mejor a la dama.

—No sé si quiero que la conozcas mejor — replicó Jeffrey con una sonrisa remolona—. Tus encantos viriles suelen impresionar a las damas.

—No creo que la señorita Southford sucumba a ellos — contestó Gilen secamente, recordando la poca atención que le había prestado la joven—. Y espero que no me creas capaz de hacerte algo así.

—Desde luego que no — contestó Jeff, un poco colorado—. Está bien. El vals es tuyo.

Sintiéndose afortunado por haber conseguido aquella pequeña victoria, se vio obligado a contemplar cómo adulaba Jeffrey a la señorita Southford mientras aguardaba el vals. Estaba a punto de ponerse a gritar cuando por fin los músicos comenzaron a afinar sus instrumentos para tocar el vals.

A pesar de lo que le había dicho poco antes, la mirada inquieta que Jeffrey le lanzó cuando el maestro de ceremonias llamó a las parejas a ocupar sus puestos en el salón de baile azuzó la conciencia de Gilen. Jeff debía de estar verdaderamente enamorado si le angustiaba que la dama a la que estaba cortejando pudiera sentirse atraída por el título y la riqueza de un vizconde.

¡Ojalá Jeffrey hubiera sabido con cuan escaso placer se disponía a bailar aquel vals! Maldita fuera la señorita Southford si las circunstancias hacían necesario que la alejara de su amigo. Y maldita otra vez si, al hacerlo, hería los sentimientos de Jeffrey y abría una brecha en su amistad.

A pesar de su enojo, sin embargo, mientras aguardaba a que el acompañante de la señorita Southford la devolviera junto a su tía, una sensación de alborozo se extendió por su pecho.

No era ilusión lo que causaba aquella reacción, se dijo, sino la lógica respuesta al desafío que afrontaba, muy parecida al arrebató de energía que se experimentaba antes de emprender una partida de caza. —Querida mía, el señor Masterson y tú debéis daros prisa si queréis encontrar sitio —dijo lady Alice cuando su pupila se acercó—. Es el último vals, y no querréis perdéroslo.

—Si está fatigada, señorita Southford, estaría encantado de sentarme con usted —dijo el coronel Howard, mirando de reojo a Jeff—. Estoy seguro de que hay otras damas que se sentirán muy honradas de bailar con el señor Masterson.

—No estoy fatigada —le aseguró la señorita Southford—, y adoro bailar. El... vals —su sonrisa pareció un poco forzada cuando tendió la mano.

Jeffrey se la tomó y la besó.

—Ya que Saint Abrams ha protestado con toda razón porque aún no ha tenido el privilegio de bailar con usted, en un acto de suprema generosidad, voy a cederle mi turno —levantó la mano de Gwennor como si se dispusiera a entregársela a Gilen.

Pero la joven la apartó.

—Pu-puede que esté un poco cansada, después de todo.

—Tonterías, tú nunca te cansas de bailar —protestó lady Alice, extrañada—. Además, sería una grosería no permitir que lord Saint Abrams conozca mejor a nuestro pequeño círculo.

«Al mismo tiempo que la señorita Southford dispone de una oportunidad de atrapar a un pretendiente de rango y fortuna superiores», tradujo cínicamente Gilen para sus adentros. Las argucias de lady Alice, aunque más sutiles, resultaban tan evidentes y molestas como las de lady Aylesbury. Pese a todo, Gilen compuso una sonrisa.

—Por favor, concédame ese honor —le dijo a la señorita Southford, y le ofreció el brazo.

Pero ella no lo aceptó.

—Los caballeros suelen acusar a las mujeres de inconstancia — observó sacudiendo un poco la cabeza—. Sin embargo, usted quiere que deje plantado al señor Masterson, que me pidió este baile mucho antes y como es debido. Ello me parece terriblemente injusto. Si me lo pide en otra ocasión, milord, estaré encantada de bailar con usted.

Gilen se quedó un momento sin habla. ¿Estaba ofendida porque no le había pedido bailar antes? ¿O pretendía acaso que Jeff se enzarzara en público en una discusión para forzar una declaración prematura? No, si Gilen podía evitarlo. Pero, antes de que se le ocurriera otro modo de abordar el asunto, intervino Jeffrey.

—Es usted muy considerada, señorita Southford, pero lady Alice tiene razón. Saint Abrams es un recién llegado, y bastante tímido, por cierto, de modo que le ruego nos eche usted una mano para que se sienta como en casa.

—Parecía bastante a gusto con lady Aylesbury —replicó la señorita Southford tan dulcemente que Gilen le lanzó una mirada suspicaz. Sin embargo, después de que lady Alice la mirara con el ceño fruncido, la joven dejó escapar un leve suspiro e hizo una reverencia—. Ya que me lo pide el señor Masterson —concedió, y añadió con cierta ironía—. No quisiera que lord Saint Abrams sufriera un ataque de timidez.

De modo que aquella gatita tema garras afiladas... Su actitud desafiante reanimó a Gilen. La joven había demostrado ya más genio y agudeza que la Divina Davinia. Medir su ingenio con ella tal vez resultara mucho más grato de lo que había imaginado.

Su momentánea sensación de triunfo fue, sin embargo, efímera, pues cuando finalmente la señorita Southford aceptó su brazo, Gilen sintió un estremecimiento que le erizó la piel. ¡Maldita fuera la reacción automática e inoportuna que le causaba aquella mujer!

Un sutil vestigio de aquel sobresalto seguía zumbando en su cerebro cuando echaron a andar tomados del brazo. Gilen era agudamente consciente de la presión de los dedos de la joven sobre su brazo, del roce de la seda del vestido contra sus piernas y sus tobillos. Aquella sensación se intensificó cuando llegaron a la pista de

baile y Gilen apoyó una mano sobre el hombro de la joven y la otra sobre su cintura. De lo más profundo de su ser surgió de pronto el deseo intensísimo, inexplicable y completamente indecoroso de acariciar el cuerpo envuelto en seda que sentía bajo sus manos. Ella, sin embargo, se envaró hasta tal punto cuando la tocó que Gilen dejó de pensar en aquellas cosas.

— ¿La he ofendido en algún sentido, señorita Southford? Parece usted extrañamente reticente a bailar conmigo.

— N-no, claro que no — ella profirió una risita nerviosa —. Es sólo que... yo sí soy tímida con los extraños.

— Entonces tendré que procurar que nos hagamos amigos rápidamente — contestó él mientras empezaban a bailar.

Por desgracia, la vehemente respuesta que ocasionaba en su cuerpo la cercanía de aquella joven no se disipó. Al estrecharla entre sus brazos, sus nervios registraron el calor de la muchacha y sus fosas nasales se llenaron del olor leve y etéreo que exhalaba su piel, y le fue casi imposible concentrarse.

Respiró hondo y procuró despejarse..., pero un instante después inhaló otra bocanada de aquel olor que le resultaba extrañamente familiar. Estaba casi seguro de haber olido antes aquella fragancia.

— Señorita Southford — dijo bruscamente, y bajó la mirada hacia ella —, ¿está usted segura de que no nos hemos visto antes?

— Sí — contestó ella de inmediato sin levantar la mirada.

— ¿Está segura? Tengo la impresión de que me resulta usted... familiar.

— Segurísima. Si lo hubiera visto antes, milord — dijo ella con voz dulce —, yo sin duda no me habría olvidado de usted.

Aquella sutil pulla sorprendió a Gilen. «*Touché*», pensó, sofocando una sonrisa. Sí, aquella muchacha tenía un ingenio afilado como una navaja.

Un rizo escapó del complicado moño de la señorita Southford y le rozó suavemente la barbilla. Cielos, qué pelo tan bonito tenía: una

melena espesa, lujuriosa y rizada, que daba ganas de liberar de las horquillas y dejar caer, como una cascada, sobre su espalda. El deseo, denso y caliente, le cerró la garganta y le nubló la razón. Aquella mujer parecía encajar tan bien entre sus brazos... El terso calor de su cuerpo lo embriagaba, su cabello y su suave perfume excitaban su memoria, invitándolo a recordar...

Gilen intentó ordenar sus pensamientos. «Estás aquí para descubrir qué pretende», se recordó. «Concéntrate y habla».

— Jeffrey me ha dicho que es usted de Gales.

— S-sí.

— Veo que ha sufrido usted una pérdida reciente.

— Sí.

— ¿Un pariente cercano? — insistió.

— Mi padre.

— Le doy mi más sentido pésame, entonces.

— Gracias.

Ella no se lo estaba poniendo fácil.

— ¿Accedió su hermano a...?

— La baronía — contestó ella al cabo de un momento —. No, un primo.

— Ah. Y por eso ha venido usted a visitar a su tía.

— Mi tía deseaba consolarme en mi desgracia.

— ¿Tan unida estaba usted a su padre?

Por primera vez, la voz de la joven pareció teñirse de emoción.

— Sí, mucho — dijo en voz tan baja que Gilen apenas la oyó.

Por alguna razón, la desolación de su respuesta se sobrepuso al cinismo y a la lujuria. A pesar de sus recelos, Gilen sintió lástima por ella.

— Entonces lo siento doblemente — ella inclinó la cabeza, pero no

contestó—. ¿Va a quedarse mucho tiempo en Harrogate? —continuó él.

—No estoy segura.

De pronto, otra pareja chocó contra ellos con tanta fuerza que, sin querer, Gilen se vio comprimido contra la joven. Intentó recuperar el equilibrio y apretó a la señorita Southford contra sí para evitar que se cayera.

Cuando ella se enderezó, Gilen sintió la presión de los pechos de la joven, la vibración de los latidos de su corazón contra su pecho. Notó de pronto que le faltaba el aire e inhaló con fuerza, absorbiendo el olor embriagador de la señorita Southford. El contacto del cuerpo de ésta inundó sus sentidos y lo dejó paralizado. Hasta que se dio cuenta de que ella estaba intentando apartarlo.

—El baile ha acabado. Deberíamos regresar con mi tía.

«Maldita seas», pensó, dividido de nuevo entre la admiración y el enojo por la sangre fría que demostraba aquella joven. ¿Era de veras tan serena y comedida como pretendía?

Gilen debía apartarse al instante y soltarla. Pero, por alguna extraña razón, no podía. Como si fuera demasiado orgullosa para intentar desasirse de sus zarpas, ella permaneció inmóvil. A pesar de que bajaba modestamente los ojos, su envaramiento evidenciaba una resistencia casi beligerante.

Gilen cayó entonces en la cuenta de que no lo había mirado directamente ni una sola vez, y de pronto sintió la necesidad de verle los ojos. La sujetó con una mano por la cintura y usó la otra para subirle la barbilla suavemente, pero con firmeza. Unos ojos grandes violetas se clavaron en él.

De pronto, Gilen tuvo la sensación de haber vivido ya aquel instante. Mientras la mantenía inmóvil, ella arrugó la frente y levantó las cejas, enojada. La sonrisa de Gilen se desvaneció y un estallido ofuscó su cerebro. Unos ojos iguales a aquéllos habían brillado a la luz de la hoguera por encima de un sedoso velo de color azafrán. Unos ojos oscuros e hipnóticos en los que él se había mirado antes de

apoderarse de los labios que aguardaban más abajo, en un beso que había hecho temblar el mundo...

En ese instante, le pareció que el mundo temblaba de nuevo. Dio un paso atrás. Estaba tan aturdido que temió perder el equilibrio y caerse en medio del salón de baile de Harrogate.

No podía ser.

Capítulo Siete

La señorita Southford se apartó de él a toda prisa.

—¿Quiere que le envíe al señor Masterson para que le ayude, milord?

Ella retrocedió mientras hablaba y, temiendo que quisiera escapar, Gilen procuró reponerse.

—N-no, estoy bien —tartamudeó, y la agarró por el codo. A pesar de que logró mover las piernas, tenía el cerebro tan nublado que se sentía incapaz de conversar, y el corto camino de regreso al lugar donde se encontraban sus amigos transcurrió en silencio.

Cuando se hubieron reunido con el grupo, antes de que su cerebro abotargado lograra inventar alguna excusa para retenerla, ella le dijo a su tía que estaba fatigada y quería regresar a casa. El coronel Howard se apresuró a ofrecerle su brazo y el coronel Haversham tomó el de su tía. La efusiva despedida de lady Alice apenas permitió a Gilen intercalar dos palabras antes de que los dos caballeros se marcharan con las damas, con Jeffrey a la zaga. Gilen sacudió la cabeza y procuró disipar su aturdimiento. Hacía seis semanas que había roto con aquella tempestuosa cantante de ópera. Tal vez la abstinencia le estuviera jugando malas pasadas. Aquella joven morena vestida de luto no podía ser su gitana hechicera.

Y sin embargo... el tacto de su cuerpo... el timbre de su voz, que contenía el eco de un leve acento... la densa cabellera negra y ensortijada... aquel sutil olor a perfume y piel... y, sobre todo, aquellos ojos violetas y el arco único de las cejas...

No, estaba loco de remate por pensar siquiera que aquello fuera posible. Los ojos violetas y las cejas arqueadas no podían ser tan infrecuentes. Sabía perfectamente que la señorita Southford procedía de una respetable familia galesa y se hallaba en Harrogate bajo el patrocinio de su tía, vecina de la ciudad desde hacía largo tiempo. Ninguna muchacha gitana podía haberse introducido con engaños en casa de lady Alice, ni tenía los modales necesarios para hacerse pasar por una señorita de buena familia ante la alta sociedad local.

A pesar de aquellos razonamientos, Gilen resolvió no quedarse a esperar a Jeff para compartir con él una botella de brandy, como habían planeado. Necesitaba estar solo para volver a examinar los turbadores acontecimientos de aquella noche.

Se escabulló entre el bullicio que reinaba fuera del salón de baile y paró un coche. Mientras el vehículo avanzaba hacia su alojamiento, decidió enviar a un lacayo en busca de Jeff con una nota de disculpa, alegando que estaba cansado.

Al llegar a sus habitaciones, se dejó caer en el cómodo sillón que había frente al fuego de la chimenea y se sirvió una copa de brandy. Mientras saboreaba el licor, se quedó mirando las llamas.

¿Qué sabía con certeza? La dama que se hacía llamar señorita Southford era aceptada como tal en Harrogate tanto por su tía como por los círculos más selectos de la localidad. Por sus palabras y sus ademanes, parecía a todas luces una dama distinguida.

Sin embargo, las impresiones sensoriales de Gilen seguían siendo muy fuertes. Tras revisarlas otra vez con detenimiento, se halló casi convencido de que la turbadora muchacha gitana a la que había estrechado entre sus brazos y la dama alta y morena con la que había bailado aquella noche eran, por imposible que pareciera, la misma persona.

El mismo cabello denso y negro como el ébano. El mismo olor. La misma voz grave. La misma altura y complexión. Y exactamente los mismos ojos violetas bajo unas cejas arqueadas y altas...

La muchacha que había bailado para él en el campamento ya no viajaba con los gitanos; se lo había dicho el jefe del grupo. Tal vez no fuera mentira, al fin y al cabo.

Quizá, para averiguar la verdad, Gilen tendría que quitarle las horquillas al pulcro moño de la señorita Southford, estrecharla entre sus brazos y robarle un beso. ¿Respondería ella igual que la gitanilla?

El deseo se apoderó de él nuevamente, dejándolo al mismo tiempo eufórico y espantado ante aquella idea. Pero la razón afloró al fin y heló sus sobreexcitados pensamientos. Pese a sus impresiones

sensoriales, era casi imposible que aquella descabellada idea fuera cierta. Había, en todo caso, un modo sencillo de despejar sus dudas. Sólo tenía que averiguar cuánto tiempo llevaba la señorita Southford con su tía. Si llevaba más de tres semanas en Harrogate, no habría posibilidad alguna de que fuera la hermosa echadora de cartas.

Gilen apuró el brandy. A la mañana siguiente, tendría una charla con Jeff.

—Gwennor, querida, ¿no ha sido una noche excepcional? —dijo lady Alice cuando subieron al carruaje.

—Sí, tía Alice, excepcional —contestó Gwennor con ironía mientras se hundía, fatigada, entre los cojines y cerraba los ojos. Rezaba al cielo porque aquella noche fuera, en efecto, excepcional y no volviera a repetirse.

—El coronel Howard estaba muy apuesto con su uniforme de gala, ¿no te parece? Y el señor Masterson es tan atento... Creo que le gustas, lo cual es excelente, querida mía, ¡excelente! Y qué buena suerte que su amigo lord Saint Abrams haya venido también. Un caballero tan guapo y tan distinguido... y tan solicitado en Londres... —lady Alice hizo una pausa para tomar aliento y Gwennor se preparó para aguantar la regañina que la esperaba a continuación—. Aunque he de admitir que me ha dejado de piedra cómo te has portado con él. ¿Se puede saber por qué lo has tratado con tan poca delicadeza?

—Lo siento, tía —contestó Gwennor—. Me dolía la cabeza y no me apetecía mucho bailar —lo cual era cierto, aunque no fuese toda la verdad.

Lady Alice tomó su mano y se inclinó para tocarle la frente.

—Pero si tienes la cara ardiendo y las manos heladas. Es verdad, desde luego, que en el baile hacía un calor espantoso.

—Sí —contestó Gwen, aferrándose a aquella excusa—. Además, no estoy acostumbrada a estar con tanta gente en un sitio cerrado... El ruido, las apreturas...

—¡Pobrecilla! —exclamó lady Alice, frotándole las manos—. Se

me había olvidado lo tranquilamente que vivías en Southford. Estas reuniones pueden resultar agobiantes para quien no está acostumbrado a ellas. Y yo no hago más que empeorar las cosas, parloteando como una cotorra. Echa la cabeza hacia atrás, querida. En cuanto lleguemos a casa, le diré a la cocinera que te prepare un vasito de leche con limón. Hablaremos por la mañana, cuando te sientas mejor.

—Gracias, tía Alice —Gwennor se dejó caer sobre los cojines, aliviada.

Antes de hablar con su tía sobre lo ocurrido esa noche, tenía que decidir qué iba a hacer respecto a lord Saint Abrams. Tras el sobresalto inicial de encontrárselo allí, había pensado que, si podía comportarse con él correctamente y evitar en lo posible su cercanía, se hallaría a salvo. A fin de cuentas, la gente por lo general veía lo que esperaba ver, y Gwennor deducía por el modo de reaccionar de Saint Abrams al presentarlos el señor Masterson que la había tomado por una más de las innumerables jóvenes a las que solían presentarle. Una vez esa primera impresión se hubiera solidificado, no era probable que el vizconde volviera a fijarse en ella hasta el punto de relacionarla con el campamento gitano.

Por desgracia, la turbación que Saint Abrams había causado en ella aquella noche, entre los gitanos, no había sido un espejismo. Al darle la mano había sentido sorpresa e inquietud, pero también una corriente subterránea de atracción que la impelía a permanecer en su embriagadora y peligrosa órbita.

Sus bienintencionados amigos, ciertamente, no habían sido de gran ayuda. Sin embargo, aunque Jeffrey y su tía prácticamente la habían obligado a bailar con él, podría haber salido indemne de no ser porque Saint Abrams la había forzado a levantar los ojos.

Los ojos... La única parte de su rostro que él había podido ver aquella noche en el campamento. El choque de sus miradas en el salón de baile había intensificado la turbación producida por el vals. ¿Habría renovado la atracción que los unía hasta el extremo de que la memoria de lord Saint Abrams lograra salvar la distancia entre el

salón de baile de Harrogate y un claro en el bosque iluminado por una hoguera?

Era aquél un salto enorme que conectaba dos realidades radicalmente distintas. Gwennor tenía que concentrarse en la improbabilidad de que lord Saint Abrams hiciera aquella conexión, y calmarse. El vizconde era un caballero muy solicitado que probablemente se permitía muchas citas clandestinas. Sin duda un simple vals no le recordaría su encuentro a medianoche tan vivamente como a alguien tan poco experimentado en lances amorosos como ella.

Aun así, él le había parecido desconcertado y sorprendido, y hasta había dado un traspié y se había olvidado de hacerle una reverencia. Lo cual había sido una suerte, pues le había permitido a ella tirar de su tía Alice y escapar de allí a toda prisa, antes de que él pudiera rehacerse y empezara quizás a hacerle preguntas que le habría sido muy difícil soslayar.

Al pararse el carruaje con una sacudida, Gwennor sintió otra punzada de dolor en la cabeza e hizo una mueca.

—Ya estamos en casa, querida —dijo la tía Alice, agarrándola del brazo—. Deja que Hawkins te ayude a subir las escaleras. Enseguida te mando a Tilly. Para cuando acabe de meterte en la cama, ya estará lista la leche.

—Gracias, tía —murmuró Gwennor. Quizá por la mañana, cuando su cabeza ya no amenazara con estallar y hubiera tenido tiempo para reflexionar, podría inventar una historia lo bastante ingeniosa como para contestar a todas las preguntas de lady Alice acerca de su vals con Saint Abrams.

Pero una hora después, aunque se hallaba ya confortablemente instalada en su cama y la leche con limón parecía haber disipado su jaqueca, descubrió que no podía dormir.

¿Qué debía hacer respecto a lord Saint Abrams? ¿Y qué iba a hacer lord Saint Abrams respecto a ella? A pesar de sus razonamientos, era incapaz de desprenderse de la inquietante

sospecha de que el vizconde la había reconocido. Quizá no la hubiera relacionado con la bailarina gitana, pero estaba claro que creía haberla visto antes en alguna parte. Si aquella duda insidiosa lo impulsaba a preguntarle, ¿qué iba a responder ella?

Estando por naturaleza poco dotada para el fingimiento, pensó primero en buscar la ocasión de relatarle en confianza la historia completa de su huida de Southford, y apelar a su sentido de la justicia y la piedad para excusar, y ocultar, sus actos. Pero, aparte de las alabanzas de su amigo Jeffrey, lo único que sabía de lord Saint Abrams era que se trataba de un caballero guapo, elegante y de buena familia, mimado por los círculos patricios de Londres.

El único caballero de la alta sociedad al que conocía era Nigel, y el recuerdo de éste bastó para que se hiciera una idea precisa de lo que opinaría de ella su primo si alguna vez descubría que había viajado en una caravana de gitanos. Sin duda un auténtico caballero no sería tan malpensado. Gwennor no tenía duda alguna de que su primo Harry la creería... pero su primo Harry la conocía muy bien.

Recordó con inquietud las miradas lascivas de los hombres que visitaban el campamento gitano.

¿Podía esperar acaso que lord Saint Abrams, un hombre que había estado allí, con la misma mirada ávida en los ojos, escuchara su confesión y la juzgara con mayor justicia que cualquiera de aquellos hombres?

Tal vez debiera abandonar Harrogate, llevarse a Parry y probar suerte en algún pequeño balneario de más al norte.

Aquella idea, sin embargo, le produjo un estallido de cólera. Era ridículo que huyera como una cría y renunciara a asegurar el porvenir de Parry y el suyo propio sólo porque lord Saint Abrams había aparecido a destiempo en Harrogate. Al fin y al cabo, ella no había hecho nada malo. Era exactamente lo que los demás pensaban que era: una señorita honorable y de buena familia que podía convertirse en la devota y fiel esposa de algún afortunado caballero de cierta edad.

Además, la mala opinión de los hombres sobre las gitanas se basaba únicamente en los prejuicios y la ignorancia. Aunque las costumbres de los gitanos permitían a las jóvenes una libertad de acción de la que no gozaban las muchachas de la alta sociedad, Gwen no había visto indicio alguno de promiscuidad entre ellos.

Estaba, sin embargo, la cuestión de aquel desafortunado beso. Se removió, inquieta, sintiendo que su indignación se desvanecía. Incluso un caballero abierto de miras y dispuesto a concederle el beneficio de la duda podía ver sacudida su fe en el honor de una dama ante una reacción como aquélla.

La vergüenza encendió sus mejillas y al mismo tiempo su ira volvió a avivarse. Si era culpable de haber quebrantado el código de la castidad respondiendo a aquel beso, sin duda lord Saint Abrams tenía más culpa que ella por haberla abordado. Sin embargo, nadie le reprocharía a él lo sucedido aquella noche. ¿Por qué iba a poner ella en peligro su porvenir por culpa de una conducta que, en el caso de lord Saint Abrams, se consideraba una minucia? Un solo beso, por muy apasionado que fuera, no la convertía en una mujerzuela.

De haber estado únicamente su futuro en juego, podría haberle contado la verdad a Saint Abrams. Pero Parry también pagaría los platos rotos si decidía confiar en la compasión de aquel caballero y se equivocaba.

Por fin llegó a la única conclusión razonable. Por más que le incomodara el engaño, no podía confesarle la verdad a Saint Abrams.

De pronto empezó a sentirse más esperanzada. No hacía falta hacer una tragedia de todo aquello. Aunque Saint Abrams la relacionara con la caravana gitana, no tenía modo alguno de probar que había estado allí. La idea de que una señorita de buena posición viviera entre gitanos era tan descabellada que nadie le creería. Lord Saint Abrams sería tomado por loco si se atrevía a lanzar en público semejante acusación.

No, si sospechaba algo, lo más probable era que se lo dijera en privado. Y, si llegaba el caso, ella no tendría que mentir. Bastaba con que evitara darle una respuesta directa y se mostrara perpleja y

espantada ante sus insinuaciones... o incluso con que se desmayara.

Sonrió con desgana. La idea de verse a solas con Saint Abrams le daba ganas de desmayarse de verdad. Y, muy a su pesar, era consciente de que resultaba demasiado arriesgado dejarse llevar por su fuerte deseo de conocerlo mejor.

Pese a que su intuición no dejaba de susurrarle que en él podía encontrar un alma gemela, la prudencia le decía que Saint Abrams nunca sería su amigo, y menos aún su pretendiente. En realidad, haría bien en evitar su presencia.

Sin embargo, al recordar la fortaleza de sus brazos y la arrogante confianza que emanaba de él, un pequeño pero persistente nudo de temor se alojó en su pecho. Como si de pronto se sintiera impelida a hacer algo, se sentó y se puso a ahuecar a golpes la almohada.

Si lord Saint Abrams la había reconocido, seguramente pensaría que era una impostora indigna de codearse con la alta sociedad. Gwennor tenía la inquietante sospecha de que no sería fácil disuadirlo de que hiciera lo que creyera oportuno para enmendar aquel asunto.

Bueno, pensó mientras se tumbaba de nuevo, estando el bienestar de su hermano y el futuro de ambos en juego, lo mismo podía decirse de ella.

Capítulo Ocho

A la mañana siguiente, cuando se presentó en casa de lord Masterson, Gilen encontró a Jeffrey todavía sentado a la mesa del desayuno.

—Sírverte una jarra de cerveza y un filete —sugirió Jeff—. Si anoche estabas tan cansado por el viaje que tuviste que excusarte, debe de hacerte falta un buen reconstituyente.

Gilen, a quien su subterfugio de la noche anterior no permitía desmentir la mortificante afirmación de su amigo, intentó digerir su mala conciencia.

—El viaje me cansó más de lo que creía, pero esta mañana me siento como nuevo.

—Bien. En cuanto sea un poco más tarde, pienso ir a casa de lady Alice. Deberías acompañarme y presentarle tus respetos a tu pareja de vals —Jeffrey hizo una pausa y lanzó a Gilen una mirada especulativa—. ¿No estarás incubando algo? Me pareció que anoche tropezabas en el salón de baile.

—No, estoy perfectamente —afirmó Gilen, poniéndose un poco colorado—. Y ansioso por ver de nuevo a lady Alice. Tú parece conocerla bastante bien.

—Es amiga de mi abuelo desde hace mucho tiempo, y la he visto a menudo desde que llegué. Es quizás un poco atolondrada, pero muy amable y generosa.

—¿Su sobrina vive con ella desde hace mucho? —preguntó Gilen, y contuvo el aliento.

Al oír que se mencionaba a la señorita Southford, Jeffrey se puso alerta y sus ojos se iluminaron.

—¡Ah, la encantadora señorita Southford! Lleva poco tiempo con lady Alice. De no ser así, te aseguro que habría venido más a menudo a visitar a mi abuelo. La primera vez que la vi fue hace una semana. Me tropecé con ella a la entrada del balneario —su sonrisa beatífica se disipó—. Pero me guardaré esa historia para el trayecto en coche. La

señorita Southford suele salir a pasear por las mañanas, y, si no llegamos pronto, puede que el presuntuoso coronel Howard nos tome la delantera. Deja que acabe este filete y nos iremos enseguida.

Entre bocado y bocado, Jeff se lanzó de nuevo a cantar las alabanzas de la señorita Southford. Más abatido por las revelaciones de Jeff de lo que deseaba admitir, mientras escuchaba a medias a su amigo, Gilen se dio cuenta de hasta qué punto había contado con poder descartar definitivamente la posibilidad de que la señorita Southford fuera la muchacha gitana.

Lo que Jeff acababa de decirle no significaba por fuerza que la señorita Southford y la gitana fueran la misma persona, se decía una y otra vez. A fin de cuentas, la señorita Southford podía haber vivido en cualquier otra parte antes de su llegada a Harrogate, lo cual no sería difícil de verificar.

Lo más prudente era que acompañara a Jeffrey esa mañana y procurará sonsacarle alguna información a lady Alice.

Pero, para su disgusto, la idea de ir a casa de la señorita Southford le produjo una chispa de emoción que pronto se extendió por sus venas. Frunciendo el ceño, intentó sofocar aquella sensación. Era seguramente su azaroso parecido con la gitana de pelo negro y ojos violetas lo que, inconscientemente, lo atraía hacia ella. Verla otra vez a la prosaica luz del día sin duda extinguiría para siempre aquella inoportuna atracción.

Si lady Alice podía darle alguna información de provecho, seguramente sólo tendría que quedarse un par de días más en Harrogate para asegurarse de que la dama a la que su amigo parecía empeñado en hacer su esposa era una candidata digna de ese honor, si es que la volubilidad de Jeffrey no disipaba aquel enamoramiento antes de que llegaran a ese punto. Gilen podría así irse de Harrogate con la conciencia tranquila y proseguir la búsqueda de la misteriosa gitana.

Jeffrey dejó su servilleta sobre la mesa, sacando a Gilen de sus cavilaciones.

— ¿Le digo al lacayo que vaya llamando a un coche? Sólo tardaré un momento un recoger la chaqueta y el bastón.

Si iba a salir de nuevo al galope para seguir el rastro de la gitana, le convenía asegurarse de que su caballo hacía algún ejercicio.

—No, creo que yo iré a caballo —contestó Gilen—. Raven tiene que correr un poco. Podría sacarlo después de pasar por casa de lady Alice. Estoy seguro de que podrás burlar al coronel y asegurarte el brazo de la señorita Southford sin mi ayuda.

Jeff sonrió.

—Eso espero. Nos veremos allí, entonces.

Unos cuarenta minutos después, tras dejar a su caballo al cuidado del mozo de lady Alice, Gilen entró en el salón y encontró a la señorita Southford sentada entre Jeffrey y el coronel Howard en un sofá de color marfil. La hostilidad que se profesaban ambos caballeros era casi palpable.

La señorita Southford levantó la mirada al oírlo entrar, y al ver el destello de luz de aquellos ojos violetas, Gilen sintió que su pulso se aceleraba.

Un tanto aturdido, fue a saludar a lady Alice, que estaba sentada junto al coronel Haversham. Gilen le prometió volver a conversar con ella más tarde y, disculpándose, se acercó a la señorita Southford.

Aunque ella seguía mirando al coronel Howard, Gilen tuvo la sensación de que estaba tan pendiente de él como él de ella. Todos sus sentidos parecían haberse aguzado de repente. Oía el ruido amortiguado de sus botas, el leve chisporroteo del fuego, la voz grave de Haversham por debajo de la voz más estridente del coronel Howard. Sentía el calor del sol, el leve agitarse de una ráfaga de aire fresco que entraba por la ventana, el rápido golpeteo de su corazón. Y veía cuan aterciopelado era el denso y lustroso cabello de la señorita Southford y cuan fina era su tez levemente tostada por el sol. Su nariz y sus mejillas tenían un ligero espolvoreo de pecas. Y su olor, ese esquivo perfume a rosas, parecía envolverlo por entero.

Al llegar junto al grupo se quedó en silencio y se conformó con

mirar a la señorita Southford mientras aguardaba la oportunidad de intervenir en la conversación. Ella no mostraba indicio alguno de haber notado su presencia, pero Gilen estaba casi seguro de que un leve rubor había cubierto el delicado color de sus mejillas. Cuando al fin el coronel Howard se detuvo para tomar aliento, Gilen hizo una reverencia.

—Señorita Southford, permítame agradecerle el delicioso vals de anoche.

Ella no se sobresaltó al oírlo, lo cual confirmó la impresión de Gilen de que era consciente de su presencia. ¿Eran imaginaciones suyas, o su modo de girar la cabeza hacia él parecía deliberadamente lento y estudiado?

—Fue un placer, lord Saint Abrams —dijo con suavidad, bajando los ojos.

No le ofreció la mano, pero Gilen extendió el brazo para tomársela. Una sacudida atravesó sus nervios cuando sus dedos se tocaron. Sintió que el pulso de ella daba un brinco bajo sus dedos, y su corazón se inflamó, exultante. Le apretó la mano y se la llevó a los labios.

Ella no llevaba guantes. Gilen sintió de pronto un intensísimo deseo de deslizar los labios sobre sus nudillos y meterse en la boca la punta de uno de sus deditos. Ella retiró la mano antes de que pudiera cometer aquella locura.

Gilen sintió que ella inhalaba bruscamente y bajó los ojos hasta su pecho, que subía y bajaba con una agitación apenas disimulada. Otra salvaje oleada de satisfacción se apoderó de él.

—¿Por qué no se sienta en ese sillón, junto al fuego? —murmuró ella. Su voz fría no revelaba el más leve indicio de la turbación que Gilen advertía en ella.

«Mírame», le ordenó para sus adentros. Al cabo de unos instantes, mientras permanecía allí parado sin dar respuesta, ella levantó lentamente los ojos, como contra su voluntad.

Adiós a la esperanza de que la luz del sol deslustrara su belleza.

El fulgor de sus ojos violetas era más brillante aún de lo que Gilen recordaban, y su color más rico y fascinante. No era de extrañar que Jeffrey estuviera deslumbrado.

¡Jeffrey! Al darse cuenta de que estaba enzarzado en una lucha de voluntades, muda e intensamente física, con la mujer a la que su amigo aseguraba amar, el hechizo sensual que había caído sobre él se hizo pedazos. Masculló algo y se apartó con el corazón en un puño.

—Como estaba diciendo —dijo el coronel Howard, lanzando a Gilen una mirada indignada por haber distraído a la dama—, mi hermana me ha pedido que le compre una yegua. He visto algunas y he elegido, no muy convencido, la que creo más conveniente para ella. Lady Alice me ha dicho que es usted una consumada amazona, igual que mi hermana. ¿Puedo pedirle que pruebe la yegua y me dé su opinión?

La señorita Southford sonrió con verdadero entusiasmo.

—Lo haré encantada. No he podido traer mi propia montura, y echo en falta mi paseo diario.

—Excelente —dijo el coronel—. Haré que la traigan esta tarde. Tal vez podamos salir a montar juntos por la mañana. Y, si le gusta la yegua, por favor, acéptela en préstamo mientras dure su visita.

—Por norma general, es preferible salir a montar temprano, antes de que las calles se llenen de gente —dijo Jeffrey—. Le recomiendo particularmente que lo tenga en cuenta si va a salir con una montura a la que no está acostumbrada. La niebla de por la mañana, según dice mi abuelo, es muy dañina para los pulmones, y no quisiera que el coronel Howard arriesgue su delicada salud. Me encantaría acompañarla a cualquier hora del día que desee salir. .

«Bien hecho», pensó Gilen, sofocando una sonrisa. «Ha ganado tiempo para pensar en un regalo que pueda ofrecerle a la dama, y en la misma frase saca a relucir los achaques de su rival».

El coronel Howard también pareció comprender la estratagema de Jeffrey, pues su pálido semblante se sonrojó de pronto.

—Tonterías. Dado que todavía no chocheo ni creo correr el riesgo

de sufrir una recaída, soy perfectamente capaz de acompañar a la dama a la hora que ella elija.

—Caballeros —dijo con suavidad la señorita Southford—, qué amables son ustedes. ¡Y qué ofrecimiento tan generoso, coronel! Es tan tentador que sé que debo rehusarlo.

—Bobadas, señorita Southford. Sería usted quien me estaría haciendo un favor a mí. Un favor que sin duda mi hermana apreciará mucho.

—Entonces, ¿cómo voy a negarme? —replicó ella con una sonrisa—. Pero, al menos para mi primera salida, he de rehusar con firmeza la compañía de ambos. Mientras me acostumbro a la yegua, preferiría que me acompañara únicamente el mozo de lady Alice. Si me veo en algún aprieto, él podrá socorrerme, y de ese modo no haré el ridículo delante de ustedes.

Por lo visto, la señorita Southford manejaba a quienes rivalizaban por sus atenciones con la misma destreza con que, según se decía, manejaba a los caballos. En otras circunstancias, a Gilen aquella habilidad le habría parecido tan admirable como entretenida. Pero en ese instante lamentaba que aquel talento pudiera empujar a Jeff hacia una declaración precipitada, como único modo seguro de deshacerse de su rival y de asegurarse los favores de la dama. Razón de más para que él decidiera lo antes posible qué podía hacer.

Mientras sopesaba sus posibles tácticas, la señorita Southford condujo la conversación hacia la obra que estaba representándose en el teatro de la ciudad. Ni una sola vez se dignó a mirar a Gilen. Éste, por su parte, se quedó mirando fijamente su perfil, vagamente consciente de que su visita tenía algún otro propósito. Al cabo de un momento, recordó que había ido allí con intención de sonsacarle alguna información a lady Alice y, haciendo acopio de voluntad, volvió a acercarse a la dama.

—Qué amable ha sido usted por venir, milord —dijo lady Alice.

—¿Cómo no iba a venir a expresarles mi agradecimiento a las damas que con tanta amabilidad trataron anoche a un extraño? —

contestó él.

Lady Alice sonrió.

—Tendremos que asegurarnos de que no siga siendo un extraño. Por favor, pásese a cenar con nosotros cualquier noche que esté en la ciudad.

—Yo que usted aceptaría de inmediato la invitación —dijo el coronel Haversham—. Todo Harrogate sabe lo suntuosa que es la mesa de lady Alice, a quien en todas partes se conoce por su cálida hospitalidad.

Gilen aprovechó la ocasión que le ofrecían las palabras del coronel.

—Eso ya he podido comprobarlo —dijo—. La señorita Southford me confesó que, al perder recientemente a su padre, tuvo usted la bondad de invitarla a su casa y ofrecerle consuelo en su desgracia.

—Sí, pobre chiquilla —lady Alice sacudió la cabeza y suspiró—. Gwennor perdió a su madrastra hace casi diez años, y desde entonces se ocupaba de la casa. Su padre no quiso volver a casarse y trasladó en gran medida sus tiernos afectos a su única hija. El respeto y el mutuo afecto que se tenían era mucho más profundo de lo que es habitual entre padre e hija. Gwennor estaba sumamente afligida por su muerte.

Lady Alice era incluso más locuaz de lo que Gilen esperaba.

—Su sobrina mencionó que las tierras de su padre habían pasado a manos de un primo suyo —continuó—. Ha de haber sido especialmente duro para ella ceder el dominio de su hogar tras haber sido su dueña y señora todos estos años. ¿La trajo usted aquí después de los funerales?

—No, por desgracia no pude asistir... y me sorprendió muchísimo que viniera tan pronto. No es que no me alegrara de verla, desde luego.

—¿Ella se presentó en su puerta? —preguntó Gilen, alarmado.

—Ella... se marchó de su casa con cierta prisa, y no tuvo tiempo

de escribirme antes de su llegada en el coche de postas. Aunque la idea de que una dama de su condición viaje en un vulgar coche de postas... Es todo culpa de Nigel, ese odioso primo suyo –lady Alice profirió un desdeñoso bufido–. Pero, dado que soy una buena cristiana, no diré nada más en su contra.

Si la señorita Southford estaba a mal con el cabeza de su familia, sin duda estaría ansiosa por casarse y alejarse de él, lo cual significaba que probablemente intentaría empujar a Jeff a declararse lo antes posible. Pero aquella información no arrojaba luz sobre su posible relación con un campamento gitano. A menos, claro, que la mujer que decía ser la señorita Southford fuera una impostora. ¿Hasta qué punto conocía lady Alice a su sobrina? –Deben de estar ustedes muy unidas, si decidió hacerle una visita tan inesperada –dijo–. ¿Viene a verla a menudo?

–No, aunque me habría encantado que lo hiciera, pero Gales está tan lejos... Nos hemos escrito con frecuencia desde que murió mi sobrina Eleanor. Ésa fue, ahora que lo pienso, la última vez que la vi. Eleanor y ella me hicieron una visita justo antes de que mi sobrina contrajera las fiebres que la llevaron a la tumba. De eso hará... diez años en febrero.

De modo que lady Alice no veía a su sobrina desde hacía mucho tiempo. ¿Tanto que una mujer de aspecto semejante podía haberla suplantado?

–Entonces debía de ser poco más que una niña. ¿La ha encontrado muy cambiada?

–Oh, está más guapa que nunca, y mucho más calmada. De pequeña era un auténtico torbellino. Pero puede decirle usted al señor Masterson –lady Alice le lanzó una sonrisa traviesa– que se ha convertido en una señorita muy bien educada y perfectamente capaz de llevar la casa de su marido –lady Alice miró al sofá, donde Jeff y la señorita Southford estaban enfrascados en una animada conversación.

Así que, ¿lady Alice creía que Jeffrey lo había enviado a indagar acerca de las virtudes de su posible esposa? Gilen consiguió a duras

penas refrenar una sonrisa. El error de lady Alice acababa de darle la oportunidad de preguntar un poco más.

— ¿Cuándo llegó su sobrina exactamente?

— Déjeme pensar... Creo que el miércoles hará dos semanas.

Eso significaba que había llegado apenas un par de días después de que él se encontrara con la muchacha gitana.

— ¿No se paró a visitar a ningún otro familiar por el camino? — insistió, arriesgando una pregunta más.

Lady Alice le lanzó una extraña mirada, y Gilen comprendió que había alcanzado los límites de la curiosidad razonable.

— La hermana de su padre vive no muy lejos de Southford, pero dudo que se pasara por allí. ¿Por qué lo pregunta?

Al otro lado de la habitación, su sobrina y los dos caballeros se levantaron, evitándole contestar a la embarazosa pregunta de lady Alice.

— Tía Alice, creo que voy a salir a dar un paseo — dijo la señorita Southford —. El señor Masterson y el coronel Howard se han ofrecido a acompañarme, así que tendré ayuda de sobra. ¿Quieres que te traigamos algo?

— No, querida. Pero abrígate bien.

— Será mejor que yo también me vaya — dijo Gilen.

— ¿Por qué no los acompaña? — sugirió lady Alice —. Caminar es muy bueno para la salud.

Al parecer, la carabina no podía dejar pasar la oportunidad de añadir otro posible pretendiente al séquito de su sobrina. Antes de que Gilen lograra decidir si aquello convenía o no a sus planes, la señorita Southford dijo:

— Lord Saint Abrams lleva aquí tan poco tiempo que sin duda estará muy ocupado instalándose.

Aunque parecía casi increíble que la señorita Southford fuera la bailarina gitana, parecía extrañamente ansiosa por evitar su

compañía.

—Tal vez en otra ocasión, señorita Southford —dijo Gilen, haciendo una reverencia.

Ella contestó del mismo modo.

—Caballeros, tía Alice, si me disculpan, he de ir a por mi capa.

—¿Seguro que no quieres venir, Gilen? —preguntó Jeffrey, y lanzó una mirada sombría al coronel Howard—. Me alegraría contar con tu compañía.

—No, he de salir a correr un poco con Raven —contestó él, ansioso por marcharse y evaluar lo que había averiguado—. Tal vez nos veamos luego —hizo una última reverencia y se marchó.

Una hora después, tan espabilado por la galopada como su montura, Gilen detuvo a su caballo a las afueras de la ciudad y desmontó. Llevaría al paso al caballo para refrescarlo antes de regresar a su alojamiento... y quizá pudiera ver a la señorita Southford y sus acompañantes volviendo del parque.

Le dio una vuelta a Raven por la explanada del parque, pero no se encontró con la señorita Southford y su séquito. Lo cual quizá fuera una suerte. Dado que lady Alice no había sabido decirle dónde estaba la señorita Southford en el momento en que él visitó el campamento gitano, aún no sabía cómo proceder.

Prosiguió su solitario paseo por el parque, rumiando una vez más los datos que había reunido. Sólo la intensidad de sus sensaciones al hallarse ante la señorita Southford y la casualidad de que ambas mujeres tuvieran el pelo negro, los ojos violetas y las cejas arqueadas apoyaba la posibilidad de que fueran la misma persona. La lógica y el sentido común sugerían lo contrario.

Tras observar detenidamente a la señorita Southford en varias ocasiones, no podía creer que fuera una impostora. No sólo era sumamente improbable que una muchacha gitana supiera lo suficiente de la familia Southford como para aprovecharse de su situación, sino que, además, la buena educación de la joven que se hacía llamar por ese nombre resultaba demasiado evidente. Gilen no

podía creer que una muchacha gitana, procedente de un mundo tan distinto, pudiera desenvolverse tan impecablemente en sociedad como la señorita Southford. Y, por muy atolondrada que fuese, sin duda lady Alice habría sabido distinguir entre su sobrina y una gitanilla.

La otra posibilidad que podía relacionar a la señorita Southford con los gitanos era igualmente improbable. Aunque lady Alice decía que se había marchado de su casa apresuradamente, la idea de que hubiera viajado hasta Harrogate en una caravana de gitanos era tan descabellada como risible. Cualquier joven bien educada sabía que, por muy ansiosa por escapar de casa que estuviera, permanecer una sola noche en un ambiente tan libertino arruinaría inevitablemente su reputación, aunque se hubiera mantenido bien escondida.

Y la muchacha que había bailado para él no estaba precisamente escondida. El solo recuerdo del salvaje abandono con que se había contoneado al son de la música bastaba para encender su sangre. Ninguna casta señorita de buena familia podría haber bailado, y haberlo besado, de aquella forma.

El alivio que sintió al darse cuenta de aquello le hizo sonreír mientras tensaba las riendas de Raven y se disponía a montar de nuevo. Estaba claro que no podía haber relación alguna entre las dos mujeres. Si la señorita Southford intentaba evitarlo, era posiblemente porque, teniendo ya a dos pretendientes a punto de declararse, la atracción física que existía entre ellos le parecía demasiado perturbadora. A él, desde luego, se lo parecía.

Gilen sintió que sus últimas dudas se disipaban, y le pareció que le quitaban un gran peso de encima. Se quedaría un día o dos más en Harrogate para darle el visto bueno a la señorita Southford y luego partiría una vez más en busca de su hechicera. Sólo que esta vez la encontraría.

Tan satisfecho estaba con su resolución, que decidió regresar a casa de lady Alice por ver si Jeffrey seguía allí. Se iría a comer con su amigo para celebrarlo.

Dejó a su caballo al cuidado del mozo y salió del establo, pero un

instante después se enteró por el mayordomo de que Jeffrey ya se había ido. Un poco desilusionado, Gilen le dijo al mayordomo que le presentara sus respetos a lady Alice y regresó a los establos.

Mandó a un mozo a buscar a Raven y se dispuso a esperar con una media sonrisa en el semblante, mientras imaginaba los placeres de que gozaría la noche que volviera a estrechar a la gitana entre sus brazos.

Los murmullos cantarines de un joven alto que salía en ese momento de las caballerizas lo sacaron de sus placenteras cavilaciones. El muchacho vio a Gilen y se acercó a él sin dejar de ronronear. Tras él, sin cuerda ni brida, iba trotando Raven. El chico, su voz y la extraña docilidad del caballo, que parecía haber caído bajo algún hechizo, trajo a la memoria de Gilen un recuerdo inesperado. Aquel joven era el mismo que se había hecho cargo de su caballo aquella noche en el campamento gitano.

Capítulo Nueve

El joven moreno chasqueó la lengua y Raven se detuvo dócilmente.

—Un hermoso animal, señor —le dijo el chico cuando se volvió para darle la rienda—. ¿Quiere que lo ayude a montar?

Gilen se había quedado sin habla. Estaba allí parado, observando boquiabierto al chico y a su caballo.

—Creo que eso me corresponde hacerlo a mí —el mozo que había ayudado antes a Gilen salió corriendo del establo.

—Como quieras, Jem —dijo el muchacho, y saludó a Gilen con una inclinación de cabeza, le dijo algo en un susurro a Raven, que dejó escapar un suave relincho, y se alejó.

—Tiene un don especial para los caballos —le dijo el mozo a Gilen mientras le hacía un estribo con las manos—. A mí al principio también me chocaba. Parece que les gusta a todas las bestias: caballos, perros, gatos...

«Espábilate», se ordenó Gilen mientras miraba alejarse al chico. «Averigua lo que puedas». —¿Cuánto tiempo lleva aquí? —preguntó.

—Sólo un par de semanas —contestó el mozo—. Vino con... —de pronto pareció recordar algo y se sonrojó—. Será mejor que le pregunte por él a la señora. Déjeme ayudarlo, señor.

Antes de que Gilen pudiera contestar, una voz suave surgió de detrás del seto que separaba el jardín de los establos, y Gilen se estremeció al reconocerla.

—¡Parry! ¿Dónde quieres que...?

La señorita Southford apareció por la puertecita trasera, llevando en los brazos lo que parecían ser unos gatitos recién nacidos. Al ver a Gilen, se detuvo y el resto de la frase murió en sus labios. Saltaba a la vista que había ido corriendo, pues tenía las mejillas coloradas y algunos mechones rizados habían escapado de la trenza que le rodeaba la cara. El color lavanda de su vestido y la luz límpida del sol

de la tarde realzaban la claridad violeta de sus ojos y el magnífico contraste entre sus negras cejas y la blancura de su piel.

Una nueva oleada de deseo se apoderó de Gilen, aceleró su pulso e hizo que sus manos se alzaran como si tuvieran voluntad propia y quisieran tenderse hacia ella. Gilen se sintió de pronto traicionado por su propio cuerpo e intentó sofocar aquella sensación cerrando los puños y apretando los brazos contra los costados. ¡Y pensar que acababa de exculparla! No podía haber ya duda alguna acerca de su verdadero carácter. La mujer que tenía ante sí podía ser o no una gitana, pero tras encontrarse en casa de lady Alice con el mismo muchacho que se había hecho cargo de Raven aquella noche en el campamento, no le cabía ya duda alguna de que la señorita Southford era, en efecto, la mujer que había bailado para él y que ahora, haciéndose pasar por una inocente doncella, estaba intentando cazar a su mejor amigo.

—Lord Saint Abrams —dijo la señorita Southford con cierto recelo, rompiendo el largo y tenso silencio.

—Señorita Southford —contestó él con voz crispada, y se preguntó si sería aquél su verdadero nombre. Fuera quien fuese, hacía bien mostrándose recelosa. Gilen haría que la deportaran antes que permitir que Jeffrey le entregara su corazón y su mano a una mujerzuela salida de un carromato gitano.

Ella volvió la cara pálida pero inexpresiva hacia el mozo, que los estaba observando con cierto nerviosismo.

—Jem, ¿han traído la yegua del coronel Howard?

—Sí, señora. Y es muy bonita.

—Bien. ¿Le importaría comprobar si hay arreos adecuados para que pueda salir a montar mañana?

—Enseguida, señora —dijo el mozo, y tras hacer una breve reverencia se alejó al trote, ansioso por escapar de allí.

—¿Tienes los gatitos, Gwen? Tráelos aquí —el joven que se había ocupado de Raven salió de nuevo del establo y se acercó a la señorita Southford.

Ella se giró para dirigirse a Gilen.

—Estamos bastante ocupados en este momento, como puede ver —dijo—. ¿Desea usted algo, milord? —alzó la mirada con expresión altiva. Su tono era frío y hostil.

Pero no tanto como el suyo, pensó Gilen, lleno de rabia.

—De momento... —dejó que la frase se extinguiera mientras observaba su rostro —, sólo mi caballo, que este joven ha tenido la amabilidad de traerme. ¿Señor...?

La señorita Southford vaciló un momento.

—Señor Saint Abrams, mi hermanastro, Parry Wakefield. Parry, el vizconde es un amigo del señor Masterson.

El joven hizo una grácil reverencia.

—Es un honor, milord.

Sus palabras sonaban corteses, ágiles... y desprovistas de toda emoción. Gilen escudriñó el rostro del muchacho, pero no pudo discernir ningún indicio de que lo reconociera. Por lo visto, el muchacho no se acordaba de él. Pero la noche era muy oscura, y ningún amigo de Alden había revelado su nombre. Raven, sin embargo, era un caballo magnífico. Sin duda el chico se acordaría de él.

—Tiene usted muy buena mano con los caballos, señor Wakefield —dijo Gilen.

El muchacho acarició el hocico del caballo.

—Es un placer atenderlo, señor.

Gilen recordó las numerosas ocasiones en que su temperamental caballo había intentado morder a su mozo de cuadras. —Mi mozo no estaría de acuerdo —contestó secamente—. Pero usted no parece haber tenido ningún problema con él... ninguna de las dos veces —observó cuidadosamente al chico, pero el énfasis deliberado de sus palabras no provocó ningún cambio en la expresión inocente del señor Wakefield.

—Los animales y yo nos llevamos bien, señor —dijo con sencillez—. He dejado las jaulas abiertas, Gwen, así que será mejor que vuelva. Me llevaré a los gatitos, si quieres.

—No, da igual. Yo voy enseguida —se apresuró a decir la señorita Southford—. Lord Saint Abrams ya se iba. Buenos días, milord.

Gilen fijó en ella una mirada casi furiosa. Como esperaba, ella se detuvo en seco y volvió a apretarse los gatitos contra el pecho, atrapada por su mirada. ¿Cómo era posible que pareciera tan carnal y, al mismo tiempo, tan inocente? Gilen debía recordar que tenía ya la prueba irrefutable de que estaba lejos de ser esto último.

Como si ella quisiera confirmárselo, mientras Gilen la miraba sus mejillas comenzaron a sonrojarse y su mentón se alzó un poco más. Aquella ceja enarcada volvió a elevarse.

Sí, la señorita Southford tenía que ser la muchacha del campamento gitano. El palpito vehemente de su sangre, la respuesta irreprimible que despertaba en él, afirmaban esa identidad con más fuerza que cualquier coincidencia de momento y lugar.

Gilen debía despreciarla como a la peor clase de farsante. El desdén y la furia figuraban, ciertamente, entre las violentas emociones que se agitaban en su interior. Pero entre ellas había también una mezcla de euforia y culpabilidad.

—Me despido de usted... por ahora —dijo al fin—. Pero, descuide, volveré... muy pronto.

En cuanto averiguara qué debía hacer respecto a cierta bailarina gitana.

Por suerte, el largo paseo había cansado a Raven hasta el punto de infundir en él una extraña docilidad. De no ser así, el impetuoso animal habría probablemente descabalgado a su jinete, tan poca atención le dedicó Gilen a su montura durante el camino de regreso a su alojamiento. Montaba de forma automática. Seguía sintiendo un tumulto de emociones y en su mente ardían preguntas sin respuesta y planes a medio formular.

Entre las preguntas, la principal era quién era la señorita Southford.

Tras someter de nuevo la conducta de la joven a un rápido examen, llegó a la conclusión de que, en aquel aspecto, seguía estando en las mismas. Sus impecables modales y la facilidad con que había sido aceptada entre los círculos patricios de Harrogate demostraban que era una dama. Por otra parte, el patrocinio de su tía indicaba que probablemente era también la sobrina de lady Alice, tal y como ella aseguraba. Así pues, ¿cómo había acabado la noble señorita Southford leyendo la buenaventura en un campamento gitano?

Lady Alice le había dicho que su sobrina había abandonado su hogar con cierta precipitación tras la llegada de su primo, el nuevo barón, a quien, por lo visto, lady Alice no tenía en muy alta estima. ¿Era aquel hombre lo bastante desalmado como para haber seducido a su prima?

¿O, quizá, sabiendo que su hogar pronto le sería arrebatado, presa del dolor y la desesperación por la muerte de su padre, había sucumbido ella a las lisonjas de algún joven que le había prometido matrimonio y se había desdicho tras aprovecharse de ella, después de lo cual el nuevo barón de Southford la había expulsado de su casa por considerarla deshonorada?

Era posible que hubiera sido arrojada de su hogar. Incluso cabía la posibilidad de que su guardián la hubiera enviado a Harrogate, donde era menos probable que se descubriera su deshonor y donde lady Alice, si formaba en efecto parte del engaño, podía intentar casarla discretamente con algún viudo entrado en años o con algún noble decrepito.

Gilen frunció el ceño. Aunque todas aquellas teorías eran plausibles, ninguna explicaba cómo había acabado viajando la señorita Southford con los gitanos. Incluso deshonorada, o con más razón en ese caso, habría sido enviada a Harrogate en un coche apropiado y acompañada por su doncella, a fin de mostrar una apariencia de decoro cuando llegara a su nuevo hogar.

Su ceño se hizo más pronunciado cuando intentó establecer algún vínculo plausible entre las realidades incongruentes de una señorita de noble cuna y una gitana echadora de cartas. Lady Alice decía que la señorita Southford había gobernado la casa de su padre. Quizá, durante una salida a caballo para atender a los granjeros, se había topado con la banda de cingaros en tierras de los Southford. Cabía la posibilidad de que una joven apasionada, romántica e impresionable se hubiera dejado seducir por las taimadas lisonjas y las falsas promesas de algún guapo gitano.

La idea de que hubiera estado en brazos de otro hombre, gitano o no, le causó un inmediato arrebató de celos. Pero, un instante después, al reconsiderar la cuestión desde un punto de vista más racional, tuvo que admitir que aquel cuadro también resultaba inverosímil. Él, naturalmente, no estaba familiarizado con las costumbres de los gitanos, de modo que no podía saber con certeza cómo se comportaban los hombres hacia las mujeres a las que deseaban hacer suyas, pero no le había parecido que hubiera ningún moscón revoloteando alrededor de la bella gitana. El propio jefe de los gitanos parecía tenerla en poca estima.

Aun así, si ella había tenido un amante gitano, ¿por qué había decidido al final irse a casa de su tía, en Harrogate? ¿Había recuperado acaso la cordura y se había dado cuenta de que no podía acostumbrarse a aquel estilo de vida? ¿O había sido repudiada y abandonada por su mancebo cingaro?

Naturalmente, al final importaba muy poco cómo hubiera acabado con ellos, o qué mentiras le hubiera contado a la crédula lady Alice para explicar su repentina llegada. La promiscua compañía con la que había hecho el viaje y la franca carnalidad de su beso probaban que no era una muchacha inocente. Lo cual significaba que su conclusión inicial era absolutamente acertada. No podía permitir que cazara a Jeffrey.

Gilen recordó la mirada embelesada de su amigo, que no le quitaba ojo a la señorita Southford, y sus labios se afilaron. Debía apartarla de Jeff, y pronto, antes de que su enamoradizo camarada

cayera más profundamente bajo su hechizo.

Al llegar a su alojamiento, dejó a Raven en los establos y regresó al edificio principal con intención de pedir que le subieran una botella de vino. Pero al entrar en su cuarto de estar se encontró a Jeffrey cómodamente arrellanado en un sillón, junto al fuego, y su vino ya servido.

—¡Gilen! —exclamó su amigo, poniéndose en pie—. Tu casero me ha dejado entrar. Espero que no te moleste que me haya puesto cómodo.

Gilen intentó poner buena cara. Aunque siempre se alegraba de ver a Jeffrey, sospechaba que su amigo quería sondearlo acerca de la señorita Southford, y no se sentía capaz de hablar de aquel asunto.

—Sólo si no te has bebido todo el vino. ¿No? Entonces, sírveme un vaso —se quitó la chaqueta, confiando en ganar tiempo, pero las siguientes palabras de Jeff disiparon sus vanas esperanzas.

—Bueno, ya que has podido observarla dos veces, ¿qué te parece la señorita Southford?

Gilen empezó a maldecir para sus adentros al tiempo que intentaba dar con una respuesta que no descubriera su juego.

—Es encantadora, de una forma discreta —al ver que Jeffrey seguía mirándolo expectante, añadió—. Sus, eh, modales parecen bastante educados —«¡Ah, cómo engañan las apariencias!».

Jeffrey pareció relajarse y bebió un sorbo de vino, dándole a Gilen tiempo para maldecir de nuevo a la señorita Southford.

—Por la mala cara que pones, yo diría que no te gusta mucho —dijo su amigo al fin—. ¿Qué defectos le encuentras?

«Es mentirosa, deshonesta, lujuriosa...». Pero aún no era momento de recitarle a Jeff la letanía de las faltas de la señorita Southford. Gilen intentó poner buena cara y buscó alguna pega sincera y poco sospechosa que ponerle a la joven.

—Parece... demasiado ansiosa por cazar un marido —dijo al fin.

—Eso no se le puede reprochar —replicó Jeff—. ¿Qué otra cosa

puede hacer una señorita soltera? Sobre todo, no teniendo ya un padre que la proteja.

—Puede ser, pero habiendo sufrido un... desengaño hace tan poco tiempo, no quisiera que te apresuraras a comprometerte otra vez. Y menos aún con una joven de la que sabemos tan poco.

Jeffrey se encogió de hombros.

—Es la sobrina de una vieja amiga de mi abuelo, y salta a la vista que es una joven de buena familia. ¿Qué más hay que saber?

Gilen se mordió la lengua.

—Supongo que necesito conocerla mejor. Así, su verdadero carácter saldrá a la luz.

El semblante de Jeffrey se animó un poco. —Tienes razón, desde luego. Hagamos un brindis —Jeffrey levantó su copa de vino—. Por conocerla mejor.

Gilen alzó su copa.

—A veces, cuando las cosas parecen... ir demasiado rápido, conviene distanciarse un tiempo. Ver si, tras un periodo de separación, el afecto sigue siendo fuerte. Alden está todavía con Chase DeLacey y sus amigos. La caza es excelente, como yo mismo he podido comprobar, y todos insistieron en que regresara y te llevara conmigo. ¿Qué te parece si nos vamos a pasar unos días allí? Está tan cerca que podríamos regresar enseguida a Harrogate si tu abuelo empeorara.

Jeffrey frotó con los dedos la copa de vino.

—No, vete tú si quieres. Yo no quiero marcharme de Harrogate ahora —dejó la copa y frunció el ceño—. Dicen que el coronel Howard se marcha pronto, y he oído decir que piensa declararse a la señorita Southford antes de irse. Si abandono el campo para asegurarme de la solidez de mi afecto hacia ella, puede que me la robe. Y estoy casi seguro de que la señorita Southford es la mujer que quiero por esposa.

Gilen sintió que se le encogía el corazón.

— ¿Tan seguro estás?

Los ojos de Jeffrey adquirieron de nuevo aquella expresión soñadora que Gilen empezaba a detestar.

— Sí, creo que sí.

Gilen se mordió la lengua para que no se le escapara una maldición. Tendría que hacer algo rápidamente si quería apartar a la señorita Southford de su amigo antes de que fuera demasiado tarde. Porque, si aquella mujer conseguía inducir a Jeffrey a declararse, su amigo no retiraría posteriormente su ofrecimiento aunque descubriera la verdadera personalidad de su prometida. Su sentido del honor se lo impediría.

Jeffrey poseía una respetable fortuna y no necesitaba casarse por dinero ni parentesco, pero merecía casarse con una dama. Mientras tuviera aliento, Gilen no permitiría que el honor de su amigo lo obligara a casarse con una impostora.

Antes de que se le ocurriera qué contestar, Jeffrey apuró su vino y dejó la copa.

— Hay un favor que puedes hacerme antes de irte. Verás, lady Aylesbury me obligó más o menos a pasarme esta tarde por su casa para llevar a su hija a dar un paseo en coche.

Gilen dejó escapar un gruñido.

— Eres demasiado complaciente. Deberías haberte negado.

— No soy tan valiente como tú — dijo Jeffrey con una sonrisa—. Además, la señorita Aylesbury es una muchacha encantadora. Nunca habla mal de su madre, pero salta a la vista cuánto se avergüenza de ella. Después de la escena que montó lady Aylesbury en el salón de baile la otra noche, no podía humillar más aún a la señorita Aylesbury negándome a acompañarla.

— ¿Y qué favor quieres que te haga mientras tú estás por ahí haciendo de caballero andante con la señorita Aylesbury?

— Lleva a la señorita Southford a pasear en coche esta tarde. Así tendrás ocasión de conocerla mejor. Y, además, tengo la impresión de

que Howard intenta quedarse a solas con ella, quizá para pedirle algo... importante.

— ¿Te lo dijo la señorita Southford? — preguntó Gilen, receloso.

— No, oí que el coronel le decía en voz baja a lady Alice que le agradecería su ayuda para quedarse un rato a solas con su sobrina. Y no pienso permitirlo. Así que prométeme, viejo amigo, que te pasarás temprano por allí y la llevarás a pasear en mi lugar.

Gilen se quedó pensando un momento. La idea de tener a la señorita Southford sentada a su lado en los estrechos confines de una calesa lo excitaba y, al mismo tiempo, le desagradaba. Aun así, ello mantendría tanto a Jeffrey como al infeliz coronel Howard alejados de las garras de aquella mujer una tarde más.

— Lo haré encantado. ¿A qué hora quieres que vaya?

— Un poco antes de las cuatro, para que llegues antes que el coronel — Jeffrey sonrió y le dio una palmada en la espalda—. ¡Gracias, Gilen! Sabía que no me fallarías.

Gilen intentó sofocar su mala conciencia. Debía recordar que la futura felicidad de su amigo dependía de que se mantuviera firme, pese a la aflicción pasajera que su intervención pudiera causarle a Jeff.

— Te prometo que no te fallaré, cueste lo que cueste.

Cuando su amigo se marchó, Gilen se sirvió otra copa de clarete. ¿Qué debía hacer?

Podía ir a ver al anciano lord Masterson, advertirle del peligro que corría su nieto y pedirle que inventara algún negocio con el que alejar a Jeffrey de Harrogate hasta que el coronel Howard se declarara a la señorita Southford o Gilen consiguiera ahuyentarla de algún modo.

Pero enseguida descartó la idea. Por de pronto, parecía improbable que lord Masterson fuera capaz de inducir a su nieto a partir con la excusa de algún negocio de poca importancia. En segundo lugar, parecía injusto rescatar a Jeff endosándole aquella

impostora al coronel Howard, contra el que Gilen nada tenía.

Descartó la siguiente alternativa con la misma presteza. Teniendo a su alcance la posibilidad de asegurarse una vida de lujos si uno de sus pretendientes le proponía matrimonio, era improbable que la señorita Southford aceptara una suma de dinero, aunque fuera grande, a cambio de renunciar a la mano de Jeffrey.

Gilen podía exigirle que abandonara Harrogate inmediatamente, amenazándola con hacer pública su presencia en el campamento gitano. Pero, tras un rápido repaso a los acontecimientos de aquella noche, llegó a la conclusión de que, de entre su grupo de amigos, sólo él se había acercado lo bastante a la muchacha como para poder identificarla de nuevo. El propio jefe gitano había negado conocerla. Lo cual lo dejaba sin modo alguno de demostrarle a Jeff que aquella joven había estado con los gitanos, como sin duda ella sabía.

Una furia impotente se apoderó de él. A falta del refrendo de terceras personas, si la denunciaba ante Jeff sólo conseguiría herir a su amigo acusando a la mujer que amaba de perpetrar un engaño del cual Jeff no la creería capaz. O, peor aún, abrir una brecha irreparable en su larga amistad.

Podía dejar que la noticia se esparciera anónimamente. Un chismorreo tan jugoso sin duda se difundiría rápidamente entre la alta sociedad de Harrogate. Pero, aunque ello evitaría un golpe directo sobre su amistad con Jeff, el resultado final seguiría sin colmar sus expectativas. Haría daño a la señorita Southford, desde luego, pero también humillaría a lady Alice, y cabía la posibilidad de que la buena señora no tuviera nada que ver con aquel asunto. Peor aún: casi con toda certeza haría salir a Jeffrey en defensa de la dama en apuros, quien sin duda se apresuraría a persuadirlo para que salvara su buen nombre pidiéndola en matrimonio. Gilen se vería entonces en la exasperante disyuntiva de tener que apoyar públicamente a la dudosa prometida de su amigo o de enemistarse para siempre con Jeffrey.

Aparte del asesinato, solución ésta que le parecía cada vez más atrayente, parecía no haber un medio rápido y limpio de resolver el

dilema. Una rabia estéril atenazó de nuevo su pecho. Si la señorita Southford hubiera estado presente, le habría retorcido de buena gana el pescuezo con sus propias manos. Y, sin embargo, pese a su furia, la sola idea de tenerla lo bastante cerca como para estrangularla conseguía convertir la rabia en un ardor de muy distinta clase. ¡Ay, si pudiera ponerla en el lugar que le correspondía...!

Un instante después, aquella volátil mezcla de rabia y lujuria se fundió en una única, sencilla y sumamente satisfactoria conclusión. No sólo podía ponerla en el lugar que le correspondía: tenía la obligación de hacerlo. Y, dado que Jeff le había puesto en bandeja la oportunidad de llevar a cabo su propósito, lo haría esa misma tarde.

Capítulo Diez

Varias horas más tarde, cuando Tilly acabó de abrocharle el vestido de paseo, Gwennor respiró hondo y se armó de valor para bajar al salón. El coronel Howard había insinuado que pensaba llevarla a pasear en coche esa tarde, y aunque había dicho que tenía otro compromiso, el señor Masterson también había dicho que intentaría pasarse por allí, aunque fuera sólo un rato. Ella debía ir a sentarse junto a su tía y prepararse para recibir a sus posibles visitas, entre las cuales sin duda no se contaría lord Saint Abrams.

Se le aceleró el pulso al recordar su extraño encuentro con Saint Abrams en los establos. El semblante airado y las veladas insinuaciones de aquel hombre habían disipado todas sus dudas. El vizconde sabía que era la echadora de cartas del campamento gitano, y al parecer también había reconocido a Parry. Al principio, ella había creído que iba a acusarla en el acto, delante del mozo de lady Alice. Pero, aunque le había ahorrado esa humillación, sus palabras de despedida le habían sonado a amenaza.

Gwennor respiró hondo otra vez. Tal vez le conviniera que Saint Abrams se pasara a visitarlas esa tarde. De ese modo, ella podría intentar descubrir qué pensaba hacer y planear su contraofensiva. Prefería enfrentarse cara a cara al vizconde a que la amenaza de su hostilidad acechara junto a ella como una bala de cañón humeante, siempre a punto de estallar.

Por un instante sintió agitarse su mala conciencia. Hiciera lo que hiciese el vizconde, confiaba en que no avergonzara a su tía, la cual nada sabía acerca de cómo había llegado hasta Harrogate.

Sólo para asegurarse, quizá debiera tener preparada una maleta ligera y algo de dinero de reserva. Le convenía estar preparada para huir, a pesar de que seguía creyendo que, tras considerar detenidamente la cuestión, lord Saint Abrams comprendería la inutilidad de lanzar contra ella descabelladas acusaciones que no podía probar y que sin duda lo convertirían en objeto de habladurías en la misma medida que a ella.

De un modo u otro, tenía que encontrar un refugio seguro para Parry y para ella. Si lord Saint Abrams encontraba un medio de impedir su matrimonio en Harrogate, tendría que marcharse a otra parte. Darse por vencida, regresar a Southford y aceptar los planes de su primo Nigel era simplemente inimaginable.

El primo Nigel suponía, por otra parte, una amenaza en sí mismo. Aunque ya no se sobresaltaba cada vez que tocaban a la puerta, aún no estaba segura de que su detestable primo hubiera preferido dejarla marchar y se hubiera contentado con reclamar la herencia, poca o mucha, que le hubiera dejado su padre. Todavía temía que cayera sobre ella en cualquier momento, dispuesto a hacerla regresar a Southford y a cumplir su voluntad.

A pesar de las animosas palabras de lady Alice al respecto, dudaba que su tía tuviera presencia de ánimo suficiente para enfrentarse a Nigel si, en efecto, su primo la seguía hasta allí. Razón de más para que estuviera lista para escapar en cualquier momento, si era necesario.

Tenía, por otro lado, que intentar prometerse en matrimonio lo antes posible, ya fuera con el coronel Howard, ya con el señor Masterson. Y, dada la estrecha amistad de Masterson con lord Saint Abrams, empezaba a inclinarse a favor del primero.

Decidió poner en práctica de inmediato su prudente resolución y, en lugar de dejar su habitación, se acercó a la cómoda y sacó la bolsita de cuero que contenía las joyas de su madre. Sacó respetuosamente las finas joyas y, conteniendo la oleada de emoción que siempre la embargaba al mirarlas, las inspeccionó con desapasionamiento a fin de decidir cuáles debía vender.

Una llamada a la puerta interrumpió su tarea.

—Pase —dijo mientras guardaba precipitadamente las joyas.

Una doncella abrió la puerta e hizo una reverencia.

—Lady Alice quiere verla en el salón, señorita.

Gwennor frunció el ceño. Era todavía un poco pronto para visitas.

—Gracias, Sally. Enseguida bajo.

Procuró sofocar el hormigueo nervioso que sentía en el estómago. Seguramente era el señor Masterson, que se había pasado un momento por allí antes de irse a cumplir con un compromiso previo. Tal vez no poseyera un ingenio agudo, ni una mirada cautivadora, pero el señor Masterson era un caballero sumamente apuesto y agradable, pensó con un suspiro. Qué mala suerte que fuera también íntimo amigo de lord Saint Abrams.

Recordando lo amable que había sido el señor Masterson con Parry, compuso una sonrisa al entrar en el salón. Una sonrisa que quedó helada cuando el caballero que tenía ante ella se levantó para saludarla. Era lord Saint Abrams.

—Milord... qué sorpresa —dijo con voz débil. Él sonrió con tanta afabilidad que Gwennor receló de inmediato.

—Espero que agradable, señorita Southford. Aunque no debería ser una sorpresa. Ya le dije a su sobrina antes, lady Alice, que deseaba visitarla de nuevo.

Mientras lady Alice profería un «ooh» de admiración ante aquel pequeño discurso, el vizconde extendió los brazos para estrechar las manos que Gwennor no le había ofrecido. Una sacudida eléctrica, aguda y casi dolorosa, se produjo entre sus dedos al tocarse.

Los ojos del vizconde se agrandaron un momento y su sonrisa vaciló antes de que lograra recobrarla compostura y alzara las manos de Gwennor para besárselas.

Estremecida por aquel leve contacto, Gwennor apartó las manos bruscamente. Lo cual sólo consiguió que la sonrisa de Saint Abrams se hiciera más amplia, confirmando las sospechas de Gwennor de que el vizconde sabía muy bien el efecto que surtía sobre ella... y estaba decidido a usarlo en su provecho.

Gwennor oyó vagamente que su tía invitaba a sentarse al vizconde. Ella se sentó lejos de él, pero siguió sintiendo la atracción magnética de su presencia. Aceptó resueltamente el té que le ofrecía su tía y evitó mirar a Saint Abrams.

La turbación que se había apoderado de ella le hizo olvidar su intención de descubrir a todo trance qué estaba tramando el vizconde, y apenas prestó atención a la conversación. Rezaba por que llegara cuanto antes otra visita, fuera cual fuese. Hasta hubiera recibido con agrado la visita de la anciana vecina de lady Alice, la señora Maxwell, que era dura de oído y aficionada a monopolizar la conversación hablando de sus muchos achaques.

Estaba sonriendo con expresión ausente, imaginándose al marqués intentando soslayar las prolijas descripciones de la señora Maxwell cuando las amenazadoras palabras que su tía acababa de pronunciar penetraron en su cabeza.

—...estará encantada de salir a pasear en coche con usted, ¿verdad, Gwennor querida?

Sobresaltada, Gwen volvió a fijar su atención en Saint Abrams, que la estaba mirando con aparente admiración.

—Qué amable de su parte, milord, pero ya casi le había prometido al coronel Howard que...

—El coronel Howard no está presente para hacerle cumplir esa promesa. Lo cual es una triste muestra de falta de entusiasmo, merecedora de que nuestro querido coronel pierda el premio de su compañía, ¿no le parece, lady Alice? Hace una tarde preciosa; mi calesa y mis caballos esperan con impaciencia. Diga que vendrá, señorita Southford, o me sentiré terriblemente decepcionado —Saint Abrams acompañó aquellas palabras con una mirada tan seductora que Gwen casi creyó que hablaba en serio. Casi. ¿Qué estaba tramando? ¿Por qué de pronto se mostraba tan atento y afable?

—¿Cómo vas a rehusar un ofrecimiento tan amable, Gwennor querida? —dijo su tía.

—Parece que no tengo elección —dijo ella al fin, irritada todavía por la astucia con que el vizconde estaba manipulando a lady Alice.

—Oh, yo casi nunca doy elección —murmuró Saint Abrams, y le lanzó otra de aquellas miradas hipnóticas que le hacían imposible apartar los ojos de él.

Gwennor tardó un momento en reponerse y de pronto se encontró respirando tan agitadamente como si acabara de galopar una milla a lomos de Luciérnaga. Salir a pasear con él le daría la oportunidad de descubrir sus planes, tarea ésta lo bastante urgente como para que de momento dejara de lado cualquier otra consideración. Ignorando el cosquilleo que sentía en el estómago, compuso una sonrisa amable y asintió con la cabeza. —Iré a por mi capa, lord Saint Abrams.

Lady Alice parecía tan contenta que Gwennor casi esperaba que se pusiera a dar palmas de alegría.

—Qué excursión tan deliciosa, querida mía —gorjeó—. ¡Que se diviertan!

—Muchas gracias, lady Alice, por el generoso regalo de la compañía de su sobrina —dijo el vizconde y, tras inclinarse hacia su tía, le ofreció el brazo a Gwennor.

Lady Alice suspiró de nuevo, y Saint Abrams esbozó una sonrisa burlona. Gwennor sintió un violento deseo de abofetearlo. Pero, en lugar de hacerlo, le dio el brazo, apretó los dientes al sentir el ya casi familiar estremecimiento que sentía cada vez que se tocaban, y salió de la habitación.

Tal vez tuviera que salir a pasear en coche para descubrir lo que estaba tramando, pero no pensaba mostrarse amable con él, se dijo en silencio. La arrogancia de aquel hombre le disgustaba tanto como el dominio que parecía ejercer sobre sus sentidos.

En fin, fuera cual fuese el despreciable plan que el vizconde hubiera tramado, ella lo echaría por tierra, se prometió para sus adentros, alzando la barbilla. Y también lograría sobreponerse a la respuesta física automática que causaba en ella la cercanía de Saint Abrams.

«Embustera», murmuró su cuerpo.

Mercer llegó con su capa, y el vizconde se apresuró a apoderarse de ella.

—Permítame —dijo, desplegándola como si pretendiera ponérsela sobre los hombros a Gwennor—. No quiero que se muera de un resfriado.

¿Se refería a que prefería tramar su muerte por otros medios?, se preguntó Gwennor, un tanto alarmada. De pronto se dio cuenta de que la fornida figura de Saint Abrams se cernía sobre ella y notó, turbada, cómo se tensaba la chaqueta sobre los anchos hombros del vizconde. ¿Debía temer algo más que un asalto verbal?

Tonterías, se dijo, quitándole la capa y ciñéndosela. No permitiría que la intimidara. Incluso aunque él quisiera infligirle algún daño físico, cosa que le parecía improbable, iban a salir en una calesa descubierta, a la vista del mozo y de cualquier otro vehículo que pasara por su lado.

Pero, aunque cualquiera pudiera verlos, con el ruido del viento y de las ruedas del carruaje nadie, ni siquiera el mozo, oiría lo que dijeran. Tal vez Saint Abrams hubiera urdido aquel paseo a fin de informarle de los medios de coerción que pensaba ejercer contra ella.

Habían llegado ya al pie de la escalera de entrada. Gwennor respiró hondo, dispuesta para la batalla, y aceptó que Saint Abrams la ayudara a subir a la calesa. El vizconde pareció ocupar una alarmante cantidad del pequeño espacio del vehículo cuando se sentó a su lado. Estaba tan cerca que Gwennor podía sentir el calor que emanaba de sus recios muslos. De pronto se sintió sofocada bajo la gruesa capa de lana. El vizconde arreó a los caballos y ella se agarró a la barandilla con las manos, que notaba sudorosas bajo los guantes.

Saint Abrams no dijo nada durante un rato, mientras conducía a los caballos por las calles llenas de gente. Al llegar a las afueras de la ciudad, frenó a los caballos, hizo una seña con la cabeza y el mozo se bajó de un salto de la calesa y se alejó a todo correr. Antes de que ella pudiera preguntar qué pretendía, el vizconde se volvió hacia ella.

—El señor Masterson me ha dicho que le gusta a usted galopar. El mozo de cuadras del sitio donde alquilé el coche me dijo que estos caballos eran muy rápidos y fáciles de manejar. ¿Quiere que los pongamos a prueba por la carretera? —sin aguardar respuesta, arreó

a los caballos—. Jeffrey dice también que es usted una buena conductora. Si los caballos resultan ser tan dóciles como me han dicho, quizá le deje probar suerte con las riendas.

Ella había abierto la boca para protestar por la marcha del mozo y porque se hubieran alejado de la ciudad, pero vaciló al ver ante sí la tentadora posibilidad de conducir una calesa a toda velocidad por campo abierto.

Miró de soslayo a Saint Abrams, quien tenía la vista fija por encima de las cabezas de los caballos, como si estuviera absorto en la conducción. ¿Era aquello una leve sonrisa de regocijo?

Ella debía negarse, insistir en que volvieran al parque. Pero sólo durante las breves visitas de su primo Harry tenía oportunidad de conducir un coche como aquél. Se mordió el labio. Maldito fuera aquel hombre por adivinar cuánto deseaba correr a todo galope.

El reconfortante bullicio de las calles de Harrogate se alejaba con cada zancada de los caballos. Pronto dejaron atrás las últimas casas de las afueras y salieron a campo abierto, donde el camino de carruajes se hallaba bordeado únicamente por tierras de labor y huertos en los que no se veía ni un alma. Era una locura permitir que el vizconde la llevara lejos de cualquier posible socorro. Seguramente ni siquiera cumpliría su promesa de dejarle llevar el coche. Pero si lo hacía... Tras una ardua lucha, la tentación se sobrepuso a la cautela.

—Me complacería muchísimo.

Aunque la mirada que le lanzó el vizconde fue breve, la ávida intensidad de sus ojos le produjo una sacudida eléctrica.

—Será un placer complaceros —murmuró él. Antes de que la mente abotargada de Gwennor lograra dar con una respuesta, el vizconde añadió en tono más ligero—. Tengo entendido que la finca de su familia en Southford está bastante aislada. Después de pasar varias semanas en el ajetreo de la ciudad, imagino que le gustará escaparse al campo. A mí me gusta, desde luego.

—¿Ah, sí? —preguntó Gwennor, escéptica.

—Sí, en efecto —bajó la mirada hacia ella y su sonrisa

encantadora disipó en parte los recelos de Gwennor—, Hay muchas cosas que no sabe usted de mí, señorita Southford, pero espero que pronto podamos ponerle remedio a eso. Y, antes de que sigamos adelante, quisiera disculparme.

Alarmada de nuevo, ella repitió:

—¿Disculparse?

—Me temo que no fui todo lo cortés que debiera cuando nos encontramos en el establo. Me hallaba bajo el influjo de una... idea tan descabellada que no me atrevo a confesársela, pero ahora estoy convencido de que estaba en un error. Espero que será usted lo bastante generosa como para darme la oportunidad de empezar de nuevo. ¿Amigos, señorita Southford?

Su voz parecía totalmente sincera. Su mirada, franca y cordial. ¿Sería un ardid o de veras había llegado a la conclusión de que sus sospechas eran infundadas? ¡Oh, si fuera cierto...!

Pero, en todo caso, sería mejor no bajar la guardia.

—Amigos, desde luego, milord —contestó.

—Bien. Lo aceptaré... como un principio —antes de que pudiera intentar descifrar aquel comentario, él prosiguió—. Jeffrey dice que llevaba usted los negocios de Southford mientras su padre se ocupaba de experimentos de cría.

—Sí —contestó Gwennor, sorprendida por lo mucho que parecía saber sobre ella—. Como sin duda sabrá, en aquella región la tierra es tan rocosa y escarpada que la agricultura apenas rinde beneficios. Mi padre buscó durante mucho tiempo otros medios que permitieran a la finca y a nuestros arrendatarios completar las ganancias agrícolas con una fuente de ingresos más segura.

—¿Llevaba usted también los libros de la finca?

—Sí —ella sonrió—. Por desgracia, mi padre era poco aficionado a los números.

—Una buena administradora, una consumada amazona y una maestra manejando las riendas... o eso dice Jeffrey. Y absolutamente

encantadora, además. El caballero que se case con usted será sumamente afortunado.

Gwennor alzó la mirada bruscamente, creyendo que no había oído bien. Sin duda no podía estar... flirteando con ella. Pero Saint Abrams la estaba mirando con extraña fijeza. Gwennor desvió la mirada, llena de turbación. No pudo reprimir una punzada de orgullo al pensar que un caballero tan distinguido pudiera estar interesado en ella, aunque esa posibilidad le pareciera descabellada. Lo más probable era que, por motivos ocultos, el vizconde estuviera intentando manipularla como había manipulado a lady Alice.

Sin embargo, había dicho que sus sospechas eran erróneas. ¿Sería cierto o se trataría de una simple táctica?

Antes de que Gwennor pudiera tomar una decisión, él la dejó de piedra al apoyar una mano sobre la suya.

—Un hombre muy afortunado, sí —murmuró.

La presión de su mano reavivó de inmediato la estremecedora mezcla de deseo que aquel hombre conjuraba como un mago cada vez que la tocaba. Gwennor fijó los ojos en sus labios, cuyo sabor todavía recordaba. ¡Oh, qué dulce y deliciosa le había parecido aquella boca!

«Basta», le advirtió la parte prudente de su mente. A pesar de sus amables palabras, el vizconde de Saint Abrams no podía pretender cortejarla... ¿o sí?

Gwennor era demasiado honesta como para negar que aquella idea le producía un arrebató de contento. En efecto, la idea de trabar amistad o incluso de llegar a algo más con Saint Abrams ejercía sobre ella una atracción tan poderosa que le resultaba difícil aferrarse a la cautela y a la objetividad.

Justo cuando creía que él iba a inclinarse para besarla, el vizconde se incorporó y apartó la mano.

—Ya nos hemos alejado bastante de la ciudad —dijo—. Estos caballos parecen tan dóciles como me dijo el mozo. ¿Le apetece probarlos?

Ahora que estaban lejos de cualquier observador inoportuno, él la invitaba a llevar el coche. Adiós a su estúpida fantasía de que el vizconde estaba a punto de besarla.

Todavía sofocada, Gwennor recibió de buen grado aquella bofetada de la realidad.

—Sí, desde luego.

—Todo lo que es mío, se lo ofrezco —dijo él, y le entregó las riendas.

¿Estaba interpretando acertadamente Gwennor sus intenciones? Desconcertada de nuevo, fijó su atención en los caballos y durante los siguientes minutos se entregó al simple gozo de dirigir la liviana calesa. Llena de euforia, sólo frenó cuando los caballos empezaron a mostrar signos de cansancio.

—¡Ha sido maravilloso! Muchísimas gracias por dejarme conducir —congraciada de nuevo con él, le devolvió las riendas.

—Conduce usted de maravilla, señorita Southford —dijo él—. Admito que no creía que una mujer fuera capaz de manejar un vehículo como éste, pero es usted tan hábil como aseguraba Jeffrey.

—Gracias, milord —dijo ella, complacida por el cumplido.

El sujetó las riendas con una mano enguantada y con la otra tomó los dedos de Gwennor.

—¿Sabe lo adorable que está con las mejillas sonrosadas por el viento y ese precioso pelo suelto alrededor de la cara?

La suavidad de su voz, la intensidad de sus ojos hizo bullir de nuevo el deseo de Gwennor. «No son más que galanterías», se dijo, intentando dominarse. ¿O no?

—Milord, creo que su amigo el señor Masterson podría acusarlo de aprovecharse injustamente de la ausencia del mozo y de mi inexperiencia.

—Mi querida señorita Southford, en el amor y en la guerra, todo está permitido —murmuró él, y se inclinó para besarla.

Los caballos cambiaron de pronto el paso. Lord Saint Abrams se incorporó bruscamente y tiró de las riendas para refrenarlos. Aquel instante pasó tan rápido que Gwennor podía haberlo soñado, de no ser porque los labios le ardían aún allí donde él los había besado y todo su cuerpo vibraba con el deseo urgente de acercarse a él. Sin embargo, se apartó, sofocada. ¿Debía darle una bofetada... o devolverle el beso?

Capítulo Once

Ah, sí, ella lo deseaba tanto como él a ella, pensó Gilen, exultante, mientras miraba el rostro sofocado de la señorita Southford. Complacido por haber aclarado aquella cuestión más allá de toda duda, sintió la tentación de sellar la feliz conclusión con otro beso.

Pero sería mejor dejarlo para más adelante.

—Por poco que me apetezca —murmuró, rompiendo el hechizo sensual que los mantenía paralizados a ambos—, creo que será mejor que la lleve a casa de su tía. ¿Nos vamos?

Ella asintió con la cabeza, aturdida. El acarició por última vez la mano con que ella seguía agarrándose a la barandilla y arreó a los caballos.

Su plan de hacer que ella se relajara parecía haber funcionado a las mil maravillas, pensó mientras observaba de reojo la esbelta figura sentada a su lado. En realidad, la excursión estaba transcurriendo espléndidamente. Tanto, que le costaba recordar que el objetivo de toda aquella farsa era rescatar a Jeff.

Sería mejor que se concentrara en cumplir su propósito, no fuera a ser que regresaran a la ciudad sin haber resuelto la cuestión y ella lograra de algún modo alertar a Jeffrey de sus maniobras.

Una inquietud momentánea se apoderó de él. Aunque estaba razonablemente seguro de su éxito, lamentaba no disponer de más tiempo para ganarse la confianza de la señorita Southford y explorar el deseo que ya se agitaba entre ellos. Por desgracia, estando Jeffrey a punto de declararse, no podía permitirse aquel lujo.

Se removió, inquieto. En el fondo, sentía vergüenza por actuar a espaldas de su amigo; vergüenza que intensificaba el hecho irrefutable de que deseaba a la muchacha. Tenía que admitir que se habría sentido mucho mejor si la perspectiva de seducir a la señorita Southford le resultara odiosa, en lugar de tentadora. Pero, aun así, alentar la pasión que existía entre ellos, aunque tuviera que hacerlo a

escondidas, era infinitamente más honorable que permitir que ella burlara a Jeffrey.

Su amigo probablemente no lo vería de ese modo, al menos de momento. Pero más adelante, cuando el paso del tiempo y la frialdad de la razón pusieran en evidencia la verdad, Jeffrey sin duda se daría cuenta de que había escapado del peligro por los pelos y comprendería de qué modo tan altruista se había arriesgado Gilen a perder su amistad para salvarlo.

Una duda insidiosa seguía ensombreciendo, sin embargo, la por lo demás grata perspectiva del éxito de sus planes. ¿Y si, una vez se descubriera todo, Jeffrey no comprendía su intervención? ¿Y si creía que él, Gilen, había seducido deliberadamente a la señorita Southford, aun a sabiendas de lo enamorado que estaba de ella? Seguramente, aquello asestaría un golpe mortal a su larga amistad.

Aquella idea le produjo un sobresalto de temor que le llegó hasta la médula de los huesos. Sofocó resueltamente aquella sensación. Se había pasado casi toda la tarde dándole vueltas a aquel asunto y había sido incapaz de dar con otra solución más rápida y eficaz. Con un poco de suerte y algo de comprensión por parte de Jeff, pronto sus deseos de librar a su amigo y de tener a la pérfida señorita Southford entre sus brazos se harían realidad.

Era hora de poner su plan en marcha.

—Señorita Southford, ¿me permite expresarle otra vez lo mucho que me ha impresionado su destreza con las riendas?

Ella se removió, azorada.

—Es usted muy amable.

—Tonterías. Por lo general, digo lo que pienso, sin subterfugios ni exageraciones. Le aseguro que estoy deseando disfrutar de sus demás talentos.

—Temo tener que desilusionarlo, milord. No creo tener muchos talentos.

—¡Oh, no estoy de acuerdo! Yo mismo podría componer ya una

oda en alabanza suya... por la gracia con la que baila, la destreza con la que conduce y la bondad que demuestra hacia enfermos y heridos. Claro que he de admitir también que su hermosura sobrepasaba incluso a su bondad.

Gwennor se sonrojó y le lanzó una mirada furtiva.

— Ahora sé que sólo está siendo galante.

— No es galantería, se lo aseguro. ¿No acabo de decirle que siempre digo lo que pienso? En efecto, el caballero que se gane sus favores será un hombre afortunado.

Ella se rió, desconcertada. — Milord, casi se diría que le gustaría a usted ser ese hombre.

Él le lanzó una mirada rápida e intensa. — En efecto.

— Discúlpeme por preguntárselo, pero ¿ese modo de proceder no le parecería un tanto... extraño al señor Masterson?

Gilen sintió que el nudo de la corbata le apretaba. Respiró hondo y se obligó a continuar.

— En circunstancias normales, quizá. Pero en los delicados asuntos del corazón, imagino que Jeff sería el primero en admitir los poderosos efectos que la sensibilidad surte sobre la conducta. La violencia de mis... emociones es tal que no puedo dejarla a usted en la ignorancia de mis sentimientos. Y espero, por otro lado, no serle del todo... indiferente.

Siguió un largo y tenso silencio durante el cual Gilen oyó únicamente el tableteo del trote de los caballos por encima del pulso de su sangre, que le atronaba los oídos.

— N-no — balbució ella al fin.

Gilen bajó de nuevo la mirada hacia ella. Con la cara vuelta y los ojos bajos, parecía la viva imagen de la virtud. Había que admitir que representaba muy bien su papel.

— ¿Me encuentra usted... atractivo? — insistió Gilen.

— ¿Y qué mujer no? Es usted inteligente, ingenioso y puede ser...

encantador cuando se lo propone.

Ella siguió con la cabeza girada, mientras sus dedos jugueteaban nerviosamente con la barandilla del carruaje. Gilen imaginaba que debía parecerle en cierto modo irritante que ella pudiera mostrar un carácter tan distinto al que le atribuían los hechos. Pero, para su sorpresa, el contraste entre la timidez que demostraba ella y el apasionado abandono de la muchacha gitana despertaba en él más excitación que desagrado.

—Con usted —dijo con voz áspera—, podría ser sumamente encantador. ¿Me permitirá que se lo demuestre?

Ella levantó los ojos, sorprendida.

—Yo... no estoy segura de qué es lo que quiere decir. ¿Se refiere a un... futuro entre... nosotros? —preguntó, incrédula.

—Desde luego —Gilen se cambió de mano las riendas y cubrió la pequeña mano de Gwennor, que descansaba sobre la barandilla—. Usted también lo siente, ¿verdad? Esta... fuerza, entre nosotros.

Ella se sobresaltó al sentir su contacto, y una oleada púrpura inundó sus mejillas.

—S-sí, lo... lo siento.

—Entonces, ¿cómo quiere que la deje ir con Jeffrey, por muy amigos que seamos?

—Pero, milord, apenas... nos conocemos.

—No hace falta examinar minuciosamente una piedra preciosa para darse cuenta de que no tiene precio.

Ella se ruborizó aún más y lo miró fijamente. Gilen vio en sus ojos turbación y deseo.

—¿Cuáles son sus intenciones, milord?

El le apretó con más fuerza la mano.

—Pretendo que nos rindamos a nuestros deseos. Le estoy proponiendo que nos hagamos felices mutuamente. Le estoy proponiendo... —los labios de Gwennor se abrieron al ver que él

vacilaba; su expresión era a un tiempo incrédula y radiante. Sin duda era incapaz de creer la buena suerte que había tenido al conseguir un pretendiente tan rico, pensó Gilen, seguro ya de su éxito—. Le estoy proponiendo —continuó, lanzándole una sonrisa— que acabemos la danza que empezamos... mi pequeña gitana.

Ella se quedó mirándolo un momento con expresión de perplejidad. Luego, al comprender el significado de sus palabras, abrió la boca y profirió un leve quejido de sorpresa mientras con la mano se agarraba a la barandilla. Sus labios se separaron como si fuera a hablar, pero Gilen se apresuró a continuar, no queriendo que lo interrumpiera hasta que hubiera pronunciado el pequeño discurso que había ido ensayando de camino a casa de lady Alice.

—No, querida mía, no hace falta que te empeñes en negarlo, ni debes temer nada. Supe desde el momento en que nos conocimos que estábamos destinados a encontrarnos. Incluso al verte de nuevo, disfrazada de señorita, en el baile de Harrogate, sentí esa atracción inmediata. Al principio no lo entendí, pero cuando te tomé otra vez en mis brazos..., lo supe. Y tú también. No te disgustes, preciosa mía. No podías esperar que tu pequeña intriga saliera adelante. Además, quiero hacerte una contraoferta que te resultará aún más atractiva.

—¿Una... contraoferta? —repitió ella, aturdida.

—Abandona tus pretensiones hacia el señor Masterson, deja Harrogate y... ven conmigo. Tendré un coche esperándote para llevarte a una magnífica casa en Londres. Vestidos, joyas, tu propio carruaje y un par de caballos para pasear por Hyde Park... Todo lo que desees será tuyo. Estoy dispuesto a satisfacer todos tus deseos —le lanzó una mirada brumosa—. Desde el primer momento... hasta la última noche.

Ella estaba mirando hacia delante, como si la carretera la fascinara. Un vivo color cubría de cuando en cuando sus mejillas. Gilen supuso que estaba abrumada por su generosidad. Ahora, sólo le quedaba sellar el trato con otro beso, pensó, exultante, y detuvo de nuevo a los caballos. Ató las riendas a la barandilla y se volvió hacia la señorita Southford.

—Vamos, preciosa, no me tengas en ascuas. Hazme el hombre más feliz del mundo y di que sí.

La señorita Southford levantó la mirada, asombrada.

—¿De-de veras me está ofreciendo ca-carta blanca?

—De veras —le confirmó él con una tierna sonrisa—. Ah, hermosa mía, estoy seguro de que vales cada penique.

La señorita Southford se estremeció, sus párpados temblaron un instante y su rostro palideció. Por un momento, Gilen temió que fuera a desmayarse. Luego ella se enderezó y levantó la mirada. Sus ojos centelleaban con... Sin duda aquello no podía ser ira.

—Miserable canalla —siseó y, antes de que Gilen se diera cuenta de qué pretendía, le asestó un puñetazo en la barbilla. Gilen se tambaleó e intentó agarrarse a la barandilla, pero ella empezó a dar zarpazos, intentando apartarle las manos—. ¡Fuera de mi vista! —gritó, y lo empujó con todas sus fuerzas.

Gilen cayó al suelo, pero, ágil como un gato, logró incorporarse de un salto y al levantar los ojos vio que la señorita Southford estaba desatando las riendas de la barandilla. En unos segundos, ella consiguió tranquilizar a los caballos, que se habían puesto algo nervioso, y antes de que Gilen pudiera decir nada sacó el látigo de su funda y, sin mirar siquiera a Gilen, arreó a los caballos.

Gilen aguardó unos instantes, pero ella no detuvo el coche, como esperaba. Alarmado, corrió unos pasos, pero enseguida comprendió que había sucedido algo increíble.

La señorita Southford lo había echado de su propio carruaje y estaba huyendo con él.

Gwennor había llegado a las afueras de Harrogate cuando al fin su furia y su vergüenza se disiparon lo suficiente como para que fuera plenamente consciente de lo que estaba haciendo. Refrenó a los caballos hasta ponerlos al paso y procuró calmar su agitación.

Había huido con el carruaje alquilado del vizconde, dejando a éste más de una milla atrás, en mitad del campo y a pie. Sin duda,

según el código de justicia inglés, había quebrantado alguna ley. Pero no sentía ni pizca de remordimientos.

Le estaba bien empleado, al muy canalla. Esperaba haberle dejado un cardenal en la barbilla con aquel puñetazo del que hasta su primo Harry se habría sentido orgulloso.

Se frotó distraídamente los nudillos doloridos. Aún no podía creer lo que aquel bribón había tenido la desfachatez de proponerle. ¡Carta blanca! Se sonrojó otra vez al recordarlo. Los caballeros hacían a menudo tales ofertas a actrices de baja estofa, a cantantes de ópera, a damas de medio pelo o incluso a viudas en situación apurada. Pero ningún hombre que se preciara de ser un auténtico caballero se atrevía a ofrecerle tal cosa a una señorita honorable.

Claro que Saint Abrams no la consideraba a ella una señorita honorable. Gwennor, sin embargo, no lograba imaginar qué era lo que pensaba de ella exactamente. Sin duda no sería tan estúpido como para imaginar que una verdadera gitana, nacida en un carronato, pudiera engañar a su tía Alice y hacerse pasar por una dama.

De pronto sintió una extraña vergüenza porque él la creyera capaz de hacerse pasar por lo que no era para cazar a un marido rico y se echó a reír sin ganas. Oh, sí, ella pretendía cazar a un marido. Pero la farsante era la gitana, no la señorita Southford. De no haber sido tan comprometidas las circunstancias, le habría hecho gracia que Saint Abrams hubiera confundido a la verdadera con la falsa. Pero ahora que sabía que el vizconde la había reconocido, las cosas no estaban como para echarse a reír.

A Saint Abrams y a los de su jaez no les importaba que ella fuera de verdad una señorita de buena familia. El mero hecho de que hubiera viajado con los gitanos la condenaba para siempre a sus ojos y la hacía indigna de casarse con un caballero.

Gwennor, pese a haberlo creído posible desde el principio, sentía una irracional decepción por el hecho de que el vizconde de Saint Abrams no fuera en realidad mejor que su primo Nigel. Suponía que debía tomarse su desafortunado ofrecimiento como una especie de

cumplido, ya que el vizconde la consideraba digna de compartir su cama, aunque no de ser su esposa.

Sintió el escozor de las lágrimas. Una piedra preciosa... ¡ja! Por unos instantes, había llegado a creer que Saint Abrams estaba a punto de hacerle una proposición honorable.

¡Ojalá le hubiera dado un puñetazo más fuerte!

Pero no tenía sentido malgastar el tiempo encolerizándose por la hipocresía de los hombres. Debía considerar cuidadosamente qué pasos tenía que dar para proteger a su hermano y a sí misma. Su problema más inmediato era qué hacer con el carruaje y los caballos. Cualquier sospecha de robo resultaría embarazosa, y ya tenía bastantes dificultades. La rabia que bullía dentro de ella fortaleció su resolución. Llevaría la calesa a casa de lady Alice y la dejaría al cuidado del mozo diciéndole que, al apearse un momento el vizconde, los caballos se habían encabritado y habían echado a correr, desbocados. Dado que le había demostrado su habilidad con las riendas, lord Saint Abrams no creería aquella explicación, desde luego, o eso esperaba ella, pero los caballeros en general tenían en tan baja estima las capacidades de las mujeres que aquella historia pasaría por cierta sin ninguna dificultad. Y Saint Abrams no osaría desmentirla, a no ser que quisiera pasar por tonto por haber dejado que una mujercita le robara el carruaje.

Tras devolver la calesa, debía decidir qué hacer respecto al vizconde. Era probable que Saint Abrams estuviera furioso por haberse manchado las botas con el polvo del camino. Gwennor sonrió al pensarlo. Sin duda estaría echando espuma por la boca y deseando tomarse la revancha.

Gwennor sabía que tenía a su disposición muchos más recursos que ella para vengarse. Su sonrisa se borró y de pronto empezó a dolerle la cabeza.

Había llegado a la zona más congestionada de la ciudad. Durante el resto del trayecto hasta la casa de lady Alice, la ardua tarea de guiar a los caballos por las populosas calles de Harrogate ocupó por completo su atención. Cuando al fin llegó al establo tenía los

hombros agarrotados y los dedos entumecidos y casi se arrepentía de haber huido con los animales.

Jem levantó una ceja cuando le contó su historia, pero no dijo nada. Gwennor dejó el asunto de la devolución del coche en sus manos y subió sigilosamente a su habitación. No quería encontrarse con su tía hasta que hubiera decidido qué hacer.

Al llegar a su cuarto se dejó caer en un sillón. Habían empezado a temblarle las manos y la cabeza le dolía cada vez más. Lo cual, pensó, gruñendo, tal vez fuera una suerte.

Debía empezar a asearse y a vestirse para asistir a la velada musical a la que tenían previsto asistir esa noche. El señor Masterson ya le había dicho que tenía una cena familiar y no podía ir. Dado que era del todo probable que el vizconde le siguiera la pista a fin de vengarse, podía usar el dolor de cabeza como excusa para quedarse en casa. Era una lástima no poder ver al coronel Howard, pero necesitaba tiempo para armar sus defensas.

Al día siguiente, lo primero que tenía que hacer era visitar a un joyero para reaprovisionar su reserva de fondos. Aunque le horrorizaba tener que admitirlo, quizá su única alternativa fuera salir huyendo otra vez.

De nuevo empezaron a escocerle los ojos y luchó por contener las lágrimas. Tenía que ser fuerte. Urdiría sus planes y haría acopio de dinero. Esa vez, se dijo, las maquinaciones del vizconde no la encontrarían desprevenida.

Capítulo Doce

Gilen llegó a las afueras de Harrogate casi una hora después. Al principio, se había puesto furioso porque la señorita Southford lo hubiera abandonado a su suerte en la carretera, pero la larga caminata de regreso a la ciudad le había permitido considerar detenidamente la cuestión y había acabado por ponerlo de buen humor.

Bajo el cielo azul claro, el calor del sol vespertino anunciaba la primavera que pronto llegaría. En unos instantes alcanzaría las inmediaciones del parque, donde sin duda se cruzaría con algún coche de alquiler que pudiera llevarlo hasta su alojamiento. Estaba deseando descubrir, pensó, riendo, qué había hecho la impetuosa señorita Southford con su coche y sus caballos.

Resultaba evidente que, pese a que no se había molestado en negar el deseo que había entre ellos, aquella descarada creía todavía poder sacarle una oferta de matrimonio a Jeffrey. Gilen podía entender que, dada aquella vana ilusión, hubiera rehusado con tan pocas ceremonias su poco respetable pero muy ventajosa oferta. Y tenía que reconocer que la impetuosidad de su reacción era casi tan admirable como su destreza con las riendas.

Gilen sonrió, recordando la pasión que había visto brillar en aquellos ojos violetas. La señorita Southford representaba muy bien su papel, de eso no había duda. Si no hubiera sabido que se había puesto así porque veía ya desbaratados sus planes, casi la habría creído una jovencita virginal, horrorizada por haber recibido una oferta indecente del acompañante a cuyo cuidado la había encomendado su tía.

Su certeza acerca de la identidad de la joven se tambaleó un instante. Sacudió la cabeza e intentó desprenderse de aquella incómoda duda. No, era imposible. Infligirle una ofensa tan imperdonable a una joven de su propia clase habría sido incluso más deshonesto que traicionar a Jeffrey únicamente para satisfacer su lascivia.

No, ya fuera la señorita Southford una doncella deshonrada o una mujercuela que había participado de buen grado en su propia perdición, la muchacha que había bailado para él en el campamento gitano no era inocente. Él no había querido agriar la delicada negociación de aquella tarde recurriendo a crudas amenazas, pero la señorita Southford era lo bastante inteligente como para darse cuenta de que haría lo que fuera necesario para frustrar sus planes y ponerla en su lugar. Es decir, en sus propios brazos.

Podía concederle aquel asalto, pero no tenía duda alguna de que el combate acabaría ganándolo él. Y entonces, ¡ah, entonces!, todo aquel fuego y aquella pasión serían suyos.

¿Brillaría de nuevo la pasión en los ojos de la muchacha cuando la desnudara? ¿Centellearían de deseo aquellas encantadoras órbitas cuando se llenara las manos con sus blancos pechos, cuyos pezones rosados se endurecerían cuando los chupara? Casi podía sentir su piel desnuda y sedosa bajo los dedos cuando deslizara la mano por la suave redondez de su vientre. Rozaría y separaría luego los rizos negros y crespos de su húmedo centro para acariciarla. ¿Gemiría ella su nombre cuando la saboreara? ¿Usaría la misma mano con que lo había abofeteado para aferrarse a sus hombros cuando él respondiera a su áspero gemido de placer abriéndole los suaves y blancos muslos y hundiéndose en ella?

Sí, pensó, casi temblando de deseo. A pesar del frescor de la noche que se acercaba, el sudor le perlaba la frente y le humedecía la camisa. Tenía que hacerla suya, y lo haría. Sólo era cuestión de tiempo.

Sintiendo que la euforia aligeraba su paso, divisó un coche calle abajo y echó a correr hacia él. Aquella tarde, un adversario digno de él le había arrojado el guante. Gilen estaba deseando aceptar el desafío.

Mientras se vestía para salir, Gilen consideró cómo debía abordar a la señorita Southford.

Por suerte, al avisarlo de que esa noche había prometido cenar con su abuelo, a Jeffrey se le había escapado que la señorita Southford

iba a asistir a una velada musical en casa de lady Huntsville. Así pues, Gilen disponía aún de esa noche para intentar someter a la señorita Southford antes de que Jeffrey volviera a aparecer en escena.

Frunció el ceño mientras se hacía el nudo de la corbata y se preguntó qué le diría ella a Jeffrey si no lograba convencerla de que se olvidara de él. ¿Le hablaría de su oferta, intentando abrir una brecha irreparable en su amistad?

La amenaza era seria, y Gilen la sopesó cuidadosamente. Al final llegó a la conclusión de que no era probable que ella hiciera tal cosa. Estaba casi seguro de que Jeffrey no lo creería capaz de tan reprobable conducta hacia una dama, pues su amigo seguía convencido de que la señorita Southford era una joven intachable. Horrorizado e incrédulo, Jeffrey intentaría excusar o explicar lo que ella le contara, y de paso haría gran cantidad de preguntas a las que sin duda la señorita Southford preferiría no responder.

No, a ella le convenía mantener a Jeffrey en la ignorancia hasta que tuviera su anillo de compromiso en el dedo. En cuanto a sus propios planes, Gilen pensaba utilizar aquella última oportunidad para hablar con ella a solas. Esa vez, le diría sin ambages que no pensaba permitir que cazara a Jeffrey. Luego, mientras ella le contestara, enfurecida, la estrecharía entre sus brazos y añadiría a sus argumentos la persuasión de sus labios, de su lengua y de sus manos. Ansiaba tanto tenerla de nuevo entre sus brazos que le exasperaba pensar en las horas que quedaban aún para que pudiera presentarse en casa de lady Huntsville. ¿Cómo reaccionaría ella cuando se le acercara? Gilen no tenía ni la más remota idea, pero estaba seguro de que no abandonaría sus ilusiones de casarse sin intentar antes alguna otra fechoría.

Sin embargo, pensó con una sonrisa malévola, cuanto más ardua la caza, más satisfactoria la captura.

Esa noche, cuando, ya tarde, se sentó ante el fuego de sus habitaciones, Gilen se hallaba de un humor mucho menos exultante. Había tenido que soportar los chillidos de la soprano y, para colmo, tras pasar varias horas apretando los dientes, la señorita Southford no

se había dignado aparecer.

Gilen había considerado la idea de salir en su busca, pero como ignoraba a qué acontecimientos sociales podía haber acudido junto a su tía, acabó concluyendo que tan incierta búsqueda resultaría una pérdida de tiempo.

Había regresado a sus habitaciones de un humor de perros, había despedido a su ayuda de cámara en cuanto éste le había quitado la chaqueta, y se había repantigado en el cómodo sofá, frente a la chimenea, con una buena copa de brandy como único consuelo.

Jeffrey era tan asiduo a la compañía de la muchacha que era improbable que Gilen tuviera otra ocasión de quedarse a solas con ella durante un acto social, a menos que se atreviera a llevársela ante las mismísimas narices de su amigo, lo cual sin duda Jeffrey le reprocharía más tarde. Aunque pensaba hacer una confesión completa tras hablar con ella, si quería ahuyentar a la muchacha y salvar su amistad con Jeffrey, tenía que expulsarla de Harrogate sin que su amigo se diera cuenta de sus intenciones. De modo que, ¿cuándo podría acorralarla otra vez? Mientras miraba sombríamente el fuego, la respuesta a aquel dilema acudió de pronto a su memoria.

A la mañana siguiente, temprano, y acompañada únicamente de un mozo, la señorita Southford pensaba salir a pasear con la yegua que el coronel Howard le había enviado. Había rehusado la compañía del coronel alegando que sólo necesitaba un ayudante durante su primer paseo. Y un ayudante tendría, pensó Gilen. Pero no sería el mozo.

Sospechando que, para una joven criada en el campo, «temprano» significaba en verdad temprano, Gilen se vistió antes del amanecer y llegó a las cuadras que había detrás de la casa de lady Alice cuando la primera luz del sol empezaba a dorar el lado este de las fachadas de Harrogate.

Aún no había signo alguno de la señorita Southford. Gilen entró en el establo y se topó con el mozo que se había ocupado de su montura las otras veces.

—¿Está listo el caballo de la señorita Southford? —preguntó como si su presencia allí estuviera prevista.

El mozo lo miró con extrañeza. —Sí, milord, pero no creo que la señorita salga a montar antes de las ocho.

Gilen suspiró.

—Ah, mujeres. Ayer mismo me dijo que viniera a las siete en punto.

—No creo que las señoras estén listas todavía, pero supongo que la cocinera podrá darle una jarra de cerveza si entra usted en la casa.

—Gracias..., Jem, ¿no es eso? La cerveza me sentaría bien, pero me la tomaré aquí. Como voy a acompañar a la señorita Southford, puede usted retomar sus tareas cotidianas.

El mozo pareció indeciso. Al cabo de un momento, sin embargo, asintió con la cabeza.

—Como quiera, señor. Voy a traerle esa cerveza.

Media hora después, Gilen estaba apurando la cerveza oscura y amarga cuando por fin se abrió la puerta. Pero quien entró en el establo no fue la señorita Southford, sino su hermanastro, el señor Wakefield. Gilen se envaró, no sabiendo cómo reaccionaría el joven tras lo ocurrido el día anterior. Pero el muchacho le ofreció una sonrisa cordial y un saludo amistoso. Gilen respondió del mismo modo. Por lo visto, la señorita Southford no había informado a su hermanastro de lo ocurrido durante su excursión en coche.

Gilen estaba a punto de dejar que el chico se marchara cuando de pronto se le ocurrió una nueva estratagema. Dado que Parry Wakefield no sabía que había insultado a su hermana ni recordaba haberlo visto en el campamento gitano, tal vez, si le hacía las preguntas adecuadas, pudiera descubrir algo más acerca de cómo habían llegado a viajar la señorita Southford y él en tan extraña compañía.

—Su tía Alice tiene una cuadra excelente —empezó.

—Sí, a mí también me gusta. Las casas de los animales deberían

ser tan cómodas como las de las personas, ¿no le parece?

—Quizá más, porque trabajan mucho para sus amos. A usted le gustan especialmente los caballos, ¿verdad?

Parry Wakefield sonrió.

—Sí, señor.

—Tengo entendido que su hermana monta muy bien. ¿Tenía su padre muchos caballos en Southford?

La sonrisa del joven vaciló.

—Mi padre está muerto, milord. Gwen me dijo que los caballos ya no eran nuestros, aunque no entiendo por qué —el chico se encogió de hombros como si estuviera acostumbrado a aceptar los inexplicables caprichos del destino.

Gilen lo observó con más detenimiento. Aunque era normal en apariencia, e incluso apuesto, el señor Wakefield no parecía poseer la agudeza de comprensión que Gilen habría esperado en un joven de su edad. Tal vez fuera retrasado. Eso explicaría por qué nunca se había encontrado con él en el salón de lady Alice o en alguna fiesta.

—¿Tenía buenos caballos su padre?

—Sí, tenía unos caballos espléndidos. Y muchos conejos, también.

Gilen dijo como al desgaire: —Tengo entendido que los gitanos tienen excelentes caballos.

El rostro del chico se iluminó de entusiasmo.

—Sí, ya lo creo. Yo ayudé a Rémoló a traer al mundo a un potro precioso.

Gilen sintió un arrebató de excitación y, al mismo tiempo, una punzada de mala conciencia que procuró sofocar, y preguntó en tono deliberadamente despreocupado:

—¿Eso fue en el viaje que hicieron con ellos?

El semblante del chico adquirió una expresión recelosa.

—¿El viaje?

«Cuidado, Gilen».

—Hace un par de semanas, cuando venían a visitar a su tía.

El rostro del chico se iluminó de nuevo.

—Me gusta la tía Alice. Nunca grita, y no le molestan mis animales —frunció el ceño—. No como al primo Nigel.

—¿Fue el primo Nigel quien los mandó de viaje?

Parry Wakefield pareció azorarse aún más.

—Lo siento, milord, yo... no me acuerdo —le lanzó una sonrisa apenada y compungida.

—A mí también me gustan mucho los caballos —dijo Gilen—. En realidad, pienso comprarme uno. Un amigo me dijo que los gitanos querían vender alguno de los suyos. ¿Sabe dónde podría encontrar a Rémo?

El muchacho desvió la mirada.

—Yo... no lo sé, señor.

—No hay prisa, señor Wakefield. Tómese su tiempo e intente recordar.

—Lo estoy intentando, milord —estalló el joven, alterado de pronto.

Gilen, que tenía la mirada fija en él, no notó que se había abierto la puerta del establo hasta que la mirada agitada de Parry Wakefield se convirtió en una expresión de alivio.

—¡Gwen!

Gilen se giró... y vio a la señorita Southford parada junto a la puerta, vestida con un desgastado traje de montar de color negro, con el látigo y los guantes en la mano, mirándolo con fijeza, ligeramente boquiabierta.

—¿Lord Saint Abrams? —preguntó ella como si no diera crédito a lo que veían sus ojos.

Su hermanastro se acercó a ella corriendo.

—Lo siento mucho, Gwen. El caballero no para de hacerme preguntas, y yo no me acuerdo. Le doy vueltas y más vueltas, pero está todo... confuso. Lo siento, Gwen —el muchacho, que tenía los ojos empañados por las lágrimas, empezó a tirarse del pelo.

—No pasa nada, Parry —intentó tranquilizarlo ella, agarrándolo de las manos—. No tiene importancia —lanzó a Gilen una mirada furiosa y tomó la cara del chico entre sus manos—. Mírame, Parry —cuando su hermanastro levantó la mirada, añadió—. No tienes por qué preocuparte, querido. Es una bobada. Yo me ocuparé de esto. Tú ve a ver a tus animales. Deben de estar muertos de hambre.

—¿De verdad no pasa nada? ¿No estás en-enfadada conmigo? —preguntó él con voz un tanto quebrada.

—Claro que no, cariño.

—¿No he... no he metido la pata?

—No, nada de eso. Pero meterás la pata si no les das de comer pronto a los animales. Sobre todo, a esa gatita gris, que parece que va a parir en cualquier momento.

El semblante del muchacho comenzó a iluminarse.

—Sí. ¿Tú crees que serán todos grises, como ella? Ojalá supiéramos quién es el padre.

La señorita Southford le lanzó a Gilen una mirada afilada como una daga.

—Me temo que algunos individuos del género masculino son completamente irresponsables de sus actos. Anda, vete. Yo iré a verlos cuando vuelva del paseo —le dedicó a su hermano una sonrisa cariñosa, le dio una palmadita en la mejilla y luego lo soltó.

Parry Wakefield asintió con la cabeza, más tranquilo. Pero pareció sorprenderse cuando, al darse la vuelta, vio que Gilen seguía allí.

—Oh... lo-lord Saint Abrams... Siento no haber podido ayudarlo, señor —esbozó una reverencia y se alejó a toda prisa.

La sonrisa de la señorita Southford se borró en cuanto la puerta

se cerró tras su hermano.

—¿Cómo se atreve? —dijo en voz baja, llena de rabia—. ¿Cómo se atreve a invadir la casa de mi tía y a acosar a mi hermano? —antes de que Gilen pudiera contestar, comenzó a avanzar hacia él empuñando su látigo de montar—. ¿No le bastaba con insultarme de la peor manera posible? Salga de aquí y no vuelva nunca a deshonorar nuestra casa —de pronto, echó el brazo hacia atrás y lanzó el látigo hacia Gilen. La fina correa de cuero restalló muy cerca de su mejilla. La señorita Southford siguió avanzando, como si pensara echarlo del establo a latigazos—. Miserable canalla —bufó, subrayando el epíteto con otro golpe de látigo.

Gilen, cuya perplejidad había dado paso a un incrédulo regocijo, esquivó el latigazo y retrocedió. ¡Cielo santo, era magnífica! Sus últimas dudas se disiparon al ver que aquella muchacha, ataviada todavía como una señorita de la alta sociedad, se convertía ante sus ojos en la criatura apasionada que había bailado para él en el campamento gitano. No pudo evitar sonreír, y tuvo el placer de ver cómo una chispa de ira brillaba de nuevo en aquellos grandes ojos violetas.

—¿Le parece divertido? —estalló ella, y le lanzó otro latigazo.

Gilen agachó la cabeza, pero la punta del látigo estuvo a punto de darle en la oreja izquierda.

—Maldita sea, señorita Southford, ¡ha estado muy cerca! Le advierto que, si no puede dominarse, me veré obligado a desarmarla.

La señorita Southford, cuya boca se había comprimido hasta formar una fina línea, siguió avanzando lentamente hacia él con el látigo en ristre.

—Será mejor para usted... —un zumbido cortó el aire junto a la oreja derecha de Gilen —... que nunca... —Gilen dio un salto para evitar otro latigazo— ... lo atrape. Gilen esquivó un latigazo lanzado a su rodilla y recibió el golpe en la bota. Todavía sonriendo, empezó a retroceder, llevando a la señorita Southford hacia la pared del establo. Cuando su espalda casi había tocado la pared, y ella estaba de

espaldas a la puerta, se detuvo de pronto y estiró el cuello como si mirara a alguien tras ella.

— ¡Jem! ¡Venga, rápido! — gritó.

Con el látigo todavía levantado, la señorita Southford giró la cabeza. Un instante fue suficiente. Con la velocidad del rayo, Gilen saltó hacia ella y agarró el látigo. Ella se giró y luchó con él por controlar el arma, pero, al cabo de unos instantes, Gilen la hizo girarse y la acorraló contra la pared del establo. Ella tenía aún el látigo en la mano, pero atrapado tras sus faldas.

Una vez más, Gilen saboreó el delicioso placer de sentir la presión de su cálido cuerpo. Ella, que pronto comprendió que no podía desasirse, dejó de luchar y alzó hacia él sus indignados ojos violetas.

— Eso, señor, ha sido un truco rastrero.

— Teniendo en cuenta que intentaba usted desollarme vivo, me parece justificable.

— Nada en su conducta hacia mí desde el aciago día en que nos conocimos ha sido justificable — dijo ella con voz rota, y una sospechosa humedad se congregó en las comisuras de sus ojos.

De pronto, Gilen sintió que una intensa ternura invadía su pecho. Aunque aflojó la presión de su abrazo, no podría haber evitado inclinar la cabeza hacia los labios de la señorita Southford, del mismo modo que no podría haberle ordenado a su corazón que dejara de latir.

— ¿Nada? — musitó, ladeando la barbilla levantada de ella.

Ella, que parecía haberse repuesto de su momentánea flaqueza, apartó la cara y lo miró con furia.

— ¡Suélteme inmediatamente, canalla!

Gilen debería haber imaginado que su hechicera gitana lucharía hasta el final... y daría órdenes como una reina.

— No soy más canalla que tú, mi dulce zorrita. Yo, por lo menos, no finjo ser lo que no soy.

— ¡Desde luego que sí, milord! —replicó ella—. Usted finge ser un caballero.

Él se echó a reír.

—Vamos, preciosa mía, no tiene sentido que sigas enfadada porque haya descubierto tu secreto. Debes saber que no puedo permitir que una gitana salida de un carromato se case con Jeffrey... ni con ningún otro caballero. Pero promete que vendrás conmigo y te aseguro que dejaré que te marches de Harrogate con tu buen nombre intacto, sin descubrir tu engaño ni avergonzar a tu tía, si es que lady Alice es tu tía, claro.

El furioso silencio con que ella escuchó su discurso resultaba tan encantador, que Gilen se sintió impelido a inclinarse otra vez hacia ella. Pero la señorita Southford esquivó de nuevo su beso.

—Estúpida chiquilla —dijo, burlón—. ¿Por qué no admites de una vez que estás destinada a ser mía? Soy un hombre generoso. Nunca te arrepentirás de acogerte a mi protección —la señorita Southford abrió la boca como si fuera a replicar y luego vaciló. Al ver sus labios, fruncidos en un mohín, una oleada de deseo se apoderó de él. Tenía que besarla. La inclinó hacia atrás y agarró con más fuerza su barbilla—. No te arrepentirás jamás —musitó, inclinándose para besarla.

Los labios de ella permanecieron al principio tensos e inmóviles, pero, al añadir la persuasión de su lengua, Gilen sintió que se ablandaban y que el cuerpo de la señorita Southford empezaba a esponjarse en sus brazos. Una ávida exaltación se apoderó de él, haciendo rugir la sangre en sus venas. Tiró del látigo que ella todavía sujetaba y levantó un poco la cabeza para susurrar.

—Entrega las armas ahora, y te prometo que yo desenvainaré la mía para ti... siempre que pueda —se frotó sinuosamente contra las faldas de ella, dejando clara la intención impúdica de sus palabras, y de nuevo se apoderó de sus labios.

Pero ella le propinó un fuerte mordisco, y Gilen dio un grito. La señorita Southford aprovechó ese momento para escapar de su

abrazo. Una vez libre, se giró de nuevo hacia él con el látigo en ristre.

—Asqueroso y repugnante... repugnante... ¡oh, no sé qué llamarlo! —gritó—. Salga inmediatamente de casa de mi tía. Si vuelve a venir a molestar a mi familia, le juro que lo denunciaré a la policía por allanamiento de morada.

Apenas había acabado de pronunciar aquellas encendidas palabras cuando la puerta trasera del establo se abrió y apareció el mozo, que llevaba de la rienda a una hermosa yegua alazana.

—Su montura está lista, señorita Southford. Ella alzó el mentón y lanzó a Gilen una mirada de olímpico desdén.

—Gracias, Jem. ¿Nos vamos?

El mozo se paró en seco y miró a la señorita Southford y a Gilen sucesivamente.

—¿Se refiere a mí, señorita? Pero si el señor me ha dicho que...

—Ya me imagino lo que le habrá dicho —bufó ella—. No importa. Es bastante tarde y quiero salir enseguida. Ensille otro caballo y reúname conmigo en el parque —se acercó a la yegua, ignorando a Gilen, y le indicó al mozo que la ayudara a montar—. Gracias, Jem —dijo mientras se acomodaba en la silla.

Sin mirarlo siquiera, la señorita Southford sacudió las riendas y condujo a la yegua fuera del establo. El mozo miró a Gilen con extrañeza, pero después de que éste le devolviera una mirada altiva, hizo una rápida reverencia y se marchó.

Gilen salió del establo y vio que la señorita Southford estaba doblando la esquina. La desenvoltura con que montaba, el modo en que sujetaba las riendas, demostraban que era una consumada amazona.

Gilen, a quien el reciente revés que había sufrido no había logrado desanimar, se quedó mirándola hasta que desapareció. ¡Qué extraordinaria criatura! Aún no podía creer que hubiera tenido la audacia de propinarle un puñetazo primero y de coserlo a latigazos después. Sonrió y sintió de pronto el sabor de la sangre en la

comisura de la boca, allí donde ella lo había mordido. ¡Qué impredecible, volátil y fascinante mujer, inocente doncella un instante y furiosa arpía al siguiente! ¡Menos mal que su auténtico carácter era éste último y no el primero!

Aunque todavía ignoraba cuál de sus teorías explicaba la caída en desgracia de aquella joven, se inclinaba a pensar que tal vez el nuevo barón de Southford había cometido la felonía de seducir o incluso de violar a su pupila.

En circunstancias normales, Gilen habría sentido ganas de atravesar de un balazo a cualquier individuo capaz de deshonorar a una joven inocente y apasionada.

En aquel caso, sin embargo, sólo podía dar gracias al cielo porque, perpetrada ya la infamia, el destino hubiera conducido a aquella mujer hasta él, que estaba dispuesto a pasar por alto su infortunio y a cuidar de ella indefinidamente.

El placer que le causaba pensar en aquel porvenir estaba teñido, sin embargo, de cierta mala conciencia por alegrarse de la desgracia de aquella joven.

De no haber confirmado su viaje con los gitanos que la virtud de la señorita Southford estaba ya irrevocablemente arruinada, el honor lo habría impulsado a hacerse a un lado y a permitir que aquella joven se casara con Jeff.

Ahora, sin embargo, no podía concebir siquiera que cualquier otro hombre pudiera hacerla suya. No, el lugar de aquella enérgica y tempestuosa mujer estaba a su lado y sólo a su lado.

Se lamió el labio herido y su sonrisa se hizo más amplia, a pesar de que sintió una punzada de dolor al tensar los labios. La señorita Southford no se había rendido aún, pero empezaba a flaquear.

Sólo tenía que apretarle un poco más las tuercas, y se rendiría por completo.

Capítulo Trece

Todavía sofocada por la vergüenza que había pasado, Gwennor se dirigió hacia el parque, a pesar de que a duras penas era capaz de concentrarse en guiar a su montura.

¿Cómo se atrevía aquel hombre a dirigirse a ella tan impúdicamente? ¡Y a tocarla de aquel modo!

Podía haberse desmayado de vergüenza. Y, sin embargo, recordaba con creciente mortificación haber sentido que la fricción del cuerpo de lord Saint Abrams contra sus faldas hacía aflorar un intenso ardor del centro de su ser. Un ardor que se había intensificado al imaginar cómo quería él desenvainar su «arma».

¿Qué le había pasado?, se preguntaba. Sintió que le ardían otra vez las mejillas, hizo pararse a la yegua nada más cruzar la puerta del parque y se bajó de la silla. ¿Qué había sido de la mujer serena, comedida y racional que creía ser?

Aquello tenía que deberse a la influencia perniciosa de lord Saint Abrams, resolvió mientras paseaba a la yegua. Desde que lo conocía, no sólo había bailado como una desvergonzada y respondido al beso apasionado de un extraño, sino que había abofeteado a un vizconde, le había robado el carruaje y, para colmo, había estado a punto de darle de latigazos. ¿De qué lugar profundo y reprimido de su ser surgía aquella violencia sin precedentes?

Debía despreciar a Saint Abrams por provocarla. Pero, cuando pensaba en él, sólo descubría... una exaltada fascinación. El rápido ingenio del vizconde le había parecido cautivador desde su primer encuentro en el campamento gitano. Si a aquella viveza intelectual se añadía el encanto natural que Saint Abrams podía sacar a relucir cuando quería, no era de extrañar que sus pretendientes oficiales le parecieran en cierto modo... insípidos.

Aunque sabía que debía evitar al vizconde como a la peste, se sentía arrastrada hacia él. Era como si antes de conocer a Saint Abrams hubiera vivido sonámbula, aguardando a que su presencia, llena de vitalidad, la despertara con un sobresalto a una vida vibrante

en la que cada experiencia parecía más vivida, los sonidos más puros y los colores más ricos.

«Oh, esto es ridículo», pensó con exasperación. ¿Qué caprichoso destino había conspirado para hacer que el único hombre que había insuflado en ella aquel ansia de vivir resultara ser su enemigo? ¡Era tan injusto...! Pero la vida lo era a menudo, se recordó. ¿Acaso no lo confirmaba el hecho de que su primo Nigel hubiera heredado su amado hogar? En justicia, sin embargo, tenía que admitir que, teniendo en cuenta lo que el vizconde pensaba de ella, su actitud era comprensible. Y, considerando lo que lady Alice le había contado a ella sobre el compromiso fallido del señor Masterson, Gwennor no podía reprocharle que intentara impedir que su amigo se viera empujado a tomar una decisión que el vizconde consideraba desastrosa. ¿Acaso no había actuado ella con igual osadía para proteger a su hermano?

Una sonrisa irónica acudió a sus labios. Ojalá Parry y ella hubieran tenido un defensor tan decidido.

Una chispa de esperanza brilló entre sus sombríos pensamientos. A pesar de que el vizconde se oponía frontalmente a sus planes, ella podía entender e incluso simpatizar con sus actos. Si le confesara su verdadera situación, ¿comprendería y simpatizaría él con los suyos? Estando su futuro y el de Parry en juego, quizá fuera hora de dejar a un lado el orgullo y confesarle la verdad. Pero... ¿la creería él? Seguramente la creería capaz de recurrir a un medio de huida tan desesperado. Pero ¿sería capaz de aceptar que era todavía virgen y que se merecía la protección de un caballero?

¡Cuan reconfortante sería poder apoyarse en su fortaleza, en lugar de oponerse a ella! Pero era demasiado tarde para deshacer tanto aquella danza a la luz de la hoguera como los besos que ya habían compartido. Y, dado que aquellos desafortunados acontecimientos no podían borrarse, Gwennor no sabía si podría convencerlo de su inocencia.

No temía ya que él quisiera hacerle daño. En realidad, el vizconde parecía apreciar su compañía y desear sinceramente

«protegerla», aunque de un modo que consideraba más apropiado que el matrimonio. Pero, a menos que creyera en su honor tanto como en su atrevimiento, Saint Abrams no cesaría en sus esfuerzos por desbaratar sus planes.

Si no podía ganarse al vizconde como aliado, sería más sensato renunciar al señor Masterson. ¿Abandonaría entonces Saint Abrams su campaña contra ella?

Gwennor intentó recordar sus palabras exactas. Y, sintiendo que el alma se le caía a los pies, lo oyó afirmar que no permitiría que cazara al señor Masterson... ni a ningún otro caballero. Si Saint Abrams pensaba ahuyentar a todos sus pretendientes, ¿cómo iba a ella a salvar a Parry?

De pronto cayó en la cuenta de que, si llegaba a hacerse pública su presencia entre los gitanos, su reputación quedaría arruinada para siempre. Por lo visto, aquel miedo estaba justificado.

Quizá debía reconocer la derrota, dejar a la tía Alice y marcharse a otra parte. O ceder a las presiones de Saint Abrams y acudir a él.

Un leve estremecimiento recorrió sus nervios un instante antes de desdeñar aquella posibilidad. Los motivos de Saint Abrams para intentar salvar a su amigo podían ser encomiables, pero también lo eran los de ella para salvar a Parry. El hecho de que el vizconde, con su riqueza, sus contactos y su poder tuviera muchos más recursos que ella, no hacía la causa de Gwennor menos justa. En realidad, la suya era mucho más acuciante. ¿Cómo, pues, podía ella contrarrestar la amenaza que Saint Abrams suponía para sus planes?

Podía, en su siguiente encuentro con el señor Masterson, verter en los oídos de éste la historia completa del vil comportamiento de su amigo. Sin duda aquello dañaría la relación de Saint Abrams con el señor Masterson. Pero también causaría una profunda aflicción en el señor Masterson, que se vería desgarrado entre la lealtad que le debía a su viejo amigo y la que le debía a la mujer a la que cortejaba. Y, con independencia de lo que pasara entre su pretendiente y ella, seguramente aquello acabaría arruinando una relación que sin duda el señor Masterson tenía en alta estima.

No, incluso si ello significaba perder la oportunidad de casarse con un hombre que podía ser un excelente marido, Gwennor no quería recompensar de aquel modo la bondad del señor Masterson.

Si ponía sus miras en otro pretendiente, ¿llevaría adelante Saint Abrams su amenaza de acusarla públicamente? Tal vez sí..., pero Gwennor no lo creía. Su intuición le decía que aquel asunto se había convertido en una pugna que sólo les concernía a Saint Abrams y a ella. Era más probable que el vizconde intentara persuadirla para que aceptara un acuerdo privado. De pronto recordó vividamente lo ocurrido en el establo y se sonrojó.

Quizá debiera renunciar por completo a la idea de casarse y buscar empleo como ama de llaves o dama de compañía. Pero lady Alice no comprendería que desdeñara a dos pretendientes de tanta valía como el señor Masterson y el coronel Howard para colocarse como dama de compañía. No, si el acoso del vizconde se hacía insoportable, tendría que marcharse de Harrogate para buscar empleo.

Marcharse ofrecía la ventaja de salvaguardar a lady Alice de un posible escándalo. Y Gwennor no creía que Saint Abrams se tomara la molestia de seguirle la pista. ¿O sí?

Había empezado a dolerle la cabeza otra vez cuando vio a lo lejos al mozo. Tenía que intentar olvidar aquel dilema y disfrutar de la belleza de la fresca mañana y del paseo a caballo. Pero, estando en peligro sus planes, su decisión de reaprovisionarse de fondos vendiendo algunas joyas de su madre parecía más urgente que nunca. Intentó sofocar la pena que le causaba la idea de desprenderse de lo poco que le quedaba de su madre y resolvió revisar las joyas y elegir las piezas más convenientes en cuanto volviera del paseo. Mientras la tía Alice estuviera aún en la cama, se iría a hurtadillas a casa de los joyeros.

Aparte de eso, aún no había decidido cómo se las iba a ingeniar para salvar a Parry, atender a sus pretendientes, eludir el riesgo de humillar a lady Alice y derrotar al presuntuoso Saint Abrams.

Tenía muy claro, sin embargo, lo que no haría. Después de cómo la había humillado él, jamás le daría a Saint Abrams la satisfacción de contarle la verdad.

La mayoría de los distinguidos huéspedes de su hotel no se había levantado todavía cuando Gilen regresó a sus habitaciones. Tras pedir el desayuno, se sentó en su sillón favorito frente al fuego y se puso a pensar en cuál sería su siguiente movimiento en la batalla que se traía entre manos con la señorita Southford.

Estaba acabándose su bistec cuando a una llamada a la puerta siguió la entrada de Jeffrey Masterson. Gilen se sonrojó de pronto. Pero, antes de que pudiera hablar, su amigo lo saludó alegremente.

—Qué espantosamente aburrido fue cenar con mi abuelo — Jeffrey se sirvió un poco de cerveza de la jarra que había en la bandeja, junto a Gilen—. Bueno, dime, ¿espantaste al coronel Howard y llevaste a la señorita Southford a pasear en coche?

—S-sí —contestó Gilen, preguntándose cómo iba a explicarle el resto de su excursión a su amigo.

—¿Y no crees, ahora que la conoces mejor, que es encantadora?

Gilen recordó unos ojos violetas enfurecidos y un gancho en la mandíbula, y sonrió.

—Sí, en efecto, mejora cuando se la conoce más. Es una mujer... con muchos recursos.

Jeffrey le devolvió la sonrisa. —¿No te lo decía yo? Y una excelente conductora, además. ¿Le dejaste llevar las riendas?

—Oh, sí. Fue... impresionante.

—¡Cuánto debió disfrutar! Pero espero que no te encontrara demasiado encantador.

Al recordar cómo había acabado su excursión, la sonrisa de Gilen se hizo más amplia.

—Creo que sobre eso puedes estar tranquilo.

—Lo cual me recuerda —continuó Jeff— que, sabiendo cuánto le

gusta montar a la señorita Southford, Howard fue muy hábil por apuntarse un tanto ofreciéndole la yegua. ¡Probarla para su hermana! ¡Sí, ya! –resopló con incredulidad—. Estoy seguro de que piensa regalársela, si es que se las apaña para que la señorita Southford acepte sus pretensiones.

–Eso no podemos permitirlo –contestó Gilen, sintiendo una punzada de indignación. Si no estaba dispuesto a que se la llevara un amigo, menos aún a que se la llevara el coronel.

–¡Desde luego que no! Menos mal que estabas allí para pararle los pies a Howard –dijo Jeffrey, y le dio una fuerte palmada en el hombro—. Tengo tantas ganas de verla que me desperté temprano y no pude volver a dormirme. Así que me fui a dar un paseo por la ciudad, pensando en qué podía regalarle... un libro, o quizás unos dulces... y ¿a que no adivinas lo que he descubierto?

–¿Una primera edición rara?

–No, algo todavía más inesperado. Iba paseando por High Street cuando vi a la propia señorita Southford entrando en la tienda de Smythe y Hawkings, los joyeros. Naturalmente, la seguí, y la descubrí haciendo una cosa de lo más chocante.

Dado lo impredecible del comportamiento anterior de la señorita Southford, a Gilen no le habría sorprendido enterarse de que trabajaba en la tienda... o de que la estaba atracando.

–No logro imaginarlo.

–Ella no pareció muy contenta de verme, pero aun así me alegro de haber estado allí. Si no, jamás me habría enterado de lo que ocurría. ¡Estaba vendiendo unas joyas de su madre, Gilen! Me di cuenta de que le avergonzaba admitirlo, pobrecilla. Imagínate, su tutor la ha dejado en tan mala situación que se ve obligada a desprenderse de su legado familiar. Ese tipo debe de ser un auténtico canalla.

Gilen entrecerró los ojos, imaginando a la señorita Southford y a su tutor representando una escena bien distinta, y contestó con aspereza:

—Desde luego que sí.

—Sabía que estarías de acuerdo. Bueno, pues le rogué que se quedara con las joyas y que me permitiera hacerle un pequeño préstamo, pero ella, naturalmente, se negó. Así que, tras acompañarla a casa de lady Alice, regresé a la joyería con intención de comprar las joyas. Pero resulta que son más valiosas de lo que creía, y en este momento no tengo dinero en efectivo para completar la transacción. ¿Me prestarías algo de dinero, hasta que pueda pedir un anticipo a mi banco? Podría pedírselo a mi abuelo, pero él querría saber para qué lo quiero y tal vez... malinterpretaría la situación.

Gilen sintió de pronto un arrebatado de ira. ¡La muy desvergonzada! Apenas la perdía de vista y ya estaba tramando un nuevo plan para echarle el guante a su amigo.

Legado de familia, ¡y un cuerno!, pensó, sofocando a duras penas un bufido. Seguramente estaba vendiendo joyas que había robado durante su estancia en el campamento gitano o que les había ganado jugando a muchachos tan borrachos que ni siquiera veían las cartas que tenían en las manos.

No era de extrañar que Jeffrey no quisiera contarle la historia a su abuelo. Lord Masterson seguramente sospecharía enseguida, y con razón, que la señorita Southford era una arpía ansiosa por hincarle el diente a la fortuna de los Masterson.

Cuando salió al fin de su airado ensimismamiento, Jeffrey lo estaba mirando fijamente.

—Puedo contar contigo, ¿verdad, Gilen?

La pregunta de su amigo sacudió a Gilen como un golpe certero, y de pronto estuvo a punto de confesarle la verdadera naturaleza de sus tratos con la señorita Southford.

—¿Gilen? —repitió Jeff al ver que no contestaba de inmediato—. Supongo que, después de haber pasado algún tiempo con ella, no creerás que es una... intrigante.

Gilen reprimió el fuerte impulso de decirle qué clase de mujer creía que era la señorita Southford.

—Creo tener una idea bastante clara de su carácter —dijo.

—Desde luego que sí —dijo Jeffrey, aliviado—. Siempre has sido muy listo. No hay más que ver a quién has elegido por amigo —sonrió y le dio otra palmada en el hombro—. ¿Te importa que vayamos ahora mismo? El collar y el brazalete eran muy bonitos. No quiero que entre alguien en la tienda y los compre antes de que lleguemos.

Gilen echó el sillón hacia atrás.

—Voy a recoger mi chaqueta. He de confesar —añadió con una seca ironía que a su amigo le pasó desapercibida— que estoy ansioso por ver ese legado familiar que la querida señorita Southford se ha visto obligada a vender.

Poco después, tras un corto trayecto en coche, entraron en la joyería. El señor Smythe acudió a saludarlos de inmediato, haciendo una profunda reverencia.

—Bienvenidos, señores. Estuvo usted aquí antes con esa joven, la señorita Southford, ¿verdad, señor Masterson?

—Sí. Me gustaría que lord Saint Abrams inspeccionara las joyas que usted tan amablemente le compró a la señorita.

—Vengan por aquí. Son unas piezas preciosas, y muy valiosas. La señorita condujo las negociaciones con suma delicadeza, aunque sospecho que venía de parte de su tía.

Gilen pareció sorprendido.

—¿De veras?

—Una señora excelente, lady Alice —se apresuró a decir el señor Smythe—. Pero, por desgracia, su difunto marido no la dejó en muy buena situación. En los últimos años ha sufrido algún que otro... contratiempo financiero.

Jeffrey sonrió irónicamente y se volvió hacia Gilen.

—Siente debilidad por las cartas, mi abuelo me lo dijo, aunque no creía que fuera tan adicta como para endeudarse seriamente.

El joyero carraspeó delicadamente. — En varias ocasiones nuestra firma ha tenido el honor de ayudarla comprando joyas parecidas a las que hemos adquirido hoy. Ah, aquí están — sacó una caja de un maletín cerrado y la abrió. Sobre una superficie de raso reposaban un collar de filigrana de oro engastado con rubíes y diamantes, un brazalete a juego y unos grandes pendientes. El diseño era a todas luces antiguo y las gemas parecían auténticas.

Jeffrey mencionó la suma citada previamente por el joyero, quien la confirmó, y Gilen sacó su cartera. Así que al fin, pensó con sarcasmo, el dinero empezaba a cambiar de manos por obra de la señorita Southford.

Después de que el sonriente joyero los despidiera entre reverencias, Jeffrey, que llevaba las joyas metidas en otra caja atada con una cinta de raso, se volvió hacia Gilen.

— Tengo que pedirte otro favor. ¿Te importaría guardarme las joyas? Aunque por derecho le pertenecen a la señorita Southford, no puedo ofrecerle un regalo tan valioso hasta que llegue el... momento adecuado. No me gustaría que mi abuelo o una criada que estuviera limpiando las encontraran antes de tiempo.

Gilen se dio ánimos pensando que Jeffrey acabaría dándole las gracias, a pesar de que destrozara sus esperanzas, y contestó:

— Si quieres.

— ¿Las guardarás con cuidado? Son... tuyas.

La reverencia con que Jeffrey hablaba de las joyas simplemente porque habían adornado el cuello de la señorita Southford llenó a Gilen de una mezcla de exasperación y desasosiego. — Desde luego.

— Gracias otra vez. No podría pedir un amigo mejor — Gilen masculló una respuesta inarticulada —. Por cierto — añadió Jeff —, en lo que respecta a los anillos, ¿crees que preferirá uno nuevo, elegido sólo para ella, o una sortija de familia?

Gilen advirtió en los ojos verdes de Jeffrey las tiernas esperanzas y la intensidad de emoción de su amigo. Una oleada de rabia se apoderó de él al pensar en el terrible golpe que pronto sufriría por

culpa de la falsedad de la señorita Southford.

—Yo... no lo sé —dijo entre dientes.

—Todavía queda tiempo para decidir, supongo —dijo Jeffrey—. Pero, estando de por medio el coronel Howard, no mucho. Bueno, tengo que ir a buscar a mi abuelo al balneario, un destino que no te invito a compartir. ¿Nos veremos luego?

—Sí, claro —dijo Gilen, y vio alejarse a su amigo calle abajo, silbando.

Al final, cuando consiguiera convencer a la chica de que renunciara a sus pretensiones, tendría que explicarle sus propias maquinaciones a Jeffrey.

El hecho de que la señorita Southford aceptara una carta blanca era toda la prueba que necesitaba Gilen para demostrar lo indigna que era de casarse con Jeff, pero la emoción que demostraba su amigo cuando hablaba de ella le infundía un profundo y desagradable desasosiego. Aunque Jeffrey tuviera que enterarse del verdadero carácter de aquella mujer, tal vez su amigo no lo perdonara por habérsela arrebatado delante de sus narices. Empezaba a convencerse de que no podría salvar a Jeffrey de las garras de aquella mujer sin dañar para siempre su amistad.

Por muy atractivos que fueran los encantos de la dama en cuestión, la lúgubre perspectiva de perder el afecto de Jeffrey, al que le unían casi veinte años de amistad, le resultaba tan perturbadora que consideró seriamente abandonar su empeño de seducir a la señorita Southford. Si se le ocurría algún otro medio de ahuyentarla, lo pondría en práctica, aunque ello significara sacrificar el placer que sin duda supondría convertirla en su amante.

Por un instante, se permitió pensar en carruajes en fuga, en secuestros pagados, en asesinos a sueldo... Y entonces se le ocurrió una idea.

Tal vez pudiera utilizar las joyas que acababa de comprar para sobornar a la señorita Southford y convencerla de que se olvidara de Jeffrey y se marchara de Harrogate. Era sumamente improbable que

ella aceptara, sabiendo que, con un poco de perseverancia por su parte, pronto tendría en sus manos tanto las joyas como a Jeffrey. Aun así, tenía que intentarlo.

Miró la caja que llevaba en la mano y suspiró. Si aquel plan fracasaba, añadiría las joyas a la oferta que ya le había hecho y agitaría ante los ojos de la señorita Southford la visión de su futura generosidad.

Fuera como fuese, tenía que lograr que ella se marchara cuanto antes de Harrogate. Sin embargo, la idea de que recurriera a él le hacía sentir una mezcla contradictoria de placer, vergüenza, deseo y mala conciencia. Pura y simplemente, la deseaba, fueran cuales fuesen las consecuencias. Y, dado que estaba dispuesto a traicionar a su mejor amigo para conseguirla, seguramente no era mucho mejor que el canalla que la había deshonrado.

Suerte que era una mujer embriagadora, pensó con sorna. Si por culpa de la señorita Southford iba a perder a su mejor amigo, por lo menos eso le endulzaría el mal trago.

Capítulo Catorce

Gilen descartó la idea de pasarse por casa de los Masterson y se sentó solo frente al fuego de su habitación, con la caja que contenía las joyas de la señorita Southford sobre la mesa, a su lado. ¿Cómo podía sacar provecho de aquellas alhajas?

Tal y como Jeff había dicho, no se le podían devolver a su dueña en medio de un salón lleno de gente. Una vez más, necesitaría quedarse a solas con ella para discutir la cuestión.

Pero, después de lo ocurrido esa mañana, sus posibilidades de hallarse de nuevo a solas con ella eran cada vez más escasas. No creía que la señorita Southford llegara al extremo de cumplir su amenaza y hacerlo arrestar. Pero, si se presentaba en casa de lady Alice aquella tarde, la creía capaz de echarlo de la habitación sin miramientos.

No, intentar concertar un encuentro durante una reunión social no serviría de nada.

Cuando acabó su bistec y su cerveza, Gilen había dado con un nuevo plan que le parecía casi infalible. Primero se las ingeniaría para hablar con lady Alice sin que su sobrina se enterara. Estaba seguro de que, si le insinuaba el profundo interés que sentía por su sobrina, lady Alice pondría pocos reparos para franquearle el acceso a la señorita Southford.

Sintió de nuevo aquella punzada de vergüenza que empezaba a hacérsele familiar. El éxito de su estratagema exigía que engañara a una amable señora. Si a ese pecado se añadían las evasivas, por no decir las mentiras, que había dicho ya en aquella campaña cuya estrategia principal consistía en traicionar a su mejor amigo, Gilen tenía que concluir por fuerza que la señorita Southford ejercía una influencia sumamente negativa sobre su conducta. Cuanto antes la acorralara y salvara a Jeffrey, antes podría empezar a restañar lo que hasta ese momento había sido un carácter moralmente intachable.

Ah, sí, hacer suya a la señorita Southford sería lo mejor para su carácter... y para el resto de su ser. Por un instante, preso de una

oleada de deseo y emoción, contempló la deliciosa perspectiva de darle casa, vestirla, desvestirla y solazarse en la continuación de su vivaz batalla de ingenios. ¡Y pensar que antes de marcharse de Londres padecía un ataque de tedio!

Con la impredecible señorita Southford en la ciudad, no esperaba aburrirse en mucho tiempo. Estaba deseando batirse con ella de nuevo.

Para poner su plan en práctica, sin embargo, tenía que inspeccionar el terreno. Volvió a salir tras el almuerzo y se dirigió a la entrada de servicio de la casa de lady Alice. La perplejidad de la criada que le abrió la puerta pronto se convirtió, gracias a la adición de algunas monedas sacadas a tiempo, en buena voluntad. Al enterarse de que, después de comer, la señorita Southford solía retirarse al despacho mientras lady Alice reposaba en su habitación, salió de la cocina y rodeó la casa hasta la entrada principal.

Tras advertirle al mayordomo, cuya voluntad se ganó con otro puñado de monedas de oro, de que bajo ningún concepto permitiera que la señorita Southford se enterara de que estaba en la casa, mandó a Mercer llamar a su señora. Como cabía esperar, la noticia de que el vizconde de Saint Abrams deseaba verla para un asunto de extrema delicadeza suscitó una respuesta inmediata en la dama, quien le rogó a través del mayordomo que se pusiera cómodo y prometió bajar enseguida.

Poco más de un cuarto de hora después de que Mercer lo acompañara al salón principal, lady Alice entró apresuradamente en la habitación, sonriente y con el sombrero ligeramente ladeado.

—¡Lord Saint Abrams! —exclamó, ofreciéndole las manos para que se las besara—. ¡Qué inesperada sorpresa! ¿Cuál es ese asunto tan urgente y cómo puedo ayudarlo yo?

—Como he dicho —respondió Gilen, tomando el asiento que ella le indicaba—, la situación es extremadamente delicada. Implica, como supongo habrá imaginado, a su sobrina.

—Qué chiquilla tan encantadora —dijo lady Alice—. Pero,

¿puedo preguntarle de parte de quién desea hablar? ¿Del señor Masterson o... —le lanzó una mirada aguda y penetrante —... de usted mismo?

Gilen sintió que le ardía la cara.

—De mí mismo —contestó—. Por eso la situación es tan comprometida.

—¡Oh! —dijo ella, intrigada y complacida a un tiempo—. ¿Me está diciendo que desea... cortejar a mi sobrina?

—Encuentro a la señorita Southford la más... excepcional de las criaturas —dijo Gilen—. Y me halaga pensar que tal vez mis sentimientos sean... correspondidos.

Los ojos de lady Alice se agradaron. Gilen casi podía verla comparando su fortuna con la de Jeffrey.

—¿Y... qué hay del señor Masterson?

Gilen suspiró, sin tener que fingir lo mal que le hacía sentirse aquel asunto.

—Desde luego, dado que mi amigo también ha expresado un profundo interés por su sobrina, me encuentro en una situación sumamente incómoda. En realidad, me ha costado mucho decidir si debía hablar o guardar silencio. El señor Masterson es un caballero admirable en todos los sentidos, y un queridísimo amigo mío, y bajo ningún concepto quisiera causarle ningún perjuicio —hizo una pausa y consideró cómo debía proceder.

—¿Y ahora que por fin se ha decidido a hablar? —insistió lady Alice.

—Tras darle muchas vueltas, he llegado a la conclusión de que no podía ignorar el hecho de que mi intuición me dice que la señorita Southford... corresponde a mis sentimientos. Naturalmente, no tengo deseo alguno de... interferir a menos que ése sea el caso. Si ella me corresponde y yo no dijera nada, pese a ser consciente de mis sentimientos, su sobrina podría tomar una decisión que tendría consecuencias duraderas y seguramente desafortunadas para todos.

Si, en cambio, no soy el objeto de sus afectos, me retiraré discretamente sin que nadie se entere, salvo ella, usted, y yo.

— ¡Qué amable! ¡Qué... sutil! — exclamó lady Alice, y enseguida preguntó—. ¿Qué quiere que haga, milord?

— Dígale a su sobrina que venga sin decirle quién la espera, y déjenos hablar en privado. Estoy convencido de que podré cerciorarme rápidamente de sus sentimientos.

Lady Alice sacó un pañuelito de encaje de su bolso y se enjugó los ojos.

— Qué romántico y galante es usted, milord. ¿Cuándo desearía ver a mi sobrina?

Gilen sintió que se sonrojaba.

— Inmediatamente, si está en casa y puede usted disculpar las prisas de un hombre poseído por una... profunda emoción.

— ¡Mi querido lord Saint Abrams! — dijo lady Alice, usando de nuevo el pañuelito—. Mandaré a buscarla enseguida.

— Es usted muy compasiva, milady.

Lady Alice tiró del cordón de la campanilla, mandó a Mercer a buscar a la señorita Southford y a continuación se acercó con Gilen a la puerta. — Espero que todo se resuelva para bien de los dos — dijo mientras salía del salón.

Gilen sintió otra punzada de vergüenza.

— Yo también, milady. Sea cual fuere el resultado, cuenta usted con mi más profundo agradecimiento por su ayuda.

Su anfitriona lo dejó solo para que aguardara la llegada de la señorita Southford. Gilen se puso a pasear por el salón mientras repasaba el discurso que había preparado, y desdeñó la ridícula idea, que se le había ocurrido de pronto, de ponerse de rodillas. A fin de cuentas, no iba a hacerle esa clase de proposición. Y debía recordarse que, por muy ingenua que pareciera, la señorita Southford era una perdida. No había más que pensar en su argucia de esa mañana para sacarle el dinero a Jeff.

Y sin embargo... Gilen sintió otro incómodo aguijonazo de mala conciencia al recordar la ternura que se había apoderado de él cuando, teniéndola cautiva entre sus brazos, ella le había reprendido por su acoso. A pesar de lo mucho que lo irritaban las intrigas de aquella mujer, no podía olvidar que era por nacimiento una dama noble a la que seguramente había traicionado un hombre de su propia clase. Y que, por ello, se vería por siempre desposeída de lo que le correspondía por derecho: el que un joven caballero se pusiera de rodillas para hacerle una honesta proposición de matrimonio.

De haber sido otras las circunstancias, ¿habría sido él ese joven?

Aunque enseguida descartó aquella caprichosa fantasía, Gilen era lo bastante imparcial como para admitir que la señorita Southford era una espléndida criatura. No conocía a ninguna otra mujer lo bastante fuerte y decidida como para salir adelante tras semejante desastre.

Se le aceleró el pulso al oír pasos que se acercaban. Un instante después, la voz de la señorita Southford le llegó a través de la puerta del salón.

— ¿Un visitante misterioso? ¡Pero tía, qué cosas tienes! — aunque dejó escapar una leve risita, Gilen notó cierto nerviosismo en su voz —. Será una sorpresa agradable, espero.

— ¡Oh, creo que acabarás dándome las gracias por esto!

— Entonces..., no será el primo Nigel.

El tono alarmado de su voz reforzó la convicción de Gilen de que el nuevo barón de Southford había desempeñado un papel decisivo en los acontecimientos que habían conducido a su prima al campamento gitano. De pronto sintió ira y empezó a sospechar que algún día, cuando por fin supiera la verdad de lo ocurrido, tendría que hacerle una visita sumamente desagradable al barón de Southford.

— ¡Claro que no! — respondió lady Alice —. ¿Cómo iba a permitir que ese hombre te viera a solas? Anda, ve.

Gilen se preguntó qué sabía lady Alice de las circunstancias de la

huida de su sobrina. ¿Formaría parte de la estafa que la señorita Southford estaba intentando perpetrar? No es que importara mucho, pero, si lady Alice conocía la deshonra de su sobrina, él se sentiría menos culpable por haberla manipulado. Un momento después, la puerta se abrió para dejar paso a la señorita Southford. Ella dio varios pasos hacia la chimenea, pero, al ver que el sofá estaba vacío, se detuvo. Gilen había tomado la precaución de situarse detrás de la puerta. Al darse la vuelta y verlo, la sonrisa de la señorita Southford se desvaneció, sus ojos brillaron, su expresión se volvió furiosa, y sin decir palabra regresó hacia la puerta. Gilen dio un salto para cortar el paso.

— ¡Espere, señorita Southford! Tiene que escucharme.

Ella miró las manos de Gilen, que le agarraban el brazo. Luego levantó la mirada y dijo fríamente:

— Creo que ya le he dicho cuanto tenía que decirle. Y estoy absolutamente segura de que ha dicho usted todo lo que necesitaba decirme, y más.

— Todo no. Al menos debe permitir que me disculpe por interrogar a su hermano antes de darme cuenta de... su estado. Pero, mostrándose usted tan inaccesible, ¿cómo puede reprocharme que quisiera averiguar algo más sobre usted? —la señorita Southford guardó silencio, sin apartarse ni admitir su presencia—. ¿Cuál es... cuál es el estado de su hermano?, si me permite preguntárselo. Parece un muchacho tan amable y bien dispuesto...

Al principio, Gilen pensó que no iba a responder. Pero luego, como si no pudiera refrenarse, ella dijo con vehemencia:

— Parry es el espíritu más dulce e inocente de la naturaleza, y pese a lo que piensen algunos, no es una vergüenza ni una amenaza para la gente normal. Yo sería capaz de matar a cualquiera que intentara hacerle daño.

— Ya me he dado cuenta —contestó Gilen con una sonrisa—. Pero yo no quiero hacerle daño..., ni tampoco a usted. Muy al contrario.

La señorita Southford profirió un bufido burlón.

—Ya se ha disculpado usted, milord. Ahora, váyase.

—Pero desde esta mañana la situación ha cambiado —replicó Gilen, y se sacó una bolsita del bolsillo.

La señorita Southford la miró con desagrado.

—Las joyas de mi madre, supongo. ¿Las ha robado usted, milord?

—¿De veras son las joyas de su madre?

Ella alzó la barbilla y Gilen advirtió un destello de dolor en sus ojos, como si le lastimara que dudara de su palabra. Ignorando su pregunta, ella dijo:

—Suélteme inmediatamente o llamaré al mayordomo.

—Pero aún no ha oído mi proposición.

—Nada que pueda proponerme usted podría interesarme.

—¿Ni siquiera si le prometo devolverle esto?

Ella lo miró con ojos centelleantes y luego bajó la mirada hacia la bolsita que Gilen sostenía en la mano. Su expresión parecía de pronto melancólica.

—¿A qué precio, milord? Ha de saber que, si tuviera medios suficientes, nunca me habría desprendido de ellas.

—El hecho de que sea vea obligada a hacerlo indica que está atravesando graves dificultades económicas. Acepte mi oferta y nunca volverá a padecerlas —antes de que Gilen se diera cuenta de lo que intentaba, ella se desasíó de un tirón y se acercó a la puerta. Gilen la agarró del hombro para impedir que huyera—. Le daré las joyas más una suma de dinero que le permitirá vivir sin estrecheces una larga temporada si hace usted una cosa muy sencilla. Marcharse de Harrogate.

—¿En su compañía? —preguntó ella con desprecio.

—No puedo negar que lo preferiría. Pero... le ofrezco todo eso solamente si acepta marcharse de aquí y no volver a ponerse en contacto con el señor Masterson. Márchese sola si lo prefiere.

La mirada recelosa de la señorita Southford voló de nuevo hacia él. Gilen advirtió en sus ojos desconcierto... e indecisión. ¿Aceptaría de veras el soborno? Gilen se sintió desalentado al notar que el pánico se apoderaba de él. De pronto no quería que ella aceptara nada que no lo incluyera a él, aun a riesgo de perder la amistad de Jeffrey.

Sin embargo, la indecisión de la señorita Southford se disipó enseguida y, cerrando los ojos, dijo con voz fría:

—Quisiera retirarme, milord. Haga el favor de soltarme.

Por lo menos no se le había quebrado la voz, pensó Gwen. Lo cual era un milagro, teniendo en cuenta que Saint Abrams estaba intentando comprarla como si fuera una mujerzuela capaz de todo por dinero.

Pero casi peor que eso era darse cuenta de que ella había estado a punto de aceptar su oferta. ¡Ah, recuperar las joyas de su madre! Enseguida, sin embargo, se dio cuenta de que él no intentaría sobornarla si tuviera otros modos de apartarla de Jeffrey, ni le ofrecería su propio dinero si estuviera pensando en desenmascararla.

Fuera cual fuese lo que el vizconde pensara ofrecerle, ninguna suma de dinero podía igualar la seguridad permanente del matrimonio. Y, además, aceptar aquel soborno sólo serviría para corroborar la opinión que Saint Abrams tenía sobre ella.

—Si eso no te tienta, preciosa mía —murmuró él—, mi primera oferta sigue en pie. Estas joyas podrían ser mi regalo de bienvenida para ti, el primero de muchos —Gilen la soltó y, sin dejar de mirarla, aflojó el cordel de la bolsa y sacó el collar—. Magnífico, ¿verdad? —dijo, mostrándoselo—. Ya veo los rubíes brillando sobre tu piel.

De pronto, la pena sacudió a Gwennor como un golpe. Apenas consciente de lo que hacía, extendió la mano para tocar el collar. «Todavía veo a mamá llevándolo en el baile de Navidad, justo antes de que muriera». No se dio cuenta de que había hablado en voz alta hasta que, al alzar la mirada, vio los ojos del vizconde fijos en ella. ¿Era compasión lo que advertía en su mirada?

—¿Cuántos años tenías?

—Ocho —musitó Gwen mientras intentaba refrenar las lágrimas.

Para su asombro, el vizconde tocó su mejilla con tanta ternura que el escozor de sus ojos se convirtió en una lágrima que rodó hasta humedecerle el dedo.

—¿Cómo llegaste al campamento gitano? —preguntó él con suavidad—. ¿Huyendo de un amor desgraciado? ¿O es que el nuevo barón te sedujo y te traicionó? —ella no contestó. Saint Abrams suspiró y sacudió la cabeza—. Supongo que nunca me lo dirás. Pero te aseguro que ya no me importa. Eres una mujer extraordinaria, Gwennor Southford. Ya no puedo resistirme más —ella lo miró con sorpresa. Saint Abrams no podía estar diciéndole lo que creía estar oyendo. Él tomó su mano y la besó—. Ya has admitido que entre nosotros hay algo muy poderoso. Lo único que quiero es cuidar de ti. Di sólo una palabra y haznos felices a los dos —¿él la encontraba irresistible, pese al campamento gitano y sus prejuicios iniciales? Entonces ¡debía quererla de verdad! Presa de una euforia que la aturdió, Gwennor esperó a que cayera de rodillas—. Di que sí, cariño mío —murmuró él, todavía de pie.

Sólo entonces comprendió ella que «serás mi esposa» era la única frase que faltaba en aquella conmovedora declaración. Al darse cuenta de que, una vez más, él la había llevado a confundir su deshonrosa proposición con una auténtica petición de matrimonio, se quedó de una pieza. Y, al comprender que ella habría estado dispuesta a aceptar una proposición honesta, su perplejidad se convirtió en ira.

Apartó la mano de un tirón.

—Me asombra que haya tenido la desfachatez de presentarse aquí, pero ya debería haberme dado cuenta de que está usted dispuesto a rebajarse a cualquier cosa para lograr su propósito. Incluso a engañar a mi pobre tía sobre sus intenciones, como sin duda habrá hecho para que ella haya accedido a esta entrevista —Saint Abrams dio un respingo y abrió la boca, pero Gwennor no le permitió hablar—. Ni una palabra más o gritaré hasta echar la casa abajo. Sepa usted que ningún ardid le servirá a partir de ahora. Pienso decirle a

lady Alice y a todo el servicio que no le dejen entrar en esta casa bajo ningún concepto. Buenos días, milord –Gwennor se irguió y miró más allá del vizconde, como si éste ya se hubiera ido.

Pero Saint Abrams no se movió.

–Vamos, cariño, debes afrontar los hechos de una vez –dijo en tono seductor–. Sé que eres de buena familia, incluso admito que tu... deshonra deba permanecer en secreto. Pero te recuerdo que media docena de amigos me acompañaron al campamento gitano. No quisiera ofenderte, pero ¿qué caballero que valore la pureza del nombre de su familia le propondría matrimonio a una mujer a la que sus amigos han visto jugando a las cartas en un carromato gitano? Ni siquiera un caballero tan tolerante como el señor Masterson, a menos que lo conduzcas hacia ese error mediante el engaño y la mentira.

Gwen sintió que los ojos le escocían y vaciló un instante. ¿Tendría razón Saint Abrams?

Naturalmente, tenía pensado contarle al caballero que pidiera su mano los pormenores de su huida de Southford... pasado algún tiempo.

Pero ahora se daba cuenta de que callarse aquella información crucial hasta después de que hubieran pedido su mano pondría a un auténtico caballero en un dilema sumamente difícil de resolver. Siendo un caballero, no podría retirar la oferta de matrimonio. Pero si conocer la situación a la que se había visto abocada alteraba su opinión sobre ella del modo que señalaba el vizconde, su prometido tal vez sintiera que, al cumplir su palabra, estaría también deshonorando el nombre de su familia.

¿Supondría alguna diferencia para Saint Abrams el hecho de que ella no hubiera sido deshonrada antes de huir, como él creía? Se hizo aquella pregunta sólo para darse cuenta de que él ya le había dado una respuesta. Su supuesta caída en desgracia podía permanecer oculta..., pero no así la deshonra de haber sido vista en el campamento gitano.

Quizás el vizconde tuviera razón, después de todo. Quizá debiera

abandonar la idea de casarse y emplearse como enfermera o dama de compañía.

Mientras aquella confusa amalgama de ideas cruzaba su cabeza, se dio cuenta de pronto de que Saint Abrams seguía parado detrás de ella. Esperando.

—Es usted una luchadora, señorita Southford, y admiro su valor. A pesar de que todas las pruebas demuestran lo contrario, no puedo creer que sea capaz de cometer un engaño tan infame.

Ella abrió los labios, indecisa, y luego volvió a cerrarlos.

—Creo haberle pedido que se marchara —dijo finalmente en tono gélido.

—¡Venga conmigo! —él agarró su mano y se la llevó a los labios—. Le prometo que no se arrepentirá.

Furiosa de nuevo, Gwennor retiró la mano y le abofeteó con todas sus fuerzas.

—¡Mercer! —gritó—. ¡Mercer, venga enseguida! —la puerta del salón se abrió tan de repente que Gwennor comprendió que el mayordomo había estado merodeando por el vestíbulo, al otro lado de la puerta—. Lord Saint Abrams se marcha. Acompáñelo, por favor. Y Mercer... el vizconde no volverá más.

Por un instante, el semblante inexpresivo del mayordomo denotó sorpresa. Pero se repuso de inmediato y dijo:

—Como usted diga, señorita Southford.

Ella le lanzó a Saint Abrams una mirada desafiante. Esperaba ver cólera en sus ojos. Pero él la estaba mirando con... reproche.

—No esté tan segura —murmuró. Y entonces alimentó de nuevo la indignación de Gwennor llevándose a los labios los dedos que acababan de abofetearlo y besándolos bajo la atenta mirada del mayordomo. Cuando al fin le soltó la mano, Gwennor se sentía de nuevo turbada. Él tuvo la desfachatez de hacer una profunda reverencia—. A sus pies, señorita Southford.

Salió, escoltado por Mercer. Gwennor cerró la puerta de golpe y

regresó al sofá tambaleándose. ¡Maldito fuera! Aquel hombre era arrogante, obstinado, engreído y manipulador. Pero también era perspicaz, ocurrente, compasivo e infatigable a la hora de defender a sus amigos.

Y ella era sin duda la mujer más necia de toda Inglaterra, pues se había enamorado de él.

Capítulo Quince

Gilen subió al coche que lo aguardaba frotándose la mejilla. A pesar de que no había conseguido su propósito, se sentía exultante.

¡La señorita Southford había estado a punto de confesar! Él había visto cómo se tambaleaba su resolución al sopesar los argumentos que le había ofrecido. ¡Si le dijera la verdad...! Al menos, ya que no podía ofrecerle la redención del matrimonio, él podía vengarse del bribón que la había deshonrado.

Se echó a reír al recordar el altivo desdén con que ella lo había tratado. Cielo santo, si no hubiera sufrido tan aciago destino, se habría visto fuertemente tentado de hacerle una proposición en toda regla. A fin de cuentas, pese a lo que hubiera hecho, saltaba a la vista que era de sangre noble. Y, a menos que fuera la mejor actriz del mundo, las joyas que había vendido eran en efecto las de su madre.

También parecía evidente que su deshonor no la había dejado embarazada. Y, dado que él era la única persona que sabía de sus tratos con los gitanos, tal vez estuviera justificado que intentara casarse.

Si el matrimonio de la señorita Southford fuera posible, que no lo era, el honor le exigiría a él que se hiciera a un lado y permitiera que se casara con Jeff. Aunque, tal y como le había dicho a lady Alice, si la señorita Southford lo prefería a él, Jeffrey tendría que aceptarlo y aguantarse. Tal vez su amigo se sintiera desilusionado, e incluso un poco enfadado, pero no se sentiría tan furioso y traicionado como si se enteraba de que Gilen había intentado seducir a la mujer a la que estaba cortejando.

Gilen sonrió. Tal vez debiera pedir la mano de la señorita Southford. De ese modo, la haría suya y al mismo tiempo salvaría su amistad con Jeff. Pero, si lo hacía, sus antepasados se removerían en sus tumbas, horrorizados al descubrir que el vizconde de Saint Abrams había pedido en matrimonio a una mujerzuela, aunque fuera tan encantadora, enérgica, inteligente y seductora como Gwennor Southford.

«Confía en mí, papá. Jamás permitiré que una intrigante se convierta en vizcondesa de Saint Abrams», le aseguró a su difunto padre.

«Más te vale», creyó oírle contestar.

Pensando que a Jeffrey le parecería extraño que no fuera a verlo, esa misma tarde Gilen se armó de valor y decidió pasarse por casa de lord Masterson. Al cruzar el parque, sin embargo, divisó a Jeff paseando del brazo con la señorita Southford.

Frenó a su montura y de pronto sintió un violento deseo de apartar la mano de la señorita Southford del brazo de su amigo. «Maldita sea». Se bajó de la silla y echó a andar hacia ellos con determinación.

—¡Gilen! —exclamó su amigo al verlo—. ¿No hace una tarde preciosa para pasear?

—Desde luego que sí —contestó al llegar junto a ellos—. Aunque, en tan grata compañía, cualquier actividad resultaría deliciosa.

—Lord Saint Abrams —dijo ella con frialdad, alzando una ceja—. Hace una tarde igualmente buena para montar. Por favor, no interrumpa su paseo por nosotros.

—No tiene importancia —dijo él con una sonrisa—. Pienso darle una buena cabalgada al caballo... más tarde.

Ella le lanzó otra mirada fulminante.

—Según tengo entendido, los mejores paseos se dan con una montura dócil.

—Ah, pero a algunas puede domárselas aunque al principio se muestren recalcitrantes y desobedientes.

—Tal vez, si se es lo bastante hábil. Si no, el presuntuoso jinete puede acabar dándose de bruces contra el suelo.

—Gilen es un jinete de primera —dijo Jeffrey—. No hay montura que se le resista.

—La vida a veces nos sorprende con una saludable lección —

observó ella.

— En efecto — contestó Gilen —. Y deberíamos aprender de ella a no intentar empresas imposibles.

La mirada de ella vaciló. — Sin embargo, habiendo tantas cosas en juego, no se debe uno dar por vencido, a menos que no le quede más remedio — dijo con suavidad.

— ¿Estamos hablando de caballos? — preguntó Jeffrey, perplejo.

— La señorita Southford se refería a que, si se tiene un caballo excelente e impulsivo, sabiendo que será una magnífica montura, hay que utilizar todas las tácticas que sean necesarias para que se someta a la brida.

Ella alzó la barbilla.

— Aun así, milord, hay algunos caballos que no se dejan doblegar.

— Puede ser — reconoció él —. Pero hay que tener paciencia.

— ¿Tienes algún problema con tu caballo? — preguntó Jeffrey.

— Estábamos hablando en términos teóricos — se apresuró a contestar la señorita Southford —. Ahora, debe contarme usted lo del incidente de ayer por la tarde en el balneario. Lady Alice me ha dicho que acudió usted al rescate de la señorita Aylesbury.

Para sorpresa de Gilen, Jeffrey se sonrojó.

— No fue nada, de verdad.

— ¿Un rescate en el balneario? ¿Es que se atragantó esa joven con el agua? — preguntó Gilen, alzando las cejas.

— No, claro que no, Gilen. Es sólo que... bueno, ya sabes lo... decidida que puede ser la señora Aylesbury. Estaba empujando a la pobre Mary Anne... a la señorita Aylesbury, quiero decir... a hablar con el duque de Hartford y yo...

¿Mary Anne?, pensó Gilen. ¿Desde cuándo tenía tanta confianza Jeffrey con la señorita Aylesbury?

— Y usted le pidió a la señorita Aylesbury que paseara con usted por el salón, impidiendo de ese modo que su insoportable mamá la

obligara a sufrir lo que sin duda habría sido un desaire —dijo afectuosamente la señorita Southford.

—En cambio usted, señorita Southford, seguramente se habría rescatado a sí misma negándose tajantemente a hablar con el duque de Hartford, o desviando la atención de lady Aylesbury hacia un caballero menos encumbrado, pero también más accesible —observó Gilen.

—Sí, la señorita Southford puede ser muy decidida —dijo Jeffrey—. Puede que a la señorita Aylesbury le falte... carácter. Ella es más bien tímida y dócil, pero les aseguro que la dulzura y la amabilidad de su carácter compensan cualquier otro defecto.

—Es una joven encantadora —dijo la señorita Southford—. Y sin duda le estará muy agradecida por su ayuda. ¡Bien hecho, señor Masterson! —le dio unas palmaditas en la mano.

Gilen los miró achicando los ojos. De pronto notó con alivio que ella no se sonrojaba cuando apretaba la mano de su amigo, ni contenía el aliento cuando Jeff la tomaba del brazo para evitar que pisara un charco. Tampoco advertía en ellos el zumbido eléctrico que parecía vibrar entre él y la señorita Southford cada vez que se rozaban.

Era indudable que la señorita Southford le pertenecía a él y no a Jeff. Y ella sin duda lo sabía. La señorita Southford se sonrojó entonces, como si fuera consciente de la intensidad de su mirada.

—Milord, su caballo debe de estar impacientándose. Debería irse usted a galopar con él.

—Le aseguro que a mi caballo le gusta pasear. Un paseo tranquilo ahora le hace ansiar aún más la galopada que vendrá luego.

La señorita Southford dejó escapar un leve resoplido de exasperación, pero no dijo nada. El sonido de las campanas de una iglesia distante rompió el silencio.

—¿Ya son las cinco? —exclamó ella, deteniéndose—. Señor Masterson, ¿le importaría acompañarme a casa? Acabo de recordar que lady Alice me pidió que estuviera de vuelta a las cinco. Su...

modista va a llevarle un vestido nuevo para que se lo pruebe.

—Desde luego, señorita Southford. Enseguida paro un coche. Gilen, pásate por casa de mi abuelo esta noche, ¿quieres? Tengo algo de... particular importancia que decirte.

—Desde luego, Jeff. Señorita Southford... hasta pronto.

Ella se limitó a inclinar la cabeza.

Gilen los miró alejarse. A pesar de su convicción de que la señorita Southford no estaba enamorada de su amigo, el hecho de verlos caminando del brazo le perturbaba más de lo que deseaba admitir. Pero no sentía celos de Jeff, se dijo con firmeza.

Recordó su conversación y se echó a reír. La señorita Southford había captado de inmediato sus insinuaciones. Ingeniosa y decidida, era sin duda una magnífica oponente. Y sería una mejor compañera. «Ah, sí, es a mí a quien perteneces», le dijo en silencio mientras la veía alejarse.

Y luego empezó a preguntarse sobre qué asunto «de particular importancia» quería hablarle Jeff con tanta urgencia.

Gilen se presentó en casa de los Masterson a la hora de la cena. Jeff saludó su entrada en el salón con aire de contenido nerviosismo.

—¡Cuánto me alegro de que hayas venido a cenar! Mi abuelo echaba en falta tu compañía. Y es una suerte que hayas llegado pronto, porque estaba deseando contarte la noticia. Verás, mañana será probablemente el día más feliz de mi vida. Espero... ¡ Ah, abuelo! Deja que te ayude.

Gilen sintió frío en el estómago. Pero estaba claro que su amigo no quería hablar delante de su abuelo.

Una vez lord Masterson se hubo sentado, Jeffrey permitió que el anciano dirigiera la conversación hacia asuntos relaciones con la caza, los caballos, los lebreles y la administración de las tierras. Aunque solía disfrutar de la compañía del irascible barón, a Gilen le costaba concentrarse en la conversación. Su mente se perdía continuamente en conjeturas acerca de las noticias que Jeff estaba tan ansioso por

transmitirle.

Intentaba convencerse de que la excitación de su amigo podía tener diversas explicaciones, pero la que más temía chirriaba de continuo en su cabeza, empañando el placer de la conversación y destrozando su apetito.

¿Pensaba Jeffrey pedir en matrimonio a la señorita Southford al día siguiente? Y, si así era, ¿qué iba a hacer él?

Cuando al fin el anciano barón se retiró, Gilen había empezado a perder la paciencia. Apenas se hubo cerrado la puerta detrás de lord Masterson cuando se volvió hacia Jeff, intentando componer una expresión de cordial interés.

— Bueno, ¿cuál es esa gran noticia?

— Supongo que ya lo habrás adivinado. Esta tarde, mientras esperaba a que bajase la señorita Southford, lady Alice me informó de que el coronel Howard piensa llevar al teatro a su sobrina mañana por la noche, y me insinuó con toda claridad que pretende pedir su mano. Llevo toda la tarde dándole vueltas y estoy casi convencido de que no puedo permitir que se me adelante. Así que iré a verla mañana, después del almuerzo. ¡Deséame suerte!

A pesar de que se lo esperaba, ver confirmadas sus peores sospechas fue un duro golpe para Gilen... hasta que una de las frases de Jeff atravesó la densa capa de pánico que lo envolvía.

— ¿Casi convencido? — repitió—. ¿No estás seguro de querer casarte con la señorita Southford?

Jeff se movió para evitar la mirada de Gilen.

— Claro que sí, supongo. Es sólo que... bueno, como tú nunca has tenido deseos de casarte, seguramente no te das cuenta, pero cuando llega el momento de decidirse, uno siente ciertas... reservas.

¿Reservas a la hora de hacer suya a la señorita Southford? Gilen no tenía ninguna. El pánico retrocedió y el vago esbozo de un plan puso a trabajar su mente a toda prisa.

— «Hasta que la muerte os separe» es un periodo de tiempo

bastante largo. Si tienes alguna reserva, te aconsejo que esperes. Además, ¿cómo sabes que lady Alice no te insinuó las intenciones del coronel Howard solamente para que te decidas de una vez? No te precipites sólo para impedir que un rival te derrote.

—Puede que tengas razón —Jeff suspiró y bebió un sorbo de brandy—. No sé qué hacer, porque dentro de poco me veré obligado a... ausentarme de la ciudad unos días. Aunque tengas razón y el coronel Howard no se declare mañana, ¿quién me dice que no lo hará antes de mi regreso? No sé si quiero arriesgarme. A menos que... —Jeff dejó su vaso de golpe sobre la mesa y se volvió hacia Gilen—. A menos que pueda convencerte de que no te separes de la señorita Southford ni a sol ni a sombra para asegurarte de que el coronel no tiene oportunidad de declararse antes de que yo vuelva. Pero no puedo pedirte eso...

—¡Claro que puedes! —dijo Gilen—. A fin de cuentas, ¿para qué están los amigos? Haré cuanto pueda para asegurarme de que no acepta una oferta de Howard en tu ausencia.

—¿Harías eso por mí, amigo mío? —Gilen asintió con la cabeza. «Ibas a hacerlo de todos modos, así que olvídate de remordimientos inútiles», le dijo a su mala conciencia. Jeffrey le tendió la mano y Gilen se la estrechó con fervor—. Trato hecho, entonces. ¿Cómo podría darte las gracias? Supongo que también debería decirte que... Pero no, eso puede esperar hasta mi regreso.

—¿Adonde tienes que ir con tanta prisa?

—Oh, es un... un negocio de poca importancia que me ha encargado mi abuelo. Surgió... hace poco y no creo que me lleve más que un par de días.

Gilen, que estaba exultante ante la oportunidad que acababa de abrirse ante sus ojos, apenas escuchó su respuesta. Varios días. Tendría varios días para persuadir a la señorita Southford, libre de la presencia de Jeffrey. Sin duda en ese tiempo se le ocurriría qué hacer.

—Por cierto —dijo Jeffrey, sacándolo de su ensimismamiento —, por lo visto lady Alice está pasando ciertos apuros económicos. Mi

abuelo me ha dicho que tiene hipotecada la casa y los caballos. Suponiendo que la señorita Southford me acepte, puede que necesite otro pequeño préstamo para saldar sus deudas hasta que resuelva el asunto con mi banco. ¡No puedo permitir que la tía de mi prometida vaya a prisión por no pagar sus deudas! Bueno, tomemos una última copa, y hasta mañana. Ahora que sé que vas a vigilar a la señorita Southford, puedo irme mañana temprano.

Gilen se marchó un rato después. Al sentarse en el coche de alquiler que lo llevaría a su alojamiento, se le ocurrió una idea tan despreciable que al principio se sintió avergonzado de haberla concebido.

Podía pagar las deudas de lady Alice y usarlas como medio de persuadir a su sobrina. No es que pretendiera entregar a lady Alice a la justicia por impago, desde luego, pero, dado que la señorita Southford tenía muy baja opinión de su carácter, seguramente no le costaría ningún trabajo convencerla de que pensaba hacerlo. Y tal vez aquella amenaza la asustara tanto que decidiera abandonar sus pretensiones respecto a Jeffrey... y entregarse a él.

«Gilen de Mowbry, qué bajo has caído». Gilen, que acababa de salir del banco con las hipotecas canceladas de lady Alice en el bolsillo del chaleco, estaba parado junto a los establos, frente a la entrada de servicio, aguardando a la criada cuya ayuda había comprado el día anterior. Tenía que conseguir de algún modo que la chica le franqueara la entrada, ya que no podía albergar esperanzas de que ni Mercer ni lady Alice permitieran su entrada en la casa.

A pesar de la infame estratagema a la que había recurrido, sentía vibrar sus sentidos ante la idea de volver a ver a la señorita Southford. Esta vez, estaba convencido de ganar la batalla.

Al fin apareció la muchacha con un cepillo en la mano y se puso a barrer los escalones de la entrada. Gilen cruzó corriendo la calle.

— ¡Milord! — exclamó la chica, sorprendida, e hizo una reverencia apresurada.

— Hola, Mitsy — le ofreció una moneda que ella se guardó

rápidamente en el bolsillo del delantal—. ¿Están las señoras levantadas? —le mostró otra moneda.

Ella se la quitó de los dedos. —Lady Alice nunca sale de su habitación antes de las diez, pero la señorita Southford ha salido a montar con su hermano. Luego se irán a la modista. Tilly me ha dicho que estarán fuera toda la tarde.

Gilen frunció el ceño. Tenía esperanzas de sorprender a solas a la señorita Southford esa mañana, antes de que se levantara su tía. Y tenía que arreglar las cosas antes de que ella pudiera echarle el guante al coronel Howard esa noche.

—¿No habrá ningún momento antes de esta noche en que pueda hablar a solas con la señorita Southford? —sacó otra moneda, pero la mantuvo fuera del alcance de la muchacha.

La criada se humedeció los labios y miró ávidamente la moneda.

—Yo... no lo sé, señor. Ahora que me acuerdo, creo que oí decir a Mercer que tenía órdenes de no dejarlo pasar.

Gilen se encogió de hombros y un rubor que no tuvo que fingir tiñó su rostro.

—La señorita Southford está... enfadada conmigo. Seguramente sabrás que tiene varios pretendientes. Me temo que permití que mis... celos me traicionaran y dije alguna impertinencia. Ahora supongo que, para castigarme, saldrá esta noche con el coronel Howard y...

—¡Sí! —lo interrumpió la muchacha, con el rostro iluminado—. Tilly nos dijo que el coronel iba a declararse esta misma... —se detuvo y se tapó la boca con la mano.

Gilen hizo una mueca de disgusto que tampoco tuvo que fingir.

—Eso he oído. Así pues, comprenderás la urgencia de mi misión. Mitsy, ¿no puedes apiadarte de un hombre enamorado y dejarme hablar con la señorita antes de que sea demasiado tarde?

El entusiasmo de la criada volvió a apagarse.

—Pero mi-milord, si Mercer se entera, hará que me despidan...

—Mitsy, la felicidad de toda mi vida está en tus manos. Además —sacó un puñado de monedas del bolsillo del chaleco—, mi casa de Curzon Street, en Londres, siempre necesita doncellas inteligentes y de fiar. Si las cosas llegan a ese punto, no hace falta que te preocupes por encontrar empleo.

Los ojos de la muchacha se abrieron aún más.

—¡Londres! —exclamó, boquiabierta, y le quitó apresuradamente las monedas de la mano, guardándoselas en el bolsillo del delantal—. Si vuelve usted sobre la seis, señor, puede que la pille. Lady Alice siempre se echa un rato antes de vestirse para salir, y la señorita se encierra en el despacho con los libros.

Gilen le lanzó su sonrisa más seductora e hizo una reverencia.

—Eres un auténtico ángel, Mitsy. Entonces, estaré en la puerta de la cocina a las seis.

—Sí, señor —dijo la criada, sonrojándose—. Pero no venga por la cocina. Estarán haciendo la cena y habrá mucha gente. Será mejor que entre por la puerta lateral, la de la despensa. Yo le estaré esperando.

—Allí estaré. Gracias, Mitsy.

Tendría que aprovechar lo mejor posible aquella oportunidad, se dijo Gilen con determinación mientras se alejaba.

Impaciente porque llegara la noche, llenó las horas intermedias dando un largo paseo a caballo, comió sin prisas y pasó un buen rato leyendo los periódicos de Londres, después de lo cual pudo presentarse por fin en la puerta lateral de la casa de lady Alice. Por suerte, sólo tuvo que esperar unos minutos a que apareciera Mitsy.

—La señorita Southford está en el despacho, como le dije —le informó la criada mientras lo introducía en la casa—. Por aquí, milord.

Gilen la siguió en silencio por las habitaciones desiertas, subió por una escalera y atravesó un estrecho pasillo. Al fin, Mitsy se detuvo y le indicó una puerta cerrada. Gilen asintió con la cabeza e

hizo una reverencia. Ella inclinó la cabeza, se tapó la boca para sofocar una risita y volvió corriendo a las escaleras. Con el corazón acelerado, Gilen se introdujo sigilosamente en la habitación.

Capítulo Dieciséis

La señorita Southford estaba sentada de perfil frente a un pequeño escritorio, inclinada sobre un libro de cuentas, con el ceño fruncido. Tan absorta estaba en su tarea que no oyó entrar a Gilen.

El se detuvo un momento a admirar su lustroso cabello negro, recogido en una gruesa trenza sobre la cabeza, la fina y recta línea de su nariz, los labios carnosos fruncidos en un mohín de preocupación, la silueta deliciosa de su pecho, que el favorecedor vestido de noche de color gris perla insinuaba discretamente. Muy pronto, él borraría aquel ceño de su frente, le quitaría de encima el peso de la carga que la abrumaba y le ofrecería cobijo.

Al recordar la misión que lo había llevado hasta allí, su entusiasmo se apagó en parte. Era improbable que ella aceptara sus proposiciones, a no ser que él invocara el poder de las escrituras de deuda que ardían como un reproche en el bolsillo de su chaleco. Llegado el caso, ¿se atrevería de veras a amenazarla con ellas? Antes de que pudiera llegar a una conclusión, los dedos de la señorita Southford se tensaron sobre el libro de cuentas y, como si hubiera notado su presencia, alzó la mirada. Gilen dio un salto para taparle la boca con la mano.

— ¡Por favor, señorita Southford! He de hablar con usted de un asunto urgente que concierne a su tía — apretó los dientes cuando ella intentó morderle —. Si me da su palabra de que no gritará, la soltaré. ¿Me la da? — ella asintió con la cabeza al cabo de un momento y Gilen la soltó.

— ¿Y usted se atreve a pedirme mi palabra de honor? Yo no estoy segura de poder confiar en la suya.

Él hizo caso omiso y continuó, impávido:

— Ha tenido usted mucho tiempo para reflexionar. ¿Ha reconsiderado mi oferta?

Ella le lanzó una mirada desdeñosa y luego volvió a fijar la vista en el libro de cuentas.

—Si ha venido únicamente a insultarme otra vez —dijo, tomando la pluma—, pierde usted el tiempo. Haga el favor de salir de aquí por los mismos medios por los que haya entrado.

—No puede usted negar que siente la tentación de aceptar. El modo en que se comporta en mis brazos lo demuestra más allá de toda duda —la señorita Southford no se dignó a contestar. El rasgueo de la pluma sobre el libro era el único sonido que se oía en la habitación. Tendrían que ser las deudas, entonces. Gilen respiró hondo y sacó los papeles de su bolsillo—. Ya que parece usted preocupada por asuntos de economía doméstica, puede que le interese echarle un vistazo a esto —le acercó los documentos.

La señorita Southford ni siquiera los miró.

—No tengo el más mínimo interés en nada que pueda enseñarme.

Gilen puso la escritura de hipoteca bajo su nariz y señaló el nombre de su tía.

—¿Está segura?

Ella le lanzó una mirada desconfiada. Luego le quitó la escritura de la mano y la leyó rápidamente. Gilen notó que contenía el aliento antes de girarse hacia él.

—¿De dónde ha sacado esto?

Él se encogió de hombros.

—¿Qué importa eso? El caso es que lo tengo. Y hay más —le mostró los otros documentos.

Ella se quedó mirándolos un rato. Sus manos sujetaban con fuerza la pluma.

—¿Qué piensa hacer con ellos? —preguntó con voz cuidadosamente comedida.

—Eso depende de usted. Si se marcha de Harrogate, los romperé.

—Y si no... —sus ojos se agrandaron al comprender lo que significaba aquello. De pronto, se puso en pie—. ¡No! Ni siquiera

usted puede ser tan despreciable.

Su acusación pareció repetir como un eco la que murmuraba la indignada conciencia de Gilen. Éste se forzó a continuar:

—Le aconsejo que no se quede para averiguarlo, a menos que quiera ver a su querida tía encarcelada por no pagar sus deudas.

—¡Pero eso es monstruoso! —exclamó ella, llena de furia. Y de temor. Gilen notó el miedo agazapado en sus ojos y otra punzada de culpa le atravesó el pecho—. Por favor, milord, sea lo que sea lo que piense de mí, sean cuales sean nuestras disputas, ¡que quede entre nosotros! ¡No permita que mi tía pague por faltas que sólo pueden reprochárseme a mí!

Su energía y su coraje, su apasionada voz, eran irresistibles. Gilen le agarró las manos y se las besó.

—Sabes que no le deseo a lady Alice ningún mal, mi terca niña. Pero no puedo permitir que te vayas con Jeff... ni con ningún otro hombre. No quiero hacerte daño, sino cuidar de ti y tenerte a mi lado. ¿Acaso no me crees?

Se quedaron inmóviles un momento, con las miradas fijas y las manos unidas. Para sorpresa de Gilen, ella esbozó una sonrisa reticente.

—Supongo que, a su modo, usted cree en lo que dice —dijo con suavidad, y apartó las manos—. Y, pese a que no ha dejado de acosarme casi desde el momento en que nos conocimos, no puedo creer que vaya usted a hacer esto. Devuelva eso, por favor —señaló los documentos.

Las deudas... El último recurso de Gilen.

Y, sin embargo, ella tenía razón. Gilen no podía seguir actuando contra su honor y su sentido de la decencia. Si de veras no soportaba que ella se casara con otro, tendría que ignorar la ignominia de su pasado y casarse con ella. ¿Se atrevía a actuar de manera tan irresponsable?

Con un suspiro, arrojó los papeles sobre la mesa.

—Tiene razón. No puedo hacerle daño a su tía... pero tampoco puedo resistirme a su hechizo, mi querida señorita Southford — extendió lentamente la mano para acariciarle la mejilla y su corazón se inflamó, exultante, al ver que ella no se apartaba. Trazó la forma de su barbilla, de sus labios, de sus cejas, y al fin tomó su cara entre las manos — . ¿No permitirá que cuide de usted? — musitó.

—Debería echarlo a patadas — contestó ella con suavidad.

—Apiádese de mí, se lo suplico.

—Es usted un hombre sin escrúpulos, intrigante y despreciable...

—Tiene usted razón — la estrechó entre sus brazos suavemente, pero ella no intentó desasirse.

—... que se ha comportado mucho peor que cuanto pueda reprocharme a mí.

—Es verdad, querida mía.

—Debería recurrir otra vez al látigo — jadeó ella mientras Gilen la hacía subir la cara.

—Más tarde — murmuró él, inclinando la cabeza para besarla.

Sus bocas se tocaron y Gilen oyó un gemido, pero no supo si era de ella o de él. La besó con suavidad, dejando que fuera ella quien impusiera el ritmo. Y dejó escapar un gruñido sofocado de dicha cuando, con un tímido roce de la lengua, ella probó sus labios.

Hipnotizado por su cauta exploración, al mismo tiempo seductora e inocente, dejó que ella lo saboreara y se preguntó si sus huesos se derretirían allí mismo. Apenas podía creer que pudiera extraer tanto placer de un acto ejecutado estando todavía completamente vestidos.

A pesar de su intención de dejar que ella marcara el paso, no pudo evitar abrazarla con más fuerza. Su corazón se aceleró cuando, metiendo los dedos entre su pelo, ella se acercó un poco más y, arqueándose, se pegó a él. Su cuerpo encajaba tan bien en el suyo, que le dieron ganas de levantarla en brazos y hacerla suya allí mismo. Cerró las manos sobre sus brazos, dispuesto a hacerlo, cuando de

pronto un fuerte ruido rompió el hechizo sensual que había caído sobre él.

Aun así, pasó un instante antes de que su mente abotargada identificara aquel desagradable ruido como un grito femenino, y otro más antes de que sus dedos entumecidos soltaran a la señorita Southford. Aturdido, buscó la fuente de aquel ruido. Y vio a lady Alice, con la mano sobre el pecho, medio desmayada, agarrándose al marco de la puerta del despacho.

—¡Gwennor! ¡Lord Saint Abrams! —exclamó lady Alice, boquiabierta.

La señorita Southford intentó apartarse de él y tropezó. Gilen la sujetó para impedir que se cayera. Poco a poco, una sonrisa fue reemplazando la expresión de perplejidad de lady Alice.

—¡Madre mía! ¡Es usted un zorro, milord! Así que al final le ha tomado la delantera al señor Masterson. Debo admitir que desde el principio me pareció que entre mi sobrina y usted había algo especial. Permítame que sea la primera en felicitarlos —Gilen se dio cuenta de pronto de que seguía enlazando los hombros de la señorita Southford y retiró apresuradamente el brazo..., pero ya era demasiado tarde. Lady Alice corrió hacia su sobrina para besarla—. ¡Oh, estoy deseando ver el anuncio en la gaceta! ¡La boda será el acontecimiento de la temporada!

«La boda». Aquellas palabras disiparon definitivamente la neblina sensual en la que se hallaba sumido Gilen. Miró a la señorita Southford esperando que sacara a lady Alice de su error, pero ella permanecía tan muda como si fuera de piedra. Abrió la boca para corregir a lady Alice... y volvió a cerrarla.

Había sido sorprendido abrazando apasionadamente a la señorita Southford. ¿Qué podía decir? Sólo había una salida honorable a aquella situación: la que lady Alice acababa de apuntar.

Gilen permaneció aturdido por el asombro un instante. Luego, un arrebató de ira contra sí mismo y contra la señorita Southford estuvo a punto de asfixiarlo. Podía refutar la conclusión de lady Alice

y afirmar fríamente que no tenía intención de casarse con su sobrina. Y, en un solo día, la noticia recorrería Harrogate y, en poco tiempo, a través de los lazos de parentesco que unían a la aristocracia local con familias de toda Inglaterra, se sabría que lord Saint Abrams había comprometido a una señorita bajo el techo de su propia tía y luego se había negado a casarse con ella. La reputación de la señorita Southford quedaría arruinada, naturalmente. Pero la suya también.

¡La muy intrigante! ¿Había permitido que la besara a sabiendas de que su tía iba a entrar en el despacho? Por un instante, sintió tanta cólera que no pudo articular palabra. ¡Menudo salvador! Había estado tan concentrado en salvar a Jeff de las intrigas de aquella muchacha que había caído víctima de ellas sin darse cuenta.

Lady Alice seguía mirándolo, expectante.

—Su sobrina acaba de hacerme el más feliz de los hombres — dijo entre dientes, casi atragantándose con las palabras.

Lady Alice juntó las manos sobre el pecho.

—No podría alegrarme más si fuera mi propia hija. Ahora, milord —mover un dedo, señalándolo—, ya que es usted el prometido de mi sobrina, les permitiré estar un momento más a solas. ¡Pero sólo un momento! —lady Alice le guiñó un ojo a Gilen, le lanzó un beso a su sobrina y salió del despacho.

Cuando la puerta se cerró, el silencio retumbó en la habitación. Gilen cerró los puños y se preguntó cómo iba a arreglárselas para salir de la casa sin estrangular a la señorita Southford. Pero, cuando por fin se decidió a mirarla, en lugar de la expresión satisfecha que esperaba encontrar en su semblante, vio que parecía... angustiada.

—Milord —empezó a decir ella, indecisa—, tal vez pueda hacer...

—¿No ha hecho ya bastante? —la interrumpió él sin molestarse en disimular su ira—. Estará satisfecha. Me ha manejado a su antojo, ¿eh? A fin de cuentas, ¿cómo van a compararse la fortuna y el nombre de Jeff con los del vizconde de Saint Abrams? ¡Dios mío, verme obligado a pedir en matrimonio a una... cualquiera que jugaba a las cartas en un campamento gitano! No me sorprendería que mi

padre regresara de la tumba para perseguirme por esta ignominia.

Ella se irguió. Sus ojos brillaban de ira.

—Sí, soy una mujerzuela sin escrúpulos que lo ha atraído hasta esta habitación, ha atrancado la puerta para que no pueda salir y lo ha engatusado con carantoñas el tiempo suficiente para que alguien entrara y lo sorprendiera besándome.

Aquel agrio recordatorio de que había sido él quien había provocado su propia destrucción acabó de inflamar la cólera de Gilen. Si iba a tener que pagar tan cara su fascinación por aquella hechicera, al menos satisfaría sus deseos esa misma noche.

Agarró a la señorita Southford por la muñeca.

—Ven conmigo.

—¿Qu-qué hace? ¡Suélteme inmediatamente!

Él la llevó a rastras hacia la puerta. Luego, tomándola del brazo, la empujó hacia fuera. Tal y como sospechaba, lady Alice se había apresurado a esparcir la buena noticia por la casa. Mercer y algunos otros sirvientes se habían congregado en el pasillo. El mayordomo hizo una profunda reverencia.

—Milord, señorita Southford, permítanme expresarles nuestros mejores deseos de parte de todo el servicio. Esperamos que sean muy felices.

—Yo espero que seamos tan felices como nos merecemos —replicó Gilen con los dientes apretados—. Si hace el favor de traer la capa de la señorita Southford, Mercer, voy a acompañarla a una reunión selecta para celebrar nuestro compromiso. Y, Mercer...

—¿Sí, milord?

—Dígale a lady Alice que la señorita Southford volverá muy tarde y que, como va a estar a mi cuidado, no hace falta que la esperen levantados.

—Desde luego, milord.

Gilen bajó la mirada hacia la señorita Southford, desafiándola a

que le contradijera. Ella abrió la boca y volvió a cerrarla. Mercer se fue en busca de su capa y, tras hacer unas reverencias, los demás sirvientes regresaron a sus tareas. Cuando el pasillo quedó vacío, la señorita Southford observó con recelo el rostro de Gilen. Luego irguió los hombros, alzó la barbilla y se enderezó.

—Puede soltarme, milord. No voy a huir.

—¿Para qué ibas a hacerlo, si ya has conseguido lo que querías?

Ella le lanzó una extraña mirada desafiante.

—Usted no sabe absolutamente nada sobre lo que yo quería —él no se dignó a contestar. Al cabo de un momento de tenso silencio, ella añadió —: ¿Puedo preguntar adonde me lleva?

—Adonde debí llevarte esa primera noche. A darte lo único auténtico que hemos compartido. Tal vez me vea obligado a concederte mi nombre, pero esta noche recibirás lo único que estoy dispuesto a darte de buen grado —tras asegurarse rápidamente de que todos los criados se habían ido, se inclinó para marcar su boca con un beso brutal—. En mi cama.

Gwennor refrenó las ganas de echarse a llorar y dejó que lord Saint Abrams la llevara escaleras abajo. ¿Por qué le dolía tanto que él la creyera capaz de tenderle una trampa? Teniendo en cuenta lo que pensaba de ella, era lógico que supusiera tal cosa. Y su furia por verse obligado a casarse con ella era también comprensible.

Sin duda a esas alturas ella ya debería haber renunciado a la absurda esperanza de que él se diera cuenta de su verdadero carácter y revisara la mala opinión que tenía de ella. Y era ya hora de desarraigar el ridículo anhelo de que él pudiera aprender a apreciarla... o incluso a amarla.

Tal vez hubiera cometido una torpeza al verse sorprendido en aquella situación, pero no era tan necio como para enamorarse de una mujer a la que consideraba una cualquiera. No como Gwennor, que le había entregado su corazón a un hombre que nunca la respetaría. Las palabras rabiosas del vizconde dejaban bien claro que, de allí en adelante, no sería para él más que un objeto de pasajera

lujuria.

Ella podía, desde luego, aprovechar su error y obligarlo a casarse con ella. Por un instante, sopesó aquella idea. Gilen de Mowbry a su lado para siempre, hechizando sus sentidos, acariciando su cuerpo, colmando de gozo sus noches...

Pero si se veía obligado a casarse, sin duda la expulsaría de su lado salvo cuando, en raras ocasiones, intentara dejarla embarazada para que le diera un heredero. Probablemente nunca renunciaría a su convicción de que ella le había tendido una trampa, por lógicas que fueran las explicaciones de Gwennor, por impecable que demostrara ser su carácter o ciega su devoción hacia él cuando se casaran. No, ella no podría soportarlo. Aunque aquel matrimonio le proporcionara la seguridad material que Parry y ella necesitaban, forzar al vizconde a casarse con ella sería como condenarse a vivir eternamente con un enemigo. Era preferible emplearse como ama de llaves o dama de compañía.

Llegaron a la calle y él la ayudó a subir al coche que aguardaba con un elaborado despliegue de cortesía, sin duda para impresionar a Mercer y al lacayo. A Gwennor le había parecido más conveniente seguirle la corriente para no ponerse a discutir delante de los sirvientes. Pero, en cuanto se hallara sentada en el coche, tenía que intentar aplicar el bálsamo de la razón o se encontraría deshonrada de verdad.

El vizconde se sentó a su lado. En el momento en que ella se disponía a hablar, la tomó entre sus brazos sin contemplaciones y la besó de nuevo, sin ternura. La apretó con más fuerza y su lengua invadió la boca de Gwennor con la sutileza con que habría besado a una furcia de la calle.

Así era como la veía él. Como la puta de lord Saint Abrams, comprada a muy alto precio. Las lágrimas que Gwennor intentaba refrenar se congregaron en las comisuras de sus ojos, y su boca temblorosa no ofreció resistencia. Pero, al cabo de un momento, el beso de Gilen se hizo más suave, la presión de su boca se ablandó, el roce de su lengua se tornó suave. Él alzó una mano hasta su cara y le

acarició la barbilla, las mejillas, los ojos. Al sentir la cálida humedad de las lágrimas, sus dedos se detuvieron. Gilen respiró hondo, dejó de besarla y aflojó su abrazo.

—Gwennor, Gwennor —suspiró—. Nunca he conocido a una mujer que pudiera inspirarme tanta ira... —enjugó con un dedo las lágrimas de las comisuras de sus ojos— ... y tanta ternura. ¿Qué voy a hacer contigo, pequeña?

«Llévame a casa», estuvo a punto de decir ella. Era lo lógico, el único modo de evitar el desastre hasta que encontrara un modo de salir de aquel atolladero. Por alguna razón sabía que, pese a la ira que había expresado sólo momentos antes, Saint Abrams la llevaría de vuelta a casa de su tía si se lo pedía.

¿Era eso lo que quería ella? No podía casarse con él. Pero, si se quedaba en Harrogate, atrapada entre las expectativas de su tía y el sentido del honor de Saint Abrams, se vería forzada a hacerlo.

No, eso sólo podía conducirlos a la infelicidad. Tenía que marcharse de la ciudad. Ya no importaba que fuera aún digna de ser la esposa de otro hombre. Sabiendo que amaba al vizconde, no podía imaginarse entregándose a otro sólo para asegurarse el porvenir.

Nunca podría gozar del amor o el respeto del vizconde. Pero, si iba a sus habitaciones, gozaría al menos de la única cosa que él estaba dispuesto a ofrecerle: su pasión. Podía disfrutar de ella sólo una noche. Pero sería una noche turbadora, embrujada, cegadora, como nunca volvería a conocer. ¿Era lo bastante osada como para hacerlo? Gwennor Southford, la diligente señora de la casa de su padre, jamás habría hecho algo tan escandaloso. Gwennor Southford, la que viajaba con los gitanos y bailaba al son de los violines, no se conformaría con menos.

Saint Abrams ya la creía una mujerzuela. Por una vez, la mala opinión del vizconde jugaba a su favor.

Gwennor abandonó sus últimas dudas y los escrúpulos que aún le quedaban, y levantó la cara.

—Bésame —dijo.

Él dejó escapar un sonido que era a medias una risa, a medias un gruñido, la agarró por los hombros y obedeció.

Capítulo Diecisiete

Esta vez, Gwennor abrió la boca ávidamente, buscó su lengua y la siguió en una tentadora danza que inflamó dentro de ella un placer líquido. Gilen profirió un gruñido, deslizó una mano bajo su capa y apretó uno de sus pechos. Luego acarició con el pulgar el tierno pezón, desatando en ella un arrebató de placer tan exquisito que dejó escapar un gemido.

– Ah, sí, preciosa – murmuró él, y la recostó contra los cojines. Deslizó las manos hasta sus pechos y comenzó a besarla otra vez, de tal modo que su lengua lamía la de ella al compás de las seductoras caricias de sus pulgares.

Un cuarto de hora después, cuando el coche se detuvo, la respiración de Gwennor había quedado reducida a una serie de gemidos irregulares, la camisa se le había pegado a la piel húmeda... y ella ansiaba con desesperación tenerlo desnudo a su lado y gozar de las caricias que sus hábiles dedos habían ejecutado sobre la tela demasiado gruesa del vestido. Notó que la respiración de Saint Abrams era tan inestable como la suya. Él dejó apoyadas las manos sobre sus pechos hasta que el cochero llamó a la puerta.

– Ya hemos llegado, señor – dijo el hombre mientras abría.

El vizconde le entregó unas monedas y, volviéndose, rodeó a Gwennor con su manto y le puso la capucha.

– Mantén la cabeza agachada – murmuró mientras la ayudaba a bajar. El coche se había detenido en el callejón de detrás de sus habitaciones. El vizconde la condujo apresuradamente hacia las escaleras traseras, apenas iluminadas—. No puedo permitir que todo Harrogate se entere de que mi prometida me sedujo en mi propia habitación antes de la boda – musitó al abrir la puerta.

En cuanto la hubo cerrado tras él, volvió a tomarla entre sus brazos y la besó, incendiando de nuevo el líquido deseo que fluía por las venas de Gwennor.

Mientras la besaba, la alzó en brazos, cruzó el cuarto de estar y la

depositó sobre la enorme cama con dosel de la habitación contigua—. Espera un momento, preciosa mía. Voy a buscar a mi ayuda de cámara para decirle que no me moleste. Hay vino en esa botella, junto a la cama. Sírvete una copa —tras darle otro largo beso, salió y cerró la puerta de la habitación.

Una sola vela brillaba sobre una mesita, junto a un sillón de orejas, proyectando una luz vacilante y dorada sobre la cama salpicada ya de luz de luna.

Se decía que la luna causaba locura. ¿Era ésa la razón del ansia que se había apoderado de ella?

Sería mejor que se asegurara de qué era realmente lo que quería. Cuando Saint Abrams volviera, tendría una última oportunidad de volver a su sano juicio antes de poner en marcha una espiral de acontecimientos que acabarían en su deshonra.

La razón le decía que tomara las riendas de su cerebro enfebrecido, le advertía del peligro de ser descubierta, de quedarse embarazada, de desperdiciar temerariamente cualquier oportunidad de conseguir la seguridad permanente del matrimonio. Ignorando aquella voz, Gwennor se llevó las manos a los pechos que él había acariciado y tocó sus pezones, todavía palpitantes.

No, eso era lo que quería: la culminación del placer, la infinita variedad del goce que él le había prometido. Tenía el resto de su vida para mostrarse seria y circunspecta. Saint Abrams la creía una mujerzuela gitana, y esa noche lo sería.

Se quitó la capa, se sirvió una copa de vino y, sintiendo cómo latía la sangre en sus venas, se sentó en la cama a esperar. Saint Abrams regresó unos minutos después. Sus blancos dientes brillaron en la penumbra al verla allí sentada, con una copa de vino en la mano.

— ¿No te has arrepentido?

Ella no contestó, pero le ofreció la copa. Él dio un largo trago, pero en lugar de tragar tomó la cabeza de Gwennor entre sus manos y se inclinó para besarla. Cuando ella abrió los labios, transfirió parte

del líquido a su boca. Gwennor tragó y el vino caliente la aturdió al instante. O quizá fuera el sabor de Saint Abrams, que aún persistía en su lengua.

—Mi dulce Gwennor —murmuró él y, sentándose a su lado, le tomó las manos y se las besó—. Qué mezcla tan fascinante eres. A veces dama, a veces mujerzuela. ¿Nunca vas a decirme la verdad?

—¿La... verdad?

—La verdad sobre cómo... y por qué... acabaste con los gitanos.

—Yo... preferiría no hablar de eso. Además, ¿qué importa ahora? Tú te formaste tu opinión de mí hace mucho tiempo.

Él puso las manos sobre sus hombros y empezó a darle un suave masaje.

—Puede ser, pero me gustaría saber cuál de mis teorías es correcta. Aunque no logro entender por qué te dejó escapar el que te deshonoró, sólo puedo dar gracias porque lo hiciera. ¿Quieres que le pegue un tiro a ese canalla?

Ella esbozó una leve sonrisa y se inclinó hacia sus manos.

—Eso sería un suicidio.

—¿Tan torpe me crees? —replicó él—. Te aseguro que soy un excelente tirador.

Ella movió la cabeza de un lado a otro.

—Ya no importa. He renunciado a mis sueños infantiles. Ya no creo que un caballero vaya a venir galopando en un corcel blanco para llevarme con él.

El la atrajo hacia su pecho, de espaldas, y la rodeó con sus brazos.

—Yo te llevaré conmigo y te defenderé. Y te prometo que nunca te arrepentirás —eso era imposible, pero Gwennor no quería pensar en ello—. Así que dime, querida mía —susurró él mientras deslizaba las manos lentamente por sus costados, casi rozando los bordes de sus pechos—, ¿qué es lo que deseas?

«Tu respeto... tu confianza... tu corazón». Pero a él no le

interesaba un amor que fuera más allá de lo carnal, de modo que, con un suspiro, ella contestó:

— A pesar de lo que pienses de mí, no soy muy... experimentada.

Los dedos de Gilen se detuvieron de pronto.

— ¿Es que ese canalla ni siquiera te enseñó a gozar? ¡Maldita rufián!

Ella le movió las manos para que volviera a tocarle los pechos.

— Enséñame tú.

Gilen se inclinó para besarla.

— Con mucho gusto, amor mío.

Debía de estar loco, pensó Gilen mientras sus manos desabrochaban hábilmente los diminutos botones de la espalda del vestido de Gwennor Southford. En el acaloramiento de la ira, su comportamiento podía tener alguna excusa. Pero la ira se había enfriado hacía rato y había dejado paso a un fuego de otra clase que parecía consumirlo todo a su paso. Y, aunque Gwennor tal vez no fuera virgen, era de origen noble. No debía haberla llevado a sus habitaciones como si fuera una vulgar cortesana. Sin embargo, el deseo que corría por su sangre no le permitía devolverla a casa de su tía. Aún no.

Sí, se había puesto furioso. Y con razón. Pero tal vez aquel matrimonio forzoso no fuera tan malo al fin y al cabo. A pesar de lo que le había dicho a ella, era consciente de que sólo él podía reconocerla como la muchacha del campamento gitano, y naturalmente no pensaba difundir semejante historia acerca de su propia esposa. Si llegaba a su cama sin ser virgen, ¿quién iba a saberlo, excepto él?

Y, dado que aquella muchacha enloquecedora se las había ingeniado para infiltrarse en sus sentidos y cautivar su imaginación, podía resultar ventajoso atarla a él con el vínculo del matrimonio. De ese modo, la tendría a su lado para siempre. No tendría que preocuparse de que otro con más labia o más dinero la apartara de su

lado, por improbable que eso fuera.

Acabó de desabrochar el último botón y la hizo ponerse en pie. Luego le quitó el vestido y la hizo girarse para mirarlo, cubierta únicamente con la camisa y las medias. Sus ojos violetas, enturbiados por el deseo, lo miraban con indecisión.

— ¿Y... y ahora qué, milord?

— Gilen — dijo él con voz áspera mientras gozaba de lo que se ofrecía a su vista: sus pechos erguidos, sus pezones picudos y rosados bajo la fina camisa de hilo, el negro triángulo de rizos de su pubis... Se dio una palmada en las rodillas—. Siéntate aquí y suéltate el pelo.

Ella se sentó. Gilen colocó sobre su miembro duro el redondo trasero, cuya exquisita presión aumentaba y decrecía conforme ella se quitaba las horquillas del pelo.

Gilen suspiró de placer cuando la densa melena cayó por fin. Hizo que Gwennor apoyara de nuevo la espalda contra su pecho y durante unos minutos se contentó con peinar aquellos rizos, dejando que sus dedos, al desprenderse de entre los mechones, siguieran deslizándose hacia abajo para acariciarle los brazos, los costados, el vientre.

— Ah, qué pelo tan precioso tienes, amor mío.

— ¿Y ahora qué, mil... Gilen? — musitó ella.

El la rodeó con los brazos y deshizo el lazo de su camisa. Luego tomó dos puñados de su pelo y comenzó a frotar los rizos sedosos sobre sus pechos semidesnudos. Ella dejó escapar un gemido.

— ¿Te gusta esto, sirena mía?

— S-sí.

Él ansiaba ya la liberación del placer. Pero quería que aquella lenta seducción se prolongara. Urgió a Gwennor a ponerse de pie y la llevó al centro de la habitación. Luego acercó un taburete y se sentó frente a ella.

— Mil veces he imaginado lo que hubiera pasado si no hubiéramos tenido que parar aquella noche — dijo mientras le

acariciaba los brazos y la curva de las caderas—. Esta vez, no habrá interrupciones. Así pues, mi hechicera gitana, escucha el sonido de los violines, el tintineo de los brazaletes... y baila para mí.

Al principio, Gilen pensó que no iba a complacerlo. Pero ella esbozó una media sonrisa, cerró los ojos y comenzó a contonear las caderas y a mover brazos y los hombros al ritmo de una música silenciosa. Gilen oía en su cabeza el sonido lastimero de los violines, el seco repiqueteo de los brazaletes, los gritos de los espectadores. Al cabo de un momento, la camisa, cuyos cordones había aflojado, se deslizó hacia abajo, revelando por completo sus pechos.

—Perfecto —jadeó él, y frotó con la punta de un dedo uno de los pezones rosados y duros.

Ah, aquello era mil veces mejor que el más erótico de sus recuerdos. En lugar del fulgor de una hoguera, tenían el resplandor del fuego que ardía en la chimenea y el brillo tenue de una vela. La blusa escotada de las gitanas le había dejado entrever la plenitud de sus pechos y la falda su estrecha cintura, pero la camisa desatada le mostraba aquellos mismos pechos en todo su esplendor al tiempo que, a través de su fina tela, se adivinaban los rizos oscuros de su pubis.

Ella abrió los ojos y sonrió; se acercó contoneándose y aproximó sus pechos desnudos a los labios de Gilen. Él pasó la lengua por uno de los pezones erectos, pero antes de que pudiera agarrarlo entre sus dientes, ella se echó a reír y se apartó bailando. Luego se colocó tras él, rodeó sus hombros con los brazos y se inclinó mientras frotaba sus pezones endurecidos y los rizos de su pubis contra la camisa de hilo de Gilen.

Él estuvo a punto de perder el control. Gruñendo, echó los brazos hacia atrás para agarrarle el trasero y atraerla hacia sí. Ella le mordió el cuello y bajó la mano para frotar su miembro duro por encima de sus pantalones de ante.

Una oleada de placer estremeció a Gilen, entumeciéndole los brazos y robándole el aliento. Al sentir que sus brazos se aflojaban, Gwennor retrocedió y se alejó sin dejar de bailar. Cuando los ojos de

Gilen se enfocaron de nuevo, ella estaba otra vez delante de él y le acariciaba el pecho y la cara con las manos. Gilen le bajó las medias hasta que quedaron amontonadas a sus pies. Gwennor se echó a reír y las apartó de un puntapié. Luego agarró la corbata de Gilen, deshizo el nudo y tiró de ella. Antes de que la arrojara al suelo, Gilen se la quitó.

— Átate la falda con esto — musitó.

Ella tomó la fina tela y se la ciñó a las caderas, sujetando la camisa. Luego levantó los brazos y empezó a dar vueltas a su alrededor, mientras la falda giraba sobre sus muslos.

Gilen pasó las manos sobre sus pantorrillas desnudas y sobre sus rodillas y las deslizó sobre la piel sedosa de la cara interna de sus muslos. Ella, imitando sus movimientos, deslizó las suyas por los brazos de Gilen y por su pecho y desabrochó los botones de su camisa y de su chaleco. Febril, ansioso por tocarla de nuevo, Gilen se quitó las prendas de un tirón y las arrojó al suelo. Mantuvo las manos levemente apoyadas sobre el cuerpo de Gwennor, que seguía girando, y dejó que sus sinuosos movimientos guiaran el roce de los dedos sobre sus nalgas, sus caderas y el leve abultamiento de los rizos de su pubis.

El sudor comenzó a humedecerle la frente cuando metió las manos bajo la camisa y las deslizó sobre los muslos de Gwennor. Los separó y ella abrió las piernas y buscó su caricia. Cuando al fin Gilen pasó la punta de un dedo sobre la protuberancia sensitiva de su clítoris, ella se irguió y se tambaleó. Se agarró a sus hombros, clavándole las uñas en el cuello, y echó la cabeza hacia atrás al tiempo que dejaba escapar un áspero gemido.

— Sí, preciosa mía — murmuró él—. Baila para mí — loco de placer al hallarla húmeda y dispuesta, Gilen frotó con los dedos la húmeda perla y el resbaladizo canal que había más allá de ella—. ¿Te gusta esto, Gwennor?

— Sí — gimió ella—. Oh, sí — ella retomó entrecortadamente el ritmo de su baile, esta vez contoneando las caderas mientras se frotaba contra los dedos de Gilen. Él siguió acariciándola hasta dejarla

jadeante y débil, hasta que la tirantez de sus pantalones se hizo casi dolorosa.

Movió una mano para desabrocharse el pantalón y con la otra siguió acariciándola. Al sentir el cambio de postura, ella abrió los ojos y sonrió.

— ¿Vas a desenvainar tu arma?

La idea de que ella lo mirara desnudarse produjo en Gilen otro arrebató de placer que complicó aún más la tarea de librarse de los botones. Ella bajó las manos y se los desabrochó.

— ¿Puedo? — murmuró.

Él consiguió emitir un sonido inarticulado que ella tomó por un sí. Y cuando desnudó su miembro duro y aterciopelado, él dejó de respirar.

— ¿Te gusta esto, Gilen? — preguntó, y empezó a acariciarle lentamente.

— Sí — gimió él, casi paralizado por la intensidad del placer, y sus manos cayeron inertes junto a sus costados.

Ella profirió una protesta porque hubiera dejado de tocarla y luego se dejó llevar al ver que él le separaba las rodillas, la atraía hacia su regazo y empujaba suavemente su miembro palpitante contra el suave calor de su sexo.

Gilen le abrió las piernas un poco más y se ayudó con la mano para penetrarla. Y entonces se quedó quieto, sin penetrarla apenas, para que ella se acostumbrara a sentirlo dentro. Gwennor se aferró a sus hombros. Sus pezones picudos rozaban el pecho desnudo de Gilen y su respiración era trabajosa.

— Ahora — dijo él, jadeante —, acabemos la danza.

Se metió un pezón en la boca y lo chupó con avidez al tiempo que movía lentamente las caderas. Ella se estremeció y procuró moverse al compás de aquella melodía primigenia.

A medida que la iba penetrando, Gilen fue sintiendo que su control se disipaba. Agarró el trasero desnudo de Gwennor, la urgió a

juntar las piernas a su espalda y aceleró el ritmo, hasta que ella se tensó, boquiabierta, gimiendo. Gilen pensó al principio que había alcanzado el climax, pero luego ella hizo amago de apartarse de él. El canalla que la había seducido debía de haber acabado rápidamente. O tal estuviera menos dotado que él.

—Tranquila, preciosa mía — musitó Gilen, deteniéndose, y movió una mano para acariciar el punto en que sus cuerpos se unían al tiempo que empezaba a besarla de nuevo.

Ella se relajó al fin y volvió a hundirse de nuevo sobre él, permitiendo que la penetrara aún más. Gilen empezó a moverse de nuevo. Metió las manos entre su denso cabello negro y la hizo bajar la cara para darle un largo y dulce beso. Luego soltó sus labios y tomó su cara entre las manos.

— Ahora, baila conmigo, amor mío — la atrajo hacia sí, aplastando la pesada suavidad de sus pechos contra el torso y, apoderándose de su boca, comenzó a acariciarla con la lengua al compás de su cópula.

Cuando creía que no podía contenerse más, ella dejó escapar un grito y se desplomó sobre él. Exultante, Gilen se unió a ella en las últimas embestidas del placer.

Ya saciados e inertes, se mecieron juntos mientras su pulso se hacía más lento y el siseo de su aliento se aquietaba hasta convertirse en un susurro. Cuando al fin sus miembros recobraron las fuerzas, Gilen la tomó en brazos y, todavía unidos, la llevó a la cama y se tumbó sobre los almohadones, abrazándola contra su pecho. ¡Ah, sí, podía bailar con ella así todo el día y toda la noche, eternamente ¡¡Cuántos placeres podía enseñarle! Sin embargo, lo único que deseaba en ese momento era quedarse quieto en la cama, unido todavía a ella.

Los dos debieron de quedarse dormidos, pues Gwennor tenía la espalda helada cuando Gilen volvió en sí. Ella murmuró algo, se removió y luego se despertó, sobresaltada.

—Tranquila, amor mío, aún tenemos tiempo.

Ella abrió los ojos, aturdida.

—¿Tiempo... para otra danza? —preguntó, cambiando de postura.

El sutil cambio de presión produjo una sacudida de placer en Gilen. Aunque era demasiado pronto para que volviera a excitarse, empezó a sentir aquella exquisita tensión, aquella lenta palpitación, a medida que su miembro iba endureciéndose dentro de Gwennor. Agarrándola del trasero, la atrajo hacia sí.

—Sí, amor mío, bailemos otra vez —contestó, y se apoderó de su boca.

Cuando volvió a despertarse, comprendió que tenía que llevarla a casa. Pero, presa de una eufórica laxitud, no encontró fuerzas para moverse. Gwennor dormía acurrucada junto a su pecho. La luz de la luna, que jugueteaba sobre su rostro, proyectaba sombras plateadas sobre sus cejas negras y sus densas y aterciopeladas pestañas.

Gwennor, que pronto sería su esposa. Por alguna razón, aquella idea no le molestaba tanto como esa tarde. En algún momento, antes de su boda, conseguiría sacarle la verdad sobre su pasado. Y aunque no quería dar pábulo a los rumores sobre el honor de su prometida que sin duda desataría un duelo, estaba seguro de que algún canalla galés iba a sentir la furia de sus puños.

Ella se despertó y empezó a moverse. Al verlo, todavía aturdida por el sueño, dejó escapar un gemido y se apartó de su pecho como si no recordara cómo había ido a parar a aquella cama.

—Tranquila, cariño, conmigo estás a salvo.

Gwennor se quedó inmóvil, sin dejar de mirarlo.

—Gilen... —de pronto pareció recordar, pero se apartó de nuevo.

Gilen la soltó y experimentó una sensación de desvalimiento extrañamente intensa. Gwennor evitó su mirada y se dio la vuelta. Al parecer, ahora que el fuego de la pasión se había apagado, le avergonzaba su desnudez. Conmovido por su pudor, Gilen agarró su bata, que estaba en una silla, junto a la cama, y se la ofreció.

—Gracias —ella tomó la bata y se la ciñó con evidente alivio—.

Debo irme a casa.

— ¿Debes? — él sintió de nuevo un extraño deseo de abrazarla, de retenerla allí, de no dejarla marchar.

— Sí. No querrás que todo Harrogate se entere de que tu prometida te sedujo en tus propias habitaciones.

El sonrió al ver que repetía sus palabras. Pero ella no le devolvió la sonrisa y una chispa de alarma atravesó a Gilen.

— Es un poco tarde para arrepentirse, amor mío — murmuró, mirándola detenidamente.

— No me arrepiento — contestó ella—. Pero cada cosa tiene su momento. Esto ha acabado y tengo que irme.

Había vuelto a adoptar su pose de señorita de la alta sociedad hasta tal punto que era como si otra mujer hubiera ocupado de pronto las habitaciones de Gilen. Aunque lamentaba la marcha de la muchacha gitana, el mero hecho de que ella pudiera presentar en un solo cuerpo dos personalidades tan dispares llenaba a Gilen de asombro y lo fascinaba.

Ella estaba dando vueltas por la habitación, buscando su ropa desperdigada. Gilen se levantó de la cama.

— ¿Puedo ayudarte?

Se giró. Por un instante, la pudorosa señorita desapareció y volvió a ser de nuevo la bailarina gitana. Sus ojos acariciaron despacio el cuerpo desnudo de Gilen con tan ardiente intensidad que él sintió que su sexo se tensaba de nuevo. Luego aquella luz ardiente se desvaneció y ella apartó la mirada.

— Abróchame los botones, por favor — ella le ofreció la espalda.

Gilen se acercó a ella, pero en lugar de empezar a abrocharle los botones, la apretó contra su pecho desnudo. Gwennor se crispó en sus brazos, y Gilen sintió otra punzada de alarma. ¿De veras no se arrepentía?

Cuando se paraba a pensar en lo que acababa de inducirla a hacer, entendía perfectamente su inquietud. Si alguien se enteraba de

que una presunta dama había ido sin compañía y de noche a las habitaciones de un caballero soltero, el escándalo llegaría hasta Londres.

—No te preocupes, no nos descubrirán —le aseguró—. Además, pronto te haré una mujer honrada.

—¿De veras? —ella alzó una ceja—. ¿El poderoso vizconde de Saint Abrams puede incluso cambiar quién soy?

Su tono sarcástico alarmó aún más a Gilen. La atrajo hacia sí, como si quisiera reafirmar que era suya, y al fin, con un estremecimiento, Gwennor se relajó. Cuando la soltó, ella se giró y le acarició lentamente la barbilla.

—Ah, Gilen —musitó con ternura, y Gilen sintió una opresión en el pecho—. Ahora, los botones, por favor. Él se los abrochó de mala gana. Luego le sirvió una copa de vino para que se la bebiera mientras él se vestía y se acercó a ella para ver cómo se trenzaba el pelo.

Después de otros encuentros amorosos, era siempre él quien estaba impaciente por irse, y le parecía inquietante que esta vez fuera Gwennor quien parecía ansiosa por marcharse.

Tras peinarse y abrocharse la capa, Gwennor se volvió hacia él, seria y compuesta como una monja.

—Estoy lista, milord.

—Gilen —la corrigió él, y se puso en pie de mala gana—. Espera aquí, cariño mío. Voy a llamar a un coche y enseguida vuelvo a buscarte —echó a andar hacia la puerta, pero de pronto, impulsado por una sensación para la que no encontraba nombre, se volvió hacia ella, la agarró de la barbilla y la hizo levantar la cara hacia él—. ¿Sin remordimientos? —preguntó, casi sin respiración.

Ella le dedicó una leve sonrisa, pero tan triste que Gilen casi creyó que era una auténtica doncella que acababa de perder su virtud.

—Sin remordimientos —contestó ella con suavidad—. Gracias,

Gilen.

Él sonrió, inmensamente aliviado.

—De nada.

—Y... yo... siento la escena con mi tía. Él encogió los hombros.

—Ya nos ocuparemos de eso más tarde. Además, lo de esta noche podría tener... consecuencias.

—No las tendrá. Yo... estoy a punto de indisponerme, y dicen que entonces no hay peligro.

—En cualquier caso, como pronto nos casaremos, no importa. Enseguida vuelvo.

Media hora después, Gilen la acompañó escaleras abajo, a oscuras, para montarse en otro coche de alquiler. Ella permaneció en silencio durante el trayecto de regreso a casa de su tía. Llegaron sin incidentes, despertaron al sereno para que les abriera la puerta y entraron en el vestíbulo en sombras. Gilen se inclinó para besarla. Ella aceptó su beso castamente, como una virtuosa doncella. Gilen deseó de pronto que volviera la muchacha gitana. ¿Lo hechizaría ella siempre con su extraño paso de una a otra?

No podía separarse de ella sin saborear de nuevo a su gitana. Antes de que sus bocas se separaran, deslizó la lengua sobre los labios de Gwennor, buscando entrada. Ella no sólo abrió la boca, sino que tomó la iniciativa y buscó su lengua, alternando las caricias leves y tiernas con las osadas y excitantes, hasta que Gilen sintió que todo su cuerpo vibraba y maldijo el hecho de que estuvieran en el vestíbulo de lady Alice, en vez de en el pasillo de sus habitaciones.

—Señorita Southford —dijo él, jadeante, cuando al fin se separaron—, es usted una caja de sorpresas.

Ella le lanzó una sonrisa enigmática.

—No sabe usted cuánto. Buenas noches, lord Saint Abrams.

Él sonrió.

—Mi muy querida Señorita Southford...

Gilen estuvo mirándola hasta que desapareció escaleras arriba y cuando volvió a salir a la calle su sonrisa se hizo más amplia. Sí, suponía que podía acostumbrarse a una vida entera de noches como aquélla, aunque tuviera que enfrentarse al fantasma de su padre por casarse con una mujer deshonrada.

Debería estar furioso. Sus planes originales para la señorita Southford eran mucho más convenientes. Ella pertenecía sin duda a su cama, pero no era merecedora de recibir a los invitados de Abrams Castle haciendo el papel de vizcondesa. Había sido engañado, manipulado y traicionado por una mujerzuela.

Debía marcharse de la ciudad unos días para que ella se preocupara y empezara a preguntarse si iba a cumplir su promesa. No pensaba darle todavía la satisfacción de pasearse con ella del brazo por Harrogate para que alardeara de su triunfo.

Sí, se iría unos días. Y se demostraría a sí mismo que podía dominar el intenso y perturbador deseo de estar con ella otra vez.

Capítulo Dieciocho

Menos de una semana después, Gilen volvió a Harrogate. Teniendo en cuenta que poco después tendría que revelarle su traición a Jeffrey y mandar a los periódicos el anuncio de su compromiso forzoso, debería haber estado furioso. Sin embargo, una sensación de dicha completamente ilógica aligeraba su corazón.

No es que estuviera deseando entrevistarse con Jeffrey, desde luego. Pero, tras llegar a la conclusión de que era mejor pasar aquel mal trago cuanto antes, al entrar en la ciudad se detuvo en los establos de lord Masterson, donde un mozo le informó de que el nieto de su señor acababa de regresar de su viaje. Gilen marchó entonces a su alojamiento para poner en orden y pulir sus argumentos.

Sin embargo, los pensamientos que se agolpaban en su mente mientras tomaba un baño tenían tan poco sentido como los que habían dado vueltas sin cesar por su cabeza durante los cuatro días interminables que había sido capaz de mantenerse alejado de Harrogate. Tras acompañar a la señorita Southford a casa de su tía, había vuelto a sus habitaciones el tiempo justo para hacer una pequeña maleta y marcharse a caballo a casa de los DeLacey. Aunque su hermano y los amigos de éste se habían ido ya a la universidad, el vizconde DeLacey había dispensado una cordial bienvenida al hermano mayor del amigo de su hijo. Pero ya fuera cazando en el bosque o pescando en el río, Gilen se había sentido atraído una y otra vez hacia el claro al oeste de las tierras de los DeLacey donde una noche tachonada de estrellas su vida se había apartado de su curso lógico por la fuerza arrolladora de una bailarina gitana.

Al final, tras cuatro días de infructuosos intentos de reconciliarse con sus actos, se había rendido al intenso deseo de ver otra vez a la hechicera que lo había arrastrado a ellos y, despidiéndose intempestivamente de su desconcertado anfitrión, había vuelto al galope a la ciudad.

Y así, dos horas después de su llegada, se plantó en el salón de

lord Masterson, con las manos sudorosas bajo los guantes de piel, dispuesto a explicar lo que quizá su mejor amigo encontrara no sólo inexplicable, sino también imperdonable. Pero al menos se consolaba pensando que las posibilidades de que su larga amistad sobreviviera a aquel varapalo eran mayores si se casaba con la señorita Southford que si hubiera llevado a la práctica su intención inicial de convertirla en su amante.

A pesar de que se decía que estaba preparado, se le encogió el estómago cuando la puerta se abrió y entró Jeffrey. Y se le encogió aún más cuando su amigo se detuvo en seco y no respondió a su indecisa sonrisa ni lo miró a los ojos. Gilen abrió la boca para saludarlo, pero de ella no salió ningún sonido. Todas las frases que había preparado se esparcieron dentro de su cabeza como hojas arrastradas por un vendaval, y sólo quedó el miedo a que su larga amistad con Jeffrey se hubiera acabado definitivamente.

Jeffrey le indicó una silla. Cuando se sentó, su amigo lo miró por fin con expresión avergonzada. Gilen se armó de valor y empezó a decir:

—No sé cómo decirte esto, pero...

—No, déjame hablar a mí primero —lo interrumpió Jeff—. Aunque tal vez me cueste explicártelo. ¡Apenas puedo explicármelo a mí mismo! Lo siento, Gilen, pero somos amigos desde hace tantos años que seguramente nuestra amistad es tan querida para ti como lo es para mí. Lo bastante, espero, como para que puedas perdonarme —su expresión se endureció de pronto—. Aunque, puedas o no, pienso pedirte que me desees buena suerte.

Gilen se fijó en las expresiones cambiantes del rostro de su amigo, intentando entender sus palabras.

—¿Per-perdonarte?

—Te aseguro que no esperaba que las cosas salieran así. Y después de lo que te obligué a hacer... bueno, sólo espero que no sientas que he traicionado nuestra amistad.

Gilen movió ligeramente la cabeza de un lado a otro mientras

intentaba ordenar las palabras de su amigo de tal modo que tuvieran sentido. Al cabo de un momento de reflexión, dos frases afloraron a su mente. Jeffrey le había dicho que esperaba que le deseara buena suerte y que temía haber traicionado su amistad. De pronto se le ocurrió una idea y su perplejidad se convirtió en pasmo... y luego en furia. ¡No podía ser! Después de todo lo que había hecho para atrapar a Gwennor, Jeffrey no podía haberla pedido en matrimonio.

—¿Se-se lo has pedido? —tartamudeó, incapaz de creer semejante afrenta.

—Bueno... sí —Jeff se puso colorado—. Creo que fue la misma mañana que tú te fuiste de Harrogate.

—¿Y... y ella te aceptó? —preguntó, incrédulo, alzando la voz. ¡La muy desvergonzada! ¿Cómo podía haber pasado una noche como aquélla con él y abandonarlo a la mañana siguiente por otro?

—¡Hombre! —dijo Jeff, un poco ofendido—. Puede que no sea tan buen partido como el poderoso vizconde de Saint Abrams, pero no estoy mal del todo.

Incapaz de quedarse quieto, Gilen se levantó de la silla de un salto y empezó a pasearse por la habitación con los dientes apretados y los puños cerrados. Iba a matarla. Se giró para mirar a su antiguo amigo. No, iba a matarlo a él.

Jeffrey parecía alarmado.

—Bueno, esperaba que te enfadaras un poco, pero no hace falta que te pongas así. Sé que desprecias a su familia, pero, pese a su desafortunado parentesco con lady Aylesbury, todo el mundo está de acuerdo en que Mary Anne es una joven encantadora, amable y educada. Admito, sin embargo, que mi comportamiento hacia la señorita Southford ha sido poco honorable, cosa que sinceramente...

Gilen se detuvo en seco. Una oleada de alegría, tan intensa que se sintió aturdido, ahogó el resto del discurso de su amigo. Se giró para mirar a Jeffrey.

—¿Me estás diciendo que has pedido la mano de la señorita Aylesbury?

Jeffrey arrugó la frente.

—Pues claro. ¿Qué creías que estaba intentando decirte?

Gilen sintió que le flojeaban las piernas y regresó tambaleándose a su silla.

—Yo... estoy sorprendido, nada más. Pero... no tenía ni idea de que estuvieras enamorado de ella. ¿Cómo ha pasado todo esto?

Jeffrey volvió a adquirir una expresión compungida.

—Recordarás que, el día antes de ausentarme de la ciudad, te mencioné que había algo que quería decirte —después de que Gilen asintiera, continuó—. Desde que llegué a Harrogate, he coincidido casi todos los días en el balneario con la señorita Aylesbury. Al principio, sólo me compadecía de ella por tener que vivir a merced de una madre tan vulgar y dominante. Pero, con el paso del tiempo, me fui percatando no sólo de lo hermosa que era, sino también de la bondad y la dulzura de su carácter. Sin embargo, te había cantado las alabanzas de la señorita Southford en tantas ocasiones, que oculté mi creciente interés por Mary Anne por temor tanto a que me reprocharas mi inconstancia como a que pusieras reparos a la familia de Mary Anne. Así que, como no estaba seguro de lo que quería hacer, yo... te disuadí de que me acompañaras al balneario con mi abuelo y seguí cortejando a la señorita Southford.

—¿Has estado cortejando a dos mujeres a la vez? ¡Menudo bribón estás hecho, Jeffrey Masterson!

Jeffrey se sonrojó.

—No pretendía darle una falsa impresión a la señorita Southford... ni a ti. En aquel momento, todavía pensaba seriamente en casarme con ella.

—Tan seriamente que me pediste que mantuviera a raya al coronel Howard —observó Gilen secamente.

Jeffrey se puso aún más colorado.

—Me siento muy mal por eso, pero te aseguro que no me decidí hasta la fiesta en la casa de campo.

—¿Una fiesta en una casa de campo? ¿Ése era ese asunto tan urgente del que tenías que ocuparte?

—Sí. Lady Aylesbury insistió en arrastrar a Mary Anne a la reunión anual que celebra el anciano lord Rumpsfeld en su casa de campo. Yo sólo fui porque Mary Anne me suplicó que la protegiera de las atenciones de ese viejo reprobó. Su madre estaba enfadada con ella por no haber cazado a ningún pretendiente aceptable, y Mary Anne tenía miedo de que, en el transcurso de la fiesta, lady Aylesbury propiciara una situación comprometida con Rumpsfeld y luego los obligara a casarse.

—Así que, ¿prometiste ir a... proteger a la dama? —dijo Gilen.

—Sí. Esa primera mañana, para evitar que Rumpsfeld se le acercara, acepté acompañarla a dar un paseo por el jardín. Todavía tenía miedo, y parecía tan preocupada e irresistible que yo... en fin, tuve que abrazarla. ¿Y quién dirías que estaba agazapada entre los setos, sino lady Aylesbury en persona? —Gilen sofocó la primera respuesta que se le ocurrió. Como no creía en las coincidencias, apenas tenía dudas de que la inclusión de Jeff en la fiesta campestre había sido un ardid de lady Aylesbury, con o sin la aquiescencia de su hija, para obligarlo a declararse—. Naturalmente —continuó Jeffrey —, preferí hacer lo correcto y pedí la mano de Mary Anne.

—No sé, Jeff. A mí me parece una trampa. ¿Estás seguro de que quieres casarte con ella?

—Sí, desde luego. Sé que vas a decir que otras veces he sido... inconstante. Y admito que en las últimas dos semanas he hecho muy mal en cortejar a la señorita Southford, que es verdaderamente una mujer admirable y encantadora. Pero es demasiado... enérgica e independiente para mí. Mary Anne, en cambio, es tan dulce... y agradece tanto cualquier muestra de cortesía... La verdad es que le parezco una especie de héroe, lo cual es ridículo, lo sé, pero aun así resulta reconfortante. Ella... me necesita, Gilen. Y creo que nos llevaremos muy bien. Sobre todo cuando mande a su madre a paseo, cosa que pienso hacer en cuanto nos casemos. En fin, baste decir que estoy muy contento. Y quiero darte las gracias por ayudarme con la

señorita Southford.

Gilen sonrió. Todo saldría bien, a fin de cuentas. Él tendría a su hechicera gitana... y conservaría a su mejor amigo.

—Me alegra haberte servido de ayuda.

—Gracias, Gilen —Jeff se acercó y le dio una palmada en el hombro—. Cuánto me alegra que me digas eso.

Tal vez aquél fuera el momento de decirle a Jeffrey que no tenía por qué preocuparse por la señorita Southford, porque pronto pensaba hacerla su esposa.

Pero ello sin duda llevaría a pensar a su amigo que había estado cortejando a Gwennor a sus espaldas. No, era mejor dejar pasar un intervalo de tiempo prudencial antes de confesarle sus verdaderas intenciones.

De pronto sentía que le habían quitado un gran peso de encima y ardía en deseos de ver a Gwennor y de comprobar si lo había echado tanto de menos como él a ella.

—Tengo que irme —le dijo a su amigo, poniéndose en pie—, pero volveré luego. ¡Esto hay que celebrarlo!

Jeff lo acompañó hasta la puerta.

—Claro que sí, viejo amigo.

A Gilen le costó refrenarse para mantener un paseo decoroso mientras se dirigía a casa de lady Alice. Se sentía eufórico y tenía ganas de ponerse a dar saltos y a gritar de alegría. Si, como esperaba, lady Alice le permitía estar unos momentos a solas con su prometida, sabía exactamente cómo quería invertirlos.

Su euforia recibió un varapalo cuando, al dejarlo pasar, Mercer le lanzó una extraña mirada y le dijo que la señorita Southford no estaba en casa.

Más desilusionado de lo que quería admitir, Gilen aguardó con impaciencia a lady Alice. Tras presentarle sus respetos a la señora, averiguaría dónde estaba su prometida e iría en su busca. ¿Se agrandarían sus expresivos ojos, llenos de sorpresa y placer, al verlo?

¿Se le aceleraría el corazón al acercarse él? Absorto en aquellos gratos pensamientos, al principio no oyó entrar a lady Alice.

— ¡Mi querido lord Saint Abrams! — exclamó ella, tendiéndole las manos —. ¡Qué inesperada sorpresa! Y qué amable ha sido por venir.

— ¿Cómo no iba a venir nada más regresar a saludar a una dama a la que debo tanto?

Lady Alice se sonrojó.

— Qué lisonjero es usted, pero creo que soy yo quien debería darle las gracias por no haberle dicho a nadie lo estúpida que fui el otro día. Aunque no dudo de que, como me dijo Gwen, se partieran los dos de risa a mi costa.

Gilen sintió de nuevo que había caído en medio de una conversación cuyos precedentes desconocía por completo.

— ¿Partirnos de... risa, milady? — repitió, totalmente perplejo.

Lady Alice se echó a reír. — Todavía me sigue pareciendo que esa obrita que estaban ensayando el otro día en el despacho es muy atrevida. En mis tiempos, desde luego, no la habríamos representado. Por eso creo que mis... prematuras conclusiones sobre sus intenciones fueron lógicas y disculpables, como me dijo Gwen cuando más tarde me lo explicó todo — lady Alice meneó la cabeza —. Escuela para el escándalo, dice que se llamaba la obra. Un título muy adecuado, desde luego. En fin, me alegro muchísimo de que mi sobrina me sacara de mi error a la mañana siguiente, antes de que yo le dijera a todo Harrogate que estaban prometidos.

Gilen estaba intentando darle sentido a aquel inesperado giro de los acontecimientos y apenas la oía. ¿La señorita Southford le había dicho a su tía que estaban ensayando una obra de teatro? ¿Qué clase de argucia estaba tramando ahora? Gilen sintió un nudo en el estómago.

— S-sí, sin duda la señorita Southford y yo volveremos a... partirnos de risa al recordarlo. Y, dígame, ¿dónde está su sobrina ahora?

Lady Alice lo miró con sorpresa.

—Pues en la fiesta en la casa de campo, ésa a la que la invitaron sus primos, en la que iban a representar la obra. La verdad es que pensaba que usted también estaba allí. ¿Es que ha acabado antes de lo previsto?

Gilen se sintió como si la tierra se hubiera abierto bajo sus pies. Tenía que salir de allí de inmediato y aclarar la sorprendente información que acababa de darle lady Alice.

—Yo... eh... recibí una carta y me vi obligado a partir —farfulló—. Y ahora he de despedirme también de usted. Tengo que ocuparme de un... asunto urgente —se puso en pie de un salto—. A sus pies, lady Alice.

Su anfitriona se levantó, desconcertada.

—Que pase un buen día, milord. Aunque mi sobrina no haya regresado, por favor, pásese por aquí cuando quiera.

Gilen se detuvo de camino a la puerta y miró hacia atrás.

—¿Cuándo espera usted que regrese?

—Oh, dentro de una semana, más o menos. Fue bastante imprecisa sobre cuándo acabaría la fiesta.

Gilen hizo otra reverencia y salió tambaleándose. Regresó a caballo a su alojamiento sumido en una neblina de incertidumbre. El hecho principal parecía ser que la señorita Southford había logrado convencer a su tía de que su apasionada escena en el despacho no era más que el ensayo de una obrita de aficionados. Así pues, su compromiso quedaba invalidado.

Debería estar loco de alegría. Su honor quedaba intacto, y no se vería obligado a casarse con una mujer que había perdido su virginidad. Sin duda sus antepasados estarían aplaudiendo en sus tumbas. Incluso había salvado su amistad con Jeff. ¿Por qué, entonces, se sentía tan afligido?

De vuelta en sus habitaciones, se sentó frente al hogar y, mientras almorzaba sin saborear la comida, intentó encontrarle algún sentido a

la historia de lady Alice. Pero no parecía ser capaz de formar un todo coherente y lógico a partir de los hechos aislados. ¿Por qué, tras ingeniárselas para cazar a un partido incluso más rico que Jeff, lo dejaba marchar la señorita Southford? Además, la señorita Southford no sólo había renunciado al vizconde de Saint Abrams, sino también a Gilen de Mowbry. No lo había querido... a él. Un arrebató de indignación lo hizo ponerse en pie. ¿Cómo se atrevía aquella muchacha a provocarlo, a seducirlo, a ofuscar su mente y a hechizar sus sentidos para luego marcharse sin decirle dónde iba? Lo cual era exactamente lo que había hecho él, le recordó su conciencia. Se dejó caer en el sillón, todavía furioso y disgustado. Sencillamente, aquello no tenía sentido.

Otros recuerdos de aquella noche, menos reconfortantes, regresaron a su memoria: la extraña sensación, mientras ella se vestía, de que la señorita Southford ya lo había dejado para retirarse a un remoto lugar dentro de sí misma, muy lejos de su alcance; su inquietante comentario en el vestíbulo de su tía, antes de que él la llevara a rastras a sus habitaciones: «Usted no sabe absolutamente nada de qué quería».

¡Desde luego que lo sabía! Ella quería tapar su deshonroso pasado cazando a un pretendiente rico y de buena posición social. ¿O no? Gilen apartó aquella desalentadora duda. Aunque su compromiso no se había anunciado públicamente, tras aquella noche en sus habitaciones no estaba seguro de que el honor no le exigiera, pese a todo, que se casara con la muchacha, por muy forzada que hubiera sido su declaración. A fin de cuentas, era una dama de noble cuna. Él jamás se habría tomado esas libertades si no hubiera pretendido hacerla su esposa.

Tenía que seguir su rastro y averiguar qué demonios estaba tramando. Y, cuando la encontrara, no estaba seguro de si debía besarla hasta dejarla sin sentido... o estrangularla.

Dado que difícilmente podía preguntarle a lady Alice por el paradero de su sobrina, Gilen estaba dándole vueltas a cómo podía averiguar dónde se había metido la señorita Southford cuando llegó a

los establos para recoger su caballo. Tal vez pudiera encontrar a su hermano, pensó de repente.

No pretendía interrogar al chico exhaustivamente, desde luego. Le preguntaría una sola vez y, si el muchacho no lograba contestarle, no insistiría.

Así que, cuando Jem sacó a Raven del establo, Gilen preguntó como quien no quería la cosa:

— ¿Está por ahí el señor Wakefield?

— No, señor. Se fue con su hermana hace unos días —el mozo sonrió—. Menudo estofado de conejo hemos comido desde que se fue.

— Será mejor que el pobre muchacho no se entere —contestó Gilen, devolviéndole la sonrisa.

Una sonrisa que se desvaneció mientras se alejaba a caballo. Le extrañaba que la señorita Southford se hubiera llevado al chico con ella a una fiesta en una casa de campo.

Detuvo el caballo unas calles más allá, no sabiendo qué camino tomar. Dado que Jeffrey acababa de volver a la ciudad, estaba claro que no sabía dónde había ido la señorita Southford. Pero tal vez el coronel Howard sí lo supiera. Y, si no se había ido él también a la fiesta, posiblemente estaría con el coronel Haversham en el balneario. Gilen arreó su caballo en esa dirección.

Gilen se paseaba por el salón lleno de gente del balneario y de vez en cuando se detenía para charlar un momento con este o aquel conocido, al tiempo que se mantenía ojo avizor por si divisaba a su presa. Por fin, su perseverancia se vio recompensada cuando vio entrar a los dos coroneles. Lady Alice iba del brazo del coronel Haversham.

Tras intercambiar unos cumplidos, Gilen consiguió apartar al coronel Howard del grupo.

— Coronel, me sorprende un poco verlo aquí —dijo cuando se alejaron de lady Alice—. Pensaba que iba a asistir usted a la fiesta a la

que ha ido la señorita Southford.

Una mirada resentida cruzó el semblante del coronel.

—Me temo que no fui invitado. La señorita Southford tuvo la amabilidad de enviarme una nota anunciándome su partida. Si no, ni siquiera me habría enterado del acontecimiento.

—Entonces, ¿los anfitriones no son amigos suyos?

—Para serle franco, no sé quiénes son. Cuando le pregunté a lady Alice, su respuesta fue tan... vaga que no me enteré de quiénes eran.

—Y le dijo que...

—Que la señorita Southford había recibido una nota de unos amigos de su prima, cuyo nombre lady Alice no recordaba bien. Debo admitir que me sorprende un poco su pregunta, milord. Lady Alice parecía pensar que usted estaba invitado a la fiesta. Sin embargo, de no haberme dicho el dueño de su hotel que se había ido usted a casa de los DeLacey, y lord Masterson que su nieto había acompañado a lady Aylesbury y a su hija, me habría... informado mejor del destino de la señorita Southford.

Gilen comprendió que, tras averiguar que ninguno de sus rivales estaría presente en la fiesta campestre a la que él no había sido invitado, el coronel se había resignado a la ausencia de la señorita Southford.

—Por casualidad, ¿no mencionaría la señorita Southford en su nota cuándo esperaba regresar a Harrogate? —preguntó, a sabiendas de que se arriesgaba a despertar las sospechas del coronel.

Howard le lanzó una dura mirada.

—No, no lo mencionaba. ¿Puedo preguntarle, milord, por qué cree necesario interrogarme sobre el paradero de la señorita Southford?

—Por ninguna razón en particular, aparte de que... esperaba verla a mi regreso, y me contraría saber que no se encuentra en Harrogate.

—¿No hay ningún inconveniente, entonces?

—Que yo sepa, ninguno, aparte del hecho de que los que quedamos aquí debemos lamentar la falta de su encantadora compañía.

El coronel alzó una ceja, como si dudara de la explicación de Gilen. —Estoy muy de acuerdo con usted. Si no se le ofrece nada más, milord...

Gilen hizo una reverencia.

—Gracias por su información.

Gilen pasó una hora más deambulando por el salón del balneario, pero no dio con nadie que hubiera visto a la señorita Southford recientemente ni que supiera dónde estaba la casa de campo a la que supuestamente había viajado.

¿Por qué había deshecho ella su compromiso y se había ido luego a visitar a unos amigos de cuya existencia nadie había oído hablar con anterioridad? Y viajando, además, sin acompañamiento de ninguna clase. ¿Cómo era posible que lo hubiera abandonado, después de la intimidad que habían compartido, sin decirle una palabra sobre sus intenciones?

Desconcertado y mucho más preocupado que al llegar, Gilen estaba a punto de marcharse cuando lady Alice, que estaba conversando con una señora, le hizo señas de que se acercara. Cuando casi estaba a su lado, lady Alice apretó el brazo de su acompañante y se acercó a él.

—Milord, debo pedirle disculpas. Esta mañana me sorprendió tanto verlo que olvidé decírselo, pero —miró a su alrededor y bajó la voz— Tilly me recordó luego que mi sobrina le mandó una nota antes de marcharse. Como no estaba usted en su alojamiento, el lacayo no la entregó. Supongo que era algo sobre la obra, así que imagino que ya no la necesitará, pero de todos modos, como iba dirigida a usted, le he dicho al lacayo que fuera a llevársela esta tarde.

Ansioso por leer la misiva, Gilen le dio las gracias, salió casi corriendo del salón y regresó a toda prisa a sus habitaciones. Subió las escaleras de dos en dos y, para su inmenso alivio, encontró sobre la

repisa de la chimenea una nota dirigida a él. Arrancó el sello de lacre y empezó a leer.

Lord Saint Abrams:

Soy consciente de que la declaración que hizo usted delante de mi tía le fue arrancada a su pesar. Dado que ha dejado usted perfectamente claro que nunca podrá albergar hacia mí los tiernos sentimientos que un hombre debe profesar hacia la dama a la que haga su esposa, y pese al gran honor de su proposición, me veo obligada a declinar, sintiéndolo mucho, su oferta de matrimonio.

Atentamente,

Gwennor Southford.

Gilen le dio la vuelta a la hoja con dedos temblorosos, pero allí no ponía nada más. Todavía incrédulo, buscó una segunda página que no había y luego volvió a leer la nota desde el principio. Se sirvió un vaso de vino y se dejó caer en el sillón.

Una breve ráfaga de cólera lo atravesó. La nota no decía nada nuevo, como no fuera que Gwennor se había ido de Harrogate para no tener que hablar con él en persona, ¡la muy cobarde!

Cierto, él no le había demostrado, al menos de palabra, ningún afecto ni antes ni después de llevársela a sus habitaciones. En realidad, recordó sintiendo una punzada de culpa, la había llamado mujerzuela y la había acusado de tenderle una trampa para cazarlo, sin permitir que ella dijera una sola palabra en su defensa. Y, pese a que, al enfriarse su cólera, se había dado cuenta de que posiblemente ella era tan víctima de la situación como él, no lo había reconocido delante de ella.

No, se había limitado a dar por sentado que convertirse en su esposa constituía el colmo de sus deseos; que no había necesidad alguna de que él le expresara ningún «tierno sentimiento» para sellar el trato. Pero ¿qué esperaba ella que dijera sobre una mujer a la que había conocido jugando a las cartas en un campamento gitano? ¿Que era un honor para él asociar el venerable nombre de su familia con

ella? ¿Que mucho antes de la escena del despacho se había estado preguntando cómo podía ingeniárselas para casarse con ella sin deshonorar por completo a su familia? ¿Que había llegado a un punto en que le resultaba imposible imaginarse su vida sin ella?

La cólera volvió a apoderarse de él. Si él no había sido muy sincero, ella desde luego tampoco. Él, por lo menos, estaba dispuesto a cumplir el voto que sus cuerpos, si no sus palabras, habían hecho durante aquellas horas deliciosas a la luz de la luna. ¿Cómo podía pensar ella que era capaz de tocarla, de amarla, como había hecho, y marcharse luego? Ella, en cambio, no había tenido tantos escrúpulos.

Entonces dio de golpe con la conclusión obvia.

De no haberse marchado de Harrogate, la presión social, su declaración y lady Alice la habrían obligado a casarse con un hombre que, tal y como ella decía, no le había demostrado ni el más leve indicio del afecto y el respeto que un caballero debía sentir por su futura esposa. Por alguna razón que Gilen no alcanzaba a entender, aquello parecía pesar más para la señorita Southford que todas las ventajas materiales que llevaba aparejado el convertirse en vizcondesa de Saint Abrams.

Desde el fondo de su ser surgió entonces la poderosa convicción de que Gwennor no volvería. Pero eso era ridículo, le decía la razón. Ninguna señorita de buena crianza vagaría por Inglaterra sin apenas dinero y con la única compañía de un hermano retrasado. Recordó entonces que la señorita Southford nunca se había conducido de manera normal o predecible. Tal vez incluso hubiera vuelto con los gitanos.

En fin, eso le correspondía decidirlo a ella, se dijo. Al rechazarlo tan sumariamente y sin decirle una sola palabra acerca de sus futuras intenciones, y a pesar de la magnitud de lo que habían compartido, Gwennor lo había liberado de cualquier obligación hacia ella, absolviéndolo al mismo tiempo de la necesidad de preocuparse por sus andanzas.

Se sirvió lo que quedaba del vino. Por lo visto, ella tenía razón. Él no tenía ni idea de qué era lo que andaba buscando.

Ahora que la suerte de Jeffrey estaba decidida, para bien o para mal, Gilen podía regresar a Londres. En realidad, pensó, indignándose de nuevo, debía dar gracias por haber escapado a las garras de una mujer tan licenciosa que era capaz de hacer lo que había hecho con él en sus habitaciones para luego marcharse sin decir palabra. Una auténtica señorita, y sobre todo una deshonrada y ansiosa por conservar su buen nombre, habría estado doblemente ansiosa por ponerse el anillo de boda.

¡Ah, sí! Estaba exultante por haberse librado de una vida repleta de agitación por culpa del comportamiento irracional, el ingenio afilado como una aguja..., las mágicas caricias y el cuerpo apasionado de Gwennor Southford.

El deseo se agitaba dentro de él, al igual que una angustia persistente y tenaz de la que no lograba deshacerse. ¡Maldita fuera aquella muchacha!, pensó, dando un puñetazo en la mesa. No tenía ninguna responsabilidad hacia ella. Pero aun así se levantó de un salto, recogió la maleta que aún no había deshecho, se puso las botas de montar y pidió su caballo. Haría una ronda por las casas de posta para ver si una mujer que encajara con su descripción, acompañada por un muchacho moreno, había alquilado un carruaje o reservado asientos en algún coche que saliera de Harrogate. Si tenía suerte, aunque habían pasado ya cuatro días, su rastro seguiría fresco aún.

Capítulo Diecinueve

Gwennor estaba sentada a la mesa de la pequeña habitación que había alquilado en la casa de huéspedes de Hunspeeth Wells, el pequeño y desvencijado balneario marítimo, frecuentado sobre todo por ancianos, que había elegido como destino tras dejar Harrogate.

El agente de empleo al que había consultado aquella mañana había escuchado la lista de sus calificaciones para el puesto que buscaba, como ama de llaves o dama de compañía de alguna anciana inválida, y la había invitado a regresar al día siguiente, tras cumplimentar un impreso y recoger su carta de recomendación. Una carta que ella misma, tras pasarse por una librería para comprar tinta y papel de buena calidad, compuso haciéndose pasar por su tía Frances, la madre de Harry.

«Gwennor Southford, qué bajo has caído», pensó mientras releía el compendio de mentiras y medias verdades que había escrito para corroborar la historia que le había contado esa misma mañana al señor Hardwicke. Este había escuchado con atención el triste relato de la muerte de su padre y de la falta de dote que, por desgracia, hacía imposible su matrimonio, y había levantado una ceja al afirmar ella sin inflexión alguna que un desacuerdo con su primo le había hecho imposible permanecer en la casa en la que había nacido. Después, había asentido con la cabeza al decir ella que, dado que no poseía la formación ni el temperamento necesarios para emplearse como gobernanta, sólo podía invertir sus habilidades ocupándose de alguna casa particular o cuidando a un enfermo. Habilidades, le había asegurado al señor Hardwicke, que su tía no había tenido reparos en recomendar con el fin de que Gwennor encontrara un empleo adecuado.

«Perdóname, tía Francés», pensó mientras falsificaba la firma al pie de la carta.

Tal vez, ya que se ponía a mentir, debiera escribirle una nota a su tía Alice para decirle que la fiesta en la casa de campo se había prolongado. Eso le daría tiempo para encontrar empleo, después de

lo cual, pensó con sarcasmo, compondría una última mentira para convencer a lady Alice de que aquella prima suya desconocida tenía una tía muy anciana y querida que necesitaba una dama de compañía, y que ella no había tenido valor para negarse a atender a la pobre inválida durante las escasas semanas o meses que le quedaran de vida.

¡Quién habría creído que poseía tal propensión a la deshonestidad! Al pecado de la lujuria y la inmoderación tenía que añadir ahora haber engañado a la tía que tan generosamente la había acogido, haber suplantado a su otra tía, que siempre había sido amable con ella, haber mentido en su solicitud de empleo y haber falsificado documentos. Además de lo cual, había dejado plantado a un vizconde.

Una molesta tensión le oprimía el pecho cuando pensaba en Saint Abrams, cosa que hacía demasiado a menudo. ¿Estaría él aún celebrando su liberación o, al saber que el señor Masterson estaba ya a salvo de sus maquinaciones, habría regresado a Londres? Y, si así era, ¿se habría ido creyéndola todavía una mujerzuela sin escrúpulos? ¿O le habría demostrado su «renuncia a sus pretensiones», tanto hacia él como hacia el señor Masterson, que ella tenía un sentido del honor tan exigente como el de él? Demasiado honor como para aceptar la propuesta de matrimonio de un hombre que pretendía hacer de ella su querida, pero no su esposa.

El no echaría de menos a la deshonesto muchacha que, según creía, había intentado cazar a su amigo. ¿Echaría de menos a la joven que había bailado para él, que lo había amado y le había hecho el regalo de su virginidad?

Durante los primeros días después de su partida, Gwennor se había preguntado si Gilen iría tras ella. Aunque había sido discreta, ahora que había dejado de preocuparse porque el primo Nigel pudiera seguirle la pista, no había intentado marcharse de Harrogate en secreto. Con un poco de tesón, cualquiera podía averiguar por medio del agente de la casa de postas que Parry y ella se habían ido en el correo que se dirigía hacia el norte.

Pero, para un hombre tan apuesto y rico como Saint Abrams, era muy fácil reemplazar a una amante, e incluso a una prometida. Gilen no podía echar de menos un amor que no apreciaba, ni un regalo que no sabía que le habían hecho. Su astucia al advertirlo por anticipado de que estaba a punto de indisponerse habría explicado cualquier pregunta que Saint Abrams se hubiera hecho sobre las manchas de sangre de las sábanas. Ella, en cambio, tendría el recuerdo ardiente de la noche que habían pasado juntos para darse calor las frías noches de invierno que la aguardaban.

Por un instante, al vislumbrar la negrura de su porvenir, sintió vértigo. Enfurecida, se enjugó una lágrima. En realidad, debía sentirse liberada. Toda su vida había estado limitada por los hombres que la rodeaban, definida primero por sus deberes hacia su padre y luego por su necesidad de buscar un marido que la protegiera. Ahora que había renunciado a la esperanza de encontrarlo, su futuro y el de Parry dependían únicamente de su capacidad y su esfuerzo, no del capricho de un primo o de las opiniones de un vizconde.

Gwennor Southford, arquitecta de su propio destino. ¡Y qué destino tan glorioso sería!, pensó con una sonrisa sarcástica.

Como ama de llaves, inferior a una gobernanta pero siempre apartada del resto del servicio, o como dama de compañía de alguna anciana gruñona. Pero, mientras pudiera establecerse con Parry en algún lugar en el campo, donde él pudiera ocuparse de los caballos y cuidar de sus amados animales, se daría por satisfecha.

Sin embargo, se tapó la cara con las manos y se echó a llorar.

«Ya basta de lloros, Gwennor Southford», se ordenó al cabo de un momento. «Has elegido tu camino. Ahora, acaba de rellenar los papeles del señor Hardwicke para que puedas empezar a recorrerlo».

De pronto llamaron a la puerta. Gwennor dejó caer la pluma, sobresaltada, y una gota de tinta manchó la falsa carta de su tía Francés.

«No será Saint Abrams», se dijo y, maldiciéndose a sí misma por la ridícula esperanza que, pese a sus esfuerzos por sofocarla, parecía

arder todavía dentro de ella, limpió la tinta. Sería sólo Parry, que volvía de echarles un vistazo a los caballos del establo, o la casera, que volvía de un recado. Gwennor procuró aquietar los latidos de su corazón y, alzando la voz, le dijo a quien había llamado que entrara.

Entonces se levantó de un salto, aturdida por la impresión y la alegría, y se lanzó hacia el joven alto que le tendía los brazos.

— ¡Harry! — gritó.

Tras días después, por la tarde, salpicado de polvo y cansado, Gilen se dirigió a caballo hacia el pueblecito de Hunspeth Wells. Había invertido casi toda la mañana del primer día recorriendo las casas de postas de Harrogate y sus alrededores hasta descubrir que una pareja que encajaba con la descripción de la señorita Southford y su hermanastro había tomado un coche correo que se dirigía a la Gran Carretera del Norte. Tras pasarse de nuevo por sus habitaciones, le había dicho a su ayuda de cámara que le preparara otra maleta mientras él rellenaba su bolsa de dinero. Luego había recogido su montura y había salido de Harrogate al galope.

Pero, dado que el empleado de la casa de postas no había sido capaz de recordar qué destino llevaban los viajeros, se había visto obligado a detenerse a indagar en cada pueblo en el que paraba el coche. Helado hasta la médula y exhausto, tras casi dieciocho horas en la silla de una serie de caballos de alquiler, finalmente había decidido hacer noche en una posada.

Sin embargo, a pesar del cansancio, había visto perturbado su sueño por fugaces imágenes en las que aparecía la señorita Southford dando tumbos por la carretera o desmayada en una cuneta.

Ese día, mientras cabalgaba, iba oyendo la voz indignada de su difunto padre, que le preguntaba cómo demonios había permitido que las cosas llegaran a aquel extremo. «Lo único que quería era proteger a Jeffrey, papá», intentaba explicarle. «Bueno, sí, también quería a la chica. ¡Ah, papá, si la hubieras visto bailar...!». Recordando de pronto con quién estaba hablando, continuó apresuradamente: «Nunca quise hacerle daño. ¡Muy al contrario! Bueno, sé que le ofrecí carta blanca, pero no querías que me casara

con una echadora de cartas gitana, aunque fuera también una dama de calidad. Aunque, a ojos de la familia, no podía ser ambas cosas, ¿no? En cualquier caso, siento decepcionarte, papá, pero ahora estoy convencido de que debo casarme con ella. Sé que, cuando intentaba salvar a Jeff estaba también planeando traicionarlo, y que para conseguir a la señorita Southford estuve dispuesto a engañar a su tía, a sobornar a su doncella y a chantajearla con las deudas de lady Alice, e incluso a llevarla a rastras a mis habitaciones...».

«Y a seguir su rastro como un sabueso», le recordó su padre.

«Exacto. Maldita sea, papá, no sé explicar por qué razón, teniendo un propósito tan noble, he cometido actos tan reprobables e irracionales, como un auténtico cretino o... o...».

«O como un hombre enamorado», contestó exasperada la voz de su padre.

«¡No, eso sí que no!», replicó él. «Aunque no sé nada sobre el amor, pues nunca he estado enamorado, no me paso el día suspirando por sus cejas, ni escribiéndole versos, ni cantando sus alabanzas hasta matar de aburrimiento a todos mis amigos. En realidad, apenas podemos estar juntos un cuarto de hora sin ponernos a discutir».

«Sólo un hombre loco de amor engañaría, mentiría, traicionaría y secuestraría para estar con su amada. O se largaría sin decirle nada a nadie para ir en su busca», contestó su padre.

«Eso no es amor, es locura», objetó Gilen.

«Lo mismo da», contestó su padre secamente. «Hijo, encuentra a esa chica, cástate con ella, ten hijos y deja que tus pobres ancestros y yo volvamos a descansar en paz en nuestras tumbas».

Enamorado. ¿Estaba enamorado de Gwennor Southford? Gilen frenó al caballo y se tomó un momento para considerar su situación. La idea resultaba extraña y, sin embargo, no le daba tanto miedo como había imaginado. En realidad, le parecía... reconfortante, como si, tras un largo y difícil viaje, hubiera llegado a casa para encontrar un cálido fuego, una comida caliente y una cómoda cama.

Ah, sí, la cama. Sonrió al recordar los momentos deliciosos que había pasado con Gwennor.

¿Correspondía ella a sus sentimientos? Su certeza se tambaleó un poco. Sin duda no se habría ido con él si no sintiera algo parecido a lo que sentía él.

Gwennor respondía a sus caricias y seguramente todavía esperaba hallar la seguridad del matrimonio. Además, según la nota, lo único que le había impedido aceptar su ofrecimiento era un anhelo de «tiernos sentimientos». Ofrecérselos debía de ser la clave para convencerla de que lo aceptara de una vez por todas.

Por los clavos de Cristo, se dijo mientras espoleaba al caballo, entre ese momento y el instante en que la encontrara, compondría frases tan chispeantes como para llevarla deslumbrada hasta el mismísimo altar.

Pero cuando fueron pasando las horas sin encontrarla, su confianza empezó a disiparse y la ansiedad que había perturbado su sueño volvió a asaltarlo. Cuando al fin hizo parar a su agotado caballo en la casa de postas de Hunspeth Wells, había decidido pararse el tiempo justo para descansar un poco y comer antes de partir de nuevo, azuzado por la imagen recurrente del cuerpo sin vida de Gwennor tendido junto a la carretera.

Estaba tan acostumbrado a recibir respuestas negativas a sus preguntas sobre la señorita Southford, que tras encargarse de la comida y un baño caliente, cuando le describió al empleado a los viajeros que andaba buscando, apenas prestó atención a su respuesta. Pero el hombre reanimó su cuerpo cansado y su ánimo vacilante al informarlo de que dos pasajeros que respondían a aquella descripción se habían apeado del coche correo varios días antes. Incluso fue capaz de aventurar a dónde habían ido, pues había oído a la señorita preguntarle al posadero dónde podía encontrar alojamiento adecuado.

Gilen le dio unas monedas al empleado y le pidió que le mandara a su habitación la dirección de la casa de huéspedes, junto con la comida caliente y el agua para el baño. Comería algo, se pondría ropa

limpia e iría a buscarla.

Se animó al pensar que pronto volvería a verla. ¿Se sorprendería ella al verlo? ¿O le lanzaría una mirada traviesa y le preguntaría por qué había tardado tanto en encontrarla?

Media hora después, Gilen se colocó ante el espejo para atarse la corbata limpia y ensayar su discurso.

«Señorita Southford, supongo que hace tiempo que es usted consciente de la intensidad cada vez mayor de mis emociones». Buen comienzo, pensó mientras se hacía los frunces de la corbata. «Imagino que, dado mi poco honorable comportamiento, habrá pensado que sentía hostilidad hacia usted, pero le aseguro que, desde el primer momento, la encontré irresistible. Sé que mi oferta inicial no le resultó grata, pero incluso eso atestigua la intensidad de los sentimientos que agita usted en mí. Mi querida, inteligente y cautivadora señorita Southford, no puedo concebir la vida sin usted. En resumen», se puso la chaqueta y empezó a bajar las escaleras, «te quiero, Gwennor».

Tuvo que ensayar varias veces mientras caminaba hacia la casa de huéspedes hasta que logró que no se le atascara aquella última frase, pero le pareció que cada vez le salía con más soltura. Esperaba que, cuando al fin la viera, aquella frase se deslizara suavemente por su lengua, al igual que la que pensaba pronunciar a continuación: «Señorita Southford, ¿me hará usted el honor de concederme su mano?», momento en el cual ella le confesaría su amor, caería en sus brazos y volvería a hechizarlo con un beso. ¿O no?

Gilen miró el pedazo de papel en el que llevaba apuntadas las señas de la casa de huéspedes. Tenía que ser la casa de dos plantas que tenía delante. Sofocando sus dudas, subió corriendo las escaleras de la entrada.

La casera, una tal señora Ames, respondió a la puerta y le hizo pasar.

—Soy el señor de Mowbry, señora. Vengo buscando a mis primos, la señorita Southford y su hermanastro, el señor Wakefield —

comenzó a decir—. Poco después de que emprendieran su viaje, murió nuestro querido tío. El testamento será leído muy pronto, y el abogado cree necesario que estén ambos presentes.

Los ojos de la señora Ames brillaron.

—Entonces, ¿se trata de una herencia?

—No estoy seguro, señora, pero es muy posible. Por eso es tan urgente que regrese con ellos de inmediato. El dueño de la posada me ha dicho que creía que se alojaban aquí.

—Y así es. La señorita Southford es una joven encantadora, y muy fina, y su hermano es un muchacho tan callado y amable...

—En efecto. ¿Haría el favor de indicarme cuál es su habitación, señora? —deslizó discretamente una moneda en su mano.

La señora Ames sacudió la cabeza y se la devolvió.

—Oh, si me hubiera preguntado hace dos días, habría aceptado encantada su dinero, señor, pero llega usted tarde.

—¿Se han... ido? —¡maldición!

—Sí, señor. Creo que ese abogado debía de tenerle también mucho aprecio a la señorita, porque estuvo aquí antes que usted.

La excitación que se había apoderado de él empezó a agriársele en el estómago.

—¿El abogado? —repitió.

—Era tan apuesto, con su uniforme de soldado... Y tenía una labia... Le juro que, cuando recogieron sus cosas, hasta yo estaba medio enamorada de él. Además, me pagó un mes entero, aunque no llevaban aquí ni una semana. Se fueron del brazo. Era tan romántico que me dieron ganas de llorar.

—¿La... la señorita Southford se fue del brazo de un... soldado? —repitió Gilen, sacudiendo la cabeza para asegurarse de que había oído bien.

—Sí, señor. Se fueron su hermano y ella hace dos días.

Tenía que haber algún error. La señorita Southford no podía

haberse ido con un soldado. Ni del brazo, ni de ningún otro modo. Gilen la quería... ¡y ella lo quería a él!

La ira se alzó dentro de él como la niebla sobre la tierra fría, alimentada por la fatiga y la desilusión... y por el dolor. Todavía le parecía increíble que ella lo hubiera engañado hasta aquel punto, aunque, con su partida, todos aquellos avatares encajaban de pronto a la perfección. Por qué había tenido que abandonar su casa y viajar con gitanos. Por qué se había detenido en Harrogate, aparentemente buscando esposo. Por qué había rechazado la mano y el corazón de Gilen de Mowbry.

—¿Ese soldado es amigo suyo, señor? —preguntó la casera, sacándolo de su ensimismamiento.

—No, señora —«es un repugnante bribón, sea quien sea», añadió para sus adentros, enfurecido.

¿O era a Gwennor a quien debía maldecir? Aturdido, se sacó dos monedas más del bolsillo y las depositó en la mano de la casera junto con la primera.

—Por las molestias, señora. Que tenga un buen día.

—Igualmente, señor —la señora Ames hizo una reverencia—. Espero que encuentre a sus primos.

«¡Maldita sea, maldita sea, maldita sea!», pensó Gilen mientras se dirigía de nuevo a la posada. Se había pasado casi una semana preocupándose por ella, discutiendo con el fantasma de su padre sobre su futura boda, echándola de menos y añorando sus caricias y el sonido de su voz... ¡y ella, mientras tanto, se había ido con otro!

¡Una fiesta en el campo! ¡Sí, ya! No era de extrañar que la muy desvergonzada se hubiera ido sin decirle a su tía a dónde se dirigía.

¿Había tenido alguna vez intención de granjearse una oferta de matrimonio estando en Harrogate? ¿O había estado jugando con sus pretendientes mientras esperaba el regreso de aquel soldadito suyo?

Gilen ignoraba cuál podía ser el nombre de su misterioso amante, pero parecía obvio que tenía que ser el hombre que la había seducido

en Gales. Gilen se disculpó mentalmente con el nuevo barón de Southford. En cualquier caso, ya no importaba. La señorita Southford había elegido.

Aquel asunto estaba concluido, Jeffrey se había prometido y él podía irse a dormir y luego regresar directamente a Londres.

Pero, tras subir a su habitación y acomodarse en la cama, no logró conciliar el sueño. El recuerdo de Gwennor no le dejaba descansar. ¡Maldición!, juró de nuevo, golpeando la almohada, y escondió la cara en ella para ahuyentar aquel recuerdo. No volvería a pensar en ella.

Sin embargo, un dolor agudísimo parecía haberse alojado en su pecho y se negaba a salir de él, por más vueltas que daba en la cama.

Al cabo de quince minutos, se sentó, llamó al posadero y pidió una botella de brandy. Si no podía pegar ojo, bebería hasta emborracharse y quedarse dormido.

Por la mañana temprano reemprendería el viaje de regreso a Londres. Porque, si estar enamorado significaba sufrir de aquel modo, no quería saber nada del amor.

Capítulo Veinte

Tres semanas más tarde, ya casi de noche, Gilen se paseaba por la biblioteca de su casa londinense, inquieto y malhumorado. En una bandeja de plata que el mayordomo había dejado sobre el escritorio reposaban las invitaciones que había recibido, ninguna de las cuales se había molestado en abrir.

Había asistido ya a demasiadas fiestas aburridas, llenas de señoras que hablaban por los codos, de insípidas muchachas que competían por sus atenciones y de dandis borrachos que alardeaban de su deslumbrante plumaje.

Tal vez fuera a pasar la velada a su club. Allí quizá pudiera mantener alguna conversación inteligente. O, si no, al menos la cena era excelente y el vino aún mejor.

Llamó a un lacayo para que pidiera un coche y fue a recoger su chaqueta y su bastón.

Como todavía no era de noche, el White's estaba casi vacío cuando entró. Tras pedir una botella de vino blanco, se sentó en la sala de lectura para echarle un vistazo al periódico. Estuvo paseando ociosamente la mirada por la primera página hasta que una noticia sobre el príncipe de Gales llamó su atención, y sintió una punzada de dolor en el pecho.

¿De veras era Gwennor la hija del difunto barón de Southford, de Southford Manor, Gales? Nunca había llegado a saberlo con certeza. Quizá no fuera más que una princesa gitana que lo había hechizado aquella noche fatídica.

Maldición, no permitiría que aquella mujerzuela volviera a invadir sus pensamientos. Ya había pasado demasiadas horas sintiéndose alternativamente furioso, triste e indeciso.

No, no quería preguntarse otra vez si ella estaría todavía con su soldado, quizá viajando hacia la Península.

Gilen cerró el periódico con un bufido y lo dejó sobre la mesa.

— ¿Tan malas son las noticias?

Sorprendido, levantó la vista, y se encontró con la cara de uno de sus compañeros de Oxford.

— ¡Beau Bradsleigh! No sabía que estabas en la ciudad.

— Acabo de llegar. Tengo entendido que has vuelto hace poco de visitar al viejo lord Masterson en Harrogate. ¿Qué tal está?

— Todavía aguanta.

— ¿Y Jeff? ¿Se ha recuperado ya de ese chasco con la señorita Battersley? Gilen sonrió con ironía.

— Supongo que sí. Acaba de prometerse. Beau se echó a reír.

— ¿Otra vez? ¿Brindamos por su felicidad o esperamos a ver cuánto dura este noviazgo?

— No, creo que esta vez va en serio. La chica se llama Mary Anne Aylesbury. Tiene una madre espantosa, pero la familia del padre es noble.

Beau asintió con la cabeza.

— Brindemos por su salud, entonces. Pide una botella mientras yo voy encargando la cena, ¿quieres?

— ¿No te ha acompañado tu esposa?

— No, no voy a quedarme mucho tiempo en la ciudad y, aunque se encuentra bastante bien, todavía no se ha recuperado del todo del nacimiento del pequeño Hugh, así que no quería que se cansara con el viaje.

— Felicidades, aunque sea un poco tarde, por la llegada de tu heredero.

Su amigo sonrió.

— Gracias. Otra razón para brindar. Aunque la verdad es que no tienes muy buena cara. ¿Por qué no dejas los compromisos que tengas esta noche y cenas conmigo? Prometo levantarte el ánimo.

— No tengo compromisos esta noche. Será un placer cenar contigo.

Beau alzó una ceja.

— ¿El vizconde de Saint Abrams no tiene compromisos? ¿Es que han evacuado Londres? ¿O es que la peste se ha llevado a todas las anfitrionas de la ciudad? —preguntó con una sonrisa.

Gilen se encogió de hombros. La sonrisa de su amigo se desvaneció, reemplazada por una mirada penetrante que le recordó a Gilen que nadie era capaz de ocultarle un secreto a Beau Bradsleigh. Quizá cenar con él no fuera tan buena idea, después de todo.

O tal vez sí. Una chispa de esperanza brilló en el pecho de Gilen. Beau tenía relaciones por toda Inglaterra. Si Gilen dirigía bien la conversación, tal vez al fin pudiera descubrir la verdad sobre la señorita Southford.

—Ve sirviendo unas copas —le estaba diciendo su amigo—. Enseguida vuelvo.

Cuando Beau regresó, Gilen había decidido que podía preguntarle directamente, sin intentar disfrazar la cuestión, y ahorrarse el sonrojo de que Beau adivinara lo ocurrido poco a poco. Así que, tras servir el vino y hacer las preguntas de rigor sobre parientes y conocidos, dijo sin más preámbulos:

— ¿Tienes familia o amigos en Gales?

Beau le lanzó una mirada inquisitiva.

—No, ¿por qué lo preguntas?

Consciente de la desilusión irracional que sentía, Gilen contestó:

—No importa. En Harrogate conocí a una familia galesa... al menos, creo que eran de Gales... y tenía curiosidad por sus orígenes.

—Entiendo —su amigo se quedó mirándolo un momento. Gilen sintió que le ardía la cara—. ¿Es importante para ti? —preguntó Beau al fin.

—No —se apresuró a contestar Gilen—. Bueno, puede ser —tomó un sorbo de vino y empezó a tamborilear con los dedos sobre el fino pie de la copa—. Sí, supongo que sí.

—Entonces debería llevarte a ver a lord Riverton. De todos modos, estaba pensando en pasarme por su casa antes de cenar, y él conoce a mucha gente en Gales.

—¿Riverton? Dudo de que me recuerde siquiera, y no quisiera molestar.

—Tonterías. Estoy seguro de que le alegrará verte. Y si alguien en Inglaterra puede contestar a tu pregunta, es él.

Gilen sabía que debía rechazar el ofrecimiento. A fin de cuentas, ya no importaba. Ya había perdido a la muchacha. Pero una profunda necesidad de conocer la verdad, aunque fuera demasiado tarde para hacer algo al respecto, lo mantuvo callado. Mientras luchaba por resistirse a la tentación de aceptar, Beau paró a un lacayo que pasaba por allí.

—Lord Saint Abrams y yo nos vamos. Tráiganos los abrigos, por favor —al ver que Gilen se disponía a protestar, Beau le hizo callar agitando una mano—. Vamos. Quizá después de que Riverton conteste a tus preguntas estés más animado.

Y así, menos de una hora después, Gilen subió junto a Beau las escaleras de entrada a la casa de lord Riverton en North Audley Street. Gilen apenas conocía al vizconde, un anciano muy distinguido, antiguo alumno de Oxford, que detentaba una cartera ministerial en el gobierno tory. Pero, al parecer, Beau era más amigo del gran hombre de lo que Gilen creía, ya que, tras saludar afablemente al mayordomo y enterarse de dónde estaba el vizconde, su amigo despidió al sirviente y condujo a Gilen a la biblioteca.

Al entrar encontraron a Riverton sentado a su mesa, mirando pensativo un pequeño objeto que dejó un lado al verlos acercarse. Era, notó Gilen con cierta sorpresa cuando llegaron a su lado, un retrato en miniatura de una bella dama rubia de bellísimos ojos azules.

Tras saludar a lord Riverton, Beau dijo:

—Saint Abrams necesita cierta información sobre una familia galesa, milord, y me he tomado la libertad de decirle que era usted la

persona más indicada para ayudarlo. Con su permiso, les dejaré hablar un rato e iré a echarle un vistazo a su colección de documentos.

— Como quieras, Beau — contestó Riverton.

— Hasta luego, pues — Beau le hizo a Riverton una reverencia.

Mientras Beau salía, su anfitrión se volvió hacia Gilen.

— Bueno, Saint Abrams, ¿qué quiere saber?

Gilen, que estaba absorto preguntándose por la relación entre su amigo y el ministro, dirigió de nuevo su atención hacia la insidiosa incertidumbre que deseaba disipar.

— Estando en Harrogate, conocí a una amiga de lord Masterson, lady Alice Winnerly, y a unos parientes suyos de Gales que estaban de visita.

— Ah, sí, los Southford. Menudo escándalo, y eso que la familia intentó ocultarlo.

Gilen sintió un arrebató de excitación. ¡Así que Riverton lo sabía!

— E-eso tengo entendido — tartamudeó.

— ¿Cómo se enteró?

— Trabé amistad con la señorita Southford, a la que había conocido en circunstancias un... tanto extrañas.

La inesperada carcajada de Riverton le hizo dar un respingo.

— ¡Así que es cierto! He de admitir que el irlandés que me lo contó es tan fanfarrón que a veces no sé si creer lo que me dice. ¡Qué joven tan atrevida y deliciosa! Entonces, ¿le contó toda la historia?

¿A Riverton le parecía... deliciosa? No sabiendo qué pensar, Gilen contestó con cautela:

— Sólo parte de ella. Riverton suspiró.

— Me temo que Nigel Hartwell no es uno de los ejemplos más ilustres de la nobleza británica. ¿Le contó ella lo que pretendía?

Las sospechas de Gilen afloraron de nuevo. De modo que el

barón había desempeñado algún papel en la deshonra de Gwennor, al fin y al cabo. ¡Maldita bribón!

—No —dijo entre dientes—. ¿Le importaría explicármelo?

—Como parece haber trabado usted amistad con la familia, supongo que no estaré pecando de indiscreto —Riverton se puso a tamborilear con los dedos sobre la mesa—. Hartwell se presentó a tomar posesión del título estando todavía el difunto barón de cuerpo presente, y tramó un plan para casar a la hija de su predecesor y usar su dote para saldar una deuda que tenía con el futuro marido. Su plan habría funcionado de no ser porque también decidió sacrificar al hermanastro de la dama. Conoce usted al señor Wakefield, supongo.

—En efecto.

—Entonces, habrá observado con qué celo se ocupa la señorita Southford de su bienestar.

Gilen oyó de nuevo el silbido de un látigo y sonrió.

—Sí, desde luego.

—Hartwell pensaba casar a la chica con un amigo suyo al que debía dinero, pero sabiendo que el supuesto novio no querría hacerse cargo del hermanastro, decidió que el chico se quedara en Southford..., encerrado en el desván. Y fue tan estúpido que amenazó a la señorita Southford con encerrarla también a ella si se resistía a sus planes.

—¡El muy canalla! —exclamó Gilen. ¿Por qué nunca le había contado aquello la señorita Southford?—. ¿Puedo preguntarle cómo se ha enterado usted de todo eso, milord?

El vizconde se encogió de hombros.

—Tengo parientes por toda Inglaterra... y a todos les encanta chismorrear —Riverton se rió de nuevo—. Hartwell no se dio cuenta de lo tenaz y osada que era la señorita Southford. Como supongo sabrá, en el espacio de unas pocas horas, la joven ejecutó una brillante maniobra que les permitió huir a los dos de Southford de tal manera que su primo no pudiera encontrarlos. ¡Viajar con gitanos, nada

menos! Imagínese la que se armó cuando el prometido llegó al día siguiente y descubrió que su novia, y la dote, habían volado. ¡Cielo santo, ojalá conociera a más hombres con el ingenio y la osadía de esa joven! Si fuera un hombre, le aseguro que le ofrecería un puesto en mi gabinete.

¿Gwennor había huido para salvar a su hermano? Conociéndola, Gilen tenía que admitir que aquello parecía perfectamente posible.

—Sí, es muy... poco habitual.

—Tengo entendido que acabó en Harrogate, bajo la protección de su tía, quien intentó acordar un matrimonio muy conveniente para ella. De hecho, ¿no estuvo a punto de prometerse con su amigo, el señor Masterson?

—Sí..., creo que sí —a Gilen empezaron a sudarle las manos. Riverton parecía muy bien informado. ¿Qué más sabría?

—Y luego, de repente, se marchó de la ciudad sin dar explicaciones, acompañada sólo por su hermano. Eso sí que fue una cosa absurda y peligrosa, ¿no le parece? Menos mal que intervino su otro primo, el mayor Harry Hartwell, un colaborador de Wellington que también fue alumno de Oxford. Pero es bastante más joven que Beau y que usted, así que supongo que no lo conocerá. En cualquier caso, conociendo el carácter de su primo Nigel, cuando Harry se enteró de la muerte del difunto barón, pidió permiso para volver a Inglaterra a fin de asegurarse de que los intereses de la señorita Southford quedaban a salvo. Por suerte, logró seguir su pista después de que huyera de Harrogate y la encontró sana y salva, antes de que ella se empleara como ama de llaves, como al parecer era su intención.

¡El soldado era su primo, no su amante! Por un instante, Gilen pensó que iba a marearse. Cuando volvió a levantar la vista, Riverton lo estaba mirando con cierta preocupación. —¿He dicho algo inoportuno, Saint Abrams?

—N-no, al contrario, me quita usted... un gran peso de encima. Sabía que la señorita Southford se había ido de Harrogate de

improvisado y estaba... preocupado por ella –Gilen dejó que sus palabras se desvanecieran y se quedó mirando las estanterías, sin verlas en realidad, mientras intentaba hacerse cargo de la enormidad de sus errores.

– ¿Estaba por casualidad enfadada con usted cuando se marchó?

Gilen volvió a mirar a Riverton.

– Pu-puede ser.

Los ojos de Riverton se posaron un instante en el retrato en miniatura que había en una esquina de su mesa.

– ¡Mujeres! –suspiró. Gilen, que estaba tan aturdido que no podía hablar, se limitó a asentir con la cabeza—. Por lo menos, ya que conocía usted a la dama, confío en que evitara caer en los prejuicios que nuestra clase suele albergar acerca de los gitanos.

Otra punzada de alarma atravesó a Gilen.

– ¿Prejuicios?

– Sí, como ése que asegura que todas sus mujeres son libertinas y promiscuas –Riverton se rió de nuevo—. Mi buen amigo Teagan Fitzwilliams viajó una vez con ellos y casi le arrancan el hígado por intentar sobrepasarse con una muchacha que le estaba diciendo la buenaventura. A pesar de la libertad que su cultura les permite en el vestido y las costumbres, las muchachas gitanas son, según cuenta Teagan, castas como monjas. Claro que usted eso ya lo sabía.

Gilen sonrió débilmente.

– Desde luego.

– Naturalmente, dados los desafortunados prejuicios tan extendidos en nuestra sociedad, confío en que mantendrá usted en secreto la presencia de la señorita Southford entre los gitanos. El... pariente que me contó esa historia insistió mucho en que siguiera siendo absolutamente confidencial. Causaría un auténtico escándalo si saliera a la luz, y lamentaría mucho que una muchacha tan valiente sufriera precisamente por las cualidades que la hacen única.

– Naturalmente –el recuerdo de aquella noche estrellada asaltó

a Gilen de nuevo: el siseo sibilante de las largas faldas, el tintineo de los brazaletes, el lamento de los violines... Regresó sobresaltado al presente y se encontró a lord Riverton observándolo.

—En caso de que quiera usted informar a la joven de su alivio por saberla sana y salva, tengo entendido que el mayor Hartwell acompañó a sus primos a su finca de Llanarth, a un día a caballo de Abergareddy, creo.

—Gracias, milord. Tal vez le envíe una nota. Riverton sonrió.

—Una dama tan decidida y emprendedora como la señorita Southford necesitará seguramente un poco más de persuasión de la que cabe en una nota. Permítame desearle un feliz viaje a Gales, y buena suerte. Sospecho que la necesitará.

A Gilen, cuyo cerebro ofuscado estaba empezando a asimilar la magnitud de su error, le costó contestar. —Gracias de nuevo, milord, por una información tan... interesante.

Todavía aturdido, salió a trompicones de la habitación. Al detenerse en el umbral para hacer una última reverencia, le asaltó la inexplicable convicción de que lord Riverton conocía toda su historia antes siquiera de que Gilen le dijera una palabra. Abrió la boca para preguntarle si era cierto y volvió a cerrarla. No tenía sentido hacer más el ridículo.

El vizconde le lanzó una sonrisa enigmática. Gilen inclinó un poco la cabeza, hizo una reverencia y se marchó.

Cuando salió, su cerebro seguía barajando fragmentos de su conversación con Riverton. En lugar de considerarla deshonrada por viajar con los gitanos, el vizconde, un miembro distinguido de la aristocracia, había dicho que la señorita Southford era emprendedora, ingeniosa y valiente por desafiar a su primo y eludir sus planes, salvando al mismo tiempo a su hermano de un destino ignominioso.

Y, en efecto, Gwennor era todas esas cosas. Sin embargo, hasta que salió de la casa de lord Riverton, Gilen no empezó a comprender qué era lo más espantoso de todo.

Si la compañía en la que había viajado no había hecho de ella una

mujerzuela, y si la señorita Southford había dejado su hogar siendo todavía virgen, entonces el hombre que la había deshonrado no era su despreciable primo Nigel, ni el apuesto soldado que se la había llevado de la casa de huéspedes. No, el rufián que le había robado su virginidad no era otro que el vizconde de Saint Abrams.

Gilen recordó entonces que, en el momento de hacerla suya, ella había contenido de pronto el aliento y había intentado apartarse, y otra oleada de consternación se apoderó de él. Como si todo cuanto sabía de la vida de Gwennor fueran formas en un caleidoscopio que alguien acabara de sacudir otra vez, las piezas que había creído encajadas tan limpiamente formaron de pronto un dibujo radicalmente distinto, pero no por ello menos coherente.

La reticencia de Gwennor a bailar para él. Su indignación por la proposición indecente que le había hecho, y su dolor porque la creyera deshonrada. Su furia porque la llamara mujerzuela, y su muda retirada aquella noche, en sus habitaciones, seguramente al darse cuenta de lo que él acababa de hacerle... y de lo que ella le había permitido hacer.

¿Por qué se lo había permitido?

La villanía que había perpetrado contra ella le daba vértigo. Ofrecerle carta blanca a una dama, perseguirla para que la aceptara, ofender su virtud y, finalmente, seducirla y hacerla suya...

Y, sin embargo, ella tenía que saber que, incluso después de obligarla a montar en el coche para llevarla a sus habitaciones, la habría devuelto intacta a casa de su tía si se lo hubiera pedido. A pesar de las ideas erróneas que se había formado respecto a su carácter y sus orígenes, nunca la habría forzado.

Pero, en lugar de suplicarle que recapacitara, ella le había pedido un beso. Sin una palabra de protesta, había empezado a bailar, respondiendo a sus ruegos. Y, más tarde, había sido ella quien lo había invitado a bailar de nuevo.

Sin duda no habría hecho todas esas cosas si no le hubiera entregado su corazón. Debía de amar verdaderamente a Gilen de

Mowbry. Tanto, comprendió Gilen de pronto, que no había querido forzarlo a casarse con ella. Tanto, que no soportaba la idea de pasarse la vida con un hombre que la consideraba una mujercuela y una farsante.

Había sido un necio arrogante, un presuntuoso, un ignorante lleno de prejuicios, a pesar de su noble propósito de rescatar a Jeffrey. Pero sin duda ella se había dado cuenta, o lo habría despreciado, en lugar de ofrecerse a él. El hecho de que le hubiera seguido la corriente, a pesar del daño que él le había hecho, debía significar que sentía un amor profundo por él. Así pues, quizás a él le fuera posible aún deshacer todo el mal que le había infligido y recuperarla.

Parecía que, tal y como lord Riverton había predicho, estaba a punto de viajar a Gales. Y no pensaba volver hasta que hubiera conseguido, del modo que fuera, convencer a Gwennor Southford de que era la dueña de su corazón y debía aceptar su mano.

Diez días después, Gilen se hallaba en el salón de Hartwell Hall, aguardando la llegada del dueño de la casa, el mayor Hartwell. El hombre al que había creído el amante de Gwennor. Una mezcla de vergüenza y de celos le sonrojaba la cara todavía al pensarlo.

El mayor entró por fin.

—¿Lord Saint Abrams? —el oficial le lanzó una mirada penetrante—. ¿En qué puedo ayudarlo, señor?

Tal y como le había dicho la dueña de la casa de huéspedes, el mayor era muy apuesto y tenía el aplomo de los hombres acostumbrados a tomar decisiones en el fragor de la batalla. Ahora que sabía que era el primo de la señorita Southford, pensó Gilen, le caía bien. A fin de cuentas, había regresado de la península para ocuparse de los intereses de Gwennor.

—Yo... conocí a la señorita Southford en Harrogate y quería hacerle una visita, si es usted tan amable de decirme dónde puedo encontrarla.

El mayor siguió observando a Gilen un momento. Finalmente, asintió con la cabeza.

—Entonces, usted debe ser eslabón perdido.

Gilen frunció el ceño.

—¿Cómo dice?

El mayor cruzó los brazos y miró a Gilen gélidamente.

—No me cuesta nada creer que mi prima Gwen, a la que conozco desde que era una niña, tuviera la perspicacia de organizar una fuga y la osadía de utilizar medios muy poco comunes para perpetrarla. Pero mi prima es también una mujer práctica y siempre dispuesta a afrontar las cosas tal y como son, por desagradables que sean. Y, en nuestro mundo, la única forma que tiene una joven de establecerse es el matrimonio. Por eso me parecía sumamente extraño que, pese a haberle asegurado yo que tenía dote suficiente como para complacer a cualquier hombre que eligiera, se haya negado tenazmente a ir a Londres, o a Bath, o a Gloucester, o incluso a Harrogate, en busca de marido. En realidad, insistió en utilizar su herencia para comprar una granja de caballos donde pudiera establecerse con Parry y vivir tranquilamente, apartada del mundo.

—¿Una granja de caballos? ¿Dónde, si me permite preguntarlo?

En lugar de contestar, el mayor empezó a desabrocharse el cinturón de la espada.

—Pensé que era mejor seguirle la corriente, hasta que descubriera qué había pasado. Pero, dado que sé perfectamente que no aborrece a los hombres en general, sospechaba que la explicación debía estar en su relación con un hombre en particular —el mayor dejó la espada sobre el sofá y, bajo la mirada perpleja de Gilen, comenzó a desatarse los cordones de la pechera—. Un hombre al que, cuando lo encontrara, tendría que ofrecerle, si no una bala o el filo del acero, por lo menos el peor castigo que mis puños pudieran infligirle —se volvió hacia Gilen—. Sospecho que es usted ese hombre. Antes de que le dé la paliza que se merece, ¿tiene algo que decir en su defensa?

Gilen, que había comprendido por fin, empezó a deshacerse el nudo de la corbata.

— Amo a su prima. Y pienso casarme con ella.

— Eso está bien, para empezar — contestó el mayor mientras se desabrochaba los botones de la guerrera —. ¿Algo más?

— Si yo fuera usted — dijo Gilen al tiempo que se quitaba la corbata y la levita —, sentiría lo mismo. En realidad, dudo que me conformara con los puños. Posiblemente preferiría espadas o pistolas.

— Ah, pero un duelo arrojaría dudas sobre el honor de mi prima. Y eso debemos evitarlo si queremos quitarle de la cabeza la absurda idea de desperdiciar su vida llevando una granja.

Gilen dejó su chaqueta sobre la espada del mayor.

— Esas cosas pueden mantenerse en secreto.

El mayor alzó las cejas.

— ¿Eso es un desafío?

— Es lo que merezco — replicó Gilen mientras dejaba a un lado su chaleco y empezaba a arremangarse—. O, mejor dicho, no. Sólo el fuego del infierno podría darme mi merecido.

El mayor asintió con la cabeza, como si la respuesta le complaciera.

— Una vez le haya hecho papilla, ¿qué piensa hacer?

— Zurrarle hasta que me diga dónde está Gwennor.

El mayor apartó una mesa y le indicó a Gilen que lo ayudara a enrollar la alfombra. — ¿Y por qué iba a decírselo?

— Ya se lo he dicho. Porque quiero hacerla mi esposa.

— Entiendo que sienta la necesidad de redimir su honor casándose con ella, pero Gwennor no se habría ido de Harrogate si se conformara con eso. Gilen dejó escapar un profundo suspiro.

— Ya que insiste en saberlo, le diré que el deber y el honor poco tienen que ver con esto. Yo... tengo que casarme con ella. Antes de enterarme de la terrible injusticia que había cometido con ella, intenté olvidarla. Regresé a Londres, me ocupé con mil cosas e incluso intenté interesarme por otras mujeres. Pero no sirvió de nada.

Su prima me ha amargado la vida. Los entretenimientos me aburren, la compañía de la gente me exaspera, y su recuerdo no me deja pegar ojo. Tengo que casarme con ella o me volveré loco.

El mayor sonrió.

—Excelente —dijo, y le lanzó un fuerte puñetazo a la nariz.

El mayor tenía un gancho excelente, pero Gilen consiguió esquivarlo y le propinó un golpe corto hacia arriba. El combate prosiguió hasta que, con un puñetazo particularmente violento, Gilen logró hacer tambalearse al mayor.

Cegado del lado izquierdo por un corte que goteaba sangre sobre su ojo, Hartwell chocó contra una mesa y cayó al suelo. Pero, mareado todavía por el último gancho de su oponente, Gilen también perdió el equilibrio y aterrizó en el suelo, junto al mayor.

Durante unos segundos, no se oyeron en el salón más que sus jadeos. Por fin, dando un gruñido, el mayor Hartwell se levantó, agarró la corbata arrugada de Gilen, que estaba sobre el sofá, se secó la sangre del ojo y le ofreció la mano a Gilen para ayudarlo a levantarse.

—Creo que tendré que concederle lo que me ha pedido, Saint Abrams —dijo, todavía jadeando—. Puede que un hombre con un gancho tan impresionante se merezca a mi prima, después de todo —tiró del cordón de la campanilla. Después de que el mayordomo ordenara a una criada retirar los desperfectos, el mayor le ofreció vino a Gilen—. A cualquiera que sea capaz de admitir su error y de hacerme frente en el ring, hay que darle una segunda oportunidad. Haré las paces con usted, Saint Abrams. Incluso le daré la dirección de Gwen. La granja está a un día a caballo de aquí. Cene conmigo esta noche y podrá partir mañana por la mañana.

¿Sólo estaba a un día de camino de ella? Gilen olvidó al instante el dolor de su mandíbula.

—Creo que la noche va a ser clara. Dígamelo ahora y saldré de inmediato.

El mayor sonrió, aunque tenía un corte en el labio.

—Empiezo a creer que ama de verdad a mi prima. Si es así, acepte mis más sinceras felicitaciones y este consejo, basado en años de experiencia tratando con esa cabezota. Como imagino lo que ha pasado entre ustedes, le recomiendo sinceramente que espere hasta mañana. Tendrá que reconocer el terreno y organizar un ataque por sorpresa. A diferencia de mí, Gwen no tendrá reparos en recurrir a las pistolas.

A Gilen no le costaba creerlo.

—Apuesto a que dispara de maravilla.

El mayor asintió con la cabeza. —Desde luego. La enseñé yo.

Gilen estrechó la mano que le ofrecía el mayor.

—En ese caso, debe usted compartir conmigo todos los datos que tenga sobre el terreno y los efectivos. Porque esta batalla tengo que ganarla.

Capítulo Veintiuno

Al día siguiente, Gwennor regresó a casa cuando el sol empezaba a ponerse. Había dejado a Parry en el establo, acomodando a los caballos que acababan de llegar de Irlanda.

Los caballos eran tan excelentes como la casa y los establos que su primo le había proporcionado. Gwennor sintió otra oleada de gratitud hacia Harry por haber aceptado tan prontamente sus condiciones y haberse esforzado tanto por hacerlas realidad.

Las dos semanas que Parry y ella llevaban instalados en la granja habían sido muy ajetreadas, pero el trabajo era gratificante, y ella procuraba ir familiarizándose con la casa y aprender a llevar los libros de la pequeña granja. Parry estaba encantado; una sonrisa iluminaba de continuo su cara cuando trabajaba con los caballos o recorría los pastos y bosques que rodeaban su propiedad. Gwennor sentía una profunda dicha por saber que había encontrado un hogar donde su hermano podría vivir feliz y tranquilo.

Eran las noches lo que temía. El fuego del hogar avivaba inevitablemente el recuerdo de la luz dorada sobre la alfombra turca de una habitación ya muy lejana, los contornos difuminados de un rostro amado visto bajo el fulgor de las velas. Una oleada de vergüenza y deseo se alzaba en su pecho cuando, mientras yacía despierta, recordaba cada detalle de aquella noche furtiva.

No se arrepentía de nada. Pero deseaba que su tiempo con Saint Abrams no se hubiera limitado a aquella única noche. Si tuviera únicamente una o dos noches más en cuyo recuerdo envolverse para amortiguar el áspero frío de la soledad...

Pero no debía afligirse, se dijo mientras subía las escaleras de entrada. Las cosas habían salido mejor de lo que esperaba. Su primo Harry había vuelto a Inglaterra para ayudarlos, los había llevado a Southford y había obligado a Nigel a punta de espada a cumplir los términos del testamento de su padre y a entregarle el dinero de su dote. Después, había arreglado la compra de la granja. Y, finalmente, sin insistir en preguntarle la causa, había aceptado que ella se negara

a casarse.

Gwennor se quedó parada ante la puerta unos segundos antes de entrar, preguntándose qué le habría pasado al mayordomo. Una vez dentro, vio que una sombra alargada salía del pequeño salón de la parte delantera.

¿Habría ido Harry a visitarlos? Loca de alegría, apretó el paso. Y entonces se quedó parada en el umbral. Silueteada por la luz difusa de las ventanas, aquella sombra alta y de anchos hombros le resultaba tan familiar que de pronto se quedó sin aliento.

— Mi querida hechicera, creía que no volverías nunca.

El corazón de Gwen se contrajo dolorosamente. Sacudió la cabeza para despejarse, pero aquella visión seguía agitándose delante de sus ojos.

— ¿Gi-Gilen?

Aquello tenía que ser un espejismo, pero era tan maravilloso que, sin pensarlo dos veces, echó a correr hacia él. Sin embargo, cuando estaba a un paso de él, se dio cuenta de que era verdaderamente Saint Abrams quien estaba allí, en su salón, y recordando que no quería saber nada de él, se detuvo en seco.

— ¡Lord Saint Abrams! ¿Qué... qué está haciendo aquí?

— He venido a buscarte, ángel mío. Vamos, ven. Después de hacerme buscarte por toda Inglaterra, me debes por lo menos un beso por mi perseverancia, ¿no crees? — Gilen dio un paso hacia ella, y Gwennor retrocedió rápidamente. Él la siguió y, agarrándola del brazo, la detuvo—. Ah, Gwennor, Gwennor, amor mío, cuánto te he echado de menos.

Aquellas palabras repetían sus sentimientos de manera tan exacta que Gwennor no lograba articular palabra. Él la tomó delicadamente por los hombros y, antes de que ella pudiera apartarse, bajó la cabeza y la besó. Durante unos instantes, Gwennor devolvió la dulce presión de sus labios. Pero al cabo de un momento su cerebro la informó de que no debía estar besando a lord Saint Abrams, y se apartó. — Señor, tiene usted que marcharse

inmediatamente.

Él le agarró de la barbilla con ternura y le hizo levantar la cara.

— ¿Por qué?

— ¿Por qué? —repitió ella con voz chillona—. Porque... —«porque deseo que te quedes desesperadamente. Porque si no te vas ahora, aceptaré lo que hayas venido a ofrecerme».

No podía decir aquello, desde luego. Pero, mientras intentaba pensar una respuesta, Saint Abrams la alzó en volandas.

— ¡Bájeme! —gritó ella. Él hizo caso omiso y la llevó al pasillo—. ¡Saint Abrams! ¡Pare inmediatamente! ¡Suélteme antes de que alguien nos vea! —él siguió en dirección a la escalera—. ¡Milord, esto es ridículo! —al ver que él seguía sin contestar, Gwennor logró desasir un brazo y darle un puñetazo en las costillas.

Gilen dio un grito y volvió a agarrarle la mano.

— Ten cuidado, cariño. Todavía me duelen las costillas de la zurra que me dio Harry.

— ¿Ha-Harry te pegó?

— Era lo que me merecía por tratarte de manera tan vergonzosa.

La cautelosa euforia que había empezado a agitarse dentro de ella se apagó de pronto. De modo que por eso había vuelto. De algún modo había descubierto que la mujerzuela con la que creía haberse acostado era en realidad una doncella de buena familia, una muchacha a la que su honor no le permitía seducir y abandonar.

— Además —continuó el vizconde —, Harry quería descubrir si era digno de ti.

— ¿Di-digno? —balbució ella, y entonces vio que Gilen empezaba a subir la escalera—. ¡Basta ya de tonterías, milord! Suélteme inmediatamente.

Él siguió sin detenerse.

— ¿Cuál es tu habitación, amor mío?

— ¿Mi...? ¡No! Bájeme o gritaré, se lo advierto.

Saint Abrams llegó al descansillo, se acercó a la puerta más cercana y la abrió empujándola con el hombro.

— ¿Ésta, tal vez? Aunque supongo que no importa.

Gwennor respiró hondo y profirió el grito más agudo que pudo. Él cerró la puerta de un puntapié, la dejó en el suelo y le tapó la boca con la mano.

— Por todos los santos, casi me revientas los tímpanos. Deja de gritar. No te servirá de nada. Le he dado al servicio la tarde libre, más una pequeña gratificación para que no vengan hasta mañana a mediodía. Y el mayordomo va a llevarse a Parry a cenar a la posada de pueblo — cuando se aseguró de que ella había dejado de gritar, apartó la mano.

— ¿Cómo te atreves a darle órdenes a mi servicio?

— Cariño, ¿aún no te has dado cuenta de que por ti me atrevo a cualquier cosa? Además, fue lo que Harry me aconsejó.

— ¿Harry?

— Querida, para ser tan lista, te estás comportando como un papagayo. Repites todo lo que digo. Sí, Harry me aconsejó que hiciera lo más osado que se me ocurriera para ganarme una segunda oportunidad. Aunque nada podría igualar la osadía de una muchacha que desafió al cabeza de su familia, organizó una brillante escapada disfrazada de gitana y engañó a un vizconde necio, ignorante y pagado de sí mismo que no supo ver el tesoro que tenía ante sus ojos y que ahora viene a ponerse humildemente a tus pies para...

— ¿A este secuestro lo llamas tú ponerte humildemente a mis pies?

— Es que necesitaba alejarte de tu hermano y de los sirvientes. Y de los látigos y las pistolas. Puede que esté arrepentido, pero no soy estúpido. Tenía que encerrarte en algún sitio de donde no pudieras escapar, el tiempo suficiente para jurarte, Gwennor Southford, que te quiero con cada átomo de mi miserable e indigno ser, y que mi vida quedará arruinada para siempre si no consigues perdonarme — su

voz cayó hasta convertirse en un susurro— y te apiadas de mí para concederme mi más ferviente deseo: hacer de ti mi esposa.

—¿No tu amante?

—Bueno, eso también. Pero, dado tu talento para escabullirte, he pensado que era mejor atarte con los lazos del matrimonio.

Lo que le estaba diciendo era, esta vez, muy bonito. Pero ¿cómo podía estar segura de que, sabiendo que había faltado a su honor seduciendo a una virgen, no intentaba únicamente redimirse casándose con ella?

—No tiene por qué casarse conmigo, milord. Nadie conoce nuestra... antigua relación, salvo ahora, supongo, mi primo Harry. Pero, si ya ha peleado con él, no tiene por qué hacer esto. Su reputación y la mía quedarán intactas.

—Sí, lo sé. Por eso pienso encerrarte aquí conmigo.

—Encerrarme... —comenzó a decir ella, y se detuvo en seco al ver que Saint Abrams se quitaba la chaqueta y empezaba a tirar del nudo de su corbata—. Gilen, ¿se puede saber qué haces ahora?

—Comprometerte. Otra vez. Y pienso quedarme contigo en esta habitación hasta que tus sirvientes, y luego el condado, y luego todo el campo desde Gales a Londres, si es necesario, sepan que hemos estado juntos y que insisto en casarme contigo —se soltó la corbata y empezó a desabrocharse el chaleco—. Imagínate, corazón mío, cuántos modos fascinantes de pasar el tiempo se nos pueden ocurrir.

—Estás loco —dijo ella.

El asintió con la cabeza, como si le complaciera su observación.

—En efecto. Ya se lo he dicho a mi padre —la rodeó con los brazos para desabrocharle el botón de arriba del vestido.

Gwen le agarró la mano dando un grito. Él meneó la cabeza, se inclinó y la calló con un beso. Luego la apretó contra él y le quitó las horquillas mientras con la boca acallaba sus protestas, hasta que ella dejó de agitar las manos y, apoyándolas sobre sus hombros, lo atrajo hacia sí. Por fin, Gwennor se obligó de nuevo a apartarlo,

empujándole el pecho, y Gilen la soltó de inmediato.

— ¿Qué quieres, amor mío?

Si había llegado tan lejos para encontrarla, tal vez la amara de verdad. Aun así, su cautela le advertía que el ofrecimiento de Gilen podía estar motivado por su sentido del honor. ¿Cómo podía estar segura?

Él pareció advertir su incertidumbre.

— Gwennor — dijo con suavidad —, ¿crees que, a pesar de lo que he hecho, tengo demasiado honor como para mentirte?

Pese a todo lo que había hecho, él siempre había sido sincero.

— Sí.

— Entonces te juro que esta vez no te ofrezco mi mano ni mi corazón para cumplir con un rígido y estéril código de conducta. Te los ofrezco únicamente para honrar a la mujer única y maravillosa que eres, Gwennor Southford. La mujer a la que quiero por esposa... y amante... el resto de mi vida.

Él no mentía..., de eso estaba segura. Así que... tenía que ser cierto. Una alegría incrédula se agitó en su pecho. Y de disipó de inmediato.

— Pero... ¿qué pasa con tus amigos? ¿Y la vergüenza que recaerá sobre tu familia cuando se sepa que te has casado con una mujer a la que conociste en un campamento gitano? No quiero deshonorar tu nombre.

El suspiró.

— Fui yo quien te metió esa idea en la cabeza, ¿no? — cuando ella asintió, Gilen añadió—. Lo cual demuestra que mi carácter está mucho más corrompido que el tuyo, amor mío, porque es totalmente falso. Ninguno de los amigos que fueron conmigo aquella noche al campamento gitano podría reconocerte.

— Pero ¿y si alguien lo descubriera? Podrías ser el hazmerreír de Londres.

Él se encogió de hombros.

—Son casi todos una panda de santurrones aburridos. Tenerte conmigo compensará la pérdida. Aunque dudo que lleguemos a ese punto. A fin de cuentas, yo soy el único testigo de que estuviste en el campamento gitano. Y dado que pienso insistir en que cualquier repetición de tus deliciosas habilidades tenga lugar en la intimidad de nuestro dormitorio, nadie tiene por qué enterarse.

Ella se quedó muy quieta mientras sus palabras atravesaban el torbellino de dudas, anhelos, incertidumbres y esperanzas que se agolpaba en su corazón.

Gilen creía en su honor. Ella no deshonraría a su familia. Podían casarse. Ya no tenía que resistirse a su apasionado deseo de estar con él.

—¿Estás seguro? —musitó, apenas capaz de creer en semejante felicidad.

—Absolutamente. Así pues, amor mío, ¿te casarás conmigo?

Una sonrisa empezó a curvar los labios de Gwen. —¿Sólo en nuestro dormitorio, dices? Él comprendió enseguida lo que quería decir, y una sonrisa afloró a su cara.

—Supongo que servirá cualquier habitación con puerta —hizo un gesto que abarcaba la habitación—. Ésta, por ejemplo.

—Entonces, sí, amor mío, me casaré contigo. La expresión de Gilen se tornó traviesa y una llama iluminó sus ojos azules.

—Excelente. Que empiece el baile, pues.

Fin